

ALICE SEBOLD

Por la autora de *Desde mi cielo*

casi la luna



se

Una novela sorprendente, dura, de suspense, que muestra la fragmentación del universo familiar actual. Helen acaba de asesinar a su madre, una mujer que padecía demencia senil. Pero detrás de su espantoso crimen hay un pasado familiar doloroso que todos —incluida Helen— pasaron convenientemente por alto. Ahora Helen debe hablar con su ex marido para que le ayude, pues rechaza ser condenada como una vulgar criminal. A lo largo de 24 horas, esta novela explora la compleja relación entre madres e hijas, y esposas y amantes, así como la línea que separa el amor y el odio.



Alice Sebold

Casi la luna

ePUB r1.2

OZN 06.05.13

Título original: *Almost the moon*

Alice Sebold, 2007.

Traducción: Silvia Pons.

Retoque de portada: OZN.

Editor digital: OZN.

ePub base r1.0.



Para Glen, siempre

1

A fin de cuentas, matar a mi madre resultó sencillo. La demencia, cuando se precipita, logra de algún modo revelar el alma de la persona afectada por ella. El alma de mi madre estaba corrompida como el agua salobre que llevara semanas en el fondo de un jarrón con flores. Era hermosa cuando mi padre la conoció y aún conservaba la capacidad de amar cuando se convirtió en mi madre a una edad avanzada, pero en el momento en que aquel día levantó la vista para mirarme, nada de eso tuvo la menor importancia.

Si no hubiera descolgado el auricular, la señora Castle, la desafortunada vecina de mi madre, habría seguido llamando a los números de emergencia de la lista que colgaba del frigorífico color almendra de mi madre. Sin embargo, no había pasado ni una hora y ya me encontraba regresando a toda prisa a la casa en que había nacido.

Era una fría mañana de octubre. Cuando llegué mi madre estaba sentada muy derecha en su sillón de orejas, envuelta en un chal de mohair, murmurando para sí. La señora Castle me dijo que mi madre no la había reconocido cuando le había llevado el periódico aquella mañana.

—Ha intentado cerrarme la puerta en las narices —dijo la señora Castle—. Gritaba como si la estuvieran escaldando. Ha sido una escena de lo más lamentable.

Mi madre, aquella presencia totémica, estaba sentada en el sillón de orejas tapizado en rojo y blanco en el que había pasado las más de dos décadas transcurridas desde la muerte de mi padre. Había envejecido lentamente en aquel sillón, dedicada primero a la lectura y a hacer punto, y después, cuando la vista comenzó a fallarle, a ver programas de la televisión pública desde el amanecer hasta que se quedaba dormida después de la cena. De un año o dos a esta parte se sentaba en el sillón y ni siquiera se molestaba en encender el televisor. Se colocaba en el regazo las madejas de hilo embrollado que mi hija mayor, Emily, seguía mandándole cada año por Navidad y las acariciaba como algunas ancianas deben de acariciar a sus gatos.

Le di las gracias a la señora Castle y le aseguré que me ocuparía de todo.

—Ya va siendo hora —dijo, volviéndose para mirarme desde la entrada—. Es terrible el tiempo que lleva sola en esta casa.

—Lo sé —respondí, y cerré la puerta.

La señora Castle descendió los escalones del porche de mi madre cargada con tres platos de distinto tamaño que había encontrado en la cocina y que según ella le pertenecían. No lo dudé. Los vecinos de mi madre eran una bendición. Cuando era pequeña, mi madre solía arremeter contra la iglesia ortodoxa griega que había al final de la calle, llamando a sus feligreses, sin motivo

coherente, «esos estúpidos polacos enfervorizados». Sin embargo, eran aquellas personas quienes, haciendo honor a su reputación, siempre se ocuparon de que a la anciana cascarrabias que llevaba toda la vida en aquella casa destartada no le faltara la comida ni la ropa. Y si de vez en cuando alguien le robaba, tampoco era de extrañar; al fin y al cabo no era seguro que una mujer viviera sola.

«Entre estas paredes vive gente», me había dicho en más de una ocasión, pero hasta que descubrí un preservativo junto a mi cama de niña no até cabos. Manny, un chico que de vez en cuando hacía reparaciones en casa de mi madre, invitaba a chicas y las subía a las habitaciones. Entonces hablé con la señora Castle e hice cambiar la cerradura. Yo no tenía la culpa de que mi madre se negara a marcharse.

—Madre —dije, como solo yo, su única hija, tenía derecho a llamarla. Levantó la vista y sonrió.

—Putá.

Lo curioso de la demencia es que en ocasiones da la sensación de que el enfermo tiene acceso directo a la verdad, parece que pudiera ver a través de la piel debajo de la que te escondes.

—Madre, soy Helen.

—¡Ya sé quién eres! —espetó.

Sus manos se aferraban a los brazos del sillón y observé la fuerza con que se asía a ellos, su estallido de enfado convertido en garras involuntarias.

—Me alegro —respondí.

Permanecí de pie durante unos segundos hasta sentir que ya habíamos sentado las bases. Ella era mi madre y yo su hija. Pensé que a partir de ese momento podíamos seguir adelante con otro de nuestros habituales incómodos encuentros.

Caminé hasta las ventanas y comencé a levantar las persianas que unas bandas de tela cada día más deshilachadas mantenían unidas. Fuera, el jardín de mi infancia estaba tan abandonado que me costó reconocer las formas originales de árboles y arbustos, aquellos lugares en los que había jugado con otros niños antes de que el comportamiento de mi madre comenzara a ser conocido más allá de los límites de nuestra casa.

—Me roba —dijo mi madre.

Le daba la espalda. Miraba una enredadera que se había encaramado al enorme abeto que se erguía en un rincón del jardín y había invadido el cobertizo donde mi padre se había dedicado alguna vez a la carpintería. En aquel lugar siempre era el hombre más feliz del mundo. En mis días más oscuros solía imaginarlo allí, lijando con esmero los globos de madera por los que había aparcado todos sus otros proyectos.

—¿Quién te roba?

—Esa bruja.

Sabía que se refería a la señora Castle. La mujer que se aseguraba a diario de que mi madre despertara. La que le llevaba el *Philadelphia Inquirer* y no pocas veces cortaba flores de su jardín y las colocaba en jarras de plástico para el té helado que no se romperían en caso de que mi madre las volcara.

—No es verdad —dije—. La señora Castle es una mujer encantadora que cuida mucho de ti.

—¿Qué ha sido de mi tazón azul de Pigeon Forge?

Sabía de qué tazón hablaba y caí en la cuenta de que llevaba semanas sin verlo. Cuando era niña siempre estuvo lleno de lo que yo tenía por comida aprisionada: almendras y nueces de Brasil, y avellanas que mi padre se encargaba de cascar y extraer con un pequeño tenedor.

—Se lo regalé, madre —mentí.

—¿Que hiciste qué?

—Se porta de maravilla y sabía que le gustaba, así que se lo regalé un día mientras dormías la siesta.

«La ayuda no cae del cielo —sentí ganas de decirle—. Esa gente no te debe nada».

Mi madre me miró. Fue una mirada horrible e infinita. Después frunció los labios, el inferior hacia fuera, que no tardó en temblar. Iba a llorar. Salí de la habitación y me dirigí a la cocina. Cada vez que volvía a casa encontraba buenas razones para pasar muchas de las horas que se suponía debía estar con mi madre en cualquier habitación salvo en la que ella se encontrara. Oí el leve gemido que llevaba oyendo toda mi vida. Era un gemido cuyas notas estaban orquestadas para provocar lástima. Mi padre siempre había sido el que corría a su lado. Tras su muerte, esa responsabilidad recayó sobre mí. Durante más de veinte años, con mayor o menor diligencia, me había estado ocupando de ella, corriendo a casa cuando me llamaba para decirme que iba a estallarle el corazón, o acompañándola en sus series de visitas al médico, más frecuentes a medida que envejecía.

A última hora de la tarde de aquel día me encontraba en el porche acristalado de la parte de atrás barriendo la estera. Había dejado la puerta abierta para oírla. Entonces, entre la nube de polvo que me rodeaba me llegó un inconfundible olor a mierda. Mi madre había intentado ir al baño pero no había logrado levantarse.

Solté la escoba y corrí a su lado. No había muerto, como yo había deseado momentáneamente, y sufrido la consiguiente pérdida de control de los esfínteres. Muerta en su casa, tal y como ella habría querido. En lugar de eso la encontré sentada en su silla, toda sucia.

—¡Me he hecho caca! —anunció. En aquella ocasión su sonrisa era distinta a la de «puta». La de «puta» estaba llena de vida. Aquella sonrisa me era desconocida. No contenía miedo ni maldad.

A menudo, cuando le contaba a mi hija pequeña, Sarah, lo ocurrido un día en particular, ella me decía que por mucho que me quisiera no tenía intención de desnudarme y cambiarme los pañales cuando fuera vieja. «Contrataré a alguien —decía—. No se me ocurre mejor manera de intentar ser feliz que evitar todo eso».

El olor invadió la habitación en pocos segundos. Regresé al porche en dos ocasiones para tomar grandes bocanadas de aire polvoriento y no fui capaz de pensar en otra cosa que no fuera conseguir que mi madre tuviera el aspecto con el que le gustaría que la vieran. Sabía que tendría que llamar a una ambulancia. Sabía, desde hacía ya tiempo, que mi madre se estaba yendo de este mundo, pero no quería que llegara al hospital cubierta de mierda. O debería decir que sabía que ella no querría eso, de modo que aquello que siempre le había importado más que cualquier otra cosa a lo largo de su vida, las apariencias, se convirtió también en lo más importante para mí.

Tomé aire una última vez en el porche y regresé a su lado. Esfumada la sonrisa, estaba agitada

en extremo.

—Mamá —dije, segura mientras lo decía de que no reconocía la palabra ni a la hija que la había pronunciado—. Te ayudaré a lavarte y después iremos a hacer algunas visitas.

«No volverás a hacer ninguna visita», pensé sin crueldad. ¿Por qué será que cuando alguien se muestra pragmático tiende a ser interpretado de ese modo? La mierda es la mierda y la verdad es la verdad. No hay más.

Me arrodillé frente a ella y la miré a la cara. La odiaba más de lo que hubiera odiado jamás a nadie. Aun así, levanté un brazo y, como si por fin tuviera permiso para tocar algo precioso, le acaricié la larga trenza plateada. «Mamá», susurré. Lo dije porque sabía que se quedaría flotando en el aire. Sin repercusión, sin respuesta.

Estaba húmeda y se sentía incómoda. Como un caracol atrapado bajo el sol, por ejemplo, deseosa de librarse del elemento que le causaba dolor. Me incorporé pero permanecí inclinada frente a ella. Pasé los brazos por debajo de los suyos, con cuidado de no apoyar peso sobre su cuerpo. Me agaché como un jugador de rugby a punto de hacer un placaje y la levanté. Era a la vez más ligera y más pesada de lo que había imaginado.

Logré levantarla sin demasiada dificultad, pero una vez estuvo de pie se desplomó entre mis brazos. Hice cuanto pude para no soltarla y evitar que ambas cayéramos al suelo. Mientras intentaba mantener el equilibrio con todo su peso entre mis brazos, no pude evitar pensar en mi padre, en cómo año tras año había soportado su carga, se había disculpado con los vecinos, y en cómo este cuerpo se había doblegado sobre el de él, una y otra vez, hasta que ambos terminaron por convertirse en uno solo.

Entonces sentí ganas de llorar. Se acercaba nuestro final y el de los secretos de la casa. Tenía cuarenta y nueve años y mi madre ochenta y ocho. Mi padre llevaba muerto casi todos los años que tenía mi hija pequeña, desde pocos meses después de que la niña cumpliera los cuatro. Sarah jamás conocería la dimensión real de su dulzura, ni jugaría en el taller entre las piezas de carpintería encoladas tres veces. Recordé los caballitos de balancín mutantes que había en el cobertizo y mis brazos, con mi madre entre ellos, se debilitaron peligrosamente. Cuánto había cambiado la casa y mi vida después de su muerte.

Arrastré a mi madre mientras ella se esforzaba por colaborar y la acerqué a las escaleras que conducían a su baño. Entonces me cuestioné si había perdido el juicio. ¿Cómo se me había ocurrido pensar que sería capaz de hacer algo así? Pesaría por lo menos cuarenta y cinco kilos, y aunque yo seguía un programa de ejercicios para mantenerme en forma, jamás había sido capaz de levantar más de veinticinco. No iba a salir bien. Me desplomé sobre las escaleras, el cuerpo húmedo y sucio de mi madre encima del mío.

Resollé tumbada sobre las escaleras enmoquetadas pero no me di por vencida. Estaba decidida a lavar a mi madre y vestirla con ropa limpia antes de llamar a la ambulancia. Aún en el suelo, mientras el cuerpo de mi madre se convertía en una especie de peso familiar, algo como la extraña sensación de estar atrapada debajo de un amante adormilado, pensé en las alternativas. Podía llevarla al baño que había en la parte de atrás y lavarla en el fregadero. También estaba la cocina. Pero ¿cómo lograría sostenerla en pie? ¿Cómo iba a sujetarla y lavarla a la vez, por no mencionar el charco de agua que se formaría y el riesgo de resbalar y terminar ambas con la

cabeza abierta?

Mi madre comenzó a roncar. Tenía la cabeza recostada sobre mi hombro, por lo que pude verle la cara y el cuello, avejentados y llenos de manchas. Me fijé en sus pómulos, tan afilados como siempre los había tenido, una visión casi dolorosa debajo de aquella piel cadavérica. «¿Quién me querrá?», pensé, pero no tardé en olvidar la pregunta y concentrarme en las hojas de los abedules bañados por el sol crepuscular. Llevaba allí todo el día. Ni siquiera había llamado a Westmore para cancelar la clase. Imaginé el espacio vacío en la tarima de la clase de Dibujo al Natural 101 y a los estudiantes frente a los caballetes, los carboncillos detenidos entre sus dedos.

Sabía que si no me movía mi madre seguiría durmiendo durante horas y se haría de noche. Imaginé a mi amiga Natalie buscándome por los pasillos del edificio de arte, interrogando en vano a los estudiantes. Natalie llamaría a mi casa, tal vez incluso se acercara hasta allí con Hamish, su hijo. Sonaría el timbre en la casa vacía y Natalie pensaría que tal vez me había sucedido algo, a mí, a Sarah o a Emily.

Levanté los brazos por debajo de los de mi madre y logré separarlos de las escaleras. Primero uno y después otro, como si estuviera manipulando una muñeca de tamaño real. Haberla controlado siempre con tanta facilidad, imposible. Tenía que arreglármelas sin llamar a mis hijas. Era algo que tenía que conseguir yo sola. Me revolví debajo de su cuerpo y ella gimió como un globo pinchado. Me senté en las escaleras junto a su cuerpo. La casa tenía un peso y una fuerza que sabía capaces de aplastarme. Tenía que salir de allí y entonces, de repente, recordé la bañera rodeada de caballitos de balancín en el cobertizo.

Dejé que mi madre siguiera durmiendo y subí a toda prisa por las escaleras; entré en su habitación a por mantas y en el cuarto del tocador a por toallas. Me detuve frente al espejo que había encima del lavabo y comprobé mi aspecto. Me vi los ojos más pequeños y azules de lo habitual, como si la intensidad de la situación afectara al color y la percepción. Hacía años que llevaba el pelo tan corto que se me veía la piel. Recuerdo que entré en casa de mi madre y ella me echó un vistazo y comentó: «No me digas que tú también tienes cáncer. Todo el mundo tiene cáncer hoy día». Le conté que aquel peinado era más cómodo, para hacer ejercicio, trabajar y hacer las tareas del jardín. Fue la ambigüedad de la pregunta lo que me llamó la atención. ¿Se habría preocupado si hubiera tenido cáncer, o habría creído que le hacía la competencia? El tono de su voz apuntaba hacia lo segundo, pero era difícil creer algo así de una madre.

Me detuve en lo alto de las escaleras con las mantas y las toallas. Traté de no pensar en el hecho de que mi madre no volvería a ver aquellas habitaciones, que a partir de ese momento se convertirían, para mí, en dependencias vacías atestadas de posesiones.

Percibí el silencio de aquel pasillo del piso superior y me fijé en las fotografías que colgaban de las paredes, fotografías que pronto desaparecerían. Imaginé los cuadrados oscuros que quedarían en aquellos lugares a los que el sol no había llegado en muchos años y los ecos que resonarían a través de las contraventanas sin cortina y las gruesas paredes de ladrillo enlucido. Comencé a cantar. Canté tonterías. Melodías de anuncios de comida para gato y canciones infantiles, estas últimas por influencia de mi madre como método para mantener a raya los nervios. La necesidad de ruido me superaba pero mientras bajaba por las escaleras volví a guardar silencio. Me fijé en que mi madre había resbalado y había quedado tendida en el suelo,

encima de la alfombra persa de color vino tinto.

—No, madre, no —dije, consciente mientras lo hacía de que hablar con ella era más inútil que hacerlo con un perro.

Los perros ladeaban la cabeza. Los perros te miraban con ternura. Mi madre era un saco de huesos inconsciente que apestaba a mierda.

—¿Por qué me haces esto? —pregunté.

Me quedé de pie junto a su cuerpo, cargada de mantas y toallas, y rompí a llorar. Recé en silencio para que nadie llamara a la puerta, para que a la señora Castle no se le ocurriera venir a comprobar cómo estábamos, aunque lo cierto es que en aquel momento no me habría venido mal que Manny el manitas me ayudara a tirar de ella y a moverla.

Dejé las toallas sobre el primer escalón, agarré la manta Hudson Bay roja y negra de mi abuelo y la extendí en el suelo a su lado.

Llegaba hasta el salón. Entonces, para que la lana no se estropeará, coloqué encima una manta blanca mexicana del ajuar. No estaba en mis cabales. Estaba envolviendo pescado o haciendo rollitos de primavera. Pensé: «Burrito Súper Gigante de Carne Materna».

Me incliné al tiempo que tomaba aire y relajaba la espalda —gracias, Stella, de World Gym —, y agarré a mi madre por las axilas.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Qué diablos haces?

Parpadeé. Contemplé desde arriba su rostro invertido y sentí que era capaz de sorberme los ojos con la boca. El resto de mi cuerpo, como el rabo de una lagartija o la punta de un fideo, sería igualmente arrastrado y desaparecería en cuestión de segundos. Seguí haciendo fuerza con los brazos. ¿Llegaría el día en que se mostrara indefensa?

—¡Daniel! —bramó—. ¡Daniel!

—Papá no está, mamá.

Me miró, en un primer momento con expresión apagada, pero que se encendió enseguida como una cerilla en mitad de la oscuridad.

—Quiero ese tazón —gritó—. ¡Ahora!

Permanecer cerca de ella. Sujetarla y ver estallar su mente de ese modo, su contenido caótico, era lo único que podía hacer para continuar con mi tarea. Mientras ella hablaba de distintos temas. —Emily, el «hermoso bebé». (Emily acababa de cumplir los treinta y tenía sus propios bebés), el kudzu cercano a la cabaña de su padre que tenía que podarse con guadaña (la cabaña estaba al pie de las Smoky Mountains y hacía años que nos habíamos librado de ella) y los ladrones maquinadores de sus vecinos, en quienes no se podía confiar—, coloqué su cuerpo sobre las mantas y fabriqué un fardo abierto por los extremos del que solo sobresalía su cabeza parlante. A continuación dejé las toallas sobre su pecho y respiré hondo, contando hasta diez antes de hablar.

—Vamos a dar un paseo en trineo —anuncié. Agarré con fuerza las mantas por las puntas que sobresalían y conseguí levantarla un poco del suelo. La arrastré por encima de la alfombra del salón, de allí a la cocina y por fin la saqué al exterior por la puerta lateral.

—¡Pip pip! —gritó—. ¡Pip pip!

Entonces enmudeció y se quedó mirando la calle como miraría un niño una hilera de luces de

Navidad parpadeantes. Sentí ganas de preguntarle: «¿Cuándo fue la última vez que saliste al jardín? ¿Cuándo fue la última vez que oliste una flor, podaste un arbusto o tan solo te sentaste en la oxidada silla blanca de tijera?».

El dolor comenzó a manifestarse con fuerza. Tenía que ver con estar allí afuera, al aire libre, alejada del aroma acre que despedía su cuerpo y del olor a naftalina de la casa cerrada. Mi madre descansaba en el interior de su envoltorio de mantas, tumbada sobre el pequeño porche elevado en el que, por fortuna, una celosía cubierta de enredaderas nos protegía parcialmente de la vista de los vecinos.

Bajé los tres escalones, tomé el camino de hormigón y me dirigí a la parte trasera del porche, donde de pequeña solía sentarme con las piernas colgando y donde ahora yacía mi madre como en una estantería de envío y recepción de mercancías. Sudaba, pero sabía por la inclinación de los rayos de sol en mi espalda que en menos de una hora la luz comenzaría a debilitarse tras las casas que rodeaban la de mi madre y nos dejaría a solas aquella última noche que íbamos a pasar juntas.

Volví a acariciar su preciada trenza. Hacía algunos años que su cabello había superado la fase de aspereza y se había vuelto suave. Siempre había sido su mayor orgullo. Su corta experiencia como modelo de lencería antes de que conociera a mi padre era algo que yo había envidiado de ella cuando era niña. Al margen de todo lo que fuera, había sido la madre más hermosa de todo el vecindario, y observándola había aprendido cuanto sabía sobre la belleza exterior. Sin embargo, no tardé en descubrir con amargura que las hijas no estaban cortadas únicamente por el patrón que imponían los genes de la madre. Un error aleatorio en los antepasados podía achatar una nariz o inclinar una frente hasta desviar los delicados trazos de la belleza y dar como resultado una chica del montón.

Allí afuera, con el aire fresco que disipó el hedor fecal, fui capaz de pensar de nuevo con claridad. No llegaría al cobertizo. ¿En qué estaba pensando? Estaba el problema de arrastrarla por los tres escalones, de intentar levantarla del porche. Además, ¿con qué iba a rellenar la vieja bañera? ¿Con agua fría de la manguera del jardín? La bañera estaría sucia y llena de trozos de madera e incrustaciones que tendría que eliminar. La última vez que había estado en el cobertizo había visto que la estantería en la que mi padre guardaba las herramientas se había desplomado y había caído en la bañera. ¿En qué estaba pensando?

—Ya está, mamá —dije—. Hasta aquí hemos llegado.

No sonrió, ni me llamó puta, ni dejó escapar un lamento final. Me gusta pensar, cuando lo recuerdo, que en ese momento estaba demasiado concentrada en aspirar los aromas de su jardín, en sentir el sol del atardecer en la cara, y que, por alguna razón, en los minutos que llevaba sin hablar se había olvidado de que alguna vez hubiera tenido una hija a la que, desde hacía ya tantos años, había tenido que fingir que quería.

Ojalá pudiera decir que, mientras permanecía tendida en el porche lateral, mientras el viento comenzaba a levantarse con tal fuerza que los cuervos posados en las copas de los árboles tuvieron que emprender el vuelo, mi madre me lo puso fácil. Que decidió repasar la lista de pecados cometidos durante su larga vida.

Tenía ochenta y ocho años. Las arrugas de su cara eran como resquebrajaduras de vieja porcelana fina. Tenía los ojos cerrados. Respiraba con dificultad. Dirigí la vista a las copas

vacías de los árboles. No hay excusa que valga, lo sé, así que esto es lo que hice: agarré las toallas con las que pretendía lavarla y, sin pararme a pensar que junto a la celosía o en la valla trasera pudiera haber algún testigo, empujé aquellas toallas aterciopeladas contra su rostro. Una vez que hube empezado ya no paré. Ella forcejeó, las manos de venas azules, cargadas de anillos que no se quitaba por miedo a que se los robaran, aferradas a mis brazos. Primero los diamantes y después los rubíes centellearon bajo el sol. Empujé con más fuerza. Las toallas se desplazaron y le vi los ojos. Mantuve las toallas sobre su cara durante un rato, mirándola en todo momento, hasta que noté que le había roto la punta de la nariz y todos sus músculos se relajaron y supe que había muerto.

2

Las pistas que tenía sobre la vida de mi madre antes de que yo naciera no eran muchas. Me llevó un buen tiempo darme cuenta de que casi todas ellas —los pisapapeles de cristal Steuben, los marcos de fotografía de plata de ley, los sonajeros de Tiffany que llegaron a capazos antes de que sufriera el primer aborto, y después el segundo— estaban desportilladas o abolladas, resquebrajadas o ennegrecidas en distinto grado. Casi todas ellas habían sido o serían lanzadas bien contra la pared, bien contra mi padre, que las esquivaba con tal habilidad y reflejos que siempre me recordó a Gene Kelly subiendo y bajando aceras encharcadas en *Cantando bajo la lluvia*. La elegancia de mi padre se había desarrollado de manera proporcional a la violencia de mi madre, y yo sabía que aceptándola y disculpándola como lo hacía, evitaba que ella descubriera en qué se había convertido. Así, cuanto ella veía eran las mismas imágenes de sí misma que yo examinaba detenidamente cada vez que me escabullía al piso de abajo por la noche. Su preciosa imagen congelada.

Cuando mi padre la conoció, mi madre acababa de llegar de Knoxville, Tennessee, y se ganaba la vida como modelo de ropa interior y lencería. Ella prefería decir que «era modelo de enaguas». Y aquellas eran las fotografías que estaban por todas partes. Fotografías en blanco y negro de mi madre en tiempos mejores, luciendo enaguas blancas o enaguas negras. «Esa era amarillo pálido», podía decir desde el rincón del salón, tras toda una tarde en la que no había dirigido la palabra a nadie. Yo sabía que se refería a una enagua en concreto y en consecuencia me disponía a encontrar la enagua blanca que pudiera haber sido amarillo pálido. Si me equivocaba de enagua, el momento —frágil como una pompa de jabón suspendida sobre el jardín— se echaba a perder y mi madre volvía a derrumbarse en su sillón. Pero si elegía bien, y con el tiempo llegué a distinguir las —estaban la de color hueso, la ocre, la marrón claro y, mi favorita, la de color pétalo de rosa—, cogía la fotografía enmarcada y se la acercaba. Aferrada al tenue hilo de su sonrisa, me dejaba arrastrar al pasado con ella, volviéndome pequeña, sentada en silencio en el diván mientras ella me comentaba la historia de la sesión fotográfica, del hombre que la hizo o de los regalos que había recibido como parte del pago.

La de color pétalo de rosa hablaba de mi padre.

«Ni siquiera era el fotógrafo —solía decir—. Era un joven inspector de la compañía del agua que llevaba traje y un pañuelo en el bolsillo, todo prestado, aunque entonces yo no lo sabía».

Aquellos fueron los años de mi infancia, en los que mi madre aún era fuerte, antes de que se manifestaran lo que según ella eran los imperdonables defectos de la edad. Faltaban dos años para

que cumpliera los cincuenta cuando comenzó a cubrir todos los espejos con telas gruesas, pero el día que, siendo yo adolescente, le sugerí que se librara de los espejos, se opuso rotundamente. Allí siguieron mientras ella enfermaba. Testigos acusatorios, umbríos y silenciosos.

Sin embargo, en la fotografía de la enagua pétalo de rosa aún se sentía merecedora de su propio amor, y era en ese amor por sí misma en el que yo trataba de refugiarme. Lo que entonces yo ya sabía, creo, aunque no quisiera admitirlo, era que las fotografías constituían algo así como los documentos históricos de nuestra ciudad. Demostraban que, hacía ya muchos años, habían corrido tiempos más esperanzadores. Entonces tenía la sonrisa fácil, no forzada, y el miedo que con tanta facilidad podía convertirse en amargura aún no le había teñido la mirada.

«Era amigo del fotógrafo —decía—. Había venido a la ciudad a divertirse y el traje era parte del embuste de su amigo».

Sabía que no podía preguntar «¿Qué embuste, mamá?», porque aquello la llevaría de vuelta a un lugar oscuro en el que su matrimonio era fruto de una broma pesada tramada una tarde entre dos niños. En lugar de eso preguntaba: «¿Quién había encargado la fotografía, mamá?».

«El mismísimo John Wanamaker», respondía. Su cara se encendía como una farola antigua, iluminada desde el interior. El resto de la habitación desaparecía como sumida en una densa niebla. Entonces no me daba cuenta de que en aquellos recuerdos no tenía cabida la presencia de una niña.

Mientras mi madre se dejaba arrastrar al pasado, donde era realmente feliz, yo me proclamaba la fiel guardiana de ese pasado. Sí tenía los pies fríos, yo se los cubría. Si la habitación quedaba demasiado oscura, me levantaba sin hacer ruido y encendía una lamparita de mesa que proyectaba un pequeño círculo de luz —no demasiado grande—, la justa para evitar que su voz se convirtiera en un terrorífico eco informe en mitad de la oscuridad. Afuera, en la calle que había delante de casa, los obreros contratados para instalar las ventanas de cristal tintado en la nueva iglesia ortodoxa griega —verdes, pues por algún motivo el cristal de ese color era más barato— pasaban cerca de la casa y en ocasiones hacían demasiado ruido como para no advertirlo. Cuando esto sucedía, me enfrentaba a la mirada perdida y somnolienta que se apoderaba de mi madre y pronunciaba aquellas palabras que pudieran devolverla a su ensoñación sobre el pasado.

«Aparecieron cinco chicas, no ocho», decía yo.

O bien, «Aquel apellido, Knightly, era irresistible».

Cuando echo la vista atrás, pienso en lo muy estúpida que debía de sonar, repitiendo como un loro las frases de jovencita enamorada de mi madre, aunque lo más valioso de nuestra casa en aquella época era que, por desatinado que fuera todo, en su interior podíamos destilarnos en un hombre, una mujer y una niña normales. Nadie tenía que ver a mi padre poniéndose el delantal para hacer horas extra cuando llegaba a casa del trabajo, ni ver cómo yo trataba de engatusar a mi madre para lograr que comiera.

«No supe que no estaba metido en el mundo de la moda hasta después de que me besara», solía decir.

«¿Y qué me dices de ese beso?».

Llegado ese momento siempre vacilaba. El beso y las semanas que lo siguieron debieron de ser maravillosos, pero no podía perdonar a mi padre por haberla llevado a Phoenixville.

«Nueva York —decía con gesto abatido mientras se miraba los pies, separados sobre el suelo—. Ni siquiera he estado allí».

En nuestra casa solo tenían cabida las decepciones de mi madre, que yo contemplaba a diario como si colgaran de la puerta de la nevera: una lista estática que mi presencia no conseguía mitigar.

Supongo que estuve acariciándole la cabeza un buen rato. Por fin me llamó la atención el resplandor azul de un televisor que se encendía al otro lado de la calle. Cuando mis padres se mudaron a Phoenixville, este era un barrio próspero, lleno de familias jóvenes. Ahora, las casas construidas en la década de los cuarenta sobre parcelas de mil metros cuadrados solían alquilarse a parejas que no atravesaban su mejor momento. Mi madre siempre decía que era fácil distinguir a los arrendatarios porque dejaban que sus casas se pudrieran, aunque en mi opinión si la calle no se había convertido ya en un lugar en el que los ancianos solitarios morían lentamente, era gracias a ellos.

Llegó la noche y con ella el frío. Recorrí con la mirada el cuerpo de mi madre, envuelto en una doble capa de mantas, y supe que jamás volvería a asaltarle la inseguridad que provocan las fluctuaciones del aire o la luz.

«Se ha acabado —le dije—. Ya se ha acabado».

Y por primera vez, sentí el aire vacío alrededor. Por primera vez no estaba cargado de amenazas ni de insignificante oxígeno.

Mientras me llenaba de ese mundo en blanco —en el que mi madre terminaba en el límite de su piel—, oí que sonaba el teléfono de la cocina. Rodeé el porche por detrás y pasé junto a la celosía. En el porche vacío de nuestro vecino de al lado vi al gato naranja del vecindario acicalándose. Cuando era pequeña, Sarah llamaba a esos gatos «mermelada de naranja». Me fijé en la vieja tapa de metal sostenida en ángulo sobre el cubo de basura de nuestro vecino, en el que los bordes de la bolsa de papel asomaban perfectamente doblados, y me dije que debía acordarme de sacar la basura de mi madre. Durante toda mi vida me había instruido sobre cómo colocar la bolsa de basura. «Las bolsas de papel, las de plástico, son como las sábanas. Si están bien dobladas, mejoran muchísimo».

El teléfono no dejaba de sonar. Subí los tres escalones de madera y caminé hasta la puerta. Los pies de mi madre sobresalían por encima del primer escalón. Siempre se había quejado de que los contestadores automáticos que le llevaba no funcionaban. «Les tiene miedo —decía Natalie—. Mi padre cree que el cajero automático se le tragará el brazo».

Mientras apartaba el cuerpo de mi madre lo justo para poder entrar en casa, me llegó un olor. El olor a líquido de encendedor y a carbón mezclados en el aire. En aquel momento el sonido del teléfono se había convertido en un martillo que me golpeará la cabeza desde dentro o una voz que me llamara desde una pesadilla.

Lo primero que vi al entrar en la cocina fue el taburete de peldaños debajo del teléfono de pared. El plástico rojo del asiento estaba rajado y llevaba unido con cinta adhesiva treinta y cinco años, más de una década después de que me sirviera como trona. Verlo en la cocina fue como ver un león solitario, mejor sería no prestarle atención. Pero se abalanzó sobre mí, rugiendo con el sonido del teléfono que tenía encima, devolviéndome a los momentos en que mi padre me sentaba

en él. Vi a mi padre de joven, sonriente, y la muñeca temblorosa de mi madre que me acercaba melocotones y plátanos —aplastados a mano— a los labios. Cuánto se había esforzado y cuánto debió de odiarlo desde el principio.

Me agarré al auricular como si fuera un bote salvavidas.

—¿Diga?

—¿Necesitas ayuda?

La voz era anciana, débil, pero no me inquietó menos que si la hubiera oído al otro lado de la puerta. —¿Cómo?

—Llevas en el porche un buen rato.

Más tarde recordaría que aquel fue el primer instante en que sentí miedo, el momento en que me di cuenta de que, según las normas del mundo exterior, lo que había hecho no admitía ninguna justificación.

—¿Señora Leverton?

—¿Estáis bien, Helen? ¿Le pasa algo a Clair?

—Mi madre está bien —respondí.

—Puedo avisar a mi nieto. No le importará echaros una mano.

—Mi madre quería salir al jardín.

Desde donde me encontraba podía mirar por la pequeña ventana que había sobre el fregadero y ver el jardín. Recuerdo a mi madre esforzándose por colocar una enredadera de modo que los Leverton no lograsen ver nuestra casa desde su habitación del piso de arriba. «Ese hombre clavará los ojos en tus zonas más íntimas», decía mi madre, asomada a la ventana de mi habitación, justo encima de la cocina, mientras separaba los tallos y arriesgaba su vida y la de la planta para asegurarse de que el señor Leverton jamás viera nada. Tanto la enredadera como el señor Leverton llevaban años muertos.

—¿Está Clair ahí fuera? —preguntó la señora Leverton—. Hace un frío espantoso.

Aquello me dio una idea.

—La está saludando con la mano —dije.

«La inocente —la llamaba mi madre—. Con esa pinta de no haber roto nunca un plato y estúpida a más no poder».

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—Helen —dijo por fin la señora Leverton, muy despacio—, ¿seguro que estáis bien?

—¿Cómo dice?

—Tu madre jamás me saludaría. Lo sabes tan bien como yo. No tan estúpida, en realidad. —Pero gracias por decirlo.

Tenía que entrar el cuerpo de mi madre. Así de simple. —¿No la ve? —arriesgué.

—Estoy en la cocina —respondió la señora Leverton—. Son las cinco, y siempre empiezo a preparar la cena a las cinco en punto.

La señora Leverton era la mejor. A sus noventa y seis años era la única integrante del vecindario totalmente en activo. Comparada con ella, mi madre no había sido nada. En realidad, la competición final entre mujeres parecía tan estúpida y ordinaria como las que se habían sucedido hasta entonces. A quién le crecía antes el pecho, quién se acostaba con el chico más

popular, quién se casaba con un buen partido, quién tenía la mejor casa. En la vida de mi madre y de la señora Leverton, todo se reducía a quién viviría más años. Sentí ganas de decir: «Felicidades, señora Leverton. ¡Ha ganado!».

—Es usted asombrosa, señora Leverton.

—Gracias, Helen.

¿Es posible *oír* el orgullo?

—Le pediré a mi madre que entre en casa. Pero siempre hace lo que quiere.

—Sí, ya lo sé —respondió. Siempre había escogido sus palabras con mucha cautela—. Ven a verme cuando quieras y mis mejores deseos para tu madre.

Sus mejores deseos, me abstuve de comentar, eran tan improbables como el saludo de mi madre.

Colgué el auricular. Era probable que, al igual que mi madre, la señora Leverton también pensara que los teléfonos funcionaban mejor cuando iban sujetos a un cordón. Yo sabía que el año pasado había estado delicada de salud, pero según le había dicho a mi madre seguía haciendo ejercicio a diario y poniéndose a prueba con las capitales de estado y los ex presidentes.

—Increíble —dije para mí, y el eco húmedo de la palabra rebotó contra el linóleo verde y dorado. Quería salir corriendo y detallarle a mi madre la llamada de teléfono, pero cuando miré en su dirección a través de la puerta de vaivén, vi al gato naranja sobre su pecho, jugando como un cachorro con el lazo de su trenza.

Dentro de mí, la niña que siempre había protegido a su madre corrió a la puerta y ahuyentó al gato del porche, pero cuando vi que aquel enorme gato lleno de cicatrices al que mi madre había bautizado «Chico Malo» se acomodaba sobre su pecho y le agitaba la trenza por el lazo con las patas delanteras, me descubrí incapaz de moverme.

Al fin, después de todos estos años, la vida de mi madre se había apagado, y lo había hecho yo, del mismo modo que apagaría la mecha parpadeante de una vela a punto de extinguirse. En aquellos minutos, mientras ella peleaba para tomar aire, se había cumplido el sueño de mi vida.

El gato naranja siguió jugueteando con el lazo de su pelo hasta que logró deshacerlo, y el lazo salió disparado hacia arriba y aterrizó en la cara de mi madre. Fue entonces, el lazo rojo en su mejilla, el gato alargando la pata para alcanzarlo, cuando me llevé un puño a la boca para sofocar un grito.

3

Me senté en el suelo de la cocina. El cuerpo de mi madre seguía tendido al otro lado de la puerta. Sentí ganas de encender la luz del porche pero no lo hice. «Mirad esto —imaginé que les decía a los vecinos—. Aquí es donde termina todo».

Aunque en realidad no lo creía. Creía, al igual que mi madre había hecho siempre, que estaban ellos y estábamos nosotros. «Ellos» eran la gente normal, feliz, y «nosotros» los que ya no podíamos estar más jodidos.

Recordé que cuando tenía dieciséis años le había echado agua en la cara. Recordé que había dejado de hablarle y que la había visto destrozada, como nunca hasta entonces, intentando aprender el lenguaje de las disculpas. Verla hacer aquello —admitir que se había equivocado— fue uno de los momentos más penosos de toda mi vida. Yo había intentado salvarla con mi cháchara sobre la asignatura de química y el examen de álgebra que acababa de suspender. Llenar los momentos de silencio en que ella paseaba por el borde de la alfombra y yo me quedaba sentada en la silla de mi habitación, conteniéndome.

Entonces me fijé en que, al otro lado del espeso seto que rodeaba el jardín de mi madre, Cari Fletcher salía de su casa con un plato de carne. Mientras se cerraba la puerta de su cocina y bajaba los tres escalones de madera en dirección a su jardín, con una cerveza en una mano y una radio portátil en la que escuchaba una emisora de deportes en la otra, imaginé un círculo de antorchas y un grupo de blancos exaltados vestidos con taparrabos que colocaban el cadáver de mi madre en una pira funeraria comprada por catálogo.

«Me gusta el hombre de al lado —había dicho mi madre cuando Cari Fletcher se mudó a la casa seis años atrás—. Es patético, lo que significa que es reservado».

Ahora se encontraba al otro lado de la celosía, en un jardín que momentos antes había estado vacío.

Si Hilda Castle hubiera llamado un día más tarde, Sarah habría estado de visita ese fin de semana y me habría ayudado a subir a mi madre por las escaleras y a llevarla al baño. Sin embargo, lo más probable es que Sarah hubiera hecho algunas llamadas de teléfono. Las sencillas llamadas de teléfono que cualquiera en su sano juicio habría hecho. No me imagino a mi hija pequeña al lado de su abuela, sentada en su sillón de orejas toda embadurnada, y diciendo: «Mamá, matémosla. Es la única solución».

Me coloqué a cuatro patas, avancé hasta la puerta y miré el cuerpo de mi madre y después, a través del seto, al jardín de al lado. El señor Donnellson, que había vivido en su casa hasta que su

familia lo llevó a una residencia de ancianos, hacía ya muchos años le había pedido a mi madre que se casara con él. «No nos queda nadie. ¿Por qué no nos hacemos compañía, Clair?», le había preguntado.

La había visto salir a por el periódico y minutos más tarde se había presentado en nuestra casa con un ramo de tulipanes morados. «¡Que había plantado su esposa!», solía repetir mi madre. Recuerdo que su oferta me entusiasmó tanto que cuando mi madre lo rechazó me sentí tentada de correr a su casa para ver si, aunque fuera de otra generación, estaba dispuesto a mantenerla.

Cuando el señor Donnellson murió mi madre se regodeó en su victoria. «Me habría tocado limpiarle la baba durante cinco años y después enterrarlo», decía. El día de su entierro, mi madre culpó de las lágrimas que le asomaban a los ojos a las cebollas que había estado cortando con su viejo cuchillo de cocina afilado a mano.

Las tres hijas de Peter Donnellson vendieron la casa y mi madre se fue haciendo a la idea de que la derribarían. Pese a lo evidente —la zona llevaba años de capa caída—, mi madre temía que Phoenixville se llenara de nuevos ricos. Le preocupaban sus enormes arces, cuyas raíces se extendían hasta el jardín del señor Donnellson. Le preocupaba el ruido y la idea de vivir rodeada de niños que gritaran a todas horas. Me hizo investigar sistemas de insonorización y se planteó tapiar las ventanas de esa parte de la casa con bloques de hormigón. «Me las pagarán», decía, y entonces yo llenaba de agua la tetera y me sentaba a escuchar su zumbido tranquilizador.

Sin embargo, Cari Fletcher se mudó solo a aquella casa y no cambió nada. Era empleado de la compañía telefónica y salía a trabajar sobre el terreno muy temprano todas las mañanas. Regresaba a casa cada día a la misma hora salvo los viernes. Los fines de semana se sentaba en el jardín y bebía cerveza. Salía con el periódico, un libro, y nunca se olvidaba la radio portátil, en la que escuchaba los deportes o programas de llamadas en directo. En ocasiones recibía la visita de su hija, Madeline, a la que mi madre llamaba «el monstruo de feria» por sus tatuajes. Mi madre se quejaba del ruido de su moto y de «toda esa carne esparcida sobre el césped», pero jamás había hablado con Cari Fletcher, y él nunca se había tomado la molestia de presentarse. Cuanto sabía de mis vecinos en ese momento era información de segunda mano que la señora Castle se encargaba de darme, junto con las sopas de sobre o los botes de mermelada, cada vez que nos cruzábamos por la calle.

Mientras el señor Fletcher se disponía a dar la vuelta a sus filetes me llegó el chisporroteo de las gotas de grasa que caían sobre el fuego, mezclado con el ruido del partido. Aún de rodillas, una posición que me negaba a adoptar en Westmore —las rodillas sufrían demasiado—, apoyé las manos en el suelo, crucé la puerta a gatas y cuando llegué junto a mi madre me quedé de rodillas a su lado. Recordé el artículo que había leído sobre un hombre tan devoto que había cruzado Berlín de un extremo a otro cargado con una réplica de la cruz de Jesucristo, vestido únicamente con una especie de pañales a lo Gandhi y desplazándose en todo momento sobre sus ensangrentadas rodillas.

El pequeño arañazo en el rostro de mi madre había cicatrizado. Se le habían formado unos círculos morados alrededor de los ojos. Recordé los días en que le daba la vuelta en la cama y le colocaba mantas de piel de borreguito debajo del cuerpo para aliviar las inevitables llagas que le aparecieron durante la larga convalecencia que siguió a su operación de cáncer de colon.

El señor Fletcher se sirvió los filetes, cogió la carne y la radio y entró de nuevo en su casa. Me di cuenta de que era el tipo de hombre que nunca levantaba la vista del suelo. Me fijé en las brasas aún encendidas que quedaban en la parrilla.

Habría tenido que gritar «¡Fuego!» para que algún vecino, excepto la señora Leverton o el señor Forrest, que vivía al final de la calle, me prestara atención. En los años que siguieron a los últimos tiempos de Aceros Phoenixville, las calles cercanas se habían ido quedando desiertas. Había muchas propiedades vacías y, desde la habitación de invitados en que solíamos guardar las armas de mi abuelo, había contemplado la demolición de un bonito edificio Victoriano tan solo dos calles más abajo. Cuando el techo cónico se hubo desplomado ya no quedó nada por ver, salvo la nube de polvo viejo que se dispó sobre las casas de los vecinos menos favorecidos.

Habría intentado convencer a mi madre de que se trasladara a una residencia de ancianos, pero ella no cedió y lo cierto es que en parte la admiraba por ello. El grupo de primeros vecinos era cada vez más reducido: la señora Leverton en la casa de atrás, el señor Forrest cinco casas más abajo y la sufrida viuda del señor Tolliver.

El único al que mi madre había considerado alguna vez su amigo era el señor Forrest. Vivía al otro lado de la rotonda y no tenía familia. Su casa era del mismo tamaño que la de mis padres y las habitaciones estaban llenas de libros. Cuando pasaba en coche por delante de su casa solía recordar las tardes que él y mi madre habían pasado juntos, empezando a preparar el aperitivo a las cinco para que todo estuviera listo cuando llegara mi padre a las seis. Yo abría la puerta y el señor Forrest me entregaba una bolsa de papel. En su interior había aceitunas curadas, queso fresco o pan francés, y a los treinta minutos de su llegada solía esconderme en un rincón en lo alto de las escaleras a escuchar cómo la risa de mi madre se apoderaba de la casa.

Me incliné sobre el cuerpo de mi madre, busqué la toalla con la que la había asfixiado y le cubrí con ella la cara. Después me santigüé. «¡Eres tan poco católica!», me decía Natalie cuando éramos pequeñas e intentaba imitarla. Mi cruz seguía siendo una especie de «X» mal trazada.

—Lo siento, mamá —susurré—. Lo siento mucho.

Volví a entrar en casa y busqué el ladrillo que utilizábamos para mantener la puerta abierta. Pensé en Manny, en el día que llegó cargado con provisiones para un mes que había comprado en unos grandes almacenes de las afueras. Yo estaba en el salón y, cuando me volví para que me lo presentaran, su mirada se desplazó por unos segundos a mi pecho. Más tarde, mi madre me reprendió por llevar ropa ajustada.

«Pero si es un jersey de cuello alto», respondí.

Mi madre se echó a reír. «Supongo que tienes razón. Ese chico es un salido». Recuerdo que me pregunté dónde habría aprendido aquella palabra, si tal vez se la había enseñado Manny. Sabía que, en ocasiones, cuando no tenía adonde ir, llegaba a casa con películas y las veía con ella. Mi madre había visto *El Padrino* tantas veces que ya había perdido la cuenta.

Me incorporé, me llevé las manos a la espalda y tracé un arco que Natalie describía como mi «estiramiento de obrero de la construcción». Sabía que tendría que tomármelo con calma, igual que cuando posaba. Que lo que había hecho y lo que estaba a punto de hacer requería un grado de resistencia física para el que ni mil clases de baile podrían haberme preparado.

Regresé a la entrada y me quedé de pie a su lado. Si la señora Leverton estuviera

observándonos desde el piso de arriba con los prismáticos de su marido, ¿qué explicación daría a lo que veía? Si se lo dijera a su hijo, ¿creería este que finalmente su madre estaba perdiendo la razón? Miré a mi madre y le sonreí. Estaría radiante, le habría encantado que por contar que me había visto manipulando su cadáver, la señora Leverton fuera derribada de su pedestal y desterrada al mundo de los ancianos dementes.

Empujé levemente el cuerpo de mi madre con la punta de las zapatillas de baile. Después de eso llegó el momento de las maldiciones y de los grandes esfuerzos.

—Mierda —repetí una y otra vez, a intervalos regulares como los de la respiración, en tanto que tensaba el estómago y me preparaba para el levantamiento. Agarré el cuerpo de mi madre por los extremos de las mantas, asegurándome de tirar por debajo de sus hombros para evitar que resbalara. Seguí maldiciendo en voz alta mientras entraba de nuevo en la cocina, arrastrándola conmigo. De un tirón final, conseguí hacerla pasar por encima del umbral y después me agaché despacio y me senté en el suelo con su cuerpo entre las piernas.

—Adentro —dije, y aparté el ladrillo de una patada. La puerta comenzó a cerrarse lentamente y tuve que darle un golpe con el pie para ayudarla a completar el trayecto. Al susurro del burlete de goma negra que había en la parte inferior de la puerta le siguió el ruido seco que indicaba que se había cerrado, y solo entonces fui capaz de oír los estertores de la muerte. El sonido áspero, ronco y prolongado que emanaba de su pecho.

En mi casa, aquella mañana, había quitado el polvo de los globos de cristal de las lámparas y pintado las garzas de madera que había colgado con hilo transparente sobre la ventana de mi habitación. Ahora, en mi imaginación, las alas extendidas de aquellos pájaros se habían convertido en una señal de mal augurio. Cuando volviera a verlas sería una persona distinta.

Eché un vistazo al reloj de la cocina. Eran más de las seis. De algún modo había pasado más de una hora desde que hablara con la señora Leverton.

Me detuve unos instantes, aún aferrada al cuerpo de mi madre, e imaginé a Emily y a su marido, John, subiendo la escalera con sus hijos, John cargado con Jeanine, de cuatro años, que pesaba más que su hermano, y Emily con Leo, de dos años, abrazado contra su pecho. Pensé en los regalos, a veces acertados, que les había mandado por Navidad a lo largo de esos años: los pijamas de una pieza en azul y rosa causaron sensación; el juego de las bolas de madera unidas por un cordel fue juzgado inapropiado para su edad.

Me puse en pie y la imagen de Leo metido en su cuna me tranquilizó, pero entonces llegó el recuerdo asociado de mi madre con los brazos extendidos hacia él, dejando que cayera al suelo.

Cuando hube colocado su cuerpo cerca de la cocina, me volví para abrir el grifo y dejé que corriera el agua fría. Una y otra vez me llené las manos y me lavé la cara, sin salpicar, con gran precisión, acercando con cuidado las mejillas al charco de agua que sostenía entre las manos. En las noches de calor, Jake, mi ex marido, traía cubitos de hielo y me recorría con ellos los hombros y la espalda, después me los pasaba por el estómago y los pezones hasta erizarme toda la piel.

Comencé a desenvolver el cuerpo de mi madre. Primero aparté la manta Hudson Bay, roja y rugosa, y después la más delicada manta mexicana de algodón blanco. Rodeé su cuerpo, tirando fuerte de cada una de las puntas. La suave toalla seguía sobre su cara.

Leo no rebotó, como mi madre aseguró que creía que sucedería, sino que la caída se vio

frenada por el borde de una silla del comedor. Aunque le quedaría una cicatriz en la frente como recuerdo de ese momento para el resto de su vida, era probable que aquella silla le hubiera salvado la vida. De otro modo habría caído de bruces contra el suelo. La expresión de mi madre aquel día fue de sorpresa y de dolor. Emily le echó a ella toda la culpa, envolvió al desconsolado Leo en su frazada azul y la llamó de todo. Yo me quedé de pie entre ellas y después seguí a Emily de camino a mi coche. No me volví para comprobar si mi madre nos estaba mirando desde la entrada.

—Nunca más —gritó Emily—. Estoy harta de tener que disculparla.

—Tienes razón —dije—. Sí —dije—. Sé a qué te refieres —dije, y me senté al volante de mi coche. Aquel día conduje con más seguridad de la que hubiera tenido jamás, de camino al hospital Paoli, a toda velocidad por carreteras serpenteantes.

Le levanté la falda y le dejé al descubierto las piernas y las rodillas, los muslos carnosos. El olor del percance que había sufrido se apoderó de mí.

—Las piernas son lo último en fallar —me dijo una vez. Estábamos sentadas frente al televisor, viendo a Lucille Ball. El pelo de Ball era en aquella época tan rojo y tan artificial que se parecía más a una muestra de sangre de Bozo que a la peluca que lucía el payaso. Llevaba una chaqueta de esmoquin hecha a medida que le daba el aspecto de un reloj de arena alargado y le llegaba por debajo de la cadera, pero sus piernas, adornadas con medias de rejilla y rematadas por unos zapatos de tacón alto, no se detenían jamás.

Me acordé de un día que había llamado a casa desde Wisconsin. Emily debía de tener casi cuatro años. Mi padre atendió la llamada y enseguida lo noté.

—¿Qué ocurre, papá?

—Nada que deba preocuparte.

—Te noto extraño. ¿Qué pasa?

—Me he caído.

Me llegó el sonido del reloj de pie que había en el salón, su profundo repiqueteo coral. — ¿Estás tumbado?

—Tengo esa vieja colcha encima y tu madre hace lo que puede. Te la paso.

Oí que el auricular cambiaba de manos y me adentré en una inquietante tierra de nadie mientras esperaba a que mi madre se pusiera al teléfono.

—Está bien —se apresuró a decir—. Solo un poco atiborrado de medicación.

—¿Puede ponerse otra vez?

—Ahora mismo es un conversador pésimo —respondió.

Le pregunté a mi madre qué había pasado exactamente.

—Ha tropezado en las escaleras. Tony Forrest lo ha llevado al médico. Ha sido por culpa de la cadera y de esas malditas venas varicosas. Tony dice que Edna St. Vincent también murió de eso.

—¿Por culpa de las venas varicosas?

—No. En las escaleras. Se cayó.

—¿Podría hablar con él?

—Llama dentro de unos días. Ahora está descansando.

Entonces sentí los kilómetros que nos separaban. Traté de imaginarme a mi padre debajo de la colcha artesanal, dormido, mientras mi madre correteaba por la casa, preparando la comida a base de copos de cereales reblandecidos y maíz enlatado.

La casa estaba totalmente cerrada y no dejaba de sudar, pero no me atrevía a abrir una ventana. Me aterraba que los pulmones de mi madre dejaran escapar otro estertor que pudiera viajar por el aire y despertar a aquellas mujeres que, como mi madre, vivían solas y temían tales cosas. El intruso que se cuela por la noche y acaba con tu vida. La hija abnegada que de repente se descubre con la mano encima de la toalla, encima de tu cara, apretando contra esa cara, algo en su interior golpeándola una vez, y otra, la venganza de la niña por fin satisfecha.

Volví a abrir el grifo de la cocina. Esperé a que el agua saliera caliente. Vi los platos que la señora Castle había lavado y colocado en el escurridor de buena mañana y me pregunté qué la movería a ir a una casa como la de mi madre para ayudar a una anciana día tras día, año tras año.

Los Castle se mudaron a nuestro barrio cuando yo tenía diez años. La señora Castle se ganó la fama de ser la mujer más hacendosa y su marido la del hombre más atractivo. Cuando venían a casa a recoger los caballitos de madera que llevaban a la feria de la iglesia, mi madre y mi padre se sentaban con ellos en el salón, cada uno felizmente distraído con lo suyo; mi padre con la señora Castle y mi madre con el señor Castle, o Alistair, como ella lo llamaba, arrastrando la última sílaba con aire melancólico, como si su nombre fuera sinónimo de arrepentimiento.

De repente supe qué iba a hacer. Lavaría a mi madre tal y como me había propuesto, aunque entonces ya no cabía la posibilidad de que protestara, de que abriera los ojos como una vieja muñeca de porcelana, los destellos del cristal azul, una acusación inmediata. Ya no me importaba que el suelo quedara cubierto de agua. Mi mayor detractora estaba muerta. *¡Carpe diem!*

Me incliné hacia la izquierda y abrí el viejo armario de metal. En su interior había suficientes recipientes de plástico de comida para llevar, con sus correspondientes tapas abombadas, para guardar en ellos los corazones y pulmones de todos y cada uno de los vecinos que vivían a lo largo de Phoenixville Pike. Pero yo buscaba otra cosa. Algo que ocupaba un lugar muy destacado en mi memoria. Metí un brazo, aparté a un lado los recipientes de plástico, y en el fondo, allí donde nadie había hurgado en muchos años, encontré la palangana para los vómitos traída a casa del hospital, justo lo que andaba buscando.

Era de un tono verde turquesa pálido, similar al de los uniformes de los cirujanos. Al verla de nuevo un escalofrío me recorrió la espalda. «Estuvo a punto de morir», era siempre la última frase de la historia. Durante años me había preguntado por qué razón, si la historia versaba sobre mi padre, mi madre siempre terminaba convertida en la protagonista absoluta.

Llené el recipiente con agua muy caliente y añadí un chorro de lavavajillas. Si mi madre estaba cubierta de grasa, ¡aquel jabón prometía eliminar hasta la última gota! Cerré el grifo, alcancé la esponja para lavar los platos y un trapo y me arrodillé para comenzar mi tarea.

Decidí empezar por abajo e ir subiendo.

Le quité las medias de compresión antiembólicas y las enrollé, resistiendo la tentación de lanzarlas por encima de su cuerpo y a lo largo del pequeño pasillo que daba al salón. Con puntería y la suficiente fuerza en el brazo podría haberlas metido en la cesta de madejas de hilo que había junto a su sillón de orejas. En lugar de eso, las dejé a un lado y me dije que ya me ocuparía de

ellas más tarde.

Allí estaban los dedos de sus pies, delicados a la vista. Llevaba años acostumbrada a ellos. A la señora Castle no podíamos pedirle que le cortara las uñas, de modo que un domingo al mes me acercaba para cumplir con mis funciones de auxiliar de mantenimiento y le limpiaba y recortaba aquellos lugares a los que ella ya no llegaba. Ocuparme de sus pies se convirtió en una forma peculiar de revivir el pasado, una especie de reposición en la que yo, en absoluto silencio, desaparecía de la habitación y mi cuerpo entero se comportaba como alguna vez lo había hecho su mano. Le pintaba las uñas de un tono coral de Revlon que, si bien no era exactamente el mismo que ella misma se había aplicado una vez a la semana durante cuarenta años, se parecía tanto que jamás fue motivo de comentario ni de queja.

Comencé por los pies; hundí el trapo de cocina en el agua caliente, lo escurrí y primero le envolví uno y después el otro. Como una buena pedicura, me ocupé de un pie mientras el otro se humedecía. Me serví de la esponja de lavar los platos —por el lado suave o el rugoso, dependiendo de las necesidades— para frotárselos y enjuagárselos. En las piernas de mi madre reconocí las venas que sabía que también se encontraban debajo de mi piel y que desde hacía poco me habían comenzado a asomar en la parte posterior de las piernas y detrás de las rodillas.

«Has matado a tu madre, sí, ¡pero es increíble lo limpia que está!», imaginé que se cantaba en un musical en el que las brujas sostenían manzanas y se balanceaban colgando de cuerdas atadas a su cuello.

«Es un mal día, Helen», diría mi madre. «No pasa nada, cariño», diría mi padre.

El día que murió mi padre, llegué a casa y me encontré a mi madre con la cabeza entre las piernas, sentada al pie de las escaleras. En las semanas que siguieron no dejó de hablar de las venas varicosas de mi padre y del gran sufrimiento que le habían causado. Decía que por las mañanas tenía las piernas agarrotadas y a menudo trastabillaba y tropezaba con la menor arruga de la alfombra. Repetía las anécdotas de su torpeza cuando hablaba por teléfono con el tendero, que aún le llevaba la comida a casa, o con Joe, el barbero de mi padre, a quien había llamado en un momento de enajenación después de haberme llamado a mí. Joe apareció poco después de que yo llegara, preocupado por que mi madre estuviera sola. Se quedó en la puerta con la boca abierta, incapaz de articular palabra. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, alzó una mano, se santiguó y se marchó. ¿Sería el miedo o el respeto lo que hizo que Joe jamás mencionara la brecha que mi padre tenía en la parte posterior de la cabeza, ni el círculo de sangre que había en la pared?

Muy despacio, avancé hasta las rodillas. «Me sonríen», me susurró una vez el señor Donnellson, encantado de ver a mi madre en una de las raras ocasiones en que se puso pantalones cortos.

Momentos más tarde, mientras limpiaba la mierda de aquellos muslos rollizos, recordé de repente la noche que mi padre clavó en la pared del piso de arriba una lista de normas escritas a toda prisa:

El armario de la ropa blanca debe estar siempre cerrado. En casa no

están permitidas las cerillas. Hay que controlar las bebidas
alcohólicas.

Tardé unos segundos en darme cuenta, absorta como estaba en el recuerdo de las frecuentes peleas de mis padres —ella en camisón, mi padre vestido con la ropa del trabajo—, de que alguien estaba llamando a la puerta. Contuve la respiración y me quedé escuchando el sonido de la aldaba al chocar contra el soporte.

No hice el más mínimo ruido. Noté que un chorro del agua jabonosa que rezumaba de la esponja me recorría el brazo, de la muñeca al codo. La pequeña salpicadura que una gota de agua pudiera hacer al caer en la vieja palangana sería como el estallido de una bomba en mitad del campo.

La aldaba volvió a golpearla puerta. En aquella ocasión el golpeteo fue rítmico, como el de una alegre canción que me resultaba familiar.

En el tiempo de silencio que llegó a continuación, cobré conciencia de mis músculos, como en ocasiones me sucedía cuando estaba posando. A fin de mantener la pose durante un buen rato, el cuerpo debía acostumbrarse paulatinamente a la quietud, resultaba imposible quedarse inmóvil de repente y mantenerse de ese modo. Sentí la presencia de aquella persona al otro lado de la puerta y traté de imaginarme en Westmore, subida a la tarima enmoquetada del estudio de arte. Los dedos de los pies hundidos en la sucia alfombra marrón, apoyada sobre los codos, acostumbrados desde hacía ya tiempo a aquel roce doloroso.

Volvieron a llamar. De nuevo la alegre melodía de cuatro golpes breves espaciados, silencio, y dos más, en aquella ocasión seguidos de un impaciente «toe, toe, toe».

Me di cuenta de que quienquiera que fuese le estaba dando tiempo a mi madre para llegar a la puerta entre la primera llamada y la segunda, e incluso entre la tercera y la cuarta. Al fin y al cabo ya era tarde. Era una mujer mayor. La miré. Podría estar durmiendo con el camisón enrollado a la altura de la cintura.

—¿Señora Knightly?

Era la señora Castle.

—Señora Knightly, soy Hilda Castle. ¿Está ahí?

«¿Dónde iba a estar si no? —pensé enfadada—. Está tumbada en el suelo de la cocina. Lárguese».

Entonces oí unos golpes en la ventana delantera del salón. El ruido de su gruesa alianza de platino contra el cristal. Una vez le pregunté por qué seguía llevándola después del divorcio. «Me recuerda que no debo volver a casarme», respondió.

Solo cuando oí su voz —un susurro escandaloso— me di cuenta de que había conseguido abrir la ventana.

—Helen —susurró—. Helen, ¿me oyes?

«¡Putas!», pensé en solidaridad con mi madre. ¿Qué derecho tenía a levantar el cierre?

—Sé que estás ahí. Estoy viendo tu coche.

«Está hecha una auténtica Sherlock», pensé.

Pero entonces oí que cerraba la ventana y todos mis músculos se relajaron. Segundos más tarde me llegó el ruido de sus pasos, cada vez más lejanos. Miré las piernas y los pies de mi madre.

—¿Qué precio tuviste que pagar? —pregunté. No me refería a sus pertenencias, sino a la intimidad, que siempre había sido tan importante para ella. Y que había vendido a cambio de la visita diaria de la señora Castle.

Sabía que la señora Castle regresaría por la mañana. Lo tenía tan claro como que sus susurros se habían agarrado a mis tobillos como cuerdas.

Era evidente que necesitaba ayuda. Me levanté despacio y pasé por encima de mi madre para llegar al teléfono. Tomé aire y cerré los ojos. Vi, proyectada, una bobina cinematográfica en la que siluetas de vecinos y policías invadían la casa a cámara rápida. Eran tantos que se quedaban atascados en puertas y ventanas con los brazos y las piernas doblados en extrañas posturas, como un grupo de bailarines de Martha Graham, estrujados entre los marcos de las puertas y las ventanas, todos ellos vestidos de uniforme o con trajes de lana bien planchados.

Nunca me ha gustado el teléfono. Diez años atrás, en un absurdo y arrebatado intento por mejorar, coloqué unas pegatinas de caritas sonrientes en el teléfono de mi habitación y en el de la cocina. Después hice dos etiquetas y las pegué en los auriculares. «Es una opción, no una amenaza», se lee en ellas.

La última dirección que tenía de Jake era la de una universidad en Berna, Suiza, donde le habían ofrecido un puesto temporal como profesor, pero de eso hacía por lo menos tres años. La forma más sencilla de encontrar a Jake era contactando con sus antiguos alumnos, sus acólitos, sus empleados, sus fieles. Sabía que podía tardar horas, pero también sabía que Jake era mi única esperanza. Un cadáver cambiaba de aspecto con rapidez, aun en las frías noches de octubre como aquella, y sabía que no podría deshacerme de mi madre sin ayuda.

Me quedé apoyada junto al teléfono durante lo que me parecieron al menos treinta minutos y después descolgué. Los Knightly nunca pedían ayuda, y los Corbin, la familia de mi madre, antes que hacer algo así preferirían clavarse tenedores en la garganta. Solucionábamos nuestros asuntos en privado. Nos arrancábamos los dedos y los pies —las manos, las piernas, incluso la vida—, pero bajo ningún concepto pedíamos ayuda. La necesidad era como una mala hierba, un virus, un hongo. Una vez sucumbías a ella, se extendía y te dominaba.

Mientras descolgaba el auricular me sentí de nuevo como una niña pequeña, avanzando por la nieve hasta desaparecer, tumbada en un enorme montículo de nieve, oyendo que mis padres me llamaban, disfrutando la sensación de estar comenzando a congelarme.

4

Tenía dieciocho años y estaba en primero de carrera cuando conocí a Jake. Él tenía veintisiete y era mi profesor de historia del arte.

Según él, era capaz de recordar el momento exacto en que su corazón comenzó inevitablemente a seguir el camino a mi entrepierna.

Estaba dando una clase sobre Caravaggio y el concepto de obra desaparecida cuando dejó de escribir en la pizarra, se volvió y me encontró peleándome con mis gafas nuevas. Las agarraba por la montura dorada como si fueran una mantis religiosa, tan extrañas y delicadas me parecían.

—Aquella noche soñé contigo. Entré en mi habitación y tu estabas allí sentada, leyendo, con las gafas doradas y esa melena negra tuya. Cuando me acerqué, desapareciste.

—Lo siento —respondí, apretada junto a su cuerpo en la pequeña cama de la residencia de estudiantes.

—Entonces ese perro, al que le había puesto Tank y que mis padres no dejaron que me quedara, te sustituyó.

—¡Guau! —exclamé.

Sin embargo, no supe nada de sus sueños hasta después de haber posado para él.

Recuerdo el vestido rosa de lana que llevaba y la suavidad del mohair en contacto con mi piel. Me había puesto mis mejores galas para entrar en una clase del edificio de arte que olía a tubos incandescentes de un viejo radiador, y quitármelas de nuevo. Al final, la camisola y la enagua acabaron en manos de Jake, que me ayudó a vestirme para volver a mi habitación, donde me desnudaría de nuevo. Sus dedos, anchos como espátulas, eran capaces de la mayor delicadeza, pero cuando me acercó la camisola y la enagua de satén me resultaron extraños; las uñas, mordidas y manchadas de carboncillo y pintura, creaban un brusco contraste con las delicadas tiras de encaje de las que me había enamorado nada más verlas en Marshall Field's. Aquella era la imagen que a menudo relacionaba con mi pérdida de la virginidad.

Cuando llegó la hora de pintar el dormitorio de Emily, Jake se acordó del burro que su abuelo había pintado para él en su habitación de niño. Montado en el burro aparecía un hombre de tez morena y rasgos afilados, y atadas al lomo del animal unas alforjas llenas de flores. Lo que Jake recordaba era que, pese al freno que llevaba en la boca, el burro parecía sonreír y tenía los ojos cerrados en una especie de sueño vigilante.

Mientras Emily permanecía acurrucada en mi interior, de vez en cuando dando patadas, Jake comenzó a preparar el dibujo haciendo esbozos en las paredes con carboncillo. Aún no nos

habíamos casado y aún nos negábamos a reconocer que en realidad ambos temíamos que hacerlo pudiera ser un error.

—Según parece, las formas grandes y coloridas son las más apropiadas —le comunicué—. Estimulan el cerebro del bebé sin saturarlo.

Jake había colocado nuestro colchón en mitad de la habitación para que pudiera tumbarme y exponerle aquellas teorías mientras él dibujaba. Estaba obsesionado con el tamaño de mi vientre, el modo en que Emily anunciaba su presencia, centímetro a centímetro.

—Es pura energía —decía cuando apoyaba en él la mano—. Y eso que ni siquiera ha llegado. A veces creo que nos toma el pelo.

—Lo hace —respondí convencida—. Los contornos redondeados calman al bebé —leí en voz alta de un libro que nos había mandado el señor Forrest.

—¿Por qué ahora resulta que tenemos que seguir las normas? —preguntó Jake.

—De acuerdo —respondí, y lancé el libro, que resbaló unos metros sobre el suelo y por fin se detuvo—. Los contornos abruptos calman al bebé.

—Así me gusta.

—Los cuchillos, las pistolas y las escenas de violencia llevan al bebé hasta el país de los sueños.

Jake se acercó al colchón y se tumbó a mi lado.

—Lizzie Borden es uno de los personajes favoritos de los más pequeños. ¿Por qué no la dibujas cubierta de sangre y hacemos feliz al bebé?

—Sigue —dijo Jake.

—Podemos cubrir las paredes, si hace falta. El papel pintado es muy bonito. Y los clavos. Montones de ellos.

—Quiero follarte.

—Dibuja.

Después de casarnos, durante el breve espacio de tiempo en que fingí que me gustaba cocinar, quitaba la tira de grasa de una escurridiza pechuga de pollo y extendía el pedazo de carne sobre la parrilla, imaginando que lo que manipulaba era el corazón de mi madre. Después miraba por la ventana de la casa que habíamos alquilado en Madison y veía la hilera de coches detenidos frente al semáforo, esperando para alejarse del campus como un montón de ruidosos glóbulos alineados en una arteria. Aquello era lo único que me permitía volver a la realidad y deslizar la parrilla en el horno: saber que en uno de esos coches que regresaban a las viviendas que la facultad facilitaba a sus empleados viajaba mi marido, de camino a casa.

Siempre puse mucho cuidado en lavar bien el cuchillo y la tabla de cortar, y en mantener las manos debajo del agua hasta no resistir más el calor, tanto era el miedo que tenía de infectar a Jake o de tocar sin querer el borde del biberón de Emily o el tazón azul en que le servía la compota de manzana.

Después de lavar y secar todos los utensilios, y una vez que los aromas de las especias que nos traía la esposa del profesor titular, que se compadecía de nosotros, habían inundado la cocina, me concedía un respiro y entraba en la habitación de Emily. Allí me sentaba a esperar que mi nueva familia cobrara vida con la llegada de Jake. Emily estaba en su cuna, cara abajo en la

posición del muerto que tanto le gustaba, el pañal levantado en punta como un sombrero de papel mal hecho. En aquel silencio me relajaba al máximo, en el breve intervalo entre el sueño del bebé y la llegada del marido, una vez realizadas, tan bien como me lo permitían mis habilidades, las tareas del hogar. La universidad quedaba entonces muy lejos, el título que no había obtenido era algo que no me preocupaba en absoluto.

Marqué el número de espaldas a mi madre. Por alguna razón sentí que le estaba siendo desleal. Me inquietaba darme la vuelta y encontrarla sentada en el suelo, hecha una furia y colocándose la falda en su sitio.

Había leído en el periódico que Avery Banks, uno de los últimos ayudantes de Jake en la Universidad de Madison, era ahora profesor adjunto de escultura en Tyler, en Filadelfia. Me exprimí el cerebro intentando recordar en qué ciudad decía el artículo que se habían comprado una casa él y su esposa. Tenían dos hijos —dos niñas, recordé—, pero si quería encontrarlo tendría que padecer el calvario de realizar una serie de consultas poco precisas al servicio de información telefónica. Tuve que llamar tres veces. Al fin di con un número en Germantown.

—¿Podría hablar con Avery Banks? —pregunté cuando una voz me respondió al otro lado de la línea.

—¿De parte de quién?

—Soy Helen Knightly —dije. Acerqué los dedos al teléfono y acaricié suavemente los números, contando para mí en un intento por tranquilizarme.

—No conozco a ninguna Helen Knightly —respondió.

—Avery, ¿eres tú?

No respondió.

—Me conociste como Helen Trevor, la mujer de Jake Trevor.

—¿Helen?

—Sí.

—Helen, qué sorpresa tan agradable. ¿Cómo estás?

—Necesito comer algo —respondí. En todas las horas transcurridas desde que había llegado a casa de mi madre y la había matado, no había comido nada.

—¿Estás bien, Helen? —preguntó. Lo imaginé de pie, junto a su teléfono, con un pasamontañas en la cabeza. Cuando salía con Jake en los meses de frío, Avery siempre lo hacía abrigado hasta las cejas.

—Ha pasado algo —dije. Sentí el deseo de desmoronarme, de espetarle a alguien lo que había hecho, dónde estaba, qué tenía a mi lado, en el suelo—. Espera un segundo, Avery.

Me volví como una exhalación, dejé el auricular en la trona cubierta de cinta adhesiva y me acerqué al cuerpo de mi madre. Me tranquilizó comprobar que no se movía. Ni siquiera un poco. Volví al teléfono y encendí la luz antes de levantar el auricular. La señora Leverton ya estaría durmiendo. Necesitaba el efecto aleccionador de la luz encendida. Mientras el fluorescente zumbaba lleno de vida sobre el cuerpo de mi madre, respiré hondo y recuperé la serenidad. No quería que me notara el más mínimo temblor en la voz.

—Tengo que ponerme en contacto con Jake.

—Hace tiempo que no hablo con él —respondió—. Pero tengo un número de teléfono, si

quieres.

—Sí, dámelo.

Avery me dio el número y yo lo repetí metódicamente. No reconocí el prefijo de la zona.

—Gracias. Me has hecho un gran favor.

—Espero que no te moleste que te lo diga, Helen —dijo—, pero no tuviste la culpa de que a Jake no le concedieran la titularidad. Siempre me ha preocupado que pudieras sentirte culpable.

Recordé a Avery en nuestro salón de Madison. A él y a Jake, cerrando las cajas y metiéndolas en silencio en la Ford de Avery. Vi a Avery caminando hacia la furgoneta blanca, cargado con el cochecito que me habían regalado.

—Sarah, nuestra hija pequeña, es cantante de jazz en un club de Nueva York —mentí—. Es muy buena en lo suyo.

—Eso es genial.

Se produjo un silencio que ninguno de los dos se molestó en llenar.

—Gracias de nuevo, Avery.

—Cuídate —respondió. Oí el pitido del teléfono y supe que había colgado.

Cerré los ojos y mantuve el auricular pegado a la oreja hasta que una grabación me informó de que el teléfono estaba descolgado. Me vi en Wisconsin, atravesando la pantalla de árboles que rodeaban el dragón de hielo que había hecho Jake. Todos los profesores titulares de la facultad habían acudido a verlo antes de que comenzara a deshacerse, incluso el decano. Y yo lo había estropeado, pues sin darme cuenta había roto una de las púas que le cubrían el lomo. Esa misma noche, más tarde, se desató la pelea que terminó con nosotros. De repente, me resultó imposible imaginarme llamándolo por teléfono.

Recorrí la pared con la yema de los dedos para silenciar el zumbido de la luz. Me arrodillé para proseguir con mi labor y, esponja en mano, le limpié la entrepierna.

Le bajé aquellas medias pasadas de moda. Se deslizaron con facilidad, el elástico de ambas totalmente vencido. Llegado ese momento ya me había acostumbrado al olor del cuerpo, una mezcla de mierda y bolas de naftalina con alguna que otra pincelada de polvos de talco.

Le rasgué las bragas y su cuerpo dio una leve sacudida. Pensé en las estatuas de bronce con las que los artistas representaban a personas en su vida cotidiana. Un golfista de bronce te daba la bienvenida al campo de golf. Una pareja de bronce compartía contigo el banco del parque. Dos niños de bronce jugaban a saltar el potro en el prado. Aquello se había convertido en una forma de industria artesanal. *Mujer de mediana edad arrancándole las bragas a su madre muerta*. Me parecía perfecto. Alguien podría encargarla para el patio de un colegio al que los niños salían corriendo después de haberse pasado la mañana estudiando cifras y palabras. Podrían encaramarse a nosotras a la hora del recreo o ahogar moscas en el rocío acumulado en los ojos de mi madre.

Y allí estaba. El agujero que me había dado la vida. La raja que había forzado el misterioso amor de mi padre durante cuarenta años.

Aquella no era la primera vez que me enfrentaba a los genitales de mi madre. En la última década me había convertido en su suministradora oficial de enemas. Se tumbaba en una posición similar a la que tenía ahora, y yo, después de masajearle los muslos y asegurarle que no le dolería,

le separaba las piernas. Con gran rapidez, cumplía las indicaciones de los médicos y después bajaba las escaleras como un robot, de camino a la nevera de la cocina, donde me zampaba los cubitos de gelatina de lima que quedaban y contemplaba el jardín trasero a través de la ventana.

Solté la esponja en la palangana verde turquesa y me incorporé. Vertí el agua sucia y la llené de nuevo con agua caliente, a la que añadí otro chorrito de jabón. Separé las tijeras de cocina del soporte magnético que había sobre el fregadero y volví a arrodillarme.

El punto de luz nocturna de color verde que había sobre los fogones y los rayos de la luna que entraban por la ventana eran mi única compañía. Empuñé las tijeras y le corté la falda desde el dobladillo hasta la cintura. Solté una parte a cada lado de su cuerpo y, con suma delicadeza, comencé a lavarle las caderas y el vientre, los muslos y la raja desprovista de vello. Hundí el trapo y la esponja una y otra vez en el agua hirviendo y me levanté con frecuencia para cambiarla, deseando estar en la bañera del cobertizo, un lugar donde pudiéramos tumbarnos juntas, como si yo volviera a ser una niña y ella estuviera a punto de meterse en el agua junto a mí.

Por fin, cuando hube eliminado el último rastro de su percance, me hice con una esponja nueva de las que guardaba encima del frigorífico y le desabroché la holgada blusa de algodón. Le bajé las tiras del viejo sostén descolorido. Exprimí la esponja cargada de agua limpia y le lavé las clavículas. Sin la ayuda del sostén, el único pecho que le quedaba estaba tan desparramado hacia el lado que el pezón casi acariciaba el suelo. La cicatriz de la mastectomía, en el pasado un tajo oscuro, se había convertido en un pellizco de carne arrugada.

—Sé que sufriste —dije, y después de besarme los dedos, se los pasé por la cicatriz.

Debía de ser adolescente. Aún faltaban años para que muriera mi padre. Años para que mi madre me llamara y me pidiera que le palpara el bulto duro que tenía junto a la axila. Yo estaba de pie en la entrada, observándolos.

—Sabes lo mucho que me cuesta —le dijo mi madre a mi padre, las lágrimas corriéndole por las mejillas—. Solo tú lo sabes.

Se había desabotonado la camisa y la mantenía abierta frente a él.

—¡Clair! —gritó él.

Se había hecho una herida sangrante en mitad del pecho. Siempre pensé en aquello como en una versión adulta de «Gallina», un juego muy popular en la escuela. Un niño te rascaba el interior de la muñeca con la uña doscientas veces. Si, una vez que los inofensivos rasguños se habían convertido en una mancha de sangre, no podías aguantar más, gritabas: «¡Gallina!», y así te llamaban a partir de entonces.

—Tráele a tu madre una toalla caliente —me ordenó mi padre, y yo agaché la cabeza. Saqué la llave del armario de la ropa blanca de su lugar secreto, cogí una toalla limpia, abrí el grifo del baño y esperé a que el agua saliera caliente.

La cicatriz a la que Jake llamaba «el estigma de la mártir», no la lavaría ni tocaría jamás.

Le levanté los brazos y le lavé las axilas sin pelo. Le froté los hombros con la esponja al tiempo que le apoyaba los brazos de nuevo en el suelo. Con la mano que tenía libre, sostuve aquel pecho desparramado. Lo que alguna vez había sido uno de sus mayores orgullos ahora no era más que un saco desaparejado, un viejo cojín en el que las plumas se acumulaban en una esquina colgante. La fuerza de la lujuria se apoderó de mí mientras lo sujetaba, pura como el apetito de un

recién nacido.

Cuando tenía seis o siete años, el emparrado de rosas que trepaba por la parte trasera de nuestra casa rebosaba ya de flores y enredaderas. El emparrado rodeaba las dos pequeñas ventanas de mi habitación, de modo que con el estallido de la primavera mi madre tenía que esmerarse en recortar las flores y los nuevos brotes. Aquella era una operación que me encantaba observar y con el tiempo me di cuenta de que a mi padre también le gustaba. Los dos entraban en mi habitación. Mi madre llevaba una cesta colgada del brazo con la podadera y sus guantes de trabajo.

«Ha llegado la hora del número de jardinería y acrobacia», anunciaba mi padre, y ambos se acercaban a la primera ventana, la que quedaba encima de la cama vacía que había junto a la mía. Yo me tumbaba en el mullido colchón y observaba a mi padre observar a mi madre mientras la ventana engullía la mitad superior de su cuerpo. Le cortaba la cabeza, las manos, los brazos y los hombros, hasta que, en los momentos más arriesgados, cuando se inclinaba hacia atrás y apoyaba las caderas en el marco de la ventana, mi padre la agarraba de un modo que incluso entonces yo ya reconocía como sexual. A veces le subía la mano por el muslo. En una o dos ocasiones me pareció oír una sonrisa en su voz junto con la reprimenda.

Fuera, se oyó agitación entre los árboles y a continuación el agudo quejido de un gato. Chico Malo se estaba encarando con otro gato al borde de nuestro jardín.

Me levanté y me acerqué al fregadero para tirar y cambiar el agua. Pensé en los cuerpos desparramados y abandonados en las calles y campos de Ruanda y Afganistán. Pensé en los miles de hijos e hijas a los que les gustaría estar en mi situación. Saber exactamente dónde habían muerto sus madres y tener un momento para estar a solas con sus cuerpos antes de que el mundo los arrastrara de nuevo en su precipitada marcha.

Me quedé escuchando los ruidos intermitentes de los gatos entre los árboles que había junto al cobertizo. Cuando era pequeña había un búho que llegaba cada año y se posaba en el roble de la parte trasera. Mi padre salía al jardín, me subía a caballito y ululaba con él. Si se hacía tarde y aún no habíamos entrado en casa, mi madre salía con una limonada para mí y un vaso de whisky a palo seco para cada uno de ellos.

Me volví, resignada a terminar cuanto antes, cuando sonó el teléfono. Solté la palangana y el suelo quedó cubierto de agua caliente y jabonosa.

—¿Sí? —pregunté en voz baja, como si la casa estuviera durmiendo.

—¡Estás ahí!

—Jake, ¿cómo lo has sabido?

—No te encontraba en tu casa, y aún tengo el teléfono de tu madre en la agenda. ¿Cómo estás? Miré el cuerpo de mi madre. Me pareció que casi resplandecía en la cocina a oscuras.

—¿Bien? —respondí.

—Avery me acaba de llamar. Me ha dicho que le parecía que te pasaba algo.

—¿Y se te ha ocurrido llamar aquí?

—Me ha parecido un buen lugar por el que empezar. ¿Qué ocurre, Helen? ¿Les pasa algo a las niñas?

—Mi madre está muerta —respondí.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea. El me había defendido de mi madre durante los ocho años que duró nuestra relación.

—Oh, Helen, lo siento mucho. ¿Cuándo ha sido?

Me di cuenta de que no era capaz de hablar. Solo pude tragar saliva.

—Sé lo mucho que te importaba. ¿Dónde estás?

—Estamos en la cocina.

—¿Quiénes? —Mi madre y yo.

—¡Por el amor de Dios! Tienes que llamar a alguien, Helen. ¿Qué ha pasado? Tienes que colgar ahora mismo y marcar el nueve uno uno. ¿Estás segura de que está muerta?

—Muy segura.

—Entonces llama al nueve uno uno y explícales la situación.

Sentí ganas de soltar el teléfono y regresar al estado vacío en el que me había sumido hasta entonces, en el que nadie sabía nada y mi madre y yo estábamos a solas juntas. No había una forma sencilla de decir lo que venía a continuación.

—La he matado, Jake.

El silencio se prolongó lo suficiente como para que tuviera que repetirlo.

—He matado a mi madre.

—Cuéntame de qué estás hablando. Muy despacio, cuéntamelo todo.

Le hablé de la llamada de la señora Castle, del tazón de Pigeon Forge, del percance de mi madre. Cuando dije «ha tenido un percance». Jake me interrumpió y preguntó con tono esperanzado: «¿Qué tipo de percance, Helen?».

—Perdió el control de sus esfínteres.

—Oh, no. ¿Antes o después?

—Y después llamó puta a la señora Castle y comenzó a despotricar y a decir que le robaban.

—¿Y es eso verdad, Helen? —preguntó, su voz guiándome con cautela hacia una zona contigua en la que pudiera reinar la cordura.

—No —respondí—. Está tumbada aquí mismo, frente a mí. Le he roto la nariz.

—¿Le has pegado?

Noté que se escandalizaba y aquello me hizo sentir bien.

—No. Presioné con demasiada fuerza.

—Helen, ¿te has vuelto loca? ¿Estás oyendo lo que dices?

—De todos modos, ya estaba muriéndose. Llevaba un año entero aquí sentada, muriéndose. ¿Te parecería mejor que hubiera estado en una residencia, hablando sola todo el día, y que hubiera muerto ahogada en sus propios desechos? Al menos yo me preocupo por ella. La estoy lavando.

—¿Que estás qué?

—Estoy en la cocina, lavándola.

—Espera un segundo, Helen. No te muevas de ahí.

Me llegó el ruido de los perros de Jake. Emily me había dicho que cada vez que le llevaba los niños a su padre, Jeanine se pasaba toda la semana ladrando como un perro.

—Helen, escúchame.

—Sí.

—Quiero que cubras el cuerpo de tu madre y no te muevas de casa hasta que llegue, ¿de acuerdo? Buscaré a alguien que pueda ocuparse de los perros y te llamaré desde el aeropuerto.

—La señora Castle vendrá por la mañana.

—¿Tiene llave?

—No lo creo. Hace unos meses hubo un problema, un chico que había hecho algunos trabajos para mi madre se coló en la casa. Entonces cambiamos las cerraduras y según creo la señora Castle no tiene la llave nueva.

—¿Helen?

—¿sí?

—Ahora tienes que escucharme con atención. —Está bien.

—No puedes hablar con nadie de esto, y no puedes ir a ningún sitio. Tienes que quedarte en esa casa hasta que llegue.

—No estoy sorda, Jake.

—Has matado a tu madre, Helen. Oí el gimoteo de fondo de sus perros.

—¿Qué hora es donde estás? —pregunté.

—Lo bastante temprano para tomar un vuelo esta misma noche.

—¿Dónde estás?

—En Santa Bárbara. Estoy trabajando en un encargo.

—¿Para quién?

—Es una propiedad privada. Aún no conozco a los dueños. ¿Helen?

—¿sí?

—¿A qué temperatura estáis ahí?

—No lo sé. He cerrado todas las ventanas.

—¿El cuerpo aún está... flexible?

—¿Qué?

—Disculpa. Me refiero a si tu madre ya está rígida. ¿Cuánto hace que...? Lo siento.

Por unos segundos creí que Jake había colgado, pero el sonido metálico de los collares de los perros me convenció de lo contrario.

—¿Cuándo ha muerto?

—Poco después de que se hiciera de noche.

—¿Qué hora es allí?

Miré el reloj de la pared.

—Las siete menos cuarto.

—Helen, tengo otra llamada. He de atenderla. Te llamaré más tarde.

Oí que se cortaba la comunicación. Sentí ganas de reír.

—El negocio del arte no para nunca —dije, volviéndome hacia mi madre. Por un breve instante, esperé una respuesta.

Me quedé junto al teléfono sin dejar de mirarla. La cara de mi madre debía de estar húmeda bajo la toalla y aquello me inquietó. Me hincé de rodillas y avancé hasta ella. Sin mirar, porque no estaba lista para verle la cara, aparté la toalla con un rápido movimiento de muñeca. Oí que gritaba. Oí que decía mi nombre.

Me levanté de un salto y salí a toda prisa de la habitación por el pequeño pasillo de la parte trasera hasta llegar al salón, donde mi día había comenzado por segunda vez, hacía ya millones de años.

¿Qué había estado haciendo antes de que me llamara la señora Castle? Había ido a hacer la compra al mercado de verduras de la ciudad. Había comprado judías verdes a la pareja de armenios que vendían algunas cosas en la parte de atrás de una pequeña camioneta. Había ido a clase de baile.

Me fijé en el cubo para la ceniza que había junto a la chimenea y corrí a inclinarme encima de él. Ojalá hubiera podido vomitar.

Sabía que la idea de contar con alguien en aquella situación era una estupidez. ¿Qué podría hacer Jake, instalado en la casa de un ricachón, a casi cinco mil kilómetros de distancia? ¿Había atendido otra llamada sabiendo que yo estaba en la cocina con el cadáver de mi madre! «Te has metido tú sola en este lío, y tú sola tendrás que salir de él». ¿En qué momento exacto se había convertido aquello en mi filosofía de vida?

Jake me había hecho preguntas sobre temperatura, horas y rigidez, y era evidente que al hacerlas pensaba en putrefacción. Había hecho suficientes esculturas de hielo en las capitales más frías como para saber cosas en las que yo no había pensado. En las que no podría haber pensado. Por un momento intenté recordar el argumento de una película que había visto con Natalie el otoño pasado. Giraba en torno a una investigación para averiguar si se había producido un asesinato o un homicidio involuntario. Me acordaba de la cara de la actriz, su rostro cubierto de lágrimas mientras se desmoronaba en el estrado, pero aparte de eso era incapaz de recordar nada más.

Mi madre llevaba muerta demasiadas horas como para poder ocultarlo fácilmente, y además, error fatal, le había roto la nariz. Ahora, fuera de la cocina y alejada de ella, veía con mayor claridad el lío en que me había metido.

Jamás había sido capaz de realizar los ejercicios de meditación de Jake. Me sentaba en el pequeño cojín negro e intentaba desconectar a base de «oms» mientras notaba que se me dormían las manos y los pies. En el interior de mi cabeza, figuras que entraban y salían como si mi cerebro fuera una cafetería muy concurrida.

Salí al porche y me quedé allí plantada. Sentía el esparto de la estera a través de las blandas y húmedas suelas de mis zapatillas de jazz. Pensé en la implosión de la vieja casa victoriana. Tomé aire y lo solté diez veces, contando muy despacio. Al espirar hice los mismos ruiditos de los que solía burlarme en clase de yoga. Lo que me disponía a hacer a continuación no podía malinterpretarse. Lo que me disponía a hacer a continuación me dejaba sin la posibilidad de dar marcha atrás.

Ya había oscurecido y el canto estridente de las cigarras se oía entre los árboles. Me llegó el ruido de los camiones que se alejaban por el borde de la carretera, a kilómetros de distancia. Sabía que, bajo ninguna circunstancia, sería capaz de quedarme a pasar la noche en aquella casa. No podría esperar todas las horas que faltaban hasta que Jake llegara. Además, con el transcurso de los minutos caí en la cuenta de que no volvía a llamarme.

Mientras respiraba y contaba con los ojos abiertos, miré en el interior de la casa y vi el pasillo frontal, las escaleras que llevaban a las tres pequeñas habitaciones, y la mullida moqueta

que el hijo de Natalie había instalado para amortiguar las posibles caídas.

«Tenemos que asegurarnos de que a usted no le pase lo que le pasó a su marido», dijo Hamish, más bien con poco tacto. Conocía la versión de los hechos que le había contado Natalie: que mi padre había muerto tras caer por las escaleras de madera. Aquel día me quedé allí de pie sin decir nada, asintiendo con la cabeza, incapaz de mirar a mi madre.

Habrían sacado el cuerpo de mi madre en camilla, pensé. La habrían tenido que bajar casi en vertical por aquellas escaleras empinadas. Se habría convertido en otra anciana que moría en su casa. Qué tristeza. Qué desamparo. Qué alto habría llegado en la escala de compasión de la gente.

Pero eso no sucedería. Yo me ocuparía de ello.

Entré en casa. Resistí la tentación de detenerme en el salón y seguí adelante. Tenía los músculos agarrotados por el rato que había pasado agachada en la cocina, pero en mi trabajo como modelo había conocido y me había recuperado de momentos peores. Me dirigí al piso de arriba, cogí una sábana blanca y bajé los escalones de dos en dos.

Con cuidado de no mirarla a la cara, me coloqué frente a sus pies, me agaché un momento para juntarle las piernas y puse en práctica el juego que primero Emily y después Sarah me habían pedido todas las noches cuando las arrojaba en la cama. Un juego que mi padre se había inventado para mí.

Lo llamábamos «la ola». Yo me colocaba a los pies de sus camas con la sábana arrugada dentro de los puños y después la lanzaba sobre ellas, dejando que ondeara lentamente antes de caer. Aquel era un juego al que, si hubiera tenido oportunidad, Sarah habría seguido jugando toda la noche. «Me encanta sentir que el aire se escapa a mi alrededor», me había dicho en una ocasión.

En el caso de mi madre, me bastó con lanzar la sábana una sola vez, y lo hice de manera que le cubriera la cara. Se quedó pegada a su cuerpo húmedo, dándole una apariencia casi espectral. La envolví a toda prisa en la manta mexicana y en la Hudson Bay como si fuera un regalo que hubiera de devolver a la tienda.

Me puse en pie, me dirigí al estrecho pasillo de la parte trasera y abrí la puerta del sótano. La agarré por las axilas y la arrastré hasta las escaleras.

Bajé unos cuantos escalones casi a oscuras y tanteé la pared en busca del interruptor. La bombilla que había al pie de las escaleras se encendió y continué el descenso. Aquellas escaleras, cuando era pequeña, eran un peligro, tanto para mí como para los demás niños del barrio. A partir de los tres primeros escalones las paredes se ensanchaban y jamás, por mucha falta que hiciera, se hizo colocar una barandilla. Cuando hubo terminado de enmoquetar el piso de arriba, Hamish se ofreció para construir una con viejas tuberías. «Estas escaleras son una trampa mortal», me susurró cuando lo llevé al sótano para que eligiera entre las armas de mi abuelo como pago por sus servicios.

Sin embargo, algo hacía que aquel peligroso descenso mereciera la pena, y era el enorme frigorífico marrón que había al pie de las escaleras. En él mi madre guardaba las latas de trufas al brandy y las barritas de chocolate. Los botes de cristal llenos de pacanas y almendras, las cajas de piñones al caramelo que no nos habíamos comido por Navidad y los asquerosos bizcochos de frutas al jerez que nos traían todos los años.

Los Leverton regalaban a todos los vecinos una caja de chocolatinas de menta After Eight. La señora Donnellson, antes de morir, solía traernos un jamón.

El jamón, junto con los otros tipos de carne, se guardaba en un lugar aparte: el congelador bajo y alargado que zumbaba a la derecha de las escaleras, encima del cual mi madre separaba la colada o apilaba las revistas que quería conservar. En vida de mi padre, la superficie de aquel congelador estuvo siempre ocupada por un surtido de muy diversos objetos. Mi padre tenía la esperanza de que mi madre se aficionara a las manualidades, de modo que le llevaba cestas llenas de bloques de espuma verde y garrafas de vino vacías con las que, si encontraba tiempo para ello, pudiera fabricar hermosos terrarios. Bellotas, castañas de Indias, cajas de ojos saltones autoadhesivos y ramas de distintos tamaños. Piedras de río pulidas en el taller de mi padre. Alguna que otra tabla de madera que hubiera encontrado. Y un enorme tubo de pegamento que constituía la pieza fundamental.

Lo de la pistola había sido idea de mi madre.

—¿Y qué va a hacer con una pistola? —le susurré a mi madre mientras Hamish se lavaba las manos—. ¿Por qué no le pagas con dinero?

—Es un hombre adulto —respondió ella—. Emily acaba de tener un bebé.

Cuando fui capaz de entender su proceso mental y deducir que aquella era su forma de señalar que Hamish y Emily tenían treinta años, el tren de la locura ya había salido de la estación y yo me encontraba en el sótano, enseñándole a Hamish la hilera de armas.

Estábamos de pie frente al congelador y él levantaba los rifles y los sostenía entre las manos, comprobando el peso de cada uno de ellos.

—No sé nada de armas, solo que molan —dijo.

No podía ayudarle. Me limité a observarlo mientras descolgaba todos y cada uno de los rifles del soporte de madera y los agarraba con torpeza por la culata como si fueran una mala hierba particularmente gruesa que acabara de arrancar de la tierra. Hamish, al igual que Natalie, aportaba el contraste perfecto de luz a mi oscuridad. Hasta el momento en que le salieron tantas canas que decidió teñirse de un extraño tono rojizo, Natalie había sido tan rubia como yo morena. Allí de pie junto a su hijo, vi los mismos ojos marrones que tenía su madre, oí la misma risa fácil.

—¿Por qué no vende todo esto? —preguntó Hamish—. Podría ganar un dineral.

Apenas lo oía. Había sacado la única pistola de la colección de su bolsa de fieltro y, con ella entre las manos, se había abierto de piernas como tal vez se lo hubiera visto hacer a algún vaquero. Cuando me fijé en que apuntaba a la pared de enfrente y acercaba el dedo al gatillo, grité y llevé una mano al cañón.

Hamish no la soltó y chocamos. Entonces me apoyó una mano en el hombro.

—¿Qué pasa? Pareces alterada. ¿Por qué?

Estuve a punto de decir algo. Palabras que solo le había dicho a Jake.

—Mi padre me enseñó que no se debe apuntar a nadie con un arma.

—¡Pero si estaba apuntando a la pantalla de la lámpara!

Dejó la pistola encima del congelador y posó una mano en mi mejilla como si yo fuera la niña y él el padre.

—No pasa nada —dijo—. No le he hecho daño a nadie.

No podía dejar de temblar. Hamish se volvió, metió la pistola en su bolsa morada y tiró de los extremos del cordón dorado que la cerraba.

—Me llevo esta —anunció.

Con ayuda de Hamish devolví los rifles, de mucho más valor, a su soporte de madera. La bolsa de la pistola descansaba sobre una montaña de servilletas de lino almidonadas que yo misma había doblado y colocado encima del congelador. Recordé que me había dado la vuelta y la había visto allí, su cañón de platino deslustrado, su culata de madera tallada, y que había imaginado a mi padre levantándola, cargándola, llevándosela a la cabeza.

Coloqué el cuerpo de mi madre de manera que, desde mi posición tres escalones más abajo, pudiera agarrarla por debajo de los hombros y, bajando sin mirar, buscando el siguiente escalón con la punta del pie, utilizar mi cuerpo para evitar que se precipitara a la tierra de nadie que se abría más abajo.

Tomé aire y traté de tensar los músculos sin agarrotarlos. Arrastré a mi madre hasta el borde de las escaleras y bajé un escalón, después otro. El peso de su cuerpo contra el mío aumentaba a cada paso que daba. Me llegó el aroma a lila de su cabello a través de las mantas. Noté que se me humedecían los ojos, pero no parpadeé. Abajo, dos, tres, cuatro, cinco. Sus pies enfardados anunciando a golpes su llegada.

El envoltorio de mi madre se estaba deshaciendo. Nada de esquinas bien dobladas en aquel caso. Los pies, previamente lavados, le asomaron entre las sábanas cuando nos encontrábamos a medio camino. Me pareció que los dedos tenían un tono azul que no le había visto hasta entonces, y me pregunté si la luz del sótano me estaría jugando una mala pasada. Bajé otro escalón. Y otro. Sabía, porque de pequeña los había contado millones de veces, que había exactamente dieciséis escalones. Vi el ruidoso congelador a mi derecha. Encima de él una pila de revistas *Sunset* traídas a casa por la señora Castle, que tenía parientes en la Costa Oeste. También estaban las cajas de regalo de las navidades pasadas, ordenadas en hileras, las cintas y los lazos descoloridos por el sol. Imaginé a la señora Castle dejándolas allí abajo, o tal vez fuera yo. Es probable que mi madre me pidiera que las bajara y las metiera en las enormes bolsas de plástico en las que las guardaba durante once meses al año. Por alguna razón yo no lo había hecho. Me habría pasado el tiempo que se suponía que debía ocupar tal tarea sentada en la tumbona de hierro y mimbre que había junto a la lavadora y la secadora, calculando cuántos minutos más era razonable dejar pasar antes de subir de nuevo a hacerle compañía a mi madre.

Hasta los ochenta y seis, mi madre insistió en bajar al sótano. La posibilidad de que se desorientara o se sintiera sin fuerzas para retomar el ascenso fue lo que inspiró mi idea de comprarle un teléfono móvil. Hasta entonces, mi madre bajaba los tres primeros escalones de un tirón, apoyando los brazos en las paredes, preparándose para seguir sin ayuda. Entonces apretaba los dientes, se colocaba de lado y continuaba bajando en esa posición, escalón tras escalón. Podía tardar treinta minutos en llegar abajo, y cuando por fin lo hacía, era probable que hubiera olvidado qué la había llevado hasta allí.

Pero igual que el padre de Natalie creía que el cajero automático se le tragaría el brazo, cuando coloqué aquel teléfono sin cable en la mano de mi madre el día de su octogésimo sexto cumpleaños, ella lo miró, después a mí, y preguntó:

—¿Me regalas una granada?

—Es un teléfono, madre. Puedes llevártelo a todas partes.

—¿Y para qué querría hacer eso?

—Para estar siempre en contacto conmigo.

Estaba sentada en su sillón de orejas. Le había preparado su bebida favorita, un manhattan, y había arruinado, según me informó, su receta de hojaldres de queso.

—No sé cómo lo haces, Helen. —Con gran disimulo, escupió el bocado de hojaldre en una servilleta de papel—. Tienes un don.

Sobre el viejo tocador de caoba, al lado del frigorífico marrón, vi el teléfono móvil, en el mismo lugar que había ocupado los dos últimos años. Mi madre lo había dejado allí la mañana de su octogésimo sexto cumpleaños, el último día que estuvo en el sótano. A lo largo de aquellos dos años, lo había visto al menos una vez a la semana. Del mismo modo irracional con que siempre había experimentado su rechazo, terminé por creer que a fin de no tener que hablar conmigo había renunciado a toda una planta de su casa.

Pese a lo despacio que bajaba, el cuerpo de mi madre se dobló en forma de arco justo en el punto en que las paredes desaparecían, a medio camino del final de trayecto. Vi que las sábanas se abrían mientras que su mitad inferior repentinamente descubierta se retorció hacia un lado sobre el áspero suelo de cemento. Pese a los horribles sonidos —como una lámina de plástico de burbujas que reventaran a la vez—, seguí sujetándola y me apresuré a llegar al final, arrastrándola conmigo.

Fue entonces cuando oí que sonaba el teléfono de la cocina.

De un último tirón la bajé de las escaleras y la solté junto al congelador. La coloqué recta en el suelo, a lo largo del congelador, y me apresuré a cubrirla de nuevo tan bien como pude. La sábana estaba enroscada debajo de su cuerpo. Aunque lo intenté de todas las formas posibles, tras mucho doblar y plegar, sus rodillas veteadas siguieron a la vista. La dejé allí tendida, silenciosa y rota, y pensé en el horror que por fin había llegado con la toma de control.

Cuando era adolescente creía que todos los niños pasaban las calurosas tardes de verano en sus habitaciones, soñando despiertos con trocear a sus madres en pedazos pequeños y mandarlos a direcciones desconocidas. Yo lo hacía tumbada en mi cama, y también en movimiento por el resto de la casa. Mientras sacaba la basura, le cortaba la cabeza. Mientras limpiaba el jardín de malezas, le arrancaba los ojos, la lengua. Mientras quitaba el polvo de las estanterías, multiplicaba y dividía las partes de su cuerpo. Estaba dispuesta a aceptar que los demás niños pudieran hacerlo con menos ahínco, que tal vez no imaginaran todos los detalles como hacía yo, pero no me cabía en la cabeza que no se lo plantearan.

—Si quieres odiarme, ¡adelante! —le decía a Emily.

—Sí, mamá —respondía ella.

Con seis años ya tenía un mote basado en su actitud razonable, en su paciencia de acero. «La pequeña senadora», la había bautizado Natalie por su capacidad de negociación en el universo de los cajones de arena de los parques, en los que Hamish, de su misma edad, era propenso a las rabietas y a menudo se echaba a llorar.

Levanté las cajas de regalo que había sobre el congelador y las esparcí, unas encima de otras,

o de una en una, por los rincones del sótano a fin de mantener a raya la tentación. Aun siendo niña, sabía que las cajas envueltas en papel de regalo descolorido y adornadas de vez en cuando con lazos nuevos jamás contendrían lo que más me habría gustado. Chorrearían por las esquinas o quedarían destrozadas si el cartero resbalaba en un charco mientras se dirigía a entregar la tibia de mi madre a una imprenta de Mackinaw, Michigan, o uno de sus pies a una granja de truchas a las afueras de Portland. Siempre, en mis sueños, me quedaba para mí su espesa cabellera roja.

Coloqué con cuidado las revistas *Sunset* encima de un escalón. Dentro del congelador estaban las hamburguesas sin grasa que mi madre comía cuando decidió retomar la dieta Scarsdale cinco años atrás, y dos viejos jamones de la señora Donnellson. No me hacía falta mirar en su interior para saberlo.

Giré la llave del candado y abrí el congelador. Ahí estaba, una cavidad de hielo casi vacía, para una persona.

Jake me había hecho preguntas sobre lividez, rigidez, las señales que pudieran delatar cómo había muerto, pero nada de eso me importaba. No solo le había roto la nariz, además había manipulado su cuerpo después de muerta. No había razón por la que no debiera cumplir el sueño de mi infancia.

—¿En qué momento exacto te rendiste? —dije en voz alta, y mi voz, mientras lo decía, me sorprendió.

En el rincón de enfrente estaba el armario de metal, lleno de los viejos trajes de mi padre. El traje de cuadros, el de algodón que se ponía en verano, el de franela, el traje oscuro de aquella lana que picaba tanto. Recordé el día que había bajado a doblar la ropa, hacía ya años, y había abierto el armario. Cuando entré en él, me convertí de nuevo en una niña, la mitad superior de mi cuerpo atrapada entre sus viejas chaquetas. Había agarrado la de lana, con sus coderas de ante, y me la había acercado a la mejilla.

Era agradable sentir el aire frío que salía del congelador en la cara. Me fijé en las botellas color ámbar dispuestas en la repisa de la ventana que había encima de la lavadora con el propósito de evitar que reptaran por ella los ladrones. Vi también las botellas de cristal morado en el alféizar de la otra.

Nunca me había planteado cómo se troceaba un cuerpo, tan solo la libertad que seguiría al desmembramiento. La truculenta realidad de los cortes y el despiece nunca me había preocupado. Era el destello instantáneo, el movimiento de nariz de *Embrujada*, la magia de pasar de tener madre a no tenerla, lo que de verdad me subyugaba. En lugar de cortarla a trozos, si hubiera tenido oportunidad, habría modificado su cuerpo de sólido a líquido y de líquido a gaseoso. Deseaba que se evaporara como el agua. Que se elevara hasta desaparecer de mi vida, dejando todo lo demás intacto.

«Ten cuidado o te caerás dentro», solía decirme mi madre. Con once, doce, trece años, iba a la cocina y me inclinaba ante la nevera, buscando en su interior algo para comer. Examinaba la comida con detenimiento solo cuando lo consideraba seguro. Otras veces intentaba fingir que la comida no me importaba, como si fuera una molestia demasiado grande. «¡Oh! ¡Vaya! Comida. Mmm». Pero con la cabeza metida en la nevera me convertía en una presa fácil y mientras ella repasaba uno por uno mis defectos —el culo abombado, los muslos «de matrona», los colgajos

que tendría algún día en los brazos, como «dos troncos de carne granulosa», si seguía como hasta entonces— yo miraba la pequeña luz de la nevera y me preguntaba: «¿Podría mudarme aquí dentro? ¿Podría esconderme detrás de la quesera y del zumo de naranja hecho a base de polvos?».

Una vez que mi madre cerrara la puerta, allí dentro reinaría la calma. Podría desaparecer.

Estaba mirando el congelador, los millones de cristales de hielo que se habían formado en las paredes y que cubrían los dos jamones y las hamburguesas con un manto reluciente, y después dejé de hacerlo. Con el rabillo del ojo vi el tazón de Pigeon Forge.

«Señora Castle, ¿podría bajarlo al sótano? —imaginé que decía mi madre—. Y de paso, tal vez pueda subirme algo».

Me acerqué a la mesita y levanté el tazón. Muy cerca, colgadas de un gancho en la pared, había unas tijeras de podar oxidadas. Coloqué el tazón boca abajo encima de la mesa y lo golpeé con el mango de las tijeras, con fuerza, como con un martillo. Los pedazos de azul vidriado salieron disparados y quedaron esparcidos por el suelo.

No podía trocear a mi madre, de modo que me acerqué a su cuerpo y me agaché cerca de su cabeza. Vacilé unos segundos y después le aparté las mantas de la cara. Allí estaban sus ojos, mirándome fijamente, lechosos y azules. Con las tijeras empuñadas en la mano derecha, desenterré su trenza plateada y se la corté de cuajo.

5

Mientras mi madre seguía tendida en el suelo a tan solo unos metros de mí, abrí el viejo frigorífico marrón y me senté en el primer escalón, mi cuerpo iluminado por su luz.

Saqué sin mirar las latas de metal, sin fijarme en las viejas etiquetas, cuidadosamente pegadas. Les quité las tapas desgastadas y las lancé sobre el suelo de cemento como si fueran peonzas. Entonces, solo entonces, cuando mis ojos se encontraron con la mil veces utilizada capa de papel parafinado, la levanté muy despacio y descubrí qué escondía. Allí estaban las trufas al brandy elaboradas según la receta de mi abuela de Tennessee. O los merengues de pacana que olían a azúcar moreno. Preparamos dulces juntas hasta el final, aunque, por el bien de mi línea y el de la salud de mi madre, tenía que bajar de inmediato al sótano y guardar en el congelador todo lo que habíamos preparado, y mentirle a mi madre diciéndole que regalaba el contenido de las latas a los vecinos que, aunque de manera difusa, ella aún situaba en nuestro barrio.

Saqué un merengue y lo desmenucé entre los dedos. Me quedé mirando los restos de polvo y pacana que cayeron al suelo. Las constantes regañinas para que utilizara un plato, para que no engullera como un pavo, para que calculara el tamaño y el peso y lo imaginara depositado en mis caderas.

La primera vez que me puse enferma de pequeña, que me puse enferma a propósito, fue el año que cumplí los ocho. El arma elegida en aquella ocasión fueron los tofes. Había entrado en la cocina y, metódicamente, como el soldado que encaja balazos en el estómago, me había comido una bandeja entera de aquellos dulces.

Pasé dos días enferma, y mi madre los pasó enfadada, pero a mi padre le había hecho gracia. Llegó a casa y colgó la chaqueta en la percha de detrás de la puerta; dejó el sombrero —al que a menudo cambiaba la pequeña pluma que adornaba la cinta— en la mesa de delante, y se dirigió al salón.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó.

Me había obligado a sentarme a la mesa, cuando lo único que me apetecía era tumbarme y lloriquear.

—Está castigada —respondió mi madre, acercándose a él con paso decidido para quitarle el maletín de la mano—. He hecho una bandeja de tofes y se la ha terminado.

Mi padre desprendía una cercanía muy especial cada vez que se quitaba las gafas. La montura de metal se le clavaba a ambos lados de la nariz, de modo que siempre se las quitaba nada más entrar en casa. Durante treinta minutos se quedaba ciego como un topo, lo cual no suponía ningún

problema puesto que aquella era la media hora antes de la cena que siempre se reservaba para tomar una copa.

Aquel día hizo todo eso, como era habitual en él, pero también se rió, algo que no era habitual en él, y aquella risa salió de lo más profundo de su ser. Mientras se reía, agarró a mi madre y le plantó un fuerte beso en la mejilla, y después se agachó y me besó en la frente, por encima del ralo flequillo.

Como empleado de la planta de tratamiento del agua de Pickering, se encargaba de medir los niveles del agua y de analizar el contenido de las reservas locales. Se desplazaba a ciudades cercanas y en ocasiones también hasta Erie.

—Es como si un buen día decidieras zamparte una bandeja entera de sedimentos —me dijo mi padre—. Cualquiera se pondría enfermo.

Le había pedido que se sentara a la mesa conmigo a hablar del agua, de lo distinta que era cada gota de agua cuando se las observaba a través de un microscopio. Sin las gafas, tenía la mirada desenfocada, y me pregunté hasta qué punto estaba ciego y qué veía cuando me miraba.

Subí las escaleras del sótano y entré en la cocina, la trenza balanceándose colgada de mi puño. Abrí el cajón que había junto al teléfono, lleno de trozos de papel de aluminio doblado y gomas elásticas, y encontré una bolsa de tamaño medio para congelar alimentos. Metí en ella la trenza, la cerré, y eché una ojeada a la cocina. La ropa de mi madre estaba esparcida en montones húmedos por todo el suelo.

Cuando tenía tres años, entré en la cocina y me encontré a mi madre sentada en el suelo con las piernas extendidas al frente. Alcancé a verle las bragas, que hasta entonces no le había visto nunca. Tenía la mirada clavada en un montón de harina derramado en el suelo.

—Mamá ha sido mala —dije.

Mi madre se levantó, cogió el paquete de harina de dos kilos que había en la encimera y lo estrechó contra su pecho. Entonces sacó un puñado de harina y la esparció al aire como si fuera nieve.

Solté un grito de alegría y corrí hacia ella. Cuando me tuvo cerca se apartó de mí. Lanzó más harina, en aquella ocasión trazando amplios círculos por toda la cocina. Yo la perseguía de un lado a otro, correteando y dando vueltas, gritando cada vez más alto y tragándome las ganas de reír.

La persecución duró hasta que tropecé y caí al suelo. Levanté la cabeza y la miré. Ella estaba de pie junto a mi trona, riendo. Me fijé en las manchas de harina que tenía en la frente y en la barbilla, y en las que cubrían el vello invisible de sus brazos. Quería que se acercara a mí y me cogiera en brazos, por lo que rompí a llorar a pleno pulmón.

Mi bolso estaba de pie encima de la mesa del comedor. Metí la bolsa de congelación, mi trofeo de plata en su interior, en el compartimento de en medio y, como si temiera olvidar algo, eché un vistazo alrededor. Di un respingo cuando vi la cara del señor Fletcher iluminada en una ventana, mirando hacia mí, pero entonces caí en la cuenta de que no había encendido ninguna luz en el comedor y de que no me miraba a mí sino la pantalla de un ordenador que, mientras él navegaba por Internet o jugaba a los mismos juegos de estrategia que le gustaban al marido de Emily, le iluminaba la cara con fognazos azules y verdes.

Cuando llegué a mi coche y me volví para mirar el camino enladrillado que conducía a la puerta principal, las manchas de polvo blanquecino que tenía en el pecho y las piernas —el azúcar de los merengues de pacana, la harina de las obleas de la boda mexicana— eran la única señal que delataba mi presencia en el sótano de mi madre.

Sentí ganas de llorar, pero en lugar de eso me concentré en pensar adonde podía ir. Tenía que tranquilizarme. Solo lo sabía Jake. Y aunque habían sucedido cosas que me llevaban a pensar que otra gente pudiera saberlo —la llamada a Avery, las preguntas de la señora Leverton, la aparición de la señora Castle—, en realidad no era así. Nadie podía entrar en la casa si yo no estaba allí.

Me senté en mi viejo Saab con las ventanas subidas y coloqué el bolso en el asiento del copiloto, resistiendo la tentación de ponerle el cinturón como si fuera un niño pequeño. Arranqué muy despacio, agarrada con fuerza al volante como si las calles estuvieran cubiertas por una densa niebla.

La casa de la señora Leverton estaba a oscuras salvo por las luces de seguridad que había instalado su hijo. El reloj del salpicadero marcaba las 8.17. Una hora en que las ancianas ya estaban acostadas. Aunque no los ancianos, según parecía. Al pasar por delante de la casa del señor Forrest lo vi sentado en la sala de la parte de delante. Todas las luces estaban encendidas. Nunca había sido partidario de las persianas. Al menos en el pasado, siempre había tenido perros. «Ahí está —pensé—. Un anciano vulnerable al ataque de gamberros y ladrones».

Tenía dieciséis años cuando aquel día, en casa del señor Forrest, vi por primera vez láminas en color de mujeres retratadas en distinto grado de desnudez.

—Las llaman musas, Helen —me dijo mientras yo hojeaba un enorme libro titulado simplemente *El desnudo femenino*—. Son mujeres que inspiran grandes cosas.

En aquel momento pensé en las fotografías que había por toda nuestra casa. Fotografías de mi madre vestida con lencería pasada de moda o ligeros camisones transparentes, sonriendo con dulzura a la cámara.

Los treinta minutos en coche que separaban mi casa de la de mi madre siempre habían sido una buena excusa para hablar. Hay gente que habla sola delante de los espejos de su casa para mentalizarse antes de pedir un aumento o emprender un nuevo proyecto personal. Yo solía hablar sola en el coche, cuando viajaba por las carreteras secundarias que me llevaban de Phoenixville a mi barrio de casas que imitaban el estilo colonial, en Frazer. El punto intermedio, no el geográfico sino el mental, era el arroyo Pickering y el pequeño puente de un solo carril que lo cruzaba.

La noche que maté a mi madre tararé en voz baja en un esfuerzo por crear algún tipo de ruido blanco entre lo que había hecho y yo. De vez en cuando me decía: «Estás bien, estás bien, estás bien», al tiempo que me aferraba con más fuerza al volante para notar la presión de la sangre que me latía atrapada en las yemas de los dedos.

Una vez en Pickering, me detuve en el lado de Phoenixville para dejar pasar a un Toyota desvencijado, y cuando retomé el camino por el puente mi coche dio una leve sacudida al pasar por encima de un bache. La luz de los faros detectó una presencia que se movía entre las ruinas de piedra caliza que había al otro lado. Me pareció la silueta de un hombre que bailara iluminado sobre la oscura roca, y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Al otro lado de Pickering los árboles eran más delgados pero más frondosos, y durante el día

peleaban por hacerse con parte de la luz que bañaba las tupidas copas. Diez años atrás era común ver equipos de excavación en aquella zona, y cuando pasaba en coche por delante mis ojos se encontraban con cientos de jóvenes abedules arrancados de raíz. Detestaba que la casa de Natalie, a medio camino entre la de mi madre y la mía, fuera una de las cutres mansiones construidas entre aquellos árboles. Sobresalía en mitad del bosque, con sus ridículas torrecillas de cuento de hadas y su puerta principal de casi cinco metros de altura.

Natalie y el ya treintañero Hamish llevaban viviendo en aquel palacio de pan de jengibre ocho años, desde que Natalie denunciara con éxito al fabricante de ruedas de camión que abastecía a su marido. El marido de Natalie iba por Pickering enfrascado en una lucha de miradas con el conductor de otro coche y aceleró más de la cuenta. Una de las ruedas delanteras reventó, se rompió un eje del camión y, tras salir disparado por el parabrisas, aterrizó de cabeza contra el viejo puente de piedra que llevaba en ruinas más de un siglo. Murió en el acto.

A través de la cortina de jóvenes árboles de corteza blanca que habían vuelto a crecer tras la marcha de los constructores, vi a Hamish tendido en el camino que llevaba a su casa, uno de sus muchos coches a medio desmontar y una potente lámpara portátil colgada del parachoques. Reduje velocidad y por fin me detuve. Sin saber aún qué iba a decirle a Natalie cuando la viera, abandoné aquella carretera desierta y tomé el giro en dirección a su casa. Era como si estuviera haciendo justo lo que Jake me había pedido que no hiciera, pero no podía evitarlo.

Cuando la luz de mis faros se mezcló con el resplandor procedente del coche averiado, Hamish salió propulsado de debajo del coche sobre su plataforma rodante y me indicó con un gesto que la apagara.

Saqué la llave del contacto y bajé del coche. En mis primeros pasos sobre el camino de gravilla me temblaron las piernas.

Hamish se incorporó y se apartó el pelo a un lado con la mano. —Mi madre ha salido —dijo.

Nunca había dejado de pensar en Hamish como en el niño que jugaba con Emily en el cajón de arena del parque que había al final de mi calle. «Hamish no va a ir a ningún lado... por ahora», decía Natalie en los años que siguieron a la muerte de Hamish padre. Parecía contenta con ello. Como si después de haber perdido a un Hamish, al menos le quedara el consuelo de que el otro seguiría a su lado.

—¿Adonde ha ido?

—Tenía una cita —respondió Hamish, y sonrió. Tenía los dientes blancos como las luces de un estadio. Natalie me había dicho que se los blanqueaba cada seis meses.

No sabía qué me resultaba más extraño, si estar en la entrada de la casa de mi mejor amiga después de haber matado a mi madre o que Natalie hubiera salido con alguien y no me lo hubiera dicho.

—Acabo de recordar que se suponía que no debía contárselo a nadie. No se lo digas, Helen. No quiero que se enfade conmigo.

—Ningún problema —respondí.

Dos ridículas palabras que me había pegado un administrador australiano de Westmore. Servían para todo. «Ha explotado la caldera». «Ningún problema». «Tengo que cancelar la clase del jueves de dibujo al natural». «Ningún problema». «He matado a mi madre y se pudre mientras

hablamos».

—En serio, Hell —dijo Hamish. Se había acostumbrado a los diminutivos en la Academia Militar de Valley Forge, a la que Hamish padre lo había obligado a ir para fortalecer el carácter.

—No me encuentro demasiado bien, Hamish. Creo que me voy a sentar.

Abrí la puerta de mi coche y me senté de lado, con los pies en el suelo de gravilla. Doblé la cintura y dejé caer la cabeza entre las manos, con los codos apoyados sobre las rodillas.

Hamish se agachó junto a mí.

—¿Estás bien? ¿Quieres que llame a mi madre?

La luz de la lámpara colgante llegaba hasta mi coche abierto e iluminaba cuanto encontraba a su paso. Vi los zapatos de Hamish cubiertos de polvo y mis zapatillas de jazz, hechas un absoluto asco. Me zafé de ellas haciendo fuerza con los pies mientras Hamish me observaba. Recordé el día que, en el sótano, me había acariciado la mejilla.

—¿Te tumbaría encima de mí? —pregunté.

—¿Qué?

Alcé la vista y lo miré a la cara, aquella cara con arrugas prematuras, las pecas que le salpicaban la nariz y las mejillas fruto de pasar demasiado tiempo al sol, los dientes tan blancos.

—Confías en mí, ¿no?

—Claro.

No me paré a pensar qué aspecto tenía. Me levanté y él también lo hizo. Abrí la puerta trasera y me deslicé sobre el asiento.

—Entra —ordené.

Pensé en mi madre, tendida en el frío suelo de cemento. Me tumbé de espaldas, con los pies colgando fuera del coche. Hamish entró pero se sentó en el borde del asiento, de espaldas a la puerta abierta.

—No sé de qué va todo esto —dijo.

—Tengo frío. Solo quiero sentir tu cuerpo encima del mío. Quería follármelo.

Cerré los ojos y esperé. Momentos más tarde noté que Hamish, con cuidado, con demasiado cuidado, se colocaba encima de mí. Se agarraba con fuerza al asiento y apoyaba la mayor parte de su peso en el suelo.

—No sé qué quieres —dijo.

—Quiero que te tumbes encima de mí —respondí mientras abría los ojos.

—Hell. Estoy... —En lugar de terminar la frase agachó la cabeza y se echó un vistazo.

—Tú deja caer todo el peso encima de mí. No pasa nada.

Y entonces, segundos más tarde, noté su cuerpo —¿cuántos serían, ochenta y cinco, noventa kilos?— sobre el mío, ejerciendo presión. Noté su erección, los dedos de mis pies contra sus espinillas, su cara a la derecha de mi cara, su oreja, aquel cartílago laberíntico, pegada a la mía. Pensé en el teléfono de la cocina de mi madre. ¿Cuántas veces había sonado antes de parar?

Alcé la mano derecha y la deslicé por un costado hasta encontrar el borde de su camiseta, después metí la mano por debajo y le acaricié la piel. Hamish gruñó, un animal que deseaba ser tocado. Cuando era adolescente, Sarah se había enamorado de él.

—Podemos hacer lo que queramos —dije.

Aquello fue como girar una llave. Levantó la cabeza. Tenía una expresión soñadora y distante que hasta entonces no había visto en los ojos del hijo de mi mejor amiga.

—Claro, nena —susurró, y yo traté de no prestar atención al tono de su voz. El tono que yo sabía que adoptaba con las mujeres que había visto subidas a su moto, detrás de él. Las mismas que llevaban minúsculos pantalones cortos y se aferraban al torso y a las piernas forradas de kevlar de Hamish. Intenté imaginarme agarrada a él. Me había invitado a subir en más de una ocasión, pero siempre me había negado. «Está loco por ti», me dijo Natalie una vez, y ambas nos echamos a reír, de camino a una de nuestras clases de gimnasia despiadada, mientras Hamish salía disparado en dirección contraria montado en su mortífera máquina japonesa.

Tenía los labios flácidos, ridículos, jóvenes. Lo agarré por la cabeza y lo empujé hacia mí para besárselos. Comenzaba a sentir todo su peso, sus huesos contra los míos. Me habría gustado que hubiera sido diferente, haber podido tirarme al hijo de mi mejor amiga sin tener que ser tan consciente de ello. Entonces me dejé llevar, con decisión, convencida de que pensar no iba a llevarme a ninguna parte. La moralidad era una red de seguridad inexistente. Todo aquello, lo que había hecho y lo que estaba haciendo, no me acercaba peligrosamente al borde de ningún precipicio. Yo ya había saltado.

Tiré hacia arriba de su camiseta y Hamish, separándose durante unos segundos de mi cuerpo, se la quitó por la cabeza. Era hermoso, tenía el pecho musculoso y definido, pero su belleza tenía que ver con su juventud, con la vida que todavía tenía por delante, más que con cualquier otra cosa. Sentí una punzada de arrepentimiento.

Aparté la mirada de su cara y me desabroché el pantalón. Hamish se precipitó a ayudarme y se golpeó la cabeza contra la parte interior de la puerta. Hizo un espantoso ruido hueco. Pensé en la caída que la señora Leverton había sufrido delante de su casa seis meses atrás. En cómo había llamado a mi madre a través de los arbustos para que fuera a ayudarla. En cómo las enemigas se habían unido fugazmente. Ambas estaban desesperadas por seguir viviendo solas en sus casas.

La señora Leverton opinaba que yo era una degenerada, una esposa fracasada que se ganaba la vida posando desnuda, pero en realidad, en cierto sentido, envidiaba a mi madre. La señora Leverton tenía un hijo dispuesto a hacerlo todo por ella, pero «todo» se traducía en un hogar de ancianos anexo a una residencia con un programa de tratamiento más bien caro. «Todo» consistía en allanarle el terreno a la muerte a golpe de talonario. Su hijo pretendía cubrir de oro el camino hasta su tumba, cuando lo que ella realmente quería era que la dejaran morir en su casa.

—Joder —dijo Hamish. Se frotó la cabeza y soltó los pantalones, que se me quedaron arrugados en los tobillos, la apremiante locura seriamente amenazada de nuevo.

Me mordí el labio. Me estremecí.

—Fóllame —dije, con la esperanza de que no me estuviera mirando ningún Dios.

Aquello lo devolvió al momento. Me miró fijamente.

—¡Uau! —exclamó. De un solo tirón, me arrancó los pantalones y los lanzó sobre el suelo de gravilla. Contraje el gesto cuando me rompió las bragas. No es que fueran altas de cintura, ni viejas, ni que estuvieran raídas, pero el hecho de que me desnudara me devolvía con demasiada fuerza a lo que yo acababa de hacerle a mi madre. Me incorporé de repente y lo agarré por el pene, que le asomaba por encima de la goma de los calzoncillos.

Tiré de él hacia delante y hacia abajo. Hamish gemía de placer mientras yo separaba las piernas y le rodeaba con ellas la cintura.

—¡Oh, mierda, mierda, mierda! —chilló.

Permanecí inmóvil, no me lo podía creer. Había eyaculado encima de mi estómago. Mis dedos, pegajosos y enfurecidos, apretaron con fuerza.

—¡Ay! —gritó, y me agarró por la muñeca—. Suéltame.

Comenzó a desplazarse sobre el asiento y me aplastó una rodilla con el culo, hasta que por fin logró sentarse detrás de mis piernas, con las suyas dobladas por encima. Me llegó el olor fétido de la parte de atrás, donde el aroma de las verduras frescas que había comprado en el mercado se mezclaba con el olor a humedad que salía de mi bolsa del gimnasio.

—Joder, lo siento —dijo—. Esto es bastante intenso.

Me quedé tumbada. De repente estaba con mi madre en el sótano. La señora Leverton bajaba por las escaleras con una bandeja de chokolatinas After Eight dispuestas en un bonito círculo. El teléfono de la cocina sonaba sin cesar y Manny estaba en el piso de arriba, lanzando preservativos a diestro y siniestro.

—¿Me llevas a Limerick? —pregunté, como si estuviera pidiendo que me ingresaran en un manicomio al otro lado de las montañas. No quería mirarlo. No quería verle la cara. De modo que me concentré en el rasgón que había en la esquina superior del asiento del copiloto y traté de recordar cómo se había producido.

Hamish fue amable, aunque su amabilidad estuviera motivada por una vergüenza innecesaria.

—¿Quieres lavarte?

—Me quedaré aquí —respondí.

Noté que quería decir algo pero se contenía.

—Te traeré una toalla —dijo al fin, y yo asentí con la cabeza para decir que sí a la toalla y para que, por el momento, desapareciera de mi lado.

Me quedé tumbada en el asiento de atrás y me dediqué a escuchar los ruidos nocturnos que me rodeaban, me recordé follando con Jake en el escarabajo Volkswagen, en Madison. Avery venía a cuidar de las niñas y nosotros nos marchábamos a algún rincón oscuro de las afueras del campus de la universidad y dejábamos la radio en AM mientras hacíamos el amor.

Me habría gustado estar mirando el cielo, pero en lugar de eso me quedé mirando el techo tapizado de mi Saab. El aire fresco de la noche se coló por la puerta abierta de la que me colgaban los pies y sentí un escalofrío, de modo que me incorporé, me coloqué en posición fetal y me quedé mirando la parte de atrás del asiento del copiloto, en el que la trenza de mi madre descansaba en el interior de mi bolso.

Una vez había leído uno de los libros de Sarah sobre crímenes reales que se había dejado en casa. Trataba sobre un asesino en serie llamado Arthur Shawcross y lo más llamativo de la historia, al menos para mí, era el retrato que hacía de una mujer a la que era evidente que había intentado matar, pero que había resultado demasiado lista para él. Era una vieja prostituta que aún se metía *speedballs* y se colocaba con frecuencia. Se pasó tres días colocada después de que Shawcross intentara estranglarla mientras la violaba en su coche. El tipo escogía a una prostituta, se la llevaba a un lugar oscuro y la mataba después de no haber sido capaz de realizar el acto

sexual. Aquella mujer había sabido cómo hablarle, cómo situarse para que las manos de él, aferradas a su cuello, no produjeran el grado de presión que le habría partido la tráquea. Y había sabido que su supervivencia estaba en íntima relación con la capacidad de eyacular de aquel hombre. Había tardado horas, o eso declaró, y había sido difícil, pero él se sintió tan agradecido que en lugar de matarla la devolvió al lugar donde la había recogido.

—¿Cómo puedes leer esas cosas? —le pregunté a Sarah por teléfono, agitando, como si pudiera verme, el ejemplar de aquel libro que había devorado en una sola noche.

—Es todo verdad —respondió ella—. No es ninguna gilipollez.

Hamish regresó oliendo a *Obsession* para hombre de Calvin Klein, lo cual, el hecho de saberlo, me avergonzó. Se inclinó frente al asiento trasero y me ofreció una toalla de manos azul. La miré horrorizada, sin ni siquiera tocarla.

—Estoy bien. No me hace falta.

De nuevo una expresión burlona le cruzó el rostro, pero en lugar de preguntar, dibujó una sonrisa.

—A ti te gusta que te lo echen encima —dijo.

—Hamish —grité, al tiempo que me incorporaba y salía apresuradamente del coche para recuperar los pantalones y las bragas—. Si no te callas vas a lograr que vomite.

—Te has pasado.

—Tienes que entender que soy la amiga de tu madre y que tus frases de seductor están calibradas para funcionar con mujeres a las que doblo la edad.

—Como mínimo.

—*Touché* —respondí, y me abroché el pantalón al tiempo que me calzaba las zapatillas.

—Aunque tienes que admitir que normalmente no nos relacionamos de este modo.

—Iremos en mi coche. Yo conduzco. Ve al otro lado.

—Guay. Mamá siempre me hace conducir.

Me senté al volante, aparté bruscamente el bolso del asiento del copiloto y lo encajé a mi lado. Imaginé a un Hamish de ocho años, corriendo hacia mi coche con una sonrisa salvaje en el rostro. Se había enamorado locamente de Emily el mismo día que la conoció, cuando ambos tenían dos años. Miré por la ventana al adulto que había estado a punto de follarme y que ahora rodeaba el coche para sentarse a mi lado. Ya no sabía quién era ni de qué era capaz.

Se metió en el coche y me besó en la mejilla.

—Abróchate —dije, la espalda erguida contra la suave piel del asiento.

Salí por el camino marcha atrás, la gravilla crujiendo debajo de mis ruedas. La sillita de Leo había hecho el rasgón que había en el asiento del copiloto. Me había costado una barbaridad meterla en el coche el día que a mi madre se le cayó el niño, pero quería demostrarle a Emily que era capaz de hacerlo, mientras ella seguía de pie en la acera, abrazando a Leo y gritando: «¡No importa, madre! ¡Déjalo! ¡Déjalo ya!», hasta que por fin logré colocarla y cerré la puerta. El día que llamé a mis padres para decirles que estaba de nuevo embarazada, mi madre soltó un bostezo exagerado y preguntó: «¿Es que aún no te has aburrido?».

—¿Con quién ha salido Natalie? —pregunté, mientras giraba para tomar la carretera.

—Mierda. No me hagas decírtelo.

Pero yo no quería hablar sobre lo que había ocurrido entre nosotros.

—Está bien, ¿podemos hablar de tu padre, entonces? ¿Te alegra que esté muerto?

—¿A ti qué cono te pasa? Siento lo que ha ocurrido, pero haz el favor de calmarte, ¿de acuerdo? Solo quiero hacerte feliz.

—Lo siento, es que he estado en casa de mi madre.

—Ah.

Era de dominio público que mi madre y yo teníamos nuestros problemas, que me ocupaba de ella por obligación, pero ahora acababa de cometer una estupidez, y lo sabía. Acababa de darle información a Hamish sobre dónde había estado. Era una asesina pésima y él era un amante pésimo. Estábamos hechos el uno para el otro.

—Estoy a gusto con mi madre —dijo Hamish—. Nos llevamos bien y eso de vivir juntos funciona. Con papá era más difícil.

—No tienes que hablar de ello —dije, sintiéndome culpable.

—Te lo cuento, si quieres.

Pensé en Hamish de pequeño, en cómo dejaba que Emily le diera órdenes, y en cómo, con el paso del tiempo, ella llegó a aprovecharse de la situación de un modo que no me gustaba en absoluto. Seguía siendo el mismo niño. Me diría cuanto quisiera saber igual que regalaba sus juguetes a mi hija o, cuando ella se lo ordenaba, le llevaba un cubo de arena tras otro para que construyera castillos para su Barbie. Natalie y yo, aunque por poco tiempo, llegamos a imaginar que acabarían casándose. En un momento determinado nos dimos cuenta de que ninguna de las dos tenía la menor idea acerca de qué constituía un buen matrimonio.

—Ya sabes que tu padre y yo no nos llevábamos bien —dije.

Habíamos dejado atrás la zona de cutres mansiones engastadas entre abedules y atravesábamos la extensa tierra de nadie poblada de almacenes de una sola planta y locales comunitarios de la época de los cincuenta.

—Eso no es raro en ti —dijo Hamish, con la mirada clavada al frente.

—¿Cómo dices?

—Si a pasar de alguien, como haces conmigo, lo llamas llevarse bien... —respondió Hamish.

—Nunca he pasado de ti.

—Sé qué piensas de mí.

—¿Y qué pienso de ti?

—Que soy un vago. Que soy una carga para mi madre. Cosas por el estilo.

Guardé silencio. Todo lo que había dicho era verdad. Salí de Phoenixville Pike y enfilé hacia Moorehall Road. Estaba tomando el camino más largo.

—Soy una auténtica zorra, ¿no? Hamish se rió.

—Pues sí. La verdad es que puedes serlo.

Reduje velocidad y eché un vistazo al aparcamiento de Mabry's Grill en busca del coche de Natalie.

—La ha recogido en un Toyota cuatro por cuatro —dijo Hamish.

Me aclaré la garganta y puse el intermitente para girar por Yellow Springs.

—Mi padre fue horrible en muchos sentidos. No echo de menos los gritos entre ellos y entre él

y yo. Me odiaba.

Aquel era el momento de decir: «No es cierto», o «Estoy segura de que no era así», pero no lo hice. Hamish podía necesitar sus buenas clases de sexo tántrico, pero su noción de la verdad era de lo más exacta.

—Mi madre se alegra —dijo Hamish—. Aunque a mí nunca me lo dirá. El sueño de mi padre era volver a Escocia algún día.

—¿Cómo soporta vivir tan cerca del puente? —pregunté.

—Tengo mi teoría. Creo que quiere estar cerca por si algún día su espíritu asoma del arroyo, para poder darle un buen golpe en la cabeza.

—Eso mismo siento yo por mi madre —dije.

—Ya lo sé —respondió Hamish, y alargó un brazo para tocarme el pelo.

¿Cuánto tardaría Jake en llegar a Pensilvania? El vuelo duraba al menos cinco horas, tal vez más. Venía de Santa Bárbara, no de Los Angeles o San Francisco. Había demasiadas cosas que yo no sabía. Sentí ganas de contarle a Hamish que el mismo día que Jake conoció a mi madre, se volvió hacia mí y me preguntó: «¿Por qué no me habías dicho que estaba chiflada?». Y que aquello había sido como una cortina que se abría y me mostraba por primera vez un mundo más grande, el principio de la línea divisoria entre el amor de Jake y el de mi madre. La fuerza que, de haberlo permitido, me habría partido por la mitad.

—Lo conoció por Internet, al tipo con el que ha salido —dijo Hamish—. Es contratista. De Downington.

—¿Qué?

—Tenía miedo de que la juzgaras. Creo que quiere volver a casarse.

Pasamos por delante de las graveras y dejamos atrás uno o dos edificios de poca altura en los que, en el tiempo que llevaba viviendo en el valle, jamás había visto entrar a nadie. Aquellos edificios lucían dos enormes uves en las fachadas de acero ondulado, no tenían ventanas y estaban protegidos por vallas electrificadas.

—¿Te acuerdas? —pregunté, señalando los edificios con la cabeza.

—Solo quise entrar porque no nos dejaban —dijo Hamish—. No pretendía robar nada.

—Así que un Toyota cuatro por cuatro, ¿eh?

—¿Helen? ¿Juzgar a alguien? Helen nunca juzga nada. ¡Todo le parece bien!

—¿Una zorra?

—De primera.

—¿Quién querría conformarse con menos? —pregunté entre risas.

—Por eso mi padre me mandó a Valley Forge —dijo Hamish un momento más tarde.

Y entonces mi corazón lo vio en sus años más difíciles. Los años en que había intentado hacer feliz a su padre y siempre había fracasado, como el día que los tres vinieron a cenar a mi casa y Hamish se sentó en el borde de la silla, «como un auténtico soldado», con una sonrisa en los labios mientras le pasaba a Emily las chuletas de cordero. «Tú no eres un auténtico soldado», le dijo su padre, sirviéndose gelatina de menta mientras un silencio de lo más incómodo se instalaba en la mesa.

Al otro lado de Industrias Vanguard se encontraban los restos de un pueblo fundado durante los

años previos a la guerra de la Independencia, así como algunas construcciones que se habían añadido al término de la misma y hasta finales del siglo XIX. Solo quedaban en pie siete edificios, todos a un lado de la calle. Los del lado opuesto habían desaparecido durante la misma tormenta que dejó al descubierto el gran yacimiento de grava que formaba la cantera Lapling.

Cuando Hamish y yo pasamos por allí, en el pueblo estaba todo cerrado. La tienda de comestibles, aún en activo y anexa a una taberna que solo servía Schlitz, había cerrado sus puertas a las ocho de la tarde. A través de las ventanas vi la tenue luz que iluminaba la barra y a Nick Stolfuz —de mi misma edad y el único hijo del propietario—, que estaba recogiendo.

Al llegar a la esquina del Ironsmith Inn, cerrado ya a cal y canto, di un volantazo a la derecha con la habilidad conseguida tras años de recorrer aquellos atajos, casi invisibles.

El día que descubrí la central nuclear de Limerick iba con Natalie. Fue durante una larga y cálida tarde de principios de los ochenta en la que me dirigía a casa de mis padres con Emily a remolque. Sarah se había quedado en Madison con Jake.

Cada vez que regresaba a casa desde Wisconsin llamaba a Natalie, y aquellos se convertían en largos viajes en los que ninguna de las dos decía palabra. Era nuestro modo de estar a solas sin estarlo y nos servía de excusa perfecta que darle a mi madre, a Jake, al marido de Natalie, para alejarnos un rato de los vínculos emocionales que con tanta benevolencia se denominan «vida familiar».

Salíamos dispuestas a perdernos juntas. Y así llegábamos a viejas carreteras rurales sin salida que nadie había pisado en muchos años o íbamos a parar a remotos camposantos sin iglesia, donde nuestros pies se hundían en los hoyos cavados por los únicos visitantes asiduos: los topos. Una vez perdidas y fuera ya del coche, paseando, nos separábamos, convencidas de que nos volveríamos a encontrar. Si decidía buscarla, era probable que topara con un castaño que llevara años muerto y la oyera llorar. En aquellos momentos sentía que las cuerdas de mi educación tiraban de mí hacia atrás. No me habían educado para abrazar, ni para consolar, ni para convertirme en familia de nadie. Me habían educado para mantener las distancias.

Pasé frente a gallineros y jardines oscuros, y al llegar al viejo túnel abovedado que separaba lo que quedaba del pueblo de las tierras de cultivo y del incipiente desarrollo suburbano que asomaba al otro lado, me di cuenta de que Hamish se había quedado dormido. La cabeza le colgaba suspendida hacia delante y no encontré razón para despertarlo. Juzgar a Natalie tal y como mi madre siempre me había juzgado era, sentí ganas de decirle a su hijo, mi torpe y contraproducente modo de demostrar amor. Me había pasado la vida tratando de traducir ese lenguaje y ahora me daba cuenta de que al fin había llegado a hablarlo con fluidez. ¿En qué momento te diste cuenta de que el hilo que entretejía tu ADN contenía la ineptitud social de tus parientes de sangre en el mismo grado que su diabetes o su densidad ósea?

A lo largo de los diez últimos años, Hamish había hecho distintos trabajos en casa de mi madre. Después de cualquier trabajo, ya fuera instalar un aspersor para regar los setos y enredaderas que había junto al bordillo o, como le tocó hacer una vez, reptar por el agujero más estrecho para rescatar a un gato callejero, mi madre lo recompensaba con comida. Yo llegaba por la tarde para ver cómo había ido todo y lo encontraba sentado a la mesa del comedor, rodeado de latas de galletas del alijo de mi madre.

Un día que mi madre había ido a la cocina para prepararme de mala gana, según me pareció, una taza de té, Hamish se fijó en la expresión de mi rostro.

—Me ha dicho que tenías problemas de peso.

Me alargó la lata de tofes, que, a medida que mi madre envejecía y yo me hacía con el timón, se había ido llenando de grumos de azúcar.

—No, gracias, Hamish —dije.

—¡Más para mí!

Se llevó una porción de caramelo a la boca y me guiñó un ojo.

Recordé las diversas fiestas infantiles celebradas al otro lado del túnel a las que había llevado a mis hijas. Yo me quedaba en la cocina con las otras madres, preguntándome qué clase de diabólica conciencia común ideaba juegos que consistían en saltar sobre globos hasta que cada niño reventaba el suyo, caía al suelo, y corría a un lugar determinado para recibir una lluvia de caramelos. Una vez, en plena noche, la voz entrecortada de una madre reclamó mi presencia. Era una de aquellas fiestas en las que los niños se quedaban a dormir y al parecer Emily había mojado la cama. Cuando llegué a recogerla la encontré sola, sentada en el pasillo encima de la colchoneta del perro y con mermelada en el pelo. Y mientras Emily se meaba, Sarah se peleaba. Daba patadas. Llamaba a los otros niños «gordos idiotas», «bebés grandes», o su insulto favorito, «cabrones gilipollas». Mis dos hijas me recordaban a los dos polos de un imán de nevera.

Miré a Hamish y pensé con asombro en aquel hombre que había decidido no marcharse de casa. Aquella decisión me parecía poco acertada, aunque, en realidad, era la misma que yo había tomado.

El coche enfiló el ascenso familiar de la última colina y subimos hasta las casas donde las penetrantes uñas de Peter Harper habían dejado una cicatriz en la frente de Sarah y donde Emily había recibido su primer beso tumbada en el sofá marrón a cuadros de un chico del instituto que tocaba el saxofón. Apagué las luces, seguí avanzando a oscuras hasta un lado de la carretera y me detuve. La cabeza de Hamish se inclinó hacia atrás y chocó con el asiento. Abrió los ojos durante un instante y volvió a cerrarlos.

Desde su construcción, las torres de la central de Limerick, iluminadas a lo lejos, se habían convertido en una señal de mal augurio. Tanta energía contenida. La silueta de aquellas enormes ubres blancas que se ensanchaban como cráteres.

Me quedé en el coche con el durmiente Hamish y dirigí la vista a las oscilantes extensiones de cultivo y más allá de las copas de los árboles, iluminadas a contraluz por los focos que rodeaban las torres.

Natalie y yo habíamos hablado de hacer una excursión a la central para comprobar cuánto lográbamos acercarnos, pero el plan nunca llegó a concretarse. Era como si hubiéramos acordado tácitamente que era mejor mantener aquella imagen lejana, que la realidad resultaría decepcionante. Siempre nos habíamos referido a aquella imagen como «el futuro sin futuro».

Cuando supe que estaba embarazada de Emily llamé a mi padre a la oficina. Había ido al centro médico estudiantil de Madison a hacerme un análisis de sangre. La enfermera que me llamó para comunicarme el resultado me recomendó que me apuntara a las sesiones informativas sobre control de natalidad. Me senté en círculo junto a otras chicas y me di cuenta de que yo era la única

que sonreía. Yo lo quería, a él, a ella, a quien fuera que estaba en mi interior y era parte de Jake y parte de mí.

—No todo el mundo querría un hijo siendo tan joven —dijo mi padre—. Yo me alegro, Helen. ¿Y Jake?

Jake estaba sentado en la vieja silla del comedor, prestándome su apoyo en silencio.

—También.

—¿Niño o niña? —me preguntó—. ¿Qué preferirías?

—Me da igual, papá. He pensado en ello y la verdad es que no me importa.

—Entonces deja que sea egoísta y te diga que me encantaría tener una nieta. Sería como recibir la visita de una pequeña Helen.

Después llegó el momento de decírselo a mi madre. Marqué el número de casa e identifiqué la KYW de fondo. Era la emisora de noticias que escuchaba todo el día. Boletines informativos sobre homicidios, incendios y muertes extrañas.

—Y bien, ¿estás orgullosa? —preguntó.

—¿Qué?

—Estás desperdiciando tu vida, lo sabes, ¿no? Echándola por la borda.

Miré a Jake.

—¿Mamá?

—¿Qué?

—Voy a tener un hijo.

—¿Y qué quieres? ¿Un premio?

Jake debió de notar algo en la expresión porque se levantó y me quitó el auricular de la mano.

—Señora Knightly, ¿no le parece una noticia estupenda? La idea de ser padre me hace inmensamente feliz.

Ocupé la silla que Jake había dejado vacía y lo miré maravillada. Pese a haber entrado en el estado de confusión que mi madre solía causarme, sentí que si lo miraba a la cara y escuchaba su voz lograría regresar al mundo nuevo que Jake y yo habíamos formado. Un mundo que no estaba gobernado por mi madre.

Casi ocho años más tarde, también fue a mi padre a quien acudí, y fui a buscarlo a la iglesia católica del barrio. Estaba de vuelta en la ciudad, pero cuando llamé a mi madre no se lo dije. No quería verla hasta haber hablado con él.

Un hombre que trabajaba con mi padre le había hablado de los cada vez más elevados costes de mantenimiento de la parroquia de Saint Paul, y mi padre le había sugerido al sacristán que se hiciera con unas cuantas ovejas. Con todas aquellas antiguas losas que sobresalían y se amontonaban torcidas en el suelo, las ovejas mantendrían la hierba a raya mejor que cualquier cortacésped, y además su técnica era exacta, dijo mi padre. «Ni siquiera hará falta repararla». Aunque no tenía relación con la iglesia, se había ofrecido a ocuparse de los animales cuando le fuera posible.

Las niñas y yo nos acercamos a él desde el aparcamiento de la parroquia. Llevaba a Sarah en brazos, aunque en Madison le había dicho que, a sus cuatro años, era ya demasiado mayor para

que mamá cargara con ella a todas partes. Emily, sin embargo, sonrió por primera vez desde que las metiera a ellas dos y a las tres maletas en el Escarabajo.

«¡Abuelito!», gritó. Estábamos cerca de la tapia del cementerio cuando Sarah se deslizó por mi cuerpo y se plantó en el suelo. Mi padre se volvió y al vernos soltó el rastrillo. Emily se las arregló para franquear la tapia con sus saltitos de caballo mientras yo volvía a tomar a Sarah en brazos y la pasaba por encima.

Después de conocer a las ovejas, Sally, Edith y Phyllis, y una vez que mi padre les hubo enseñado cómo las cuidaba —limpió su cobertizo de madera y relleno los cuencos de la comida y el agua— y hubo charlado con Emily sobre un niño de la escuela que la tenía asustada, las niñas se quedaron jugando entre las tumbas.

Mi padre y yo dimos un paseo.

—Se te nota en la cara —me dijo en voz baja mientras cruzábamos el cementerio y nos adentrábamos en la zona nueva donde una cortacésped, no las ovejas, se ocupaba de mantener limpias las losas.

—Vamos a divorciarnos —dije.

Sin decir palabra, ambos nos sentamos en un banco de mármol blanco donado por una familia que había perdido a tres de sus miembros en un accidente de tráfico.

Estuvimos un rato en silencio y rompí a llorar.

—Siempre pienso en la gran cantidad de vida que hay en el cementerio —dijo mi padre—. Las flores y la hierba no crecen tanto en ningún otro lugar.

Apoyé la cabeza en su hombro. Había llegado a cierto grado de cariño con Jake y sabía que lo echaría de menos. Noté casi de inmediato que mi padre se sentía incómodo. Se apartó de mí unos centímetros y levanté la cabeza.

—¿Has visto a tu madre? —preguntó.

—No me sentía capaz —respondí—. La he llamado desde una cabina y me ha dicho dónde estabas.

—¿Volverás a casa?

—Me gustaría estar cerca de ti —respondí—. Pero creo que las niñas necesitan...

—Claro. Claro.

Me di cuenta de que su cabeza se ponía en marcha como había esperado que hiciera. Pensé en el pequeño reloj con la parte de atrás de cristal que había encima de su cómoda, en la fascinación que de pequeña —ejercían sobre mí las ruedas de engranaje que se movían detrás del cristal biselado.

—El señor Forrest tiene un amigo que es agente inmobiliario —dijo—. Han construido una nueva urbanización cerca de la zona donde tu madre y yo nos planteamos ir a vivir. Bonitas casas de dos plantas.

—Pero...

—Será mi regalo. —Me dio unos golpecitos en la mano.

Me puse en pie y me alisé la falda. El viaje desde Wisconsin había sido largo y caluroso. Sintiéndome culpable, me quedé mirándolo mientras me daba la espalda y se acercaba al cementerio y a sus nietas. No quería depender de él.

6

No recuerdo en qué momento Hamish por fin despertó. Me había pasado aquel intervalo con la vista clavada en la oscuridad, en dirección a las torres de la central nuclear de Limerick, pensando en mi padre.

De noche, a ninguna hora en particular, las luces de Limerick emitían destellos verdes, después rojos, cada color respondiendo a la llamada del otro. Aquel era un mensaje que Natalie y yo siempre habíamos interpretado como un SOS, como si un grupo de habitantes atrapados en el núcleo de lava, al abrigo de la noche, se comunicaran con algún desconocido que hubiera al otro lado.

Cuando Hamish se acercó a mí ya casi me había olvidado de todo. De cómo y por qué había ido a parar allí.

—Siempre he creído que tenía una gemela en algún lugar de este mundo —dijo.

Le lancé una mirada vacía, pero el peso de su mano en mi muslo me rescató del lugar en que me había perdido.

—Y no es ninguna estrategia. No es una frase que utilice para ligar.

Besé a Hamish lentamente, como si fueran ciertos aquellos sueños de la infancia: que nos habían adoptado, que habíamos caído del cielo, que nuestros padres no eran nuestros padres sino hologramas proyectados que demostraban la existencia de otro mundo al que era posible escapar.

Con el parpadeo de las luces a lo lejos, Hamish se inclinó sobre mí. Noté su peso, su aliento, su resistencia. Me pasó un brazo por encima, tiró de la palanca del asiento y lo echó hacia atrás. Ninguno de los dos dijo nada. Forcejamos para acomodarnos entre la palanca de cambio y el volante, pero nuestra entrega era común y absoluta. Sabía que bajo ningún concepto me iría de allí sin que Hamish y yo hubiéramos llenado nuestros respectivos vacíos. Aquel era sexo fruto de la determinación y la voluntad, sexo de escalada, esforzado, destinado a tachar un objetivo de la lista hecha tan solo momentos antes. La pasión consecuencia de un suministro limitado de aire y tiempo, y de una evidente ilicitud.

Cuando alcanzamos el lugar que ambos estábamos buscando —dos enfermos enloquecidos, devorados por el ansia— yo tenía medio cuerpo en el asiento trasero, la cabeza recostada casi en ángulo recto. Hamish utilizaba los brazos para no dejar caer su peso sobre mí, y al mirar al frente vi tan solo el cálido y húmedo margen que se abría entre nuestros abdomenes mientras Hamish levantaba la cabeza hacia el techo. Cerré los ojos y sentí el impacto de sus caderas. No estaba dispuesta a salir del coche ni del momento. Daría caza al animal que había deseado matar a mi

madre desde mi más tierna infancia. Entonces caí en la cuenta de que, hasta ese momento, había sido una necesidad inocente que anidaba en mi interior, como el bazo, accesorio pero siempre presente, de algún modo parte del todo.

Entre la clavícula de Hamish y su bíceps izquierdo descubrí un tatuaje que hasta entonces no había visto. Siempre pensé que los tatuajes eran algo de lo más estúpido, algo así como pedir un frappuccino agitado, una de las formas en que la gente que había perdido el rumbo reivindicaba su identidad en el mundo. Lo miré atentamente mientras una oleada de náusea e hilaridad me crecía en el estómago. Era un tatuaje en forma de círculo, muy de suburbio, de aspecto oriental y sin duda hecho en Thad's Parlor, junto a la tienda de recambios para automóviles. En aquel azul mínimo se podía identificar la cola de un dragón, y si la seguías, te llevaba hasta la cabeza, que se mordía la cola.

—Madre mía, Hell —soltó Hamish, a mi lado—. Joder.

—Gracias, Hamish.

—Ha sido un verdadero placer.

—Tengo que irme a casa —dije.

Hamish se miró el reloj y se sentó. Solo entonces pensé en Natalie. La imaginé en su cita con el contratista de Downington. La recordé, cuando éramos pequeñas, citando los versos de un poema de Emily Dickinson. «Porque yo no podía detener la Muerte / bondadosa se detuvo por mí». Estaba de puntillas sobre sus odiadas zapatillas de ballet y al término de cada verso daba una vuelta completa, hasta que, mareada y algo borracha por el brandy que le habíamos robado a su madre, se desplomó encima de la cama, entre mis brazos.

—¿Muerte? —preguntó, mirándome a los ojos.

—Encantada de conocerte, hermana —respondí con gorgoritos de barítono.

En los momentos de confusión después de dejar a Hamish, no sabía si felicitarle o darle de cabeza contra la pared. Habían pasado más de dos décadas desde la última vez que había mantenido relaciones sexuales en un coche con un hombre que aún no tenía edad de toser, esputar o gruñir nada más despertarse. De un modo vago, habíamos quedado en volver a vernos, y Hamish me había dedicado una penetrante mirada que solo puedo definir como de vidriosa intensidad. El veía en mí sexo y experiencia. Mi percepción borrosa solo me permitía ver, cuando lo miraba, los últimos vestigios de la virtud.

Era noche cerrada. No había luna, y en mi barrio, a diferencia de lo que sucedía en el de Natalie, la iluminación del exterior no se había convertido en una competición entre sensores de movimiento y focos de jardín con alimentación solar. Había solo alguna que otra farola, y los Mulovitch, que vivían al final de la calle, habían instalado sobre la puerta de su casa una bombilla con la potencia suficiente para interrogar al fumeta de su hijo, pero mi césped y los que había alrededor estaban oscuros como boca de lobo.

Mi padre y el señor Forrest me habían encontrado una casa en la zona a la que mis padres se habían planteado mudarse cuando yo era adolescente. Un día de mudanza, mi padre nos llevó a las tres en su coche y tomó fotografías mientras el agente inmobiliario me entregaba la llave. Cuando entré en la casa fui capaz de pasar por alto la mano de pintura que necesitaban las paredes, los sucios que estaban los suelos, porque mi padre había estado allí el día antes y había dejado dos

camas para las niñas y un colchón y un tocador para mí.

Descalza, salí del coche y caminé hasta el jardín. Sentí el césped frío pero seco, aún faltaban horas para que se cubriera de rocío. Al fin y al cabo, era temprano. En algún lugar, los estudiantes de Westmore vomitaban entre los setos que rodeaban propiedades de dos mil metros cuadrados en el porche trasero de las cuales aguardaban los barriles de cerveza. Las adolescentes se quedaban dormidas en lugares donde no deberían hacerlo, y la noche de Sarah, si la conocía tan bien como yo creía, estaría a punto de comenzar en el East Village. Tardé unos segundos en recordar el nombre de su novio, pero mientras alargaba un brazo para acariciar la rama del cornejo, recordé su cualidad como nombre de relleno. Joe, o Bob, o Tim. Un nombre de una sola sílaba, fácilmente reemplazable. Como Jake.

Avancé hasta la zona central del césped y me tumbé, los brazos y las piernas extendidos. Miré las estrellas. ¿Cómo había terminado en un lugar en que hacer algo así me convertía en una loca, cuando mis vecinos adornaban los patos de cemento con sombreritos por Semana Santa y con gorras a rayas por Navidad y todo el mundo los tenía por cuerdos?

Solté los zapatos y el bolso junto a mí. Se veían tan solo unas cuantas estrellas. La tierra se sentía fría debajo de mi cuerpo. «En China hay niños que se mueren de hambre», solía decirme mi madre cuando me atracaba de comida.

«No por ello voy a dejar de tener hambre», susurré allí tendida. Recordé la expresión de su cara cuando Jake y yo viajamos desde Wisconsin para que lo conocieran. El había sido el primer y último desafío directo a su poder. Mi madre lo había recibido con un despliegue de medios tan extremo que resultaba casi doloroso de contemplar. Se obligó a sonreír, a hacer reverencias y a arrastrarse como si Jake fuera el señor de la casa y ella una insignificante criatura. ¿Por qué no había visto la verdad? Mi madre tenía una voluntad de hierro que anulaba cualquier cosa que Jake y yo pudiéramos llegar a construir. Nuestro imperio de juguete era muy frágil, en realidad. «¡Lo único que has querido alguna vez ha sido a tu madre!», me había gritado. Negándome a aceptar aquella verdad, había levantado los brazos como para detener un golpe.

Sabía dónde estaba mi madre. No estaba en el paraíso celestial sino en su sótano, fría como el mármol. Tenía su trenza en el bolso para demostrarlo. Me obligué a mirar el cielo, sin pestañear. Si estaba allí arriba, no era capaz de distinguirla. Podría ser una estrella oscura, oculta tras una masa de nubes, como el pequeño tumor que al fin un día llega a matar, pero por mucho que me esforzara, no lograba verla.

Me tumbé de lado. Los últimos restos de Hamish se escurrieron de mi cuerpo. Me sentí agotada y extrañamente llena y lista para dormir. Pensé en la tarima a la que habría de subir horas más tarde y en la pose que adoptaría. Era la cuarta semana que posaba en la clase de dibujo al natural de Tanner Haku. Hasta el día antes había estado ensayando frente al espejo con pequeñas pesas, haciendo yoga aún con mayor voluntad para que se me marcaran los músculos debajo de la piel. Sabía que eso era lo que Haku quería, y sabía que adaptarse a los deseos del profesor era fundamental en mi trabajo de modelo. No tanto la pose como entender el grado de entrega física que él o ella esperaba de ti. Natalie pasaba por uno de sus habituales semestres a base de crema de queso y rosquillas, puesto que el profesor que le habían asignado era un admirador de Lucían Freud. Quería pliegues de grasa, vello corporal y algún que otro pedazo de piel señalada con

cicatrices o cubierta de sarpullidos.

«¡Al suelo!», solía ordenar.

Aquello de posar era algo para lo que yo la había convencido. Al principio se negó, acomplejada como estaba de su cuerpo, pero entonces consiguió un empleo de media jornada en la secretaría del centro y ahora compaginaba ambos trabajos.

Me levanté del suelo, recogí los zapatos y el bolso, y busqué el llavero con su práctica linterna incorporada. Aquel, al igual que el teléfono móvil, había sido otro regalo inspirado en mi madre. Con frecuencia me dirigía al centro comercial como un sargento al frente de un batallón. Mi madre y yo teníamos que tener teléfonos móviles. Mi madre y yo teníamos que tener llaveros con linterna. Mi madre y yo teníamos que tener teteras de acero inoxidable, almohadones de plumón, fundas resistentes de todo tipo. Si. Entonces. Si compartíamos X, entonces todo se mantendría estable, en calma, bien. Metí la llave en la cerradura de mi puerta y vi mi propio epitafio:

«vivió la vida de otro».

Años atrás, cuando comencé a sentirme superada por tener que ocuparme de mi madre, empecé a deshacerme de pequeños objetos que tenía en casa. Quizá por eso no habría culpado a la señora Castle si hubiera robado el tazón de Pigeon Forge. En más de una ocasión me había sentido tentada de abrir el joyero de mi madre y decirle: «Adelante, sírvase». Por desgracia, el joven Manny, señor de los condones, ya lo había hecho, algo que yo siempre había logrado mantener en secreto.

Me quité el abrigo y en lugar de colgarlo lo solté sobre el suelo embaldosado. Al contrario que en casa de mi madre, en la mía siempre dejaba una ventana abierta, aun cuando comenzaba a refrescar. Me gustaba notar que el aire corría continuamente y ventilaba las habitaciones. Me dirigí a la estantería del salón y, entre Virginia Woolf y Vivian Gornick (ordeno a mis autores por el nombre), eché un vistazo al objeto de esa noche: un Buda lloroso tallado en madera. Un regalo de Emily.

Como si estuviera cometiendo un delito, tomaré el objeto —un pisapapeles, un arreglo de flores secas, un pequeño camafeo de mi tatarabuela— y «sin querer» lo tiraré a la basura el día que tenga que sacarla. Lo hago por capricho, jamás lo planeo. Veré algo sobre la estantería y sentiré el impulso de arrancar una hoja de periódico o de coger una vieja manta y envolverlo, como si estuviera haciendo un truco de magia. Entonces saldré a la calle a toda prisa y lo meteré en el único contenedor impoluto, el de basura clasificada, a la espera de que pase el camión a ensartarlo. Una sensación de ligereza se apodera de mí. Me he quitado otro peso de encima.

Miré la figura de aquel Buda lloroso, del tamaño de un puño y tallada en madera nudosa. Sería el primer objeto de mi propiedad del que me librara, un regalo de mi hija. Pero cuando acerqué una mano para cogerlo, pensé en Manny.

Toqué el Buda con la yema de los dedos pero dejé que siguiera en su sitio.

Subí a mi habitación, intentando no pensar en Manny manteniendo relaciones sexuales en una

de las habitaciones de casa de mi madre mientras ella, con toda probabilidad, estaba en el piso de abajo, sentada en su sillón del salón. ¿Qué le debía más allá de las propinas que le había dado como suplemento a lo que ya le había pagado mi madre?

Encendí la lámpara de la mesilla de noche. ¿Qué había estado leyendo antes de que comenzara aquel día? Emily me había enviado una nueva traducción del *Tao Te Ching*. El solo hecho de sostener entre las manos aquel delgado ejemplar era ya reconfortante, pero cuando lo abrí y traté de leerlo, me sentí como si todas las palabras se hubieran convertido en «X». Yo no era un pez, ni una puerta ni un carrizo, y jamás lo sería. Era una fétida criatura humana a la Lucían Freud.

Encima del tocador había colgado uno de los primeros dibujos que Jake había hecho de mí. Se había basado en una fotografía que Edward Weston le había sacado a Charis Wilson antes de que se convirtiera en su esposa. Me senté del revés en una de las sillas de metal y vinilo que teníamos en nuestra cocina de Wisconsin. Llevaba mi gorra de niña, que en el dibujo de Jake se parecía más a una boina, un sujetador y una enagua corta. Cuando separé las piernas, la enagua se encaramó a mis muslos. Aunque no se me veía nada a través de la enagua, que caía vaporosa a modo de velo, la insinuación era evidente. A raíz de ese dibujo, pasé de ser una estudiante brillante en clase de mis profesores a una chica de calendario en la galería de la facultad que lindaba con la biblioteca universitaria.

Me metí en la cama y me cubrí con las mantas. Seguía vestida, la ropa toda sucia. Pensé en los rituales de belleza que había aprendido a lo largo de los años. Lo adulta que me sentí la primera vez que mi madre me aplicó crema hidratante en los pies. Después llegaron los calcetines y más tarde las anticuadas tobilleras con cordones. «De otro modo —decía mi madre—, en plena noche se te saldrán los calcetines y se estropeará el efecto». Mientras me abandonaba al sueño recordé una de las innumerables llamadas que había recibido de la señora Castle a lo largo de los últimos años. Al parecer había llegado a casa y se había encontrado con mi madre ataviada con unos delicados guantes de algodón verde oscuro, sobre los que se había puesto unas esposas. Según le había dicho a la señora Castle, no sabía dónde había guardado la llave. ¿Acaso yo recordaba dónde podía estar?

7

Tenía ocho años cuando mi padre sufrió un accidente en el taller y una ambulancia lo llevó a toda prisa al hospital. No regresó a casa hasta pasados tres meses, y no me permitieron ir a verlo. Mi madre decía que volvería exactamente en noventa días, y que estaba visitando a sus familiares y amigos en Ohio. Cuando le preguntaba quiénes o por qué razón no podíamos ir con él, ella me mandaba callar. Las visitas del señor Forrest eran cada vez más frecuentes, y los Donnellson y los Leverton nos traían panes de carne y cazuelas con guisos, que solía encontrarme frente a la puerta principal cuando regresaba de la escuela.

Entraba en casa y me sentaba a la mesa del comedor a leer. Me procuraba la intensidad de luz necesaria con el regulador de la lámpara para evitar que, al hacerse de noche, la casa quedara totalmente a oscuras. Mi madre bajaba de su habitación a última hora de la tarde y preparábamos la cena juntas. Cuando mi padre llevaba una semana fuera de casa decidí esconder los guisos. Fue entonces cuando comenzamos a cenar galletas saladas untadas con mantequilla de cacahuete, o comida precocinada, o mi plato favorito: interminables rondas de tostadas con canela. Mi madre llevaba el camión con el que había dormido —blanco y diáfano—, y yo seguía vestida con la ropa del colegio.

«Aún faltan ochenta y dos días», decía. O «solo setenta y tres».

Aquello se convirtió en el ritual con el que nos saludábamos.

«Sesenta y cuatro». «Cincuenta y siete». «Veinticinco».

Durante esos noventa días nunca importó a qué hora regresara. De camino a casa desde la parada del autobús, solía detenerme frente a la casa del señor Forrest y dar unos toques en la ventana para despertar a su perro. Y Tosh, un King Charles spaniel («¡La mejor raza!», decía el señor Forrest), se acercaba a mí y con aire triste apoyaba la pata en el cristal.

Si encontraba una cazuela en la entrada, corría a la cocina y la envolvía en papel de aluminio antes de esconderla en el congelador del sótano. Temía que mi padre no regresara a casa y que me tocara a mí hacerme cargo de nuestra alimentación.

Cuando intenté explicar qué le sucedía a mi madre, cayó en saco roto.

—No hace demasiado —dije.

—Tal vez solo te lo parezca a ti, Helen —respondió la señorita Taft. Era mi profesora de segundo, y mi grupo era el primero al que daba clase.

—No conduce —aventuré.

—No todo el mundo lo hace.

—Mi padre sí. Y el señor Forrest también.

—Son solo dos personas —dijo, y me mostró dos dedos. Me sonrió, como si enseñarme los números enteros fuera a solucionarlo todo.

—Antes salía a pasear, pero ha dejado de hacerlo.

—Criar a un hijo te deja sin fuerzas —dijo la señorita Taft.

Dirigí la mirada más allá de su rostro, al mapa colgado encima de la pizarra. Sabía cuándo callarme. El problema de mi madre era culpa mía.

A los noventa días de haberse marchado, mi padre regresó. Mi madre se había puesto un traje que nunca antes le había visto y se había cepillado la melena y peinado con esmero. Entonces me di cuenta de que, debajo de sus diáfanos camisones, había ido perdiendo peso. En ese momento recordé que no la había visto comer más de una o dos galletas a rebosar de mantequilla de cacahuete. Tampoco había dicho nada sobre las cazuelas escondidas.

Mi padre cruzó la puerta y me dedicó una sonrisa mansa. Llevaba una pluma nueva en el sombrero y se notaba que también él había perdido peso. Me acerqué a abrazarlo —algo que nosotros no hacíamos—, y él alargó la mano en la que sostenía una gran bolsa de plástico, bloqueando sin darse cuenta mi avance.

—Te he traído esto —anunció.

Se volvió para abrazar a mi madre. Me fijé en su cara mientras se acercaba a él. Las lágrimas ya habían dejado dos manchones de rímel debajo de sus ojos.

—Lo siento mucho, Clair. Ya estoy en casa y pienso cuidar de ti. He recuperado las fuerzas.

Sin decir nada más, la levantó y la meció con cuidado contra su pecho. En mi cabeza, aquel día, relacioné «he recuperado las fuerzas» solo con aquello: su capacidad física para levantar más peso. Dentro de la bolsa que sostenía estaban los cacharros de plástico de color verde turquesa. Había una jarrita, una bandeja y un recipiente en forma de riñón, que más tarde descubrí que había sido su palangana para los vómitos.

En las semanas y meses que siguieron, se convirtió en un acertijo al que nos gustaba jugar.

—¿Por qué te fuiste?

—Para ponerme mejor.

—¿Mejor de qué?

—Mejor de lo que estaba.

—¿Qué tenías?

—¡No me acuerdo porque ya no lo tengo!

Al poco tiempo, también yo me olvidé. Era mi madre quien tenía problemas. Mi madre quien tenía miedo. Tanto miedo que nada lograba quitárselo. Se sentía más segura entre los brazos de mi padre. Se sentía más segura en la casa de Mulberry Lane. O debajo de las mantas. O sentada de piernas cruzadas con una bolsa de agua caliente en el regazo.

Mi padre solía saludarme por las mañanas, cuando bajaba a desayunar.

—Es un mal día, cariño —decía.

Era nuestro ritual, y no cambió jamás. En los días malos mi madre se quedaba en la cama con las persianas bajadas hasta que mi padre y yo salíamos de casa. Ella sabía por qué teníamos que irnos, pero no podía evitar sentir que nuestro abandono era una crueldad. Mi padre y yo

hablábamos en voz baja en la cocina y engullíamos el desayuno a toda prisa. Cuando en su cartera no había billetes nuevecitos con los que pudiera comprarme la comida, recurría al bote que había en la cocina, con mucho cuidado de sacar las monedas sin hacer ruido.

A los once años me sinceré con Natalie acerca del comportamiento de mi madre y contuve la respiración cuando me dijo que su madre se comportaría del mismo modo. Jamás me había sentido tan feliz. Sin embargo, mi alegría se esfumó cuando ahondé un poco más en el tema. La madre de Natalie le daba al alcohol. Me dio mucha envidia. La posibilidad de localizar el problema en una botella era como un sueño para mí.

En un día malo.

—¿Estás bien, mamá?

—Es un mal día, Helen.

Hoy atropellaron a Billy Murdoch delante de mi casa. Yo estaba en el instituto. Mi padre había pasado la noche anterior fuera de casa. «Un viaje de negocios a Scranton», nos había dicho. Fue como si todos los vecinos de aquel corto tramo de calle hubieran decidido salir aquella tarde. Sin embargo, y más importante que cualquier otra cosa, era un mal día.

La tarde que Billy Murdoch fue atropellado, mi madre se había organizado el tiempo como hacía siempre en los días malos, llenando las horas con tareas domésticas para intentar mantenerse ocupada, para intentar no sentarse en el sofá, ni a la mesa de la cocina y sucumbir a ello. Era como si limpiando, lavando y ordenando pudiera contener el horror lo justo para respirar.

Tiempo más tarde, en uno de sus susurros infinitos, cuando ya hablaba desde el lugar en que vivió durante meses después de aquello, me contó que se acordaba del ruido que hizo el cuerpo de Billy al recibir el impacto del coche. «Como una calabaza golpeada por un bate de béisbol», dijo.

Eran cerca de las dos de la tarde y mi madre acababa de subir del sótano cargada con un montón de calcetines y calzoncillos de mi padre. Había algo en el olor acre de la lejía que lograba tranquilizarla, y le gustaba notar el calor de la cesta contra el pecho.

Su rutina consistía en dejar la cesta en un extremo del sofá y sacudir y después doblar los calzoncillos de mi padre, separándolos en dos montones: los blancos y los de rayas azules. A continuación les llegaba el turno a los calcetines, que emparejaba, enrollaba y mantenía unidos con el elástico.

Cuando mi madre oyó aquel sonido no corrió a la puerta para ver qué había sucedido como más tarde todo el mundo aseguró que habría hecho en su lugar. Ella permaneció inmóvil durante un segundo y retomó lo que estaba haciendo. Cuanto hizo después del sonido fue incluso más metódico, más mecánico, hasta que llegó el segundo sonido.

El ruido de un coche que se alejaba a toda velocidad, derrapando calle abajo como un bólido. Su sistema nervioso recibió entonces el aviso de que algo no marchaba bien allí fuera. Pese a la cháchara vacía que ocupaba su cerebro en un día malo, soltó los dos calcetines que tenía entre las manos y caminó, no corrió, hasta la puerta. Su mente se quedó en blanco hasta que llegó al bordillo. Su preocupación por el chico le pedía que actuara, pero como un perro entrenado para no rebasar el límite del jardín bajo ninguna circunstancia, se detuvo junto al buzón.

El niño había estado paseando en bicicleta, que ahora estaba tirada al borde de nuestro

césped, la rueda delantera girando lentamente antes de parar.

Mi madre se llevó una mano al pecho y comenzó a restregarse la piedra de la serenidad que era para ella su esternón con los nudillos de la mano derecha.

Las piernas del niño dieron una sacudida, después otra.

Mi madre apoyó el brazo izquierdo en lo alto del buzón para mantener el equilibrio. Estaba a menos de dos metros del niño. —¿Billy? —susurró.

Más tarde, el médico diría que, si hubiera tenido un poco de suerte, habría ido a pie. De ese modo, el coche le habría impactado de lleno en la cabeza y lo habría derribado. ¡Fiu!, atropellado y muerto en el acto.

Siempre me he preguntado qué debió de pensar durante aquellos últimos minutos que pasó tan cerca de mi madre. ¿Cómo podía el mundo cambiar tan deprisa? ¿Sabría, a sus ocho años, qué era la muerte? Los coches aparecían de la nada y te atropellaban dos casas más abajo de aquella en la que habías crecido, y una mujer que, en las contadas ocasiones que la habías visto en su jardín, siempre te había parecido una adulta como las demás, se quedaba al borde de la carretera pero no se acercaba a consolarte. ¿Era aquello un castigo por haber fingido estar enfermo y no haber ido a la escuela? ¿Por haber roto la norma de no salir de casa cuando tu madre no estaba?

Yo tenía dieciséis años. Natalie y yo solíamos ponernos nuestras mallas de ballet e inventar coreografías en el sótano reformado de casa de sus padres. Nos servíamos de la barra circular de su padre para impulsarnos por toda la habitación, donde perfeccionábamos una tabla de volteretas sobre el diván y la alfombra de piel de oso que cubría el suelo. Nuestra danza era narrativa y esforzada, e incluía abdominales y levantamientos de pierna sin orden ni concierto.

—No se preguntó nada —me decía Natalie para intentar calmarme en los días que siguieron.

Cuando llegué a casa su cuerpo ya no estaba, pero en la carretera aún se veía la mancha alargada de sangre, como un signo de exclamación.

—Tenía el cerebro destrozado —decía Natalie—. No estaba pensando en nada.

Pero yo había oído a mi madre lamentarse entre los brazos de mi padre.

—Me llamó «señora» —repetía sin cesar—. Me miró y me llamó «señora».

Mi padre, que si bien no era una persona demasiado sociable caía bien a todo el mundo por sus saludos y sus modales agradables cuando se encontraba con los vecinos en la tienda del barrio, había tratado de explicarles la incapacidad de mi madre para bajar de la acera.

—¿Por qué no llamó a alguien, entonces? —preguntó el señor Tolliver, que vivía a la vuelta de la esquina y sacaba a su mujer a dar humillantes paseos durante los que la obligaba a levantar brazos y piernas como si fuera la única integrante de una banda municipal. «La señora Tolliver es una mujer rolliza», decía mi madre. «Si no quería una esposa rolliza no debería haberse casado con una joven rolliza».

—Clair se quedó paralizada —explicó mi padre—. Literalmente paralizada. No pudo hacer nada por ayudarlo.

A los hombres y mujeres del vecindario que volvían a sus casas en coche, la policía los paró a cierta distancia y les ordenó que aparcaran y siguieran a pie o, si lo preferían, que dieran media vuelta y tomaran otra dirección. Sin embargo la mayoría de los vecinos aparcaron, salieron de sus coches y se sumaron a la multitud que se agrupaba en el jardín de los Beckford, al otro lado de la

calle.

Daba la impresión de que estaban más enfadados con mi madre que con el desconocido que se había llevado por delante a Billy Murdoch. Los integrantes de aquel grupo tuvieron que oír la historia dos o tres veces para entender cómo era posible que mi madre se hubiera comportado de aquel modo. Y no podía decirse que lo entendieran. Era más bien como si, de tanto oírlo, terminaran por asumirlo. Clair Knightly, a cuyo marido todos conocían, se había quedado en su jardín y había visto morir a un niño que todos conocían. No lo ayudó. No se acercó a él. Nadie formuló la pregunta que los padres del niño se harían durante años: «¿Habló Clair Knightly con él? ¿Le dijo algo?».

La respuesta era que mi madre lloró y cantó.

Se quedó en el límite de su propiedad y se frotó el pecho con furia, de un lado a otro, con los afilados nudillos de la mano derecha. Con la izquierda, se golpeaba alternativamente la cabeza y la pierna. «Billy», repitió una y otra vez, como si decir su nombre pudiera acercarlo.

Billy apoyaba la cabeza en la carretera, de cara a ella. Tenía los ojos abiertos. Mi madre vio que movía los labios, pero no fue capaz de dejar de repetir su nombre y escuchar qué intentaba decirle. A fuerza de repetir «Billy» lograba mantenerse en el presente, anclada allí, junto al buzón. Su instinto le decía que si quería tratar de ayudarlo eso era lo que debía hacer.

Cuando interrumpió la secuencia, lo oyó.

—¿Señora?

Aquel fue el momento en que supo que no sería capaz de hacerlo. No se molestó en volver a pronunciar su nombre. Lo miró fijamente. Se quedó dónde estaba, amasándose y frotándose el pecho hasta que, como reveló a mi padre días más tarde, descubrió que se había hecho una herida sangrante desde la garganta al esternón.

Lo que los vecinos tampoco supieron jamás fue qué canción le había cantado mi madre. Era una canción que, cada vez que yo la oía a través de la rejilla de ventilación que comunicaba su habitación con el cuarto de baño, me alertaba de la posibilidad de que aquel fuera un día malo. Era un poema que recordaba de cuando era niña, y lo cantaba sin cesar, las palabras encadenadas como si recitara un salmo.

*Ramilletes frescos de hermosos colores. Narcisos que en mayo brillan como soles.
Niñas y flores de dulce candor. Rosa y Violeta, ¿es niña o es flor?*

Los versos siguientes solo los tarareaba, ya que, según yo suponía, se le habían olvidado hacía ya años. Aquello la tranquilizaba, y yo lo sabía, pero cuando iba a su habitación a preguntarle si necesitaba algo, siempre me quedaba en la puerta hasta que sus labios se hubieran detenido.

Mi madre cantó y tarareó esa canción para Billy Murdoch hasta que un camión de reparto apareció en nuestra calle, de camino a la casa de los Leverton, que habían salido de viaje el día antes para celebrar su aniversario de boda. El joven, que llevaba coleta e iba vestido con un mono blanco de trabajo, bajó de un salto y pasó corriendo junto a mi madre. Cruzó la puerta abierta de nuestra casa y subió por las escaleras como una flecha, encontró el teléfono que había en la mesita del salón, justo al lado del sofá cubierto de calzoncillos y calcetines a medio clasificar, y llamó al

hospital.

Cuando llegaron la policía y la ambulancia, Billy ya estaba casi muerto, y todo el mundo tenía preguntas para la mujer incoherente que cantaba una canción incoherente.

Después de aquello, mantuvimos las persianas bajadas y fingimos que la basura que se amontonaba en nuestro jardín había llegado allí por accidente. Estuve seis semanas sin ir a la escuela. Solía reunirme con Natalie en un banco del parque que había a cinco manzanas de mi casa.

—Aún no —decía Natalie, y me pasaba los deberes que me había perdido. Incluso sus padres preferían no volver a verme por su casa.

—Odio todo esto —decía yo.

—¿Te acuerdas de Ana Frank? —me preguntó una vez—. Imagina que eres como ella, y que no puedes ir a ningún sitio hasta que todo se haya solucionado.

—¡A Ana Frank la exterminaron!

—Bueno, no pienses en esa parte —respondió Natalie.

Comencé a pasarme el tiempo haciendo cálculos. Estaba en tercero. Faltaban aún dieciocho meses para que, de algún modo, pudiera salir de allí.

No lo comenté con mi madre. En casa todo giraba en torno a ella, incluso más que antes. En aquellos primeros seis meses que siguieron a la muerte de Billy, mi padre y yo nos saludamos con susurros, y cada vez que sonaba el timbre de la puerta salíamos disparados como ratones a escondernos en algún rincón, con la esperanza de que, quienquiera que fuera, se marchara cuanto antes. Un día una gran piedra atravesó la ventana delantera y a fin de ocultárselo a mi madre le dijimos que había sido mi padre, que había echado el brazo hacia atrás para pasar la hoja del periódico y había roto el cristal con el codo.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó mi padre con su mejor tono de espectáculo de variedades—. ¡No sabía que era tan fuerte!

—O tan descuidado —respondió mi madre, débil en su actitud condenatoria, pues ya nos habíamos dado cuenta de que su lengua era cada vez menos afilada. La maledicencia, su salvación, su protectora, la había abandonado. El lugar que solía ocupar junto a la ventana, desde donde observaba los paseos de la señora Tolliver o llamaba furcia a la hija de los vecinos de al lado, había quedado cubierto por una tupida cortina de lana que dejamos de descorrer.

Poco después de las navidades de ese año, tres meses después del accidente, los Murdoch se mudaron. A media tarde apareció un camión y cuatro hombres cargaron en él todas sus pertenencias en poco menos de tres horas: Natalie y yo estábamos dando un paseo en bicicleta cuando llegamos a lo alto de la cuesta y vimos a la señora Murdoch en su jardín, de pie junto al perro, el perro de Billy. Llevaba un abrigo corto a cuadros y una falda gris acampanada de gruesa franela, un patrón de Simplicity que al parecer había hecho furor ese año. Recuerdo que frené un poco mientras observaba el camión de la mudanza y las cajas, la espalda del señor Murdoch que desaparecía en el interior de la casa, y después mis ojos se encontraron con los de la señora Murdoch, y tuve que hacer un esfuerzo por mantener el equilibrio. La rueda delantera se bamboleaba peligrosamente porque casi había dejado de pedalear.

Natalie se acercó a mí en su Schwinn verde de diez velocidades. «Vamos», dijo en voz baja.

Y eso hicimos. Puse los pies en los pedales y pasé frente a la señora Murdoch. El perro de Billy, un Jack Russell llamado Max, dio una sacudida y tensó la correa, y tuve que recordarme que odiaba las ruedas de la bicicleta, no a mí.

¿Cómo puedes disculparte por la madre a la que quieres? La madre a la que, al mismo tiempo, odias. Mi única esperanza era que en el futuro la señora Murdoch estuviera rodeada de mucha gente que la quisiera, mucha gente que la consolara y escuchara la historia de cómo perdió a su hijo. Mi madre solo tendría a mi padre. Después me tendría a mí.

8

El día que los vecinos se presentaron en nuestro jardín, mi padre nos había dicho que estaba en Erie, Pensilvania, agitando viales de limo contaminado y calculando los niveles de sedimentación en el agua potable.

Mi madre estaba en la cocina, y justo en ese momento yo había entrado por la puerta lateral. Tras la muerte de Billy dejó de preguntarme dónde había estado. Podría haber estado en la cama con el chico al que ella llamaba «el monstruo», que vivía un poco más abajo y lucía un tatuaje en una época en que tal cosa estaba vista como la señal de Caín. Mi madre tenía que guardarse todas sus energías para tenerse en pie.

En un momento dado, después del pitido del horno y cuando ya había bajado de lavarme las manos en el piso de arriba, mi madre y yo oímos el mismo rumor grave.

Era una reunión de hombres.

No sé explicar por qué, pero sabía que debía asustarme. Lo que sí sé es que me alegré de inmediato de que mi padre estuviera lejos. Lo suficientemente lejos como para no volver en unos cuantos días. Y nunca he sabido si fue ese el motivo por el que aquellos hombres eligieron ese día en particular.

Cuando estaba en sexto estudié la fotografía de un linchamiento en el sur. Era una pequeña fotografía en blanco y negro que nuestro profesor de historia se había encargado de reproducir y de repartir en clase, ya que era de la opinión que la historia resulta más impactante cuando se estudia ilustrada. Los padres de todo el vecindario se habían quejado porque sus hijos llegaran a casa con fotografías de linchamientos, de Auschwitz, o de la cabeza de un señor de la guerra africano ensartada en un palo y chorreando sangre. Pero el profesor no se había equivocado, y la fascinación que aquellas imágenes habían ejercido sobre mí se me agarró en aquel momento a la boca del estómago, allí de pie junto a mi madre, que sostenía entre las manos un guiso de verduras.

La distancia entre los fogones y la encimera era corta, pero aquel día el ruido de fuera se convirtió en un factor dilatador con el que ella no podría haber contado. Oímos el ruido, y el calor que desprendía la cazuela a través del trapo con el que mi madre la sostenía hizo que la soltara y cayera al suelo.

—Ve tú —dijo.

Su mirada rebosaba pánico.

—Te quieren a ti —respondí.

—Pero yo no puedo. Sabes que no puedo.

Y sí, lo sabía.

Sabía de las limitaciones de mi madre porque también yo las llevaba en el tuétano. Entonces me di cuenta de algo que intuía desde hacía años pero no había sido capaz de nombrar: que yo había nacido para ser su representante en el mundo y llevar ese mundo a casa, ya fuera con manualidades de papel pinocho hechas en los primeros años de escuela o enfrentándome a un grupo de hombres enfurecidos en nuestro jardín. Lo haría todo por ella. Aquel era nuestro acuerdo tácito particular, la forma en que esta niña servía a su madre.

Ese día había hecho calor y al llegar a casa de la escuela me había puesto unos vaqueros que yo misma había cortado. Mi madre detestaba los pantalones cortados, le parecían vulgares y desastrados por la misma razón que a mí me encantaban, aquellos hilos enmarañados que colgaban y que tanto me gustaba arrancar. Supe que podía ponérmelos por la misma razón que aquella primavera me había atrevido a pintarme las uñas. Mi madre estaba demasiado débil, por primera vez en mi vida, para expresar sus quejas.

Salí de puntillas de la cocina, crucé el pasillo de la parte trasera y cuando entré en el salón agarré la colcha que colgaba de un brazo del sofá. No sé qué se me ocurrió que podría hacer con ella, pero el instinto me dictó que debía cubrirme lo mejor posible. Recuerdo que me la eché sobre los hombros como si fuera una gigantesca toalla de playa.

Uno de los hombres me vio a través de la ventana y a ese lado del jardín estalló el ruido. Iba descalza, y el pelo, tan fino que dejaba al descubierto las orejas, me caía a ambos lados de la cara. Deseé que Natalie estuviera conmigo. Como si juntas formáramos un ejército capaz de flanquear y vencer a un grupo de hombres.

Crucé el pequeño salón y, mientras apoyaba la mano en el pomo de la puerta que daba al porche acristalado, oí que mi madre se aventuraba a decir dos palabras desde la cocina, donde se había escondido. «Ten cuidado», dijo en voz baja. Sabía que aquello le había costado un esfuerzo heroico. Pero algo sucedió en el tiempo que tardé en cruzar el salón y ponerme, como más tarde pensaría en ella, mi capa de superhéroe. Mi madre, en ese momento, había dejado de existir para mí.

La primera persona que vi, una vez que hube dejado atrás el porche y salido al jardín, me tranquilizó. Era el señor Forrest. Estaba con Tosh. Algo apartado del grupo de padres y maridos, cuando lo miré por encima de nuestra valla, que me llegaba a la altura de la cintura, hizo amago de dibujar una sonrisa. Aunque fue un amago cargado de angustia y preocupación. Tosh, que en circunstancias agradables solía mostrarse desenfrenado, se escondía detrás de las piernas del señor Forrest.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó uno de los hombres. Conté a seis, siete con el señor Forrest.

—Está dentro —respondió otro, sin apartar de mí la mirada—. Siempre está dentro, ¿no es así?

Aquella verdad, pronunciada de manera tan directa delante de todos, la sentí como una flecha envenenada surgida de la nada. Sentí una opresión en el pecho y me quedé callada para tomar aire.

—¿Es que no vas a decir nada? —preguntó el señor Tolliver.

Lo odiaba, y ese odio nada tenía que ver con las críticas de mi madre sobre el hecho de que obligara a su mujer a desfilar por el barrio. Tenía una pequeña tabla de madera blanca en forma de lápida en la que se leía: «¡Aquí yace, frío como el mármol, el último perro que se cagó junto a mi Árbol!». Como rimaba se suponía que tenía que hacer gracia. Siempre he detestado eso que los generosos llaman «adornos de jardín» desde el mismo día que leí aquellas palabras en la falsa tumba.

—Sed amables —dijo el señor Forrest, su tono de voz más elevado de lo que era habitual en él.

Se había desabrochado el cuello de la camisa pero aún llevaba la corbata del trabajo. Más tarde me di cuenta de que, con toda probabilidad, se había encontrado con aquellos hombres mientras sacaba a Tosh a dar una vuelta por el barrio.

Los hombres protestaren. La mayoría de ellos aún iban vestidos con lo que parecía ropa de trabajo: pantalones raídos y chaquetas, y alguna que otra cazadora con el logotipo de la compañía de aceros.

—Helen —dijo el señor Warner—, venimos a hablar con tu madre.

El señor Warner, al que mi madre había bautizado «el gallito», se erigía como portavoz en todas las ocasiones. Era capaz de mantener una conversación sobre cualquier tema. Una vez se presentó en nuestro jardín y aleccionó a mi padre —la persona que más sabía acerca de los sistemas de tratamiento del agua en muchos kilómetros a la redonda— sobre las ventajas de las plantas de eliminación de sílice en Liberia. «Ha leído un artículo —dijo mi padre, cuando por fin comenzó a oscurecer y logró librarse de él—. Está bien que el hombre se emocione, pero ni siquiera a mí me apetece hablar tanto sobre el tratamiento del agua».

Me quedé detrás de nuestra valla metálica.

—Ven aquí y habla con nosotros, Helen —dijo un padre al que no reconocí.

¿Por qué no me fijé en la mirada de advertencia del señor Forrest antes de levantar el pasador de la concordia y salir al jardín? Supongo que estaría mirando a los hombres que había junto a los setos, no a él. Solo cuando me hube dado la vuelta y cerrado la puerta tras de mí le vi la cara. Y leí en ella el miedo como se leen las cartas del tarot.

—¿Dónde está tu madre, Helen? —preguntó el señor Warner.

Sabía lo suficiente, o al menos eso creía, como para avanzar pegada a la valla y acercarme al señor Forrest. Ahora estaba preocupada. Di otro paso hacia el señor Forrest.

—Ojalá pudiera ayudarte, Helen —dijo con voz apagada.

Sabía qué debía temer, y yo no. Estaba comenzando a asomarme a ello, muy cerca de la verdad, pero allí descalza, con la colcha como capa, aún no me podía imaginar que hombres como mi padre, que vivían a nuestro lado, quisieran hacerme daño. Los Murdoch se habían mudado. Habían pasado ocho meses desde la muerte de Billy. Solo me quedaba un mes para terminar tercero. Pero lo que más seguridad me daba, lo que hizo que estuviera tan ciega hasta el instante en que sucedió, era que yo era una niña. En el mundo en que me había criado, tan distinto de aquel en que me aseguré de que crecieran mis hijas, a las niñas no se les pegaba.

El señor Warner se acercó a mí y después se detuvo.

—Tenemos un asunto pendiente con tu madre, Helen, no contigo.

Todo aquello, entonces me di cuenta, se había ido fraguando desde la investigación. Al menos de manera oficial, mi madre jamás fue declarada responsable de la muerte de Billy, porque, según el informe del forense, Billy había sufrido heridas tan graves que habría muerto aun si mi madre hubiera bajado a la calzada. Era culpa del conductor que se había dado a la fuga, no de mi madre. Tal vez podría haberlo sostenido entre sus brazos, como habrían hecho otras mujeres, o corrido a avisar a su familia, o llamado a una ambulancia, pero ninguna de esas acciones, concluyeron las autoridades, habría servido para salvar la vida de Billy Murdoch. Oficialmente, no era más que una testigo inocente.

Cuando miré a mis espaldas, vi que el señor Forrest había cogido en brazos a Tosh.

—¿Señor Forrest?

Me mantenía en equilibrio al borde de algo muy delgado y peligroso, y él era el único en quien podía confiar.

—Ven conmigo, Helen. ¿Te parece?

Al oír aquello, uno o dos de los hombres se echaron a reír, y después todos vimos que el señor Forrest se alejaba sobre las tres losas que cubrían ese lado del jardín y conducían a 3a acera.

—Tony tiene un punto de histérico —dijo el señor Warner—. Nadie va a hacerte daño.

Pero aquellas palabras no me tranquilizaron. Si el señor Warner era quien había de protegerme del grupo de padres y extraños, entonces estaba metida en lo que los niños de la escuela llamaban «un buen marrón». El señor Warner era un experto en todo tipo de carnes. Se sabía los nombres y era capaz de detallar sus cualidades. Tierna, filamentosa, correosa, jugosa. Tal vez el señor Warner no se ocupara él mismo de descuartizarme, pero no me costaba imaginarlo aleccionando a los demás sobre cómo hacerlo.

—¿Dónde está la bruja? —preguntó el señor Tolliver. Tenía el rostro encendido, hinchado de orgullo.

—¿Dónde está la bruja loca? —dijo el padre que no conocía. Su particular jerga de machitos incluía adjetivos.

Sabía que Aceros Phoenixville había despedido al señor Tolliver ese invierno. Hombres de toda la zona se estaban quedando sin trabajo. Mi padre, que tenía el suyo asegurado, siempre encajaba mal las noticias de los despidos. «Liberado de su cargo» —decía, y meneaba la cabeza—. Odio esa expresión. Como si el hombre fuera un animal salvaje y tuviera que ser liberado.

El señor Warner lanzó a los hombres una mirada elocuente.

Yo no tardaría en descubrir que mi madre, demasiado asustada para espiar por la ventana, se había encerrado en el baño del piso de abajo y había encendido la radio.

—No sé qué hacer, señor Warner —dije.

Tenía hijos. Uno, dos y tres años mayores que yo, que apenas me hablaban, solo me gruñían algún saludo cuando había adultos presentes.

—Lo mejor será que entres y le digas a tu madre que salga. No quiero que te hagan daño. Tú no has hecho nada.

Pronunció aquellas palabras con el tono compasivo que utilizaría un médico que concediera a su paciente unos días más de vida. Pero la noticia seguía siendo mala. Si no a mí, a mi madre sí le harían daño.

—No puedo hacer eso, señor Warner —dije—. ¿A qué han venido? Lo sabía muy bien, por supuesto, pero quería oírse lo decir.

—Putá —dijo el señor Tolliver.

Observé que una expresión de contrariedad se instalaba en el rostro del señor Warner. Aquello no era lo que, al menos él, había planeado. Me fijé en que los hombres se dispersaban por detrás del señor Warner. Estaban el señor Tolliver y el hombre que no conocía, los dos con la cazadora de Aceros Phoenixville. Y estaban los otros, que, como el señor Forrest antes que ellos, comenzaban a acercarse al borde del jardín, pisoteando el pequeño huerto en el que, desde mi más tierna edad, mi padre había plantado, cuidado y podado especias para mi madre.

Fue aquello lo que finalmente me impulsó a actuar. Cuando el señor Serrano, que era contable y tenía una hija pequeña, aplastó el perejil italiano de mi padre, me quité la colcha de los hombros y di un paso al frente.

—Lo va a matar.

Fue esa palabra.

El amigo del señor Tolliver apareció de repente a mi derecha, pero yo miraba al señor Serrano mientras se apartaba con cuidado del borde del huerto de especias. Justo cuando respiré aliviada, sentí el escozor de una bofetada en la cara.

Caí en el césped y me llevé una mano a la mejilla. El señor Warner pasó corriendo junto a mí para contener al padre desconocido, al que el señor Tolliver daba palmaditas en la espalda. Vi que el señor Serrano bajaba la vista para mirarme antes de marcharse. Aquella no era la primera vez que notaba la lástima que despertaba en la gente; la lástima era como un vasto océano que me resultaba imposible de cruzar.

Los hombres buenos ofrecieron sus más sinceras disculpas antes de irse, pero no a mí. Se disculparon con el señor Warner. Yo estaba en el suelo. Yo era una adolescente. Yo no importaba. El señor Warner dijo:

—No pasa nada. —Dijo—: Ya hablaremos. —Dijo—: Cuidaos.

El señor Warner había evitado que el hombre que me había abofeteado me hiciera algo más y por lo tanto se suponía que debía estarle agradecida, pero no lo estaba. Alargué un brazo para recuperar la colcha, que ahora se encontraba a unos metros detrás de mí. Me pareció que era lo único del jardín que podía ofrecerme alguna protección.

El señor Tolliver y su amigo se habían presentado dispuestos a irrumpir en la casa y encontrar a mi madre, pero habían topado con las normas del señor Warner y, además, supongo que ver a una chica en pantalones cortos y camiseta tendida en el suelo los había asustado. Verme allí les planteó un dilema con el que no contaban ninguno de los dos. El señor Warner les dijo que se despejaran y comieran algo.

—Volved a casa con vuestras mujeres —ordenó.

En primavera se alargaba el día, pero aquel había alcanzado ya ese punto en que la oscuridad se vuelve inevitable y el sol había comenzado a ponerse tras la hilera de abetos que separaban nuestro jardín del de los Levertón.

Había recuperado la colcha y, sentándome derecha, la apreté contra el pecho. No iba a llorar. Recuerdo que me hice esa promesa, pese al escozor que sentía en la mejilla. Lo más extraño era

que el perejil aplastado de mi padre me parecía peor que la bofetada. Era una de las alegrías que traía a casa para mi madre. Cuando lo hacía, cuando cortaba romero, mejorana o tomillo, el aroma se quedaba prendido en sus dedos, y él se los pasaba a mi madre por el pelo y le arrancaba una sonrisa.

—Puedes decirle a tu padre que los vecinos han decidido por consenso que tu familia debería mudarse —dijo el señor Warner, de pie junto a mí.

—Estamos en nuestro derecho de quedarnos —respondí. Ya había tomado mi decisión.

Me miró durante unos segundos y después meneó la cabeza.

Salió del jardín y me ceñí la colcha con fuerza. Era una colcha artesanal que habíamos comprado en la feria de Kutztown. «¿Ve esto? —dijo la mujer que se la vendió a mi padre—. Está trabajada a mano. Nada de máquinas». Mi padre la había comprado seguro de que a mi madre le encantaría. Así fue. Solía colocarla en un brazo del sofá y durante las tardes vacías en que Natalie estaba ocupada y tenía que entretenerme sola, extendía la colcha sobre el sofá e imaginaba recuerdos de familia.

«Este pedazo rojo intenso simboliza la bofetada que le dieron a Helen en la mejilla cuando tenía dieciséis años», susurré para mí aquella noche en el jardín. Tuvo efecto inmediato. La bofetada se coló en el agujero que representaba mi pasado y yo me levanté, entré en casa para limpiar el guiso que había en el suelo y al pasar frente a la puerta del baño oí los sonidos estridentes de una orquesta de jazz en la radio.

9

La noche que los hombres vinieron a nuestro jardín yo tenía dos adultos a los que recurrir: mi madre, escondida en el baño del piso de abajo, y el señor Forrest, al final de la calle.

Mientras descolgaba la chaqueta de la percha que había al lado de la cocina, contemplé una de las viejas fotografías de mi madre. Era pequeña, de 10x15, y en ella llevaba una enagua y un corpiño de encaje. La de color crudo. Me senté entre el montón de adornos superfluos que había junto al canapé de terciopelo rojo, en mi opinión el mueble más incómodo que pudiera existir.

—Anima a la gente a marcharse antes —decía mi madre cuando me quejaba.

—¿Qué gente, mamá? —preguntaba yo.

Me acerqué a la fotografía y me detuve. Quería hacerle daño, pero siempre estaba desmoronándose y llorando, ladrando y mordiendo, y llegar a ella me parecía imposible. Levanté la fotografía y recorrí la silueta de su cuerpo con el dedo. Me metí el marco en el bolsillo de la chaqueta y salí de casa sin hacer ruido. Era imposible que mi madre me hubiera oído por encima del sonido de la radio.

A la caída de la tarde las calles parecían desiertas. Ya no había nadie en los jardines. Traté de imaginar cómo sería una vista aérea de nuestro barrio si se arrancaran los tejados de las casas. ¿Cuántas familias felices se estarían acomodando para pasar una noche tranquila frente al televisor con un cuenco de palomitas en el regazo? En casa de Natalie, su madre estaría quedándose dormida, ayudada por lo que ella llamaba «un chorrito». Natalie estaría en su habitación, fantaseando con Hamish Delane, que acababa de llegar a Estados Unidos con su familia. Estaría llenando páginas de garabatos, en las que, como más tarde confesaría, se leía «Señora Natalie Delane» escrito una y mil veces.

Arrancar los tejados de todas las casas y dejar al descubierto nuestras miserias era una solución demasiado sencilla, y yo lo sabía. Las casas tenían ventanas con persianas. Los jardines tenían puertas y vallas. Había carreteras y aceras cuidadosamente planificadas, y si elegías adentrarte en la realidad de los demás, aquellos eran los caminos que debías estar dispuesto a seguir. No había atajos.

La puerta se abrió antes de que llamara al timbre. —Esperaba que vinieras a verme —dijo el señor Forrest—. Pasa, pasa. Dame el abrigo.

—Le he traído una cosa —dije yo.

Hurgué en el bolsillo de la chaqueta y saqué la fotografía enmarcada.

El señor Forrest me la quitó de las manos. Me quedé de pie en el recibidor, mirando

alrededor, al paragüero de cerámica y al salón, que solo había visto desde fuera, y al comedor que se abría más allá y al que se accedía mediante tres anchos escalones de madera.

Llegué a su casa echando humo y una vez dentro sentí el calor del enfado en las mejillas.

—Es una mujer hermosa, tu madre —dijo el señor Forrest, mirando la fotografía.

—Ya.

—Vamos a sentarnos en el salón, ¿te parece?

Hasta entonces no me había dado cuenta de que el señor Forrest estaba siendo increíblemente amable conmigo, de que incluso se preocupaba por mí. Y sabía que aquello era extraordinario en él. El señor Forrest no tenía trato con ninguno de los vecinos, solo con mis padres. Nunca fue desagradable, pero su amabilidad, como llegaría a descubrir con el tiempo, era tan solo una estrategia defensiva.

Había estado en nuestra casa en muchas ocasiones a lo largo de los años, pero yo jamás había entrado en la suya. Ahora me encontraba al borde de una alfombra de seda extendida frente a la chimenea, sin saber qué decir.

—Siéntate —dijo. Mientras lo hacía, el señor Forrest soltó un fuerte silbido y Tosh entró corriendo en la habitación—. Sé muy bien a quién has venido a ver —dijo, y sonrió.

Tosh se detuvo obediente delante del señor Forrest y se tumbó en el suelo junto a él, de cara a mí.

—Te debo una disculpa —dijo el señor Forrest—. No debería haberme ido. Nunca me he sentido demasiado cómodo en este lugar. En ese sentido, me parezco a tu madre.

Me fijé en la bandeja ovalada que había al lado de la chimenea. Descansaba sobre una mesa alargada de madera de cerezo, y dispuestas a su alrededor había botellas de cristal que reflejaban la luz. El señor Forrest siguió mi mirada.

—Sí, te mereces una copa —dijo con aire nervioso—, A mí también me apetece. Ven, Tosh.

Condujo a Tosh hasta el sofá de funda blanca en el que estaba sentada y dio unas palmaditas a mi lado. Tosh subió y enseguida se tumbó junto a mí.

—Buen chico —dijo el señor Forrest.

Mientras el señor Forrest me daba la espalda, me acerqué a Tosh y lo abracé, acariciando sus orejas caídas.

—Para ti he elegido un vino de oporto. Podemos beber despacio mientras hablamos de gente desagradable.

Me acercó el líquido color rojo sangre y fue a sentarse delante de mí, en una silla de terciopelo dorado en la que las rodillas le llegaban casi a la altura de los ojos.

Se rió de sí mismo.

—Nunca me siento aquí. Se llama silla de tocador, y las señoras las utilizaban para sentarse frente al espejo. Era de mi bisabuela —aclaró—. A veces lo veo por la ventana —dije—, Una visión de lo más aburrida.

Rodeaba a Tosh con un brazo y le acariciaba la oreja derecha. El tenía la boca abierta a modo de sonrisa jadeante y de vez en cuando volvía la cabeza para mirarme. Tomé un trago de oporto y enseguida tuve ganas de escupirlo.

—Despacio —dijo, al verme la cara—. Ya te lo había dicho, ¿no?

Pasé el que me pareció el minuto más largo de mi vida alborotando el pelo de Tosh y echando una ojeada a la habitación.

—Helen, ¿qué ha pasado cuando me he marchado?

—Olvidelo —respondí, sintiendo de repente que no quería hablar de ello, deseando quedarme a solas con Tosh.

—Lo siento, Helen. No suelo relacionarme con los vecinos, y si no me meto en sus asuntos me dejan en paz.

—El amigo de él me ha pegado.

El señor Forrest dejó la copa en la mesa de mármol que había a su lado. Parecía como si también a él le hubieran golpeado. Tomó aire.

—Helen, voy a enseñarte dos palabras muy importantes. ¿Estás lista?

—Sí —respondí.

—Y después te traeré algo distinto para beber porque es evidente que eso lo detestas.

Aún tenía el oporto en la mano pero ni siquiera era capaz de fingir que bebía.

—Aquí van: «Jodido cabrón».

—Jodido cabrón —repetí.

—Otra vez.

—Jodido cabrón —dije, con mayor seguridad—. ¡Con más brío!

—¡Jodido cabrón! —dije, casi a gritos.

Me recosté en el sofá, conteniendo la risa.

—Los hay a millones. Y no puedes vencerlos, créeme. Solo cabe la esperanza de encontrar el modo de vivir tranquilo entre ellos. Aquí sentado, leyendo junto a la ventana, rodeado de mis antigüedades y mis libros... Viéndome así no lo dirías nunca, pero soy un revolucionario.

Quise preguntarle si tenía novio, pero mi madre siempre me advertía de que no debía entrometerme en la vida de los demás.

—Ya sabes que colecciono libros. ¿Te gustaría ver alguna de mis nuevas adquisiciones? —dijo el señor Forrest.

—¿Y qué hay de mi madre? —pregunté, y la imaginé acurrucada junto a la radio, como una concha cónica.

—¿Tu madre? —repitió mientras se levantaba—. Los dos sabemos que no irá a ninguna parte.

Se acercó para llevarse la copa aún llena de oporto. El rabo de Tosh azotó el respaldo del sofá.

—La odio —dije.

—¿En serio, Helen? —Se quedó allí de pie, una copa en cada mano, mirándome fijamente.

—No.

—Siempre serás más fuerte que ella. Aún no lo sabes, pero es así.

—Dejó morir a Billy Murdoch.

—Eso lo hizo su enfermedad, Helen, no ella.

Levanté los ojos para mirarlo, no quería que se callara.

—Ya te habrás dado cuenta de que tu madre es una enferma mental —dijo. Dejó las copas en la bandeja de plata y se volvió hacia mí—. ¿Qué dice tu padre al respecto?

—Enferma mental.

Me sentí como si acabaran de dejarme con mucho cuidado una bomba en el regazo. No sabía desactivarla, pero sabía que, por aterrador que resultara, en su interior había una llave, la llave de todos los días malos y puertas cerradas y ataques de llanto.

—¿Es que nunca habías oído esas palabras?

—Sí —respondí resignada.

Había utilizado el término «loca», nunca «enferma mental». «Loca» no me parecía tan malo. «Loca» era una simple palabra, como «tímida», «cansada» o «triste».

Tosh notó que el señor Forrest quería irse y saltó del sofá. Me levanté.

—Echaremos un vistazo a los libros y te prepararé un gin-tonic —dijo—. No tienes que entregarte en cuerpo y alma a tu madre, ¿lo sabes? Y tu padre tampoco, a decir verdad.

—Acaba de decir que es una enferma mental.

—Tu madre es una superviviente. Ten por seguro que hoy volverás a casa con un libro o dos de los que de otra manera no habrías oído hablar jamás, y tú me harás el favor de dejar la fotografía donde estaba.

Tosh, el señor Forrest y yo cruzamos el comedor y entramos en la cocina. Después de haber visto las otras dos habitaciones, la cocina me sorprendió. Era blanca y extremadamente funcional. No había nada en las encimeras que hiciera pensar que hubiera comido o preparado algo para comer en los últimos meses.

Me apoyé contra el fregadero y él abrió la nevera.

—Puedes darle un premio a Tosh —dijo de espaldas a mí. Encontró las botellas que buscaba y abrió el congelador—. Están en el conejo blanco de porcelana que hay al lado del fregadero.

Mientras yo alimentaba a un Tosh eufórico con lo que parecían conejos en miniatura, el señor Forrest preparó las bebidas.

—¿Por qué es amigo de ella? —pregunté.

—Tu madre es fascinante. Es una mujer increíblemente ingeniosa y bella.

—Y cruel —añadí.

—Por desgracia tu padre y tú tenéis que vivir muchas cosas que yo no sabré jamás. Hablamos de libros. Nos ceñimos a eso y después me marchó.

Me acercó mi vaso.

—Piensa, si quieres, en la muerte de todos los jodidos cabrones de este mundo —dijo, e hizo chocar su vaso contra el mío.

—¿Y mi madre?

—Tu madre no es una de ellos. Los jodidos cabrones son simples por naturaleza. Y ahora bebe, porque pronto estarás en una habitación donde no están permitidos los líquidos.

El gin-tonic era mejor que el oporto, y estaba frío. Bebimos mientras el señor Forrest me guiaba por el pasillo que salía de la cocina.

—En algún punto de este pasillo me convierto en una persona distinta. Pero como estoy contigo intentaré seguir aferrado a la realidad.

Llegamos a una doble puerta acristalada a través de la cual vi los pequeños focos que iluminaban la amplia habitación que había al otro lado.

—Dejemos aquí las bebidas. ¿Tienes las manos limpias? Dejé el vaso al lado del suyo, en la estantería empotrada.

—Creo que sí.

El señor Forrest alzó los brazos hacia el estante superior y bajó una caja de madera. En su interior había varios pares de guantes blancos de algodón.

—Toma, pónelos.

Me puse los guantes y me quedé mirándome las manos.

—Me siento como el ratón Mickey —dije.

—Como Minnie —me corrigió—. ¿Estás lista?

—Sí.

Se volvió hacia Tosh.

—Lo siento, chico.

Abrió la puerta y levantó la clavija del interruptor. Además de los focos direccionales colocados en círculo alrededor de la habitación, había una serie de apliques instalados en la repisa superior de las estanterías. La habitación no tenía ventanas.

—Me gusta imaginar que esta es mi ciudad —dijo el señor Forrest—. Cierro la puerta y el mundo desaparece. Puedo pasarme horas aquí dentro, salir y no tener ni idea de qué hora es.

Me acompañó a una mesa larga. No pude resistir la tentación de acariciar su brillante superficie.

—Es de Nueva Zelanda. Está hecha a partir de un viejo puente de ferrocarril. Pesa como un muerto y me costó una fortuna, pero me encanta.

Se inclinó sobre el centro de la mesa y arrastró hacia sí una caja de cartón, grande y plana.

—Son cajas archivadoras. Aquí guardo las láminas a color y algunos tipos de letras, como estas que me trajeron ayer. Venían embaladas en unas horribles bolsas de congelación. ¿Te lo puedes creer?

Abrió la caja. La primera letra que vi fue una «H» que asomaba por debajo de una lámina opaca que tomé por una hoja de papel de calco.

—¿Ves? Es perfecto que hayas venido hoy. Aunque debo admitir que siento debilidad por la «S» de la mayoría de los alfabetos.

Levantó con cuidado la «H», protegida por lo que me explicó que era papel de vitela, y la sacó delante de mí.

—¿Ves las caras? Por lo común tienen un gesto de lo más estoico. Pero este artista desafió las convenciones al hacer que los personajes que aparecían en las letras fueran expresivos. No lo supe hasta que las vi, y no creo que logre venderlas. Al menos no por ahora.

El señor Forrest me hizo recordar a un chico un poco raro de la escuela que se pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en la sala de audiovisuales manipulando los equipos de sonido. Un día, en la cafetería, nos habló con tanto entusiasmo de las virtudes de los convertidores estáticos que todos guardamos silencio hasta que David Cafferty, un chico del equipo de fútbol al que una patada en la boca durante un entrenamiento lo había dejado sin los dos dientes superiores, rompió a reír y propició un estallido general de carcajadas que lo hundieron en la miseria.

—¿Cuántos años tienen? —pregunté.

—Son del siglo dieciséis, pero, aparte de las caras, lo que las hace tan especiales es que las dibujó un monje que había hecho voto de silencio. Me gusta pensar que esta era su única vía de comunicación. Espera, verás.

El señor Forrest se apresuró a sacar todas las letras de la caja y esparcirlas a lo largo de la mesa cubiertas por su papel vitela.

—Es una historia —dijo—. Aún no la he descubierto, pero a juzgar por la lanza que lleva uno de los personajes y la frecuencia de ciertos colores, diría que el monje estaba contando su propia historia.

Miré la «H» que tenía delante. Dos figuras ocupaban las líneas verticales. En la horizontal, una figura le estaba pasando algo a la otra.

—¿Es comida? —pregunté. Y me acordé del guiso malogrado de mi madre.

—Muy bien, Helen —respondió el señor Forrest—. Sería grano. Las láminas cuentan la historia de la cosecha, algo muy común, pero también cuentan una historia muy distinta. Mira, fijate, las tenemos en orden. Ven aquí y síguelas conmigo.

El señor Forrest rodeó la mesa y se colocó a mi lado, delante de la «A».

—Esta es la figura que hay que observar —dijo, señalando al personaje masculino que parecía llevar el pelo cortado a tazón—. ¿Ves que va vestido de azul y oro?

—Sí.

—Aparecerá en la mayoría de las letras. Algo bastante inusual. Estos alfabetos son sobre todo decorativos, y no solían repetir figuras para atraer la atención sobre ellas.

—Aquí está de nuevo —dije, y señalé la «C».

Camínamos muy despacio a lo largo de la mesa, examinando cada letra y persiguiendo a la figura azul y dorada.

—Tu padre no está en casa, ¿verdad?

—Se supone que está en Erie.

—¿Cómo se encuentra últimamente?

—Si pudiera sacarme el carnet de conducir, al menos podría ir yo a hacer la compra.

Llegué a la «X» y me acerqué a ella. En el trazo que descendía desde la izquierda había una figura que bien podría haber estado durmiendo. En el trazo que partía desde la derecha y cruzaba el cuerpo del durmiente aparecía la figura azul y dorada. Sostenía tan solo la empuñadura de una lanza. El resto estaba clavado en la figura del durmiente.

—¡Mató a alguien! —exclamé.

—¡Bravo, Helen! ¡Muy bien! Yo tardé bastante más en darme cuenta.

La «Y» era el asesino implorando a los dioses, los brazos en alto y de la cabeza tan solo visible la barbilla levantada para gritar. En la «Z» no aparecía ninguna figura humana, sino un grupo de lanzas entrelazadas y al final un yunque.

—¿Se gana la vida con esto?

—Sí. Viajo a ferias de libros antiguos y trato de encontrar cosas en las subastas. Siempre me llevo un par de guantes. He rastreado hasta el último rincón en muchos kilómetros a la redonda.

—¿Cuánto vale todo esto?

—¿Tengo ante mis ojos a una coleccionista en ciernes?

Comenzó a recoger las letras, empezando por la «Z» y siguiendo hasta la mitad del alfabeto, donde se encontraba la caja. Colocó en su interior las últimas letras y siguió adelante desde la «M» hasta la «A».

—Ahora mismo lo único que tengo son fotografías de mi madre en ropa interior.

—¿Sabes qué es una musa, Helen?

—Creo que sí.

—¿Qué?

—Los poetas las tienen.

Metió el segundo montón de letras en la caja y la cerró. —Y otros artistas también.

Se dirigió a la estantería que tenía a sus espaldas y fue directo a por un enorme libro de lomo blanco. Se volvió y depositó en mis manos el pesado volumen.

—*El desnudo femenino* —leí.

El señor Forrest apartó una silla de madera con el respaldo redondeado.

—Venga, siéntate. Muchos artistas tienen musas. Pintores, fotógrafos, escritores. Y tu madre tiene mucho de ellas.

Me senté a la mesa y contemplé página tras página a aquellas mujeres desnudas. Algunas estaban tumbadas en sofás, otras sentadas en sillas, algunas sonreían con recato y otras no tenían cabeza, solo piernas, pechos y brazos.

—Mi padre trabaja con sedimentos.

—Eso no significa que Clair no le pueda inspirar.

—¿En qué?

—Tu madre hace que siga adelante, Helen. Si no eres capaz de verlo es que estás ciega. Están entrelazados, uno sostiene al otro.

En las páginas que tenía frente a mí aparecían dos retratos de la misma mujer.

—*La maja vestida* —leí en alto—. *La maja desnuda*.

—Sí. De Goya. ¿No son maravillosas?

Miré los dos cuadros, uno al lado del otro, y cerré el libro precipitadamente.

—El señor Warner dijo que todos creen que deberíamos mudarnos —dije.

Entonces vi los agujeros de la madera por los que alguna vez habrían pasado los hierros que sostuvieron el armazón del puente. Los habían rellenado con unos tacos de madera en tono más claro cortados a la medida justa.

—¿Tú quieres mudarte?

—No lo sé.

Guardó silencio durante unos segundos y después me tendió la mano.

—Creo que deberías permitir que te enseñara a conducir. —¿En el Jaguar?

—¿Es que hay otros coches? No tenía ni idea. Me sonrojé de felicidad.

Volví a mi casa con dos cosas: la fotografía de mi madre vestida con la enagua color ocre, que debía devolver a su sitio, y una invitación para ir a jugar con Tosh cuando quisiera. Aunque lo que ocupaba mis pensamientos era la visión de mí misma al volante del coche del señor Forrest. Me veía con un colorido pañuelo en la cabeza, unas enormes gafas de sol y, por algún motivo, fumando.

Ya había oscurecido, pero en el piso inferior de mi casa no había ninguna luz encendida. Una vez dentro, me fijé en que el baño que había junto a la cocina estaba vacío, y encontré la radio y la labor de mi madre al pie de las escaleras. Subí a mi habitación y saqué un pijama del último cajón de la cómoda.

Me cambié y salí a lavarme los dientes. Pensé en los desnudos escondidos en casa del señor Forrest. Se había olvidado de darme un libro para mi madre y aquello me alegró, me sentí como si hubiera ganado una competición, como si su lealtad, si bien de manera indirecta, fuera ahora para mí. En el baño llené de agua mi vaso rosa de plástico y me lo llevé a mi habitación.

Nada más entrar oí el restallido de las persianas de metal.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó mi madre.

Se acercó a la otra ventana, justo encima de mi cama, y soltó la persiana de golpe.

No respondí. Me limité a pasar junto a ella y sentarme en la vieja silla que había en un rincón de mi habitación. Estaba a rebosar de ropa por lavar, como siempre, pero en lugar de apartarla me senté en lo alto de la montaña y la miré.

—En serio, me tenías muy preocupada.

No dije nada.

Mi madre comenzó a caminar de un lado para otro sobre la alfombra trenzada.

—Escucha, Helen, sabes que me resulta muy duro —dijo. Nada.

—De ningún modo podría haberme enfrentado a esos hombres. Ni siquiera he salido al jardín desde que, ya sabes, desde que aquel niño se cayó en la carretera.

«¡Lo atropello un coche!», grité, pero solo en el interior de mi cabeza.

—¿Dónde has estado?

Me dirigió una mirada a medio camino entre la acusación y la súplica. Le temblaban las manos, que no dejaba de mover para aplacar a la bestia que yo no veía, al fantasma que la perseguía día tras día. Pero yo solo oía las palabras del señor Forrest: «enferma mental».

—Supongo que has estado en casa de Natalie. No creas que no noto la peste a alcohol. ¿Qué le has dicho a esa mujer? ¿Le has dicho que la loca de tu madre estaba acurrucada en el baño? No conseguirás nada hablando mal de mí con los vecinos, ni emborrachándote con Natalie y su asquerosa madre. No puedo mantener esta casa en orden sin ayuda. ¿Sabes de dónde es la madre de Natalie? ¿Lo sabes? Del sur, igual que yo, pero ella siguió la estrategia de «Me voy al norte y pierdo el acento», como si el sur fuera un estercolero del que por fin hubiera logrado escapar. Créeme, si piensas que la madre de tu amiguita Natalie es mejor que yo en algún aspecto, estás loca.

Me sentí como si hubiera salido de mi cuerpo. Me levanté de la silla mientras ella seguía hablando, aunque ya no la oía. Mi madre agitaba las manos cada vez con mayor violencia y yo solo quería que parara. Tenía el vaso rosa de plástico en la mano, y después el brazo salió disparado hacia delante y solo la cara empapada de mi madre me devolvió a lo que acababa de hacer.

Quería decirle que me habían pegado; quería que me consolara. Quería chillar y arañarle la cara. Quería que recuperara el juicio. Pero ella se agachó, y grité:

—¡El señor Warner me dijo que los vecinos han decidido por consenso que deberíamos

marcharnos!

Y entonces, tan repentinamente como me había levantado, me senté de nuevo sobre el montón de ropa sucia.

Mi madre ni siquiera hizo ademán de secarse la cara. Trazó una débil sonrisa y dijo en voz baja:

—El señor Warner nunca utilizaría una palabra como «consenso». Es un...

Terminé la frase por ella, como en uno de esos juegos de rellenar huecos con palabras. — Cretino prepotente.

Me di cuenta de que mi madre estaba agradecida por ello, de que sentía que había ido a su encuentro al lugar en que se había adentrado. Le goteaba agua de la nariz y los labios. La cara le brillaba bajo la luz de la lámpara.

—Uno de aquellos hombres me pegó, mamá —dije.

Cuanto más palabras pronunciaba, mayor era la sensación de que la firmeza, la separación, la autonomía, se escapaban de mi cuerpo. Aún le pertenecía.

Se apartó de mi lado y bajó la vista al suelo.

—Helen.

—¿Sí?

—Es solo que...

—¿Qué?

—Es solo que tengo... Bueno, ya me entiendes. Eres mi hija. No encajo en este lugar.

Observé que mi madre levantaba el borde de la alfombra con el pie. Era un movimiento compulsivo que parecía seguir el ritmo alborotado de sus manos. Intentaba rescatar de algún lugar el lenguaje de las disculpas pero era evidente que le costaba.

—¿Por qué no te cepillo el pelo? —pregunté—. Como hace papá.

Me levanté y mi madre se cubrió la cara con las manos. Me miró escondida tras ellas.

—Quiero hacerlo —dije—. Será agradable, y después nos iremos a dormir y por la mañana todo estará mucho mejor.

Lo que no dije fue que no tenía intención de volver a dirigirle la palabra. Que por la mañana me levantaría y saldría de casa temprano para no tener que verla. Que empezaría a comer a escondidas para, llegado el mediodía, poder decir que no tenía hambre. Que el señor Forrest me había regalado algo mucho más grande que cualquier clase de conducción o gin-tonic. Había llamado a mi madre «enferma mental» y, aunque mi padre no lo hiciera, yo estaba dispuesta a aceptarlo como una gran verdad.

Las semanas que siguieron fueron de lo más estimulante. Cuando mi padre llegó a casa le conté qué había sucedido en el jardín y que el señor Forrest se había ofrecido a enseñarme a conducir. No hizo falta que mencionara que no le hablaba a mi madre porque aquella fue la noticia con que ella lo recibió nada más verlo cruzar la puerta. Para mí, no hablarle era como hacer acopio de comida o de balas. Cada día me sentía con más fuerzas.

El señor Forrest aparcaba delante de casa y hacía sonar el claxon, y yo agarraba la chaqueta y bajaba la escalera a toda prisa. A veces reparaba en una presencia sombría en el salón, pero una vez al pie de las escaleras solo tenía que dar tres zancadas hasta llegar a la puerta, y me gustaba

pensar que cada vez que escapaba por ella, la presencia se volvía más insignificante. Afuera estaban el sol que brillaba y el coche gris verdoso con el jaguar que saltaba libre al vacío.

Una vez fuera de casa, el señor Forrest y su coche estaban a una distancia de tan solo veinte escalones, pero nunca me atreví a deslizarme por la barandilla para llegar aún más rápido. Me imaginaba con la cabeza abierta sobre el asfalto, y después veía a mi madre, incapaz de acercarse al lugar donde había caído, incapaz de llamar a una ambulancia, o aún peor: obligándose a aproximarse y pisoteando mis sesos y el suelo pringoso al tiempo que jadeaba y gesticulaba violentamente.

Cuando mi padre empezó a buscar casa en Frazer, Malvern y Paoli, siempre iba solo. Sacaba polaroids de las habitaciones y los jardines. Después se las llevaba a mi madre y las esparcían en el comedor, formando una especie de montaje de cada una de las casas, separadas las unas de las otras por el fondo de nogal oscuro de la mesa.

Yo volvía de mis clases de conducción con el señor Forrest y los tres nos sentábamos alrededor de la mesa, examinando con cuidado la que podría convertirse en nuestra casa. A raíz de aquella experiencia mi padre decidió equiparme con mi propia cámara.

—Así podrás sacar fotografías de tus compañeros de clase o de los conciertos, y enseñárselas a tu madre —dijo.

—No voy a conciertos —respondí.

—Ya. Bueno, pues de las cosas que hagas.

Esbozó una sonrisa frágil y supe que era mejor no decir nada. Que algo así sería cruel porque todo apuntaba a que mi madre jamás volvería a cruzar la puerta de casa.

Sin embargo, me gustaba aquello de buscar casa a través de fotografías. De noche podía soñar con habitaciones suspendidas en el aire junto a una plaza de garaje en la que había un Jaguar de color rojo cereza con el salpicadero de madera.

En ocasiones no sabía si mi madre interrogaba a mi padre o a las casas.

—Revestimiento de madera de calidad, pero una moqueta verde espantosa. ¿Qué tienes que decir a eso? —preguntaba—. Parece hierba —respondía mi padre—. Hierba roñosa, con suerte.

Y aunque entonces me tocaba hablar a mí, siempre me contuve.

Cuando por fin llegó la hora de que mi madre visitara las tres casas que habían pasado la criba, los preparativos duraron casi una semana. Mi madre eligió el traje para ese día y lo dejó en la habitación de invitados, donde los rifles de su padre aún ocupaban un lugar preferencial en la pared. Resolví que, aunque seguía decidida a no hablar con ella, encontraría un modo silencioso de demostrarle mi apoyo.

En aquella época seguía un régimen estricto, y una mañana, cuando aún faltaban unos días para el sábado de la salida, trocéé mi ración de zanahorias y apio y la miré atentamente. Utilicé las rodajas naranja a modo de bloc de notas y fabriqué una versión dietética de los corazones azucarados de San Valentín. «¡Buena suerte!», escribí con rotulador negro en una de las rodajas. «¡Victoria!», escribí en otra. Entonces me animé. «¡Que se jodan!», escribí. «¡Cuídate!». «¡Come zanahorias!». «¡Al ataque!». «¡Adelante!».

El siguiente paso consistió en esconderlas por toda la casa en aquellos lugares donde pudiera encontrarlas. En el interior de los zapatos que había dejado en la habitación de invitados junto a

su vestido. Debajo de la suave borla que tanto me gustaba y que cubría la polvera que tenía en su tocador. En su taza desportillada y manchada de pintalabios. Mientras paseaba a hurtadillas por la casa, entrando y saliendo de las habitaciones en busca de lugares en los que esconder aquellas notas de zanahoria, me olvidé del odio que sentía por mi madre y me abrí al amor. Como en el balancín de un parque, era tan fácil pasar de un lado al otro.

La mañana del gran día mi padre me pidió que me alejara de las habitaciones y me quedara en la cocina con la puerta de vaivén cerrada. Llegado ese momento mi madre llevaba casi un año sin salir de casa y casi cinco sin poner un pie más allá del jardín. Los vecinos, que sabían que mi padre se pasaba los fines de semana buscando casa, se habían vuelto extrañamente tranquilos.

Mi padre me acompañó a la cocina y cuando se agachó para darme un suave beso en la frente, sus pensamientos ocupados en mi madre, que tarareaba en el piso de arriba con voz temblorosa, me fijé en la pila de mantas que había en la mesa del comedor y enseguida supe para qué servirían.

La mañana había comenzado con mi padre levantándose temprano y bajando a la cocina para disponer el desayuno de mi madre en una bandeja. Mi padre tenía una rueda de volumen que regulaba el amor que sentía por mi madre, y la debilidad de ella lograba girarla hasta tal punto que el retumbo me excluía.

Las mantas servirían para calmarla. Eran grises y pesadas, mantas de mudanza. De fieltro por un lado y algodón guateado por el otro. Mi madre había cruzado por última vez el límite de nuestro jardín cuando yo tenía once años. En todo el camino de ida y vuelta de la tienda no se había quitado la manta de la cabeza. Mi padre y yo tuvimos que guiarla hasta la zona de higiene femenina. Por muy torturador que le resultara, quiso estar a mi lado el día que compré mis primeras compresas.

Desde mi lugar en la cocina la vi a través del cristal de la puerta de vaivén. Estaba pálida como un muerto y llevaba el traje de hilo color albaricoque que había apartado la semana anterior. En los pies los zapatos planos en los que había escondido las rodajas de zanahoria. Mi padre se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos mientras le susurraba palabras que no entendí pero supe que habrían de tranquilizarla. Le estuvo acariciando los músculos tensos de la espalda hasta que ella se zafó del abrazo y se irguió, adoptando la postura de la modelo que alguna vez había sido. Me fijé en que se había tomado su tiempo para aplicarse lo que consideraba maquillaje para salir, no solo los polvos y el brillo de labios que normalmente llevaba sino toda la artillería, que excepto mi padre y la tela oscura, nadie vería: rímel, lápiz de ojos, base de maquillaje y pintalabios rojo mate.

«Está lista —pensé—. Ahora o nunca».

Mi padre levantó la primera manta gris, se la colocó alrededor de la cintura de modo que le quedara holgada y la sujetó con imperdibles. Le caía justo por debajo de los pies y rozaba el suelo. Con la siguiente manta le cubrió los hombros y se la ató por delante. Hasta ese momento aún parecía un niño grande que jugara a disfrazarse de monje. Era la última manta la que en el pasado había resultado más difícil de poner. La que iba en la cabeza.

La vez que ayudé a mi padre no pude evitar sentir que, al colocarle aquella última manta, la estábamos mandando a la horca. Había levantado el extremo para verle la cara. —«¿Estás bien,

mamá?». «Sí». «Podemos ir a comprarla papá y yo». «Yo también voy.» —y después lo había soltado y me había quedado mirando los trazos ondulados de las puntadas de la máquina, consciente de que mi madre necesitaba la tranquilidad de aquella lenta asfixia cuando salía al mundo.

Ví que mi padre se inclinaba y besaba a mi madre antes de desplegar la última manta. Sabía que en aquellos momentos la quería más que nunca. Cuando mi madre estaba rota e indefensa, cuando se quedaba sin caparazón y toda su rabia y su rencor no podían ayudarla. Era la triste danza de dos personas que desfallecían la una en brazos de la otra. Su matrimonio una X que unía para siempre a víctima y verdugo.

Mi padre le colocó la aciaga capucha sobre la cabeza y ella desapareció, reemplazada al instante por una imagen hueca de lana gris oscuro. Se encaminaron a toda prisa hacia la puerta. Salí de la cocina y sentí el aire fresco de la mañana que se colaba en la casa.

Con la misma premura que mi padre cogió a mi madre en brazos, y mientras ella se quejaba como un animal atrapado en un cepo, corrí yo para cruzar el salón y llegar a la entrada a tiempo de verlos cruzar la puerta y desaparecer escaleras abajo.

Mi padre lo había planeado todo con antelación. El Oldsmobile estaba aparcado en sentido contrario a los otros coches, con el asiento del copiloto frente a la casa y la puerta abierta. Vi a la señora Castle y a su marido pasar en coche junto a ellos. Mi padre no les prestó ninguna atención, cuando cualquier otro día los habría saludado con la mano. El señor Donnellson estaba cortando el césped y dirigió a mis padres una mirada cargada de compasión.

Mi madre no opuso resistencia. Sufría demasiado y no tenía fuerzas para ello. Aunque lejanos, sus gemidos se oían cada vez más fuertes. Si no fuera porque en una ocasión había ayudado a mi padre a cubrirla con las mantas no me habría creído que era ella. Parecía más bien la escena de una película en la que secuestraban a una mujer. Mi padre, el delincuente, llamaría a casa pidiendo un rescate que yo no tendría más remedio que pagar: aquí entrego mi corazón, aquí todo lo que quiero, aquí está, mi madre por mi madre.

Mi padre metió a mi madre en el coche y colocó bien las mantas para poder cerrar la puerta. Dio un fuerte portazo y rodeó el coche por delante en dirección al asiento del conductor.

«Todo mejorará cuando nos hayamos mudado», pensé, pero enseguida supe que me engañaba.

Mi padre levantó la vista. Le dije adiós desde lo alto de las escaleras. Unas casas más abajo vi al señor Warner y a su hijo mediano en el jardín. Di media vuelta y me apresuré a esconderme.

Mis padres ni siquiera llegaron a entrar en la primera casa. La agente inmobiliaria se quedó de pie en el jardín, escudriñando el interior del coche mientras mi padre le decía que lo sentía mucho pero que aquello no iba a funcionar. Ya no le interesaba comprar una casa.

—Era muy prepotente —dijo más tarde mi madre—. Sentía mucha curiosidad por mí. ¡Mi envoltorio le habría ido que ni pintado!

El señor Forrest vino a casa a preguntar cómo había ido la salida. Se sentó en el sofá, un brazo apoyado en la colcha artesanal. Mi padre sirvió unas copas y yo me quedé en el canapé Victoriano que había en el otro extremo de la habitación.

Fue increíble ver cómo construía sus críticas de la agente inmobiliaria a partir de las observaciones que había tomado prestadas de mi padre. Bromeó sobre el pelo y las uñas de

aquella mujer, y dijo que su tono era un «simple anzuelo». Y allí estaba yo, incapaz de quedarme callada.

—¿Cómo que un anzuelo, mamá?

Se produjo un fugaz silencio.

Mi padre le acercó un vaso de whisky y ella se recostó en su sillón de orejas como si en los últimos veinte años no hubiera sucedido nada excepcional.

—¿Se lo explicas tú o lo hago yo? —le preguntó al señor Forrest.

—Las damas primero —respondió él.

Después de servir al señor Forrest mi padre tomó su copa y se sentó en el diván, junto al sillón de mi madre. Todos la mirábamos. Aún llevaba el traje de lino albaricoque y había cruzado las piernas, delgadas y cubiertas por unas medias color carne.

—Un anzuelo puede ser dos cosas. Lo que cuelga de la caña de pescar y un sucio engaño. Esa mujer era lo segundo. Todo cumplidos y dulzura hasta que vio que tu padre no iba a ceder. Entonces le cambió por completo la voz. ¡De repente era de Connecticut!

El señor Forrest rió satisfecho, igual que mi padre, mientras ella seguía despellejando a la mujer. Me quedé mirándolos desde mi lugar privilegiado en el canapé de terciopelo rojo, preguntándome si habría leído los mensajes de zanahoria. Me di cuenta de que entre las cuatro paredes de nuestra casa mi madre seguiría siendo la mujer más fuerte del mundo. Era invencible.

Cuando el señor Forrest se hubo marchado mi padre arrojó a mi madre en la cama y al cabo de un rato salió a buscarme al jardín.

—Menudo día, mi amor —dijo. El aliento le olía a whisky.

—Mamá es diferente, ¿verdad? —pregunté.

No logré distinguir la cara de mi padre en la oscuridad, así que dirigí la vista a las copas de los abetos, su perfil recortado contra el azul de la noche.

—Me gusta pensar que tu madre está casi completa —dijo—. Tantas cosas en esta vida nos hablan de casis, no de plenitud.

—Como la luna —respondí.

Allí estaba, un delgado gajo suspendido aún a poca altura en el cielo.

—Exacto. La luna está llena todo el tiempo, pero no siempre la vemos. Lo que vemos es una luna casi llena o una luna incompleta. El resto permanece escondido, pero hay una sola luna, y es la que vemos en el cielo. Planeamos nuestras vidas en función de sus ritmos y mareas.

—Ya.

Sabía que se suponía que debía entender algo de aquella explicación de mi padre, pero lo que a mí me llegó fue que, al igual que no podíamos escapar de la luna, tampoco podíamos hacerlo de mi madre. Fuera donde fuese, allí estaría ella.

10

La noche que maté a mi madre dormí poco pero soñé. Soñé con serpientes que se introducían en los orificios de mis hijas sin que yo fuera capaz de ayudar, ni siquiera de gritar. Pero entonces me despertó el ruido de piedrecitas que chocaban contra mi ventana.

Fuera el cielo era de un profundo azul oscuro, y antes de levantarme ya sabía a quién vería en el jardín. Aquello era algo que solía hacer cuando las niñas eran pequeñas y se había olvidado las llaves. Robaba un puñado de las piedras de cristal que adornaban las macetas de nuestros vecinos de Wisconsin y las lanzaba contra la ventana en plena noche.

Me acerqué a la ventana. Sentí que habían pasado más años de los que pudiera contar.

—¿Jake?

—Abre la puerta —dijo.

Su voz sonó suave pero firme y me recordó lo que mi madre había dicho después de que un día Jake se pusiera al teléfono desde Wisconsin: «Tu futuro marido tiene voz de presentador de televisión».

Me había quedado dormida con la ropa puesta. No quería encender la luz ni mirarme en el espejo. Suspendidos sobre mi cabeza estaban los globos de cristal que ahora representaban mundos distintos. Imaginé a una madre y a una hija en cada uno de ellos. En uno, la madre y la hija iban subidas a un viejo trineo y se deslizaban por una enorme y aterciopelada montaña de nieve. En otro, bebían sidra caliente y se contaban historias frente a la chimenea. En el último, la hija hundía la cabeza de su madre en el agua helada, presionándole la garganta mientras se ahogaba.

Me obligué a levantarme y a ponerme delante del espejo que colgaba sobre el tocador de estilo clásico que Sarah y yo habíamos rescatado del edificio Victoriano cercano a la casa de mi madre. El espejo era todavía más antiguo, y el cristal tenía unas pequeñas manchas circulares de color ceniza.

Tenía el mismo aspecto que el día anterior, pero había algo oculto en mi mirada a lo que no supe poner nombre. No era miedo, ni siquiera culpabilidad. Me agaché ligeramente de manera que una de las manchas —un punto negro rodeado por un irregular círculo oscuro— me quedara justo en mitad de la frente. Bang bang.

Llevaba casi tres años sin ver a Jake. Desde poco después del nacimiento de Leo. Me había tocado la nariz con el dedo y había dicho:

—Un botoncito. ¡No conozco a nadie con la nariz tan chata! Aunque Jeanine también la tiene así.

—Sí —respondí—. Y tus ojos color avellana.

—Espero que este los tenga azules como tú.

Nos levantamos y no dejamos de mirarnos hasta que John salió de la habitación donde Emily estaba obligada a guardar cama.

—¿Interrumpo algo? —preguntó.

—Estábamos discutiendo sobre quién tiene más canas —respondió Jake.

—Muy fácil. Gana Helen —dijo John, que tenía el sentido del humor de un melón.

Hacía años que habían comenzado a salirme canas, cuando rondaba los cuarenta. Le di muchas vueltas al asunto antes de teñirme. Me entristecía pensar que una vez decidiera teñirme y siguiera tiñéndome tendría que despedirme para siempre de mi color natural. Además, como llevaba el pelo muy corto, en ocasiones me veía como un palo coronado por un solideo negro.

Jake esperaba frente a la puerta trasera, cargado con una mochila de piel marrón. Lo vi a través del cristal superior y me fijé en el rápido movimiento de sus dedos sobre la correa de piel, una de sus costumbres —los golpecitos con los dedos, los giros de tobillos, el crujido de huesos — que me habían desquiciado tanto en la última etapa de nuestro matrimonio. Aunque en cierto sentido me tranquilizó. Conservaba la misma energía nerviosa que había tenido tantos años atrás.

Descorrí el pestillo y tiré de la puerta hacia mí.

Nos miramos.

Había envejecido bien. Como lo hacen los hombres que parecen no preocuparse por su aspecto pero que tienen unos arraigados hábitos de higiene y hacen ejercicio con regularidad. De manera encubierta. A sus cincuenta y ocho años, lucía algún que otro mechón plateado pero aún tenía una presencia atlética.

—He estado en la casa. ¿Por qué la moviste? —preguntó.

Ahogué un grito. Jake cruzó el umbral, cogió la puerta que yo sostenía y se volvió para echarle el pestillo.

—¿Cómo?

—No aseguraste la ventana del salón. No sabía si estabas dentro o no, así que me subí a la barbacoa y levanté la hoja. Helen —dijo, mirándome a los ojos, de pie frente a mí en el diminuto pasillo—. ¿Qué has hecho?

—No lo sé. Tú empezaste a hablar de putrefacción y pensé: «El congelador».

—Has matado a una persona —dijo, recalcando cada palabra como si no lo entendiera. Parecía lo bastante enfadado como para pegarme.

Retrocedí hasta llegar al cuarto de la colada. Nunca me había pegado. Jake no era de los que pegaban, ni siquiera de los que levantaban la voz. El razonaba. Analizaba. Como mucho, se ponía nervioso.

Se había acostumbrado a no llevar guantes en el frío Wisconsin, años atrás. Le vi el índice y el pulgar destrozados, en los que las uñas habían perdido para siempre su color.

—¿Qué esperabas conseguir metiéndola en el congelador?

—No lo sé —respondí. Noté que el estante en el que dejaba los productos para hacer la colada se me clavaba en la espalda—. No lo sé.

Se acercó y di un respingo.

—No tengas miedo. —Me agarró de la muñeca y me separó de la pared. Una caja de toallitas suavizantes cayó al suelo—. Ven aquí.

Entonces me estrechó entre sus brazos. Me estrechó como el jovencito Hamish no podría hacer jamás. Había historia, familiaridad e incluso, por sorprendente que resultara, compasión en aquel abrazo. Recordé cuando comentábamos que su obra era efímera, y que en realidad todo lo era, también las relaciones.

—No sé qué voy a hacer —dije. Me permití apoyarme, durante unos segundos, contra su áspero abrigo gris—. Debería haber llamado a alguien, pero no lo hice.

Con mucho cuidado, se quitó la mochila del hombro y la dejó encima de la secadora.

—Me llamaste a mí —dijo.

Mantuve la cabeza enterrada en su pecho, aunque noté sus ganas de apartarse y mirarme. Pero yo no quería que me miraran. No podía creerme lo que había hecho y, al mismo tiempo, dentro de mí, como una semilla que comenzara a florecer, lo sentía justificado. Nadie —ni siquiera Jake, que era la persona a quien menos le costaría entenderlo— sabía a qué punto había llegado mi vida con mi madre.

—No podía más —dije.

Me puso las manos en los hombros y me obligó a mirarlo. Yo lloraba de un modo espantoso. Se me había olvidado, tras tantos años de conversaciones solo por teléfono, yo siempre en Pensilvania, él de ciudad en ciudad, lo amable que podía ser su rostro. Vi la amabilidad por la que Emily se sentía tan unida a él. Vi al hombre al que Jeanine y Leo llamaban «papá grande», y al que, por razones evidentes, preferían antes que a mí.

—Oh, Helen —dijo acercándose una mano a la mejilla—. Pobre Helen.

Me besó en la cabeza y después me abrazó, meciéndome. Nos quedamos así durante mucho tiempo. El suficiente para que la luz de fuera pasara de azul oscuro a claro. El suficiente para que el canto del primer pájaro se viera acompañado por todo un coro. Jake era el único al que le permitía que me dijera algo así.

Cuando por fin nos separamos me propuso tomar un café y nos adentramos en el largo pasillo de la parte de atrás, en la pared del cual colgaba un mapa del mundo que alguna vez había sido de mi padre. Con el transcurso de los años, los países que quedaban a la altura del hombro habían sufrido el roce de mi abrigo cada vez que pasaba por allí de camino al garaje. Eché un vistazo a lo que quedaba de Caracas con el rabillo del ojo.

Mi padre me había traído ese mapa dos semanas antes de dispararse.

—¿Y esto para qué? —le pregunté.

Emily apareció para saludarlo y él sonrió. Cualquier hombre, incluso su abuelo, parecía decepcionarla en aquellos primeros años de su vida que tuvo que pasar lejos de Jake.

—¿Para que Emily y Sarah aprendan geografía! —respondió.

Encendí las luces de la cocina. Eran empotradas, en teoría mejores que los viejos fluorescentes, pero el tenue sonido a rotura de filamento que hacían al calentarse siempre me había resultado inquietante. Me acerqué a la larga encimera y bajé la cafetera de la estantería. Quería hablar de algo que no fuera mi madre.

—¿Para quién trabajas en Santa Bárbara? —improvisé.

—Para un informático.

Jake se acercó y se quedó de pie a mi lado; parecíamos dos operarios frente a una cadena de montaje. Me quitó el recipiente de cristal de la mano y abrió el grifo para enjuagarlo. Mientras, tiré el poso y cambié el filtro.

—Tiene casas en más de diez ciudades distintas. Avery me consiguió el contacto. Es amigo del representante de adquisiciones de ese tipo.

—¿Representante de adquisiciones?

Me pasó la jarra y se apoyó en la encimera. Añadí el café, muy concentrada en el número de cucharadas. —¿Estás segura de querer oír la historia? Asentí con la cabeza.

—Es todo un mundo. Cada vez tengo más encargos de particulares. Le da mil vueltas a la enseñanza. En Berna terminé muy quemado.

—O sea, que eres una puta.

—Esa es mi Helen.

Esbocé una sonrisa apagada.

—Gracias.

—Eres una caja de sorpresas.

Eché un rápido vistazo alrededor. Habían pasado ocho años desde la última vez que estuvo en mi cocina. En el transcurso de una fiesta, nos habíamos escapado unos minutos para brindar a solas por Sarah, que, aunque por los pelos, aquel día había terminado el bachillerato.

Metí el filtro y encendí la cafetera.

No miré a Jake, seguí concentrada en la encimera, en las pequeñas motas doradas que salpicaban el viejo linóleo. Nunca me había sentido cómoda pidiendo ayuda.

Jake caminó hacia la mesa de la cocina, en la que dejaba mis facturas y mis recibos, algo separada de la del salón, donde estaban los de mi madre, y colgó el abrigo en el respaldo de una vieja silla mexicana. El café comenzó a borbotar a mis espaldas. Recordé que la luz del techo de nuestro Volkswagen se había fundido la noche en que supimos que lo nuestro se había terminado. Jake había quedado con un grupo de profesores pero antes nos dejó a las niñas y a mí en casa. Alcancé a ver los rasgos de su cara fugazmente, con dolor, con tristeza, y después cerró la puerta. Me quedé de pie frente a nuestra pequeña casa con Sarah en brazos y Emily de la mano. «Adiós, papi», dijo. Y yo dije: «Adiós», y después Sarah. Nuestras palabras tan superfluas como un montón de latas atadas al guardabarros trasero de un coche.

Fuimos hasta la mesa de cristal que había en el comedor y Jake retiró una silla.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—De camino hacia aquí no he pensado en otra cosa —respondió.

Entonces caí en la cuenta de lo muy cansado que debía de estar. Después de tantos años de tomar aviones, aún no se había acostumbrado. Sarah me había dicho que cuando le pidió que describiera su vida de trotamundos él le había respondido con una sola palabra: «Solitaria».

No me senté, me quedé allí de pie, con los brazos cruzados. En cuatro horas tenía que estar en Westmore para la clase de las diez.

—Antes de colarme por esa ventana y verla en el sótano creí que sería sencillo. Por algún motivo pensé que podíamos decir que había muerto, y que tú estabas tan afectada que me habías

llamado, y que aunque te había rogado que avisaras a una ambulancia tú decidiste esperar a que llegara. Ahora no sé qué hacer. El hecho de que esté en el sótano, desnuda, y de que hayas sido tú quien la llevara hasta allí lo vuelve todo muy extraño.

En la punta de la lengua encontré el nombre de Manny, pero no lo pronuncié. Me volví y descolgué dos tazas de los ganchos que había debajo de los armarios. Serví en ellas el café, que aún no había dejado de borbollar.

—¿No podríamos decir que me la encontré así? ¿Que se había caído? —pregunté.

Cuando dejé la taza frente a él, Jake me miró.

—¿Qué quieres decir?

Me senté y rodeé la taza con las manos.

—Que decimos lo que acabas de decir, que estaba tan afectada que esperé a que llegaras, pero que en lugar de intentar explicar cómo llegé allí abajo, digamos que la encontré allí.

—¿En el sótano, desnuda y con la nariz rota?

—Eso es.

Tomé un sorbo de café. Jake alargó un brazo por encima de la mesa y me tocó la muñeca.

—Tú te das cuenta de lo que has hecho, ¿no? Hice un ligero gesto de asentimiento.

—La odiabas con todas tus fuerzas, ¿verdad?

—Y la quería.

—Podrías haberte largado, haber hecho cualquier otra cosa.

—¿Como qué?

—No lo sé. Todo menos esto.

—Era mi madre. Jake guardó silencio. —¿Qué tiene de malo mi plan?

—Contemplantarían la posibilidad de un asesinato —respondió Jake—. Es muy probable que comenzaran a buscar pruebas.

—¿Y?

—Y lo descubrirían, Helen. Se darían cuenta de que no la encontraste allí, sino que la pusiste allí.

—¿Y después qué?

—Habría una investigación.

Me terminé el café y me recliné en la silla.

—Stonemill Farms —susurré para mí, repitiendo, como solía hacer, el nombre de mi urbanización. Siempre me había sonado a nombre de prisión medieval.

Llevaba un jersey azul, que se quitó tirando de él por encima de la cabeza. Debajo, el tipo de camiseta que solo Jake se pondría. Sobre un fondo beige y debajo del dibujo de un monigote tumbado en una hamaca suspendida entre dos árboles verdes, se leía la consigna: «esto es vida». Si había algún motivo para nuestro divorcio, allí se encontraba resumido. En ese punto siempre habíamos tenido nuestras diferencias. Aunque también fue, supongo, la razón por la que nos casamos.

—¿Sigues dibujando desnudos? —pregunté.

—Hoy día mis manos ya no se dedican a eso. Ahora trabajo láminas de metal.

—¿Hacemos esa llamada?

Acababa de asociar llamar a la policía con, por fin, tomar una ducha. Poco me importaba si lo que decía tenía o no sentido. —¿Por qué la bañaste? —preguntó Jake—. Quería estar a solas con ella —respondí.

Las palabras «a solas» me retumbaron en el interior de la cabeza. De repente miré a Jake y sentí que seguía a miles de kilómetros de distancia y que así seguiría por mucho que se acercara.

A través de las ventanas traseras me llegó el llanto del bebé de mis vecinos. No lo había visto nunca, pero su llanto era el más lastimero que hubiera oído jamás. Y largo. Crecía, vacilaba y volvía a comenzar. Era como si la madre hubiera dado a luz a una bola de ira de tres kilos y medio.

Apuré mi taza de café.

—¿Otro?

Jake me alcanzó su taza vacía y las dejé en la encimera para rellenarlas. Siempre se nos había dado bien hacer eso juntos: beber café. Yo posaba para él, y él se sentaba a dibujar delante de mí, y entre los dos, en una tarde podíamos terminarnos tres cafeteras.

—Creo que deberías contarme cómo sucedió. Con todos los detalles.

Regresé con las dos tazas y dejé solo la suya sobre la mesa. —Creo que voy a ducharme. Tengo que estar en la facultad para la clase de las diez.

Jake se echó hacia atrás y me miró.

—Pero ¿a ti qué te pasa? No vas a ir a Westmore. Tenemos que decidir qué hacemos y después llamar a alguien. —Llama tú.

—¿Y qué les digo, Helen? ¿Que estabas cansada y te pareció un buen día para matar a alguien?

—No uses esa palabra.

Salí de la habitación. Mientras subía por las escaleras pensé en Hamish. Para él, el día en que quisiera matar a su madre no llegaría jamás.

Desde la ventana del piso superior vi la hilera de álamos mecidos por la brisa. Las hojas que les quedaban eran doradas y de color melocotón, y revoloteaban sujetas a las ramas. Años atrás había creído que librarme de mi madre sería tan solo una cuestión de tiempo, que escapar consistía en subir a un coche o a un avión, o en rellenar una solicitud para la Universidad de Wisconsin.

Oí los pasos inquietos de Jake en la cocina. El crujido del suelo debajo del linóleo que imitaba el dibujo de baldosas. ¿Se acercaría al fregadero y lavaría las tazas? ¿Observaría a los arrendajos y cardenales en su rutina diaria de buscar comida al pie del manzano silvestre? Las vistas desde mi ventana, ya fuera la de álamos de hojas movedizas o pájaros en busca de alimento, siempre me parecieron los lugares más distantes a los que hubiera viajado jamás. Traté de imaginar a la Helen que había relevado a su padre al volante durante aquellas primeras vacaciones de Navidad en que él había hecho todo el trayecto en el Oldsmobile para ir a recogerla.

—Yo conduzco este tramo —dije, de camino a la carretera interestatal.

«Nuestra escapada», la llamó mi padre en los años que siguieron, cuando ya era evidente que nunca haríamos otra.

Entré en la habitación y cerré la puerta con cuidado. Una vez en el baño abrí el grifo de la ducha y esperé a que el agua saliera caliente. De pie sobre la alfombra, delante del lavabo, me di cuenta de que me estaba desnudando como lo haría alguien que llevara la ropa cubierta de mugre o que se hubiera pasado el día trabajando en el jardín. Me bajé despacio los pantalones hasta los tobillos y los deslicé por encima de los calcetines, primero una pernera y después la otra, posando cada pie con delicadeza sobre la alfombra, como si, perturbando la calma de los bajos, el cieno del cadáver pudiera mezclarse con el aire. Me quité los calcetines. Llevaba las uñas de los pies pintadas del color que utilizaba mi madre, el coral apagado que tanto detestaba y que me había aplicado dos semanas antes, durante una de aquellas largas tardes en las que veíamos juntas la televisión. El sonido del programa de la PBS sobre fondos financieros me atravesaba como el taladro de un dentista mientras mi madre dormitaba en su sillón de orejas tapizado en blanco y rojo—.

Aún era, lo sabía, la mujer con la que Hamish había querido hacer el amor. Aún la mujer a la que las chicas de Westmore siempre le decían «Cuando sea mayor me gustaría tener su aspecto», sin darse cuenta del insulto. Sin embargo, mientras que para mí mi madre, durante toda su vida, había sido realmente bella, yo sentía que mi vida no era más que tiempo prestado. Sabía que los mismos huesos que convertían a mi madre en una Garbo de a pie sostenían mi figura de aspecto mucho más corriente. Mi padre, aunque tenía los ojos bonitos, también tenía la mandíbula prominente y la nariz de tubérculo, de modo que podría decirse que había heredado de él los rasgos suficientes como para ensombrecer los de mi madre. Siempre creí que a ella la mortificó el hecho de que el Museo de Arte de Filadelfia exhibiera un retrato de mí. Y eso que me había apresurado a señalar que solo se me veía el cuerpo. «A Julia Fusk mi cara no le pareció interesante», dije, en un intento por complacerla cuando vi encima de su mesa una monografía sobre la exposición que el señor Forrest había llevado a casa.

El vapor de la ducha inundó el baño. Pensé en la caja que contenía las enaguas de mi madre y que le había robado del sótano años atrás. Las había envuelto en papel de seda y las había guardado en el último cajón de la cómoda que había en el vestidor. De vez en cuando abría ese cajón y me quedaba mirando la de color pétalo de rosa. Era una prenda tan simple, con aquel ribete de satén en el canesú, del que salían las delgadas tiras que se ajustaban a sus hombros. El suave crujido de la seda que le envolvía el cuerpo. La tirantez de la misma cuando se encontraba con sus caderas.

Ví la silueta de mi cuerpo en el espejo empañado. Libre de toda vergüenza gracias a que me ganaba la vida desnudándome en público, me gustó lo muy recatada que el vaho me hacía parecer. Entonces, justo antes de entrar en la ducha, me incliné frente al espejo y dibujé una cara sonriente. Ví mi reflejo en el interior de los trazos. «Quien es feo por dentro es feo por fuera», decía mi madre.

Oí que Jake entraba en la habitación mientras corría la puerta de la mampara. La idea de tenerlo tan cerca después de tantos años me asustaba y me entusiasmaba al mismo tiempo.

Llegó un día en que mi padre comenzó a dormir en la habitación de invitados. Por la mañana se levantaba y hacía la cama con esmero, como si nadie se hubiera tumbado en ella la noche antes, como si la cama vacía siguiera esperando al invitado que nunca habría de llegar. Pasó mucho

tiempo antes de que me diera cuenta, antes de que, igual que le sucedía a mi madre, no pudiera conciliar el sueño y me pasara las noches escuchando los ruidos de la casa. Cuando alguien arrancaba del soporte los rifles de mi abuelo, oía el chasquido de las abrazaderas que sostenían la colección. Al menos una vez cada tantos meses oí aquel peculiar sonido, y en septiembre de mi último año en el instituto decidí investigar.

Hacía un calor inusitado para septiembre y la humedad no hacía sino aumentar con la caída de la tarde. Gracias a los ruidos de la noche que se colaban por las ventanas abiertas nadie detectó mi presencia en el pasillo y en lo alto de las escaleras. Cuando llegué a la habitación de invitados, abrí la puerta con el mayor sigilo del que fui capaz.

—Vuelve a la cama, Clair —dijo mi padre con tono enfadado, mirando el rifle que descansaba sobre sus piernas, sobre el batín de felpa azul marino.

—¿Papá?

Levantó la vista y se puso en pie de inmediato. —Eres tú —dijo.

Tenía el rifle en la mano, el cañón apuntando hacia el suelo. A sus espaldas, la cama con las sábanas revueltas. La almohada que, no cabía duda, se había llevado de su habitación. La funda hacía juego con las sábanas de la cama de matrimonio. Encima de la mesa había un vaso de zumo de naranja.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Los estoy limpiando.

—¿Limpiándolos?

—Las armas son como todo, cariño. Tienen que limpiarse para que funcionen.

—¿Desde cuándo te interesan las armas?

—Ya estamos.

—¿Papá?

Tenía la mirada perdida. La clavaba en mí durante unos segundos y de nuevo a la deriva.

—¿Por qué no traes aquí todas tus cosas? A mí no me engañas.

—No, cariño, no digas tonterías. Vengo alguna vez, cuando no puedo dormir. No quiero molestar a tu madre.

—¿Has terminado con eso? —pregunté, señalando el rifle con la barbilla.

—Confío en que no le contarás nada de esto a tu madre, ¿de acuerdo? Tiene mucho apego a las armas de su padre y no me gustaría que supiera que las he estado manoseando.

—Has dicho que las estabas limpiando.

—Sí —dijo, y asintió con la cabeza pero no me convenció.

Me sentía incapaz de alejarme de la puerta y caminar hacia él. Siempre me había resultado extraño verlo en pijama y con aquel batín de felpa. Se levantaba y se vestía antes que yo, y se ponía el pijama justo antes de meterse en la cama. En las raras ocasiones en que lo veía de aquella guisa, no sabía cómo clasificarlo. No era el padre que conocía, sino más bien el hombre derrotado cuya presencia se volvió intermitente desde que cumplí los ocho años.

Levantó el rifle, lo devolvió a su soporte y cerró la abrazadera que sujetaba el cañón.

—Algún día lograré convencer a tu madre de que se libere de ellos.

Se acercó al cabezal de la cama, cogió el zumo de naranja y se lo bebió de un solo trago.

—Y ahora a la cama, ¿de acuerdo?

Salió al pasillo y se adentró en mi zona de la casa.

Me tumbé en la cama—.

—¿Lista para un poco de oleaje? —preguntó.

Y aunque aquella era una costumbre que habíamos abandonado hacía ya años, asentí con la cabeza. Cualquier cosa con tal de que mi padre se quedara un rato en la habitación. Cualquier cosa con tal de captar de nuevo su atención.

Cuando cerré el grifo de la ducha oí a Jake hablando en la habitación. Me quedé inmóvil, y en mi intento por escuchar sus palabras recordé la visita de la señora Castle la noche anterior, cuando el agua de la esponja empapada me había rodado por el brazo hasta llegar al codo, las gotas que se habían desprendido de mi cuerpo y que habían regresado al recipiente de agua jabonosa. —Aún no sé cuándo.

Tiré de una suave toalla blanca que había en el toallero. Había comprado seis tres años atrás durante una tarde de despilfarro en el centro comercial. Tres para mí y tres para mi madre. Pensé que si solo utilizábamos toallas blancas nos transformaríamos de repente en personas más alegres, risueñas y felices, extremadamente inocentes.

—Dales solo Science Diet y comida enlatada el fin de semana. A Grace le gusta la de ternera y a Milo la de arroz con cordero. Hablaba con quien cuidaba de sus perros. Le daba instrucciones.

—Sí, ya sabes que te lo compensaré, nena. Es un viejo asunto, y ahora tengo que estar aquí.

Me vi envuelta en aquella engañifa de toalla. Viejo asunto.

Oí que se despedía y el pitido que indicaba que había colgado. Me había esforzado por mantenerme en forma, pero aun así era evidente que a los ojos del mundo, no solo a los de Jake, era en realidad un viejo asunto. Me había acostumbrado a cuidar mi cuerpo como si fuera una máquina, no solo por mi trabajo, sino también por mi salud mental. Aquello guardaba estrecha relación con las cada vez más frecuentes tareas de mantenimiento que mi madre necesitaba. Nuestra relación solo era posible si se basaba en la disciplina. El hábito proporcionaba un grado de satisfacción que el amor no alcanzaba jamás. Supuse que a la señora Castle debía de sorprenderle que me encargara de mantener las cutículas de mi madre en perfecto estado, o que le suavizara los callos de las manos mientras ella descansaba los pies combados sobre una cómoda banqueta, o que siguiera alimentando su confianza en las cremas para combatir la celulitis cuando ya había cumplido los ochenta y ocho.

—¡Joder! ¡Helen! —oí gritar a Jake.

Abrí la puerta. Tenía la trenza en la mano. Yo la había sacado de la bolsa de congelación la noche antes, como si temiera que pudiera asfixiarse.

—Pero ¿qué...? ¿Por qué hiciste algo así?

Lo miré. Tuve la sensación de que aquello le parecía más horrible que el hecho de que la hubiera matado.

—Quería algo de ella. Un recuerdo —respondí.

—No puedo... En serio. ¡Dios! —gritó. Entonces se dio cuenta de lo que sujetaba y lo lanzó sobre la cama por hacer—. ¿Has dormido con esto?

—Le cepillaba el pelo y le hacía la trenza todas las semanas. Me encantaba.

Me sentí humillada, allí de pie envuelta en la toalla, el pelo mojado y revuelto. Recordé a mi madre rogándome que hiciera una concesión en mi existencia libre de maquillaje. «Solo una pizca de pintalabios, por favor», me había dicho. Y en el armario del baño estaban las barras de llamativos colores que me había animado a comprar: Miel Intenso, Rojo Vino, Malva Metálico. —Tengo que vestirme.

—¿Qué vamos a hacer con eso? No puedes quedártelo —dijo Jake. La trenza seguía entre el revoltijo de sábanas.

—Ya lo sé.

Estaba de pie, sobre la alfombra que tenía delante del tocador. Allí con Jake, me sentí como nunca antes me había sentido: fea. Sentí ganas de llamar a Hamish.

—Te espero abajo. ¿Hay teléfono en el piso de abajo? Lo he buscado pero no he dado con él.

—Sí. Es el del antiguo número de mi madre.

—¿Y este tiene otro número? —preguntó, señalando el pequeño teléfono negro que había en mi escritorio.

—Sí. Fue idea de Sarah. El teléfono de abajo está en el mueble bar, debajo de un cojín. Sarah lo llama el «Teléfono Rojo». —Nunca antes me había encontrado en mi casa, medio desnuda, teniendo que dar explicaciones. Al menos no desde que había empezado a hacer cosas como esconder un teléfono—. Verás que hay una etiqueta con una leyenda sobre opciones y demás, que puedes pasar por alto con total libertad.

—Sabes que estoy aquí para ayudarte, ¿no?

—Lo sé.

En cuanto salió por la puerta me sentí aliviada. Me gustaba esconderme en mi propia oscuridad. Me gustaba hasta el extremo de que no me había dado cuenta de que lo había estado haciendo cada vez más. Agazapada con mi madre en su casa, me olvidaba del mundo, escandaloso, violento, agotador. Natalie y yo casi solo nos veíamos en Westmore. Por las tardes íbamos al Burger King más cercano y nos tomábamos el agua teñida de marrón a la que llamaban café, refunfuñando nada más salir del coche.

Me acerqué al teléfono y marqué el número de su casa, sin pensar qué le diría si descolgaba el auricular. Se puso Hamish.

—¿Sí?

No fui capaz de hablar.

—¿Hola?

Colgué. Quería subir al coche, conducir hasta Limerick y follármelo de nuevo.

Segundos más tarde sonó el teléfono.

—Se llama «sistema de identificación de llamadas». ¿Con quién hablo? —Helen.

Se produjo un silencio y después repitió mi nombre.

—Buenos días, Hamish.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó.

El hecho de pensar que, si bien por razones equivocadas, el sentimiento era mutuo me hizo sonreír, como si tuviera la mitad, y no casi el doble, de años que él. Agaché la cabeza, pero me vi las uñas de los pies pintadas y enseguida la levanté. Los recordatorios se acumulaban en mi

cuerpo.

—Tal vez esta noche —respondí.

—Cuento con ello —dijo con entusiasmo.

—No puedo asegurarte nada. Tengo mucho que hacer, pero tal vez.

—Estaré en casa —dijo, y colgó.

Cuando Jake comenzó a olvidarse del estudio que habíamos montado detrás de una cortina en el salón y a salir al frío de la calle, no puse reparos. Al principio pasaba fuera las tardes y regresaba a toda prisa en el Escarabajo azul pálido, que traqueteaba sin cesar hasta detenerse de golpe delante del cobertizo prefabricado que era la vivienda que nos había facilitado la facultad. No vivíamos demasiado lejos de la ciudad, de modo que si necesitaba algo podía ir andando. Además, tenía a Emily y después a Sarah de las que hacerme cargo. Jake volvía medio congelado y eufórico, y me hablaba del hielo que cubría las hojas y del serpenteo que dibujaba un arroyo subterráneo a los pies de un árbol.

—Y las moras. ¡Esas moras de color oscuro que cuando las aplastas sueltan una especie de tinte viscoso!

Entonces colgué el auricular y me volví hacia la cama, donde me aguardaba la trenza de mi madre. Incluso yo sabía que era una prueba demasiado condenatoria como para conservarla. Saqué las tijeras naranja del bote de lápices que tenía en el tocador y caminé hasta la cama.

En el baño, me incliné sobre el retrete, agachada para que no se escapara ningún pelo. Comencé a cortarla trenza en trozos pequeños que pudieran desaparecer al tirar de la cadena.

Para la operación de colon tuvieron que afeitarse el poco pelo que le quedaba en el pubis. Cuando la arropaba por las noches solía pensar en lo rápido que habíamos vuelto al punto de partida. «Es como manipular a un bebé gigante —le decía a Natalie—. Cuando está demasiado cansada para pelear, se deja caer encima de mí, como si no nos hubiéramos pasado medio siglo enfrentadas».

Natalie me escuchaba y me hacía preguntas. Sus padres eran diez años más jóvenes que los míos y se habían ido a vivir a un hogar de ancianos a la orilla de un campo de golf que estaba siempre abarrotado. Su madre había dejado de beber y se había convertido en la cabecilla de las clases de aeróbic del centro. «¿Qué voy a decirle a Natalie?», me pregunté.

Al pensar en eso, me pinché un dedo con las tijeras. La superficie del agua quedó cubierta de pelos y sangre. Cuando terminé de cortar la trenza me levanté y tiré de la cadena. Esperé a que se llenara de nuevo la cisterna y volví a tirar. Me dije que debía acordarme de echar un chorro de desincrustante y limpiar el borde de la taza por dentro.

Recordé las veces que había llevado a mi madre al médico. Las sábanas, las toallas, las tácticas para engatusarla, el hecho de que, una vez allí, liberada de su envoltorio, nadie veía en ella más que una mujer un tanto extraña y asustada. Podía pasarse el camino gimiendo y arañando, pero una vez que cruzábamos la puerta sabía comportarse.

Estuve presente el día que le hicieron una exploración rectal durante la que, haciendo gala de su concepto de la amabilidad largamente olvidado, trató de distraer al joven interno de lo que estaba haciendo con los detalles de la meticulosa restauración de la residencia Monticello de Jefferson, sobre la que había leído en la revista *Smithsonian*. Resignada, me senté a esperar en

una silla. El interno, un joven antillano, era demasiado educado como para continuar con la exploración mientras mi madre cotorreaba. El resultado fue que nuestra visita duró mucho más de lo previsto.

Cuando entré en el vestidor me llegó la voz de Jake a través de los listones de madera del suelo, pero no logré entender qué decía. Denegada la posibilidad de quedarme con la trenza, abrí el último cajón de la cómoda y saqué la enagua color pétalo de rosa.

Bajé vestida con mi viejo jersey negro y unos vaqueros. La enagua me colgaba de la cintura a modo de túnica. Como me ganaba la vida quitándome la ropa, la que me ponía para ir y volver de Westmore solía pasar inadvertida. Pensé que a Sarah le gustaría el resultado cuando me viera.

Jake estaba en la cocina, echando unos tragos.

—Bueno, ya se lo he dicho a Emily —anunció.

—¿Que has hecho qué?

—Le he ahorrado los detalles morbosos, solo le he dicho que su abuela ha muerto. Tenía que decírselo. Se suponía que iba a ir a visitarla a principios de la semana que viene.

—Ah —exclamé, consciente de la forma que adoptaba mi boca al decirlo.

—No va a venir.

Pensé en Leo resbalando entre los dedos de mi madre, cayendo, en el ruido de su blanda cabeza al chocar contra el borde de la silla. Emily me había llamado cuando llegó a su casa. «No te culpo, mamá. Y no es solo por lo de Leo, pero no puedo volver a ver a la abuela».

—Hace bien —dije, aunque no pude evitar sentir rechazo.

Jake comenzó a darme más detalles. Que Emily le había dicho que lo sentía por mí y que esperaba que esto marcara un período de transición hacia mi mejoría, entre otras chorradas tipo yin-yang en las que yo sabía que ella y Jake creían. Dirigí la mirada al comedero de pájaros vacío que colgaba del cornejo, por encima de la pequeña pila igualmente vacía y sucia. Observé su balanceo al ritmo de la brisa. Parecía que se burlara de mi falta de instinto maternal, un tubo de plástico vacío, desprovisto de alimento.

Emily se había sentido una madraza desde el mismo instante en que supo que estaba embarazada de Jeanine. La había visto coger en brazos a sus hijos y hundirles la nariz entre la cabeza y el cuello solo para llenarse de su olor.

—¿Por qué has venido? —pregunté—. La verdad.

Jake enroscó el tapón en la botella de vodka y se acercó al antiguo mueble bar que mi madre me había regalado tras la muerte de mi padre.

—Porque eres la madre de mis hijas —respondió de espaldas a mí.

Colocó el teléfono encima de las botellas, cogió el cojín del aparador y lo metió también en el mueble. No sabía si aquello me hacía sentir menos loca o más, el hecho de que Jake pusiera tanto interés en dejarlo todo tal y como lo había encontrado.

—Y además —dijo, volviéndose—, odiaba a tu madre por el modo en que te trataba.

—Gracias —respondí.

—¿Dónde está la trenza?

—¿Cuánto vodka has tomado? —pregunté.

—El suficiente. ¿Y la trenza?

—La he cortado y la he tirado al váter.

—Bien.

—¿Emily ha notado que estabas bebiendo?

La primera vez que puse los pies en casa de Emily, en Washington, encajé un uno-dos. El primer golpe, como la casa estaba cubierta de pared a pared con moqueta blanca, tuve que quitarme los zapatos en la entrada, y el segundo, cuando le pedí una copa me dijo que no tenían bebidas alcohólicas.

—Ha elegido creerme cuando le he dicho que estaba apenado —dijo Jake.

—¿Mentiras?

—Es por la influencia que siempre has tenido sobre mí. —¿Qué influencia? —Nada buena.

Sonreí. Jake había tirado de mí en la dirección de fe en el mundo, y yo había tirado de él hacia un lugar en el que los puñales acechaban detrás de cada sonrisa. En algún momento nos habíamos separado como se arrancan las partes de una muñeca articulada.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—¡¡Ahora qué?!

—Tenía la impresión de que te habías hecho con el mando —respondí—. Hagámoslo a tu manera. —Llamamos a la policía.

—Creía que no te gustaba esa opción.

—Y no me gustaba, pero me parece que tienes razón. Diremos que te la encontraste así ayer por la noche pero que querías esperar a que llegara yo para llamarlos. Deberíamos hacerlo de inmediato. Ya llevo aquí media mañana.

—Si ese es el plan me gustaría volver a su casa a limpiar.

—¿Te preocupa el aspecto de la casa?

—Quiero verla una vez más —dije. La expresión de incredulidad de Jake me hizo dibujar una mueca. Al fin y al cabo, tampoco a él se le ocurrían grandes ideas.

—Coge el abrigo. He alquilado un coche pero tal vez sea mejor que conduzcas tú.

Cuando ya estábamos listos para salir, Jake me cogió de la mano y me la apretó.

Fuera, mientras avanzábamos por el camino que llevaba a la entrada, me imaginé que pasaba en el coche de Jake por delante de la casa de Hamish, y que él me veía. Era un Chrysler rojo descapotable de gama baja, pero como yo ya no era ninguna jovencita y probablemente estuvieran a punto de acusarme de asesinato, podría utilizarlo para distraerlo. Una chuchería.

Salí del camino y tomé la carretera. Durante un rato Jake y yo guardamos silencio. Sin embargo, cuando llegué a Pickering Pike y avancé hacia Phoenixville, me fijé en que Jake empezaba a poner interés en la zona.

—Dios —dijo—. No ha cambiado nada. Parece que el tiempo se hubiera detenido.

Mi cabeza pasaba revista a la cocina de mi madre. Se me ocurrió que los recipientes de plástico esparcidos por el suelo y las tijeras podrían parecer indicios de un robo frustrado.

Pasamos frente al edificio de Veteranos de Guerras Extranjeras que había junto al almacén de maderas.

—Espera a ver la casa de Natalie. ¡Tiene tres habitaciones con baño privado!

—¿Qué piensas decirle?

—Me gustaría poder decirle la verdad —respondí—. Sabes que no puedes, Helen.

No contesté. En ese momento pensé en un cuento de Edgar Allan Poe en el que emparedaban a alguien en un muro, aún vivo.

—Solo yo, Helen. Yo. Nadie más.

—Natalie sabe lo que sentía por mi madre.

—Tal vez, pero esto es diferente. Has ido más allá de lo que iría la mayoría de la gente. No puedes compartirlo con nadie.

—La mayoría de la gente es imbécil —respondí.

Dejamos atrás la vieja fábrica de neumáticos. Cuando Sarah tenía cuatro años estaba convencida de que Jake vivía allí.

—Cuando te oigo hablar así se me hace difícil estar en el coche contigo.

—¿Por qué?

—Porque me recuerda cómo eras la mayor parte del tiempo. Aun cuando las cosas estaban bien, tú te sentías desgraciada. Lo odiabas todo.

—Parece que estoy destinada a conducir con hombres a mi lado que se sienten obligados a decirme sin tapujos qué piensan de mí.

Pero Jake no me preguntó de quién estaba hablando. El cuentakilómetros de juguete, diseñado para parecer el de un coche de carreras, indicaba que llevábamos un buen trecho. Pasamos frente a la casa de Natalie. Decidí no mencionarlo.

—El viejo puente sigue ahí —dijo Jake, en son de paz—. Recuerdo que cuando tu padre nos llevaba en coche a algún sitio, este era el punto que marcaba el cambio en él. Se ponía todo contento, a su modo. ¿Te acuerdas? Era como si intentara levantar los ánimos para que llegáramos a casa de buen humor. Al principio no lo entendía.

—¿Y después sí?

—Ayer por la noche, cuando me colé por la ventana, volví a recordarlo todo. Aquel lugar era una cárcel.

—Y tú te casaste con una reclusa —dije.

Me agarré con fuerza al volante. No me agradaba especialmente estar en un coche con Jake. Tener demasiada historia, igual que ser demasiado sincero, podía convertirse en algo doloroso.

—¿Cómo está Emily? —pregunté.

—Está bien —respondió Jake con una sonrisa—. No le ha supuesto ningún problema cumplir los treinta.

—Tenía ya treinta... —comencé, y Jake después coreó conmigo—... ¡el día que nació! Reímos juntos en aquella lata de alquiler.

—¿Y John?

—Bueno, no es que tenga mucha relación con él, pero es un buen tipo. Es responsable.

—Creo que me odia —dije. Jake se aclaró la garganta.

—¿Eso es un sí?

—En general no le caemos bien ninguno. Tampoco Sarah.

—Pobre Sarah.

—Nos repartieron, Helen. Y Sarah te eligió a ti. Lo sabes, ¿no? Aparté la mirada.

—¡Joder! —gritó Jake—. Pero si ya estamos en las afueras de Phoenixville.

—Bonito, ¿verdad?

—Ya no me acordaba. No me acordaba de nada.

—No todos tuvimos la suerte de crecer en el magnífico noroeste, con un edificio rocoso como padre y una ondulante cascada como madre. Algunos tuvimos que abrirnos paso entre el asfalto.

—Imagina lo que debió de ser esto para ella —dijo Jake.

—¿Para quién?

—Para tu madre. Es decir, ¿para qué iba a querer salir de casa si afuera había... esto?

—Sé que te vas a reír, pero con los años he llegado a cogerle cariño a este lugar.

—¿A esto?

Un viejo puente que separaba en dos mitades la ciudad se alzó ante nuestros ojos. Debajo, un montón de basura desparramada. El contenedor que algún día había cumplido su función tenía aspecto de haber sido incendiado.

—La verdad es que ha conocido tiempos mejores, pero al menos la ciudad sigue conservando su centro. Y están tratando de reactivarlo.

—Les presento a Helen, su azafata del Centro de Turismo y Muerte.

—Ese es el espíritu de Phoenixville —respondí. Me coloqué detrás de un coche en el semáforo, pero cuando la luz cambió de rojo a verde, el coche no se movió.

—No hay nadie dentro —dijo Jake.

Eché un vistazo y no me cupo la menor duda de que, sin molestarse en aparcarlo a un lado, alguien lo había dejado allí en medio, abandonado.

—Esto me da mala espina. ¿Qué hago? —pregunté.

—Rodéalo. No es problema nuestro.

Eso hicimos.

—La Alemania del Este era más alegre que esto.

—No te pases —dije. Fue como volver a la infancia. Yo podía llamar de todo a mi madre, pero no permitía que ningún otro niño lo hiciera. Me preocupaban las dificultades que atravesaban los negocios de la zona y a menudo acudía al hijo del viejo Joe para que me cortara el pelo.

—Lo siento. La verdad es que la parte en la que vive tu madre es más bonita.

Para Jake aquello era hacer una concesión, yo lo sabía. Cuando, recién casados, hicimos el largo viaje desde Madison con Emily, Jake esperaba encontrarse con el tipo de casas majestuosas que él relacionaba con el este pero que en realidad se correspondían con el sur. Había visto *Lo que el viento se llevó* en televisión y se había enamorado de Vivien Leigh.

Aparte del conjunto de mansiones que los propietarios de la fundación se habían construido en la zona norte de la ciudad, Phoenixville estaba llena de edificios de ladrillo y casas de madera torcidas. La supuesta reactivación consistía fundamentalmente en enormes almacenes levantados en el lugar que ocupaban la antigua acerería y las viejas fabricas de seda y botones.

Tomé el atajo que había por detrás de las vías del ferrocarril, a través de la zona de aparcamiento de la iglesia ortodoxa hasta Mulberry Lane.

—Espera —dijo Jake, inclinándose hacia delante—. ¿Qué es eso? Entonces lo vi. La calle estaba inundada de coches de policía y una ambulancia.

—Da media vuelta.

Sin querer, pisé el acelerador en lugar del freno. —Helen —gritó—, haz lo que te digo.

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para asentir con la cabeza.

—Despacio, quiero que aparques en una de esas plazas.

El aparcamiento de la iglesia estaba desierto como era de esperar un viernes por la mañana. Hice lo que Jake me dijo. Cuando hube estacionado el coche, Jake se inclinó sobre mí y apagó el motor.

—Mierda. ¡Oh, mierda! —grité.

—Nos quedaremos aquí un par de minutos.

—El número de Sarah está debajo del mío. ¿Qué pasará si la llaman?

—Le cortaron la línea la semana pasada. Solo tiene el móvil.

Sarah no me lo había contado. Me arriesgué a volver la cabeza hacia Jake y mirar a través de la ventana. Vi a la señora Castle en la acera, hablando con un policía. Por unos momentos pensé que había mirado hacia el aparcamiento.

—Tenemos que salir de aquí —dije.

—No. Tenemos que decidir qué vamos a hacer ahora.

Recordé cuando, de pequeña, me despertaba en mitad de la noche. A veces mi padre estaba sentado en la silla que había a los pies de mi cama, observándome en la oscuridad. «Duérmete, mi amor», me decía. Y yo lo hacía. Pensé en Sarah. Sabía que, tras unos buenos primeros momentos, su vida en Nueva York había llegado a un punto muerto. Habría podido jurar que, después de sus últimas visitas, en el bote donde guardaba el cambio faltaban monedas.

—No puedo, Jake. Tengo que hablar con ellos.

Vi a dos policías salir por la puerta principal. Llevaban los zapatos cubiertos con bolsas de plástico blancas.

—¿Qué tienen en las manos? —pregunté.

—Bolsas de papel.

—¿Bolsas de papel?

Jake y yo los vimos acercarse con las bolsas al lugar donde estaba la señora Castle.

—¿Les habrá preparado la comida?

—Helen —dijo Jake, su voz de repente apagada—, están recogiendo pruebas.

Permanecimos unos segundos en silencio, aturridos, observando a aquellos hombres mientras colocaban un trozo de papel en cada bolsa y las metían en una caja de cartón.

—Esto ya no tiene que ver solo contigo. Esta mañana me he subido a la barbacoa y me he colado por la ventana.

—Les contaré la verdad. Que yo te he metido en esto.

—¿Y por qué no he llamado yo a la policía?

No supe qué responder, de modo que dije lo que siempre había pensado de él.

—Porque eres demasiado bueno para mí.

Jake me miró a los ojos.

—Eso no va a ayudar en nada, ¿entiendes? Mis huellas están en la ventana, en el sótano y en la escalera. No los llamé cuando debería haberlo hecho, justo después de haber hablado, contigo.

Hice un gesto de asentimiento.

—Lo siento.

Ambos nos dejamos caer contra el respaldo.

—Intenta respirar —dijo Jake, y por vez primera el único pensamiento en ocupar mi mente tras una orden como aquella no fue «Que te jodan». Respiré.

De manera instintiva, al oír la sirena de un coche que subía por la calle, nos deslizamos hacia abajo en nuestros asientos. Era una ambulancia.

—¿Para qué llega otra?

—¿Otra qué?

—Otra ambulancia.

—Lo que hay frente a la casa de tu madre es un furgón forense —dijo Jake.

Los dos nos asomamos al borde de la ventanilla.

—Está aparcando en la entrada de la señora Leverton —dije.

Estaba exultante. Eufórica. Como si aquello anulara la imagen de los coches de policía que había delante de la casa de mi madre. Como si la señora Castle estuviera allí, en nuestro jardín, para explicarles que prefería tostar el pan de molde antes de quitarle la corteza. Que el queso cremoso y las cebolletas, aunque de entrada no le habían gustado, se habían convertido en su comida favorita.

—¿Está también el número de Emily? —preguntó Jake.

—¿Qué?

—Antes dijiste que tu madre tenía el de Sarah. ¿Y el de Emily? —No desde lo de Leo. Emily me pidió que lo borrara—. Tenía un don con los niños, tu madre. —La he matado, Jake—. Ya lo sé.

—Lo descubrirán, ¿verdad?

—Es probable. Sí.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Pronto.

—Ojalá hubiera muerto con ella.

No esperaba decir algo así, ni siquiera sentirlo, pero allí estaba. Jake no respondió y de repente me pregunté si lo había dicho en alto o solo para mí. No volvería a ver a mi madre. No volvería a cepillarle el pelo ni a pintarle las uñas.

—El veneno y las medicinas vienen a ser lo mismo, todo depende de la dosis —dije—. Lo leí en un folleto mientras esperaba que mi madre saliera de su visita con el médico.

No le dije que creía que también podía aplicarse al amor. Quería tocarlo pero temía que se apartara.

—Al final ya le costaba menos salir de casa. Podía llevarla al médico envuelta tan solo en una toalla. Le costó cuarenta años, pero al fin se pasó de las mantas a las toallas de baño —dije.

Jake estaba pensando y yo miraba al frente, a la pequeña tapia de cemento que cercaba el aparcamiento.

Siempre tardaba unos momentos en reconocerlo sin su perro. Había perdido al último de sus cinco King Charles spaniels hacía dos años y había decidido que era demasiado mayor para

hacerse cargo de otro. «Los perros no entienden que los abandonemos», me había dicho un día que me encontré con él frente a la casa de mi madre.

—Ahí está el señor Forrest —dije, señalando al atildado anciano al otro lado de la tapia.

—Sí, su único amigo —dijo Jake.

En la lejanía, vi que metían a la señora Leverton en la ambulancia. Un paramédico sostenía un gotero de algún tipo y alcancé a verle la cabeza, que le asomaba por encima de las sábanas. En ese momento apareció un Mercedes gris ahumado del que bajó el ricachón de su hijo. El señor Forrest seguía observando la escena desde lo alto de la montaña que tenía frente a mí. Vestía unos pantalones de pana con la raya bien planchada y una chaqueta de franela gris debajo de la cual parecía llevar varias capas de suéteres y jerséis de cuello alto para protegerse del frío de aquellos impredecibles días de otoño. Y una bufanda de cachemir, porque era un fanático del cachemir, anudada al cuello. Tenía por lo menos setenta y cinco años, no cabía duda. Poco después de que mi padre se suicidara había dejado de venir a casa a ver a mi madre.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Jake.

Yo seguía mirando al señor Forrest. Como si lo hubiera notado, volvió la cabeza hacia nosotros. Llevaba las mismas gafas de siempre —cuadradas, de gruesa montura de concha— y estoy segura de que me vio a través del cristal ligeramente tintado del parabrisas del coche que no era mío. Le sostuve la mirada y tragué saliva.

—¿Me has oído? —preguntó Jake—. Quiero que des marcha atrás y que tomes el camino por el que hemos venido. El del atajo.

Fue uno de los gestos más sutiles que hubiera visto jamás, aquel movimiento de cabeza del señor Forrest en mi dirección.

—Está bien —dije, y arranqué. Salí marcha atrás muy despacio y nos alejamos de allí.

No le dije nada a Jake sobre el señor Forrest. Comenzaba a crecer en mí un sentimiento de fatalidad, pero al mismo tiempo no quería anticipar acontecimientos.

—Tú irás a Westmore y yo llamaré a Sarah.

—¿Y qué le dirás? —pregunté—. Nada, Helen. ¡No lo sé!

Conduje junto a las vías del tren hasta llegar a la carretera que se alejaba de la ciudad. Parecíamos fugitivos. Lo odiaba. Odiaba con todas mis fuerzas que incluso muerta mi madre siguiera ejerciendo tanto control sobre mí. Unos metros más adelante, vi un banco de grava y me dirigí hacia él. El coche dio unas sacudidas y después se detuvo.

—¿Qué cono estás haciendo?

Apoyé la cabeza en el volante. Anestesiada.

—Debería volver.

—¡Y una mierda!

—¿Cómo? —pregunté. Jamás había visto a Jake tan enfadado—. Voy a volver. Les diré lo que he hecho. Y a ti te dejarán ir.

Comencé a llorar y me volví para salir del coche. Jake se inclinó sobre mí y sujetó la puerta.

—No todo gira en torno a ti y a tu madre.

—Ya lo sé —farfullé.

—¡Y sería bueno que nuestras hijas no descubrieran que su madre mató a su abuela, y que su

padre se coló por la ventana como un ladrón de medio pelo!

Un tren tomó la curva. El maquinista, viendo nuestro coche tan cerca de las vías, hizo sonar el pito con fuerza, y el coche tembló y se zarandeo a su frenético paso. Grité. No dejé de gritar hasta que se hubo alejado.

Cuando volvió la calma miré con tristeza las vías desiertas. Notaba los ojos del tamaño de granos de arena.

—Déjame conducir —dijo Jake.

Al ponerme en pie sentí que me flaqueaban las fuerzas, pero Jake rodeó el coche y llegó a mi lado antes de que pudiera intentar dar un paso.

Me agarró por los hombros.

—Lo siento si está siendo demasiado para ti —dijo—. Pero tengo que pensar en las niñas, lo entiendes, ¿verdad?

Asentí. Pero no estaba convencida. No lo hacía tanto por las niñas como por sí mismo. Por sus perros. Por su carrera. Por alguien a quien había llamado «nena» por teléfono.

—Tu madre destrozó tantas cosas. No sé qué vamos a hacer, pero tenemos que ser prácticos. Ya no estás en casa de tu madre. Ahora estás en el mundo.

Volví a asentir.

Me abrazó y me dejó caer contra su pecho. Pensé en el CD que Sarah me había grabado con sus gorgoritos. En los sueños que, de algún modo, mantenía vivos como yo no me imaginaba capaz de hacer. Me acompañaba a casa de mi madre y me hablaba de Manhattan como si fuera una joya deslumbrante. Sin embargo, le habían cortado el teléfono y aprovechaba las visitas para llevarse de mi casa tanta comida como le cupiera entre la ropa de segunda mano que guardaba en la bolsa de viaje.

—Manny —susurré apoyada en el hombro de Jake.

Se apartó.

—¿Qué has dicho?

—Manny.

—¿Quién es Manny?

Algún lugar de mi interior se llenó de frío. El corazón se me descolgó en el pecho como una gota de agua helada.

—Le hacía algunos encargos a mi madre y arreglaba cosas en casa. Cosas a las que la señora Castle y yo no llegábamos.

~¿Y?

—Hará unos seis meses encontré un preservativo en mi habitación.

—No te sigo —dijo Jake.

—Alguien forzó el joyero de mi madre.

—¿Se acostó con alguien en tu habitación? ¿Con quién?

—No lo sé. Cambiamos las cerraduras. La señora Castle lo sabe, igual que todos los vecinos que van a la iglesia. Nunca le conté a nadie lo de las joyas.

—¿Y para qué me lo dices? —preguntó Jake.

Lo miré pero no supe qué responder. Cómo hacerlo sonar bien.

—¡Oh, Dios! —Se volvió y se alejó de mí.

Me quedé junto al coche. No había pensado en Manny desde la noche anterior. Me acordé de que había tocado el Buda de madera pero no fui capaz de recordar si lo había tirado a la basura o si todavía ocupaba un discreto lugar en mi estantería.

Cuando Jake regresó a mi lado me fijé en que tenía el rostro lívido.

—Subiremos al coche. No hablaremos. Te llevaré a Westmore. Cuando te llamen te harás la sorprendida. No finjas que estás destrozada. Llegado ese momento la policía ya sabrá que no puedes estarlo. Quédate callada o algo así.

—¿Que no puedo estarlo? Lo estoy. Estoy destrozada.

—Sube al coche.

Caminé hasta el otro lado y me senté en el asiento del copiloto. Jake arrancó y retrocedió lentamente hasta tomar de nuevo la carretera.

—Yo me ocupo de las niñas. No sé qué voy a decirles. Cuando te deje llamaré a Avery y quedaré para comer dentro de un par de días. Así dará la impresión de que también he venido por motivos de trabajo.

—Jake...

—Helen —me interrumpió—. Ahora mismo no quiero oír nada más. No te culpo por lo que has hecho. Solo intento que el daño sea el mínimo. Yo tengo mi vida. Manny es cosa tuya. No hablaré de él, porque no sé nada de él. Lo que tenga que suceder, sucederá al margen de todo eso, pero yo no voy a culpar a nadie.

Seguimos nuestro camino y llegamos a Phoenixville Pike. Pasamos por delante de la casa de Natalie. El coche de Hamish estaba en la entrada. Cuando dejamos atrás el instituto al que habían ido mis hijas, me noté cabreada.

—Así que tú quieres que nos libremos de esta, pero no estás dispuesto a pensar de modo realista cómo lo vamos a hacer —dije.

—La mataste tú, Helen, no yo. No hables de «nosotros» en este tema.

—¡Era mi madre!

—Sí, ahí tienes a tu «nosotros», tú y ella. ¡Tal para cual!

Cruzamos la 401 y pasamos por delante del cementerio Haym Salomón, que se extendía unos quinientos metros a lo largo de la carretera. Aquel se había convertido en un perfecto día otoñal. El aire era fresco pero suave y el sol se colaba de vez en cuando entre el ligero manto de nubes.

—Cuando empezaste a trabajar fuera de casa con tus hojas y tu hielo, creí que fue por mi culpa.

—No lo fue.

—Dejaste de dibujarme. Aquello me mató. Me sentí como si me hubieras cerrado una puerta en las narices y no me lo pensé dos veces.

—El trabajo me llevaba de acá para allá, Helen, eso es todo. Lo del dibujo siempre fue un medio para conseguir otras cosas.

—No entiendo cómo se pasa de dibujar desnudos a construir cabañas de hielo y dragones de mierda.

—Por enésima vez, era tierra, no mierda, y a Emily le encantaban.

—Emily la señorita perfecta —dije. Y nada más decirlo deseé poder dar marcha atrás.

A nuestra derecha, lo que quedaba de un establo se estaba viniendo abajo en mitad de una ladera. Sentí ganas de correr hacia él y desaparecer como algún día lo haríamos todos, como lo habían hecho ya mi padre y mi madre, y pasar a formar parte de la historia olvidada de la zona.

—Lo siento, Jake —dije con desesperación—. No quería decir eso. Lo retiro. Te quiero.

—¿Eres consciente de lo mal que se lo hiciste pasar? ¿De lo mucho que te aferraste a ella? Me dijo que te metías en su cama todas las noches y te echabas a llorar.

Entonces me vi. Tenía veintisiete, veintiocho, veintinueve. Emily tenía solo siete años cuando Jake y yo nos separamos. Solo me quedaba ella. Un cuerpo caliente que necesitaba abrazar.

—Nos dejaste —repuse, tratando en vano de defenderme.

—Nos dejamos el uno al otro, Helen. Recuérdalo, el uno al otro.

—Pero abandonaste a las niñas. Y yo no era perfecta, pero al menos no me largué para convertirme en una artista endiosada de mierda. Pero, bueno, al parecer Emily te ha concedido el premio honorífico a toda una carrera.

—No lo quería —dijo.

—¿El qué?

El coche redujo la velocidad, pero Jake no me miró.

—El divorcio. No quería el divorcio. Te lo concedí, pero no lo quería. Tu padre lo sabía.

Clavó la mirada en el volante que tenía entre las manos. Algo se había desmoronado en su interior. Se lo vi en los hombros. Alargué un brazo y llevé la mano al centro de su espalda. Recordé cuando lo tocaba, lo mucho que le gustaba apoyar la cabeza en mi pecho y contarme qué quería diseñar, construir, hacer. Aparté la mano. Habíamos estado avanzando en círculos. Tenía que concentrarme.

—Muy bien. ¿Qué hemos hecho esta mañana? ¿Por qué hace una hora más o menos no estaba en casa? Tenemos que ponernos de acuerdo en eso.

—Esa es mi Helen, de nuevo al pie del cañón.

—Querrán saberlo.

Se volvió para mirarme.

—¿Hemos salido a desayunar?

—Alguien nos habría visto. No, mejor hemos salido en coche y hemos terminado haciendo el amor. No lo habíamos planeado —dije.

—¿Estás loca?

—Creo que tienes muy clara la respuesta.

Le dije que parara y dejara pasar un coche que venía en dirección contraria por el puente de un solo carril y después le indiqué qué salida tomar para llegar a Westmore.

—Hemos ido a mi lugar preferido con vistas a la central nuclear y hemos hecho el amor —dije.

—¿Y qué hacen mis huellas en la ventana de tu madre?

—Ayer fuiste a su casa. Te pidió que le arreglaras un par de cosas y tú lo hiciste, por los viejos tiempos.

—Es bastante pobre. Estoy seguro de que lo comprobarán.

—¿Se te ocurre algo mejor?

Cuando llegamos a la facultad eran las 9.15. Tenía cuarenta y cinco minutos antes de la clase de dibujo al natural de Tanner Haku. Tenía que hacer varias series de poses de tres minutos cada una, la mayoría de lo más ridículas, como sostener una toalla junto a mi cuerpo o simular que acababa de salir de la bañera y me estaba cepillando el pelo.

—Después pasaré a recogerte, como si no hubiera nada que pudiera hacer cambiar nuestros planes.

—¿Y si viene la poli?

—Finge no saber nada. No tienes ni idea de quién mató a tu madre.

—Espero que la señora Castle les haya hablado de Manny.

Jake agachó la cabeza.

—No digas esas cosas.

—Muy bien, estoy sola en esto.

—Sí —respondió Jake—. Bueno, no lo sé.

Estábamos aparcados en doble fila frente a la asociación de estudiantes. A nuestras espaldas, el hip-hop a todo volumen de un coche que acababa de pararse detrás del nuestro.

Apoyé una mano en la manija de la puerta.

—Buena suerte —dijo Jake.

No entré en el edificio de la asociación de estudiantes por miedo a encontrarme a Natalie engullendo uno de sus generosos desayunos antes de posar para su Lucían Freud de pacotilla. Rodeé el edificio, bajo y llano, y seguí el frecuentado camino de tierra que conducía al único pedazo de suelo perteneciente a Westmore en el que aún no se había edificado. El problema era que cada vez que llovía aquel sendero de matojos se inundaba. A veces estaba anegado casi medio año. A mitad de camino había un enorme roble. Debía de tener más de doscientos años cuando sus raíces comenzaron a pudrirse.

Repartidos por el límite del campo, como ya imaginaba encontrarlos, estaban los inquilinos del Centro de Ancianos en su clase de acuarela. En otoño, y también en primavera, se veía a un grupo de personas mayores colocadas en distintos lugares pintorescos del campus, frente a sus gigantescos lienzos, todos ellos ataviados con sombreros y cazadoras rojas a juego. Su profesora era una mujer de mi edad. Una voluntaria a la que le encantaba trabajar con los mayores.

Me senté en la hierba a una distancia suficiente como para no ser vista. Todos ellos, salvo la profesora, estaban de espaldas a mí, y ella se entregaba a su tarea con afán, yendo de anciano en anciano para ofrecerle a cada uno un comentario alentador.

Me metí las manos debajo del jersey para calentarlas y sentí la seda de la enagua rosa pétalo. Aquello era como observar una manada de cebras en una llanura africana, tan diferentes parecían aquellos ancianos de mi madre. Los veía como los personajes fascinantes, casi fantásticos que me habría gustado que me criaran. ¿Qué habrían sido en sus vidas pasadas? ¿Abogados, albañiles, enfermeras, padres, madres? Me resultaba surrealista que hubieran elegido ir al Centro de Ancianos, que hubieran visto que se daban clases de acuarela y se hubieran inscrito. Sabía que yo nunca sería una de ellos. Una mujer solitaria me había educado para ser una niña solitaria, y eso era, entonces me di cuenta, en lo que inevitablemente me había convertido.

Tenía que comer algo y, estuviera o no Natalie, la asociación de estudiantes era el único lugar al que podía llegarme a pie donde servían comida a esas horas. Me levanté con desgana y me despedí de aquellos pintores aficionados a los que me habían enseñado a condenar.

11

Me abrí paso entre la multitud de estudiantes reunida a las puertas de la asociación. Westmore no se distinguía por sus alumnos brillantes ni tampoco por sus atletas. Se distinguía por ser una facultad de precio asequible, buena para las carreras de cuatro años con asignaturas como marketing o sistemas de asistencia sanitaria. El departamento de arte, al igual que el de inglés, era una anomalía consentida que se mantenía gracias a un surtido de ejemplares a los que Natalie y yo agrupábamos bien en fracasados bien en genios. El fundador de la facultad, Nathaniel Westmore, había sido artista y escritor antes de desaparecer a lo Thoreau en los bosques de Maine. El resultado fue que ambos departamentos eran relativamente independientes del resto del campus.

Los estudiantes de Westmore se vestían con ropa de saldo que se llevaba en Nueva York diez años atrás. En las contadas ocasiones en que mi hija Sarah me había acompañado al campus, su presencia había causado sensación. Siempre me había sentido orgullosa de que mis hijas vivieran en otros estados y hubieran elegido hacer sus vidas lejos de casa, aunque, muy a menudo, también me habría gustado poder subir al coche y hacerles una visita. Pero jamás le haría aquello a ninguna de las dos. Una de mis pocas virtudes era haber tenido una madre incapaz de venir a visitarme.

Subí por la rampa habilitada para las sillas de ruedas, dejé atrás el acalorado y momentáneo silencio de la doble puerta, y allí estaba Natalie, entre la marea de estudiantes treinta años más jóvenes que nosotras. Estaba sola, sentada a una mesa redonda cercana a la pared de ventanas que daba a la extensión pantanosa sin edificar.

Desde la asociación de estudiantes no se veía el viejo roble, solo la hierba poblada de juncos que muy pronto, tras las siguientes heladas, cambiaría de color y, con la llegada del invierno, cuando el viento agitara sus tallos secos, produciría un agradable sonido.

Tenía la mirada perdida a lo lejos, tal vez puesta en la autopista en que las grandes señales de tráfico se habían convertido en pequeñas salpicaduras de color verde y era imposible distinguir los coches.

Me di cuenta de que no se lo iba a decir. ¿Cómo hacerlo? Hasta entonces solo había pronunciado una vez aquellas palabras. «He matado a mi madre». Repasé el nuevo vocabulario que había adquirido. «He matado a mi madre. Me he follado a tu hijo».

Caminé hacia ella, apenas consciente de los estudiantes que pasaban a mi lado cargados con bandejas.

—Natalie.

Y allí estaban sus ojos, los ojos marrones de Natalie, los que llevaba viendo desde que era una niña.

Llevaba uno de sus vestidos Diane von Furstenberg de imitación en los que Diane von Furstenberg jamás se atrevería a imprimir su nombre. La tela tenía un estampado inescrutable que adornaba la mayoría de los cuerpos de mujeres de mediana edad, una especie de camuflaje deslumbrante ideado para que el ojo del observador no se fijara en la silueta que se ocultaba en su interior. Aquel vestido cruzado era del estilo que ambas considerábamos perfecto para desnudarse pero que yo había abandonado hacía tiempo. Llegó el día en que ver aquellos vestidos colgados de mi armario comenzó a deprimirme; su tela ligera y sus patrones indescifrables me hacían pensar en una sucesión interminable de prendas de carne gastada.

—Hola —dijo—. Cómetelo si quieres. Estoy a reventar.

Me senté frente a Natalie, que empujó la bandeja naranja pálido de la cafetería hacia mí. Había un pedazo de queso azul y un yogur sin abrir. Siempre había sido así. Ella pedía demasiado y yo me comía sus sobras.

—¿Dónde estuviste ayer? —preguntó—. Te llamé un montón de veces. Incluso llamé al Teléfono Rojo un par de veces.

—En casa de mi madre —respondí.

—Me lo imaginaba. ¿Cómo está?

—¿Podemos no hablar de eso? —¿Un café? Sonreí.

Natalie se levantó con su taza. Los vigilantes de la cafetería nunca nos llamaban la atención cuando nos poníamos a la cola para rellenarlas de nuevo. Se daba por hecho que teníamos los mismos privilegios que los profesores.

Engullí el pedazo de queso y levanté la tapa del yogur. Cuando Natalie regresó ya casi me había terminado mi desayuno de segunda mano. El café —caliente, aguado, flojo— acabó de saciarme el apetito.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pareces algo inquieta. ¿Es por Clair?

Pensé en respuestas evasivas. Podría haberle dicho que no todo el mundo se toma media botella de vino y un somnífero antes de acostarse, o que no todo el mundo se folla en secreto a un contratista de obras de Downington... pero no lo hice. Hasta donde pudiera, iba a decirle la verdad.

—He visto a Jake —respondí.

Fue como si hubiera oído un disparo. Golpeó la mesa con las palmas de las manos y se inclinó sobre la mesa.

—¿Qué?

—¿Recuerdas cómo solía despertarme cuando las niñas estaban durmiendo? ¿Con las piedras que encontraba en los geranios de los vecinos?

—Sí, sí.

—Pues así me ha despertado esta mañana, sobre las cinco. Estaba frente a la valla del jardín, tirando piedras. Hemos pasado la mañana juntos.

—¿Helen, ahora creo que no estás lo suficientemente inquieta! ¿Qué está pasando?

—No lo sé. ¿Cómo está Hamish?

—¿Desde cuándo te importa? ¿Cómo está Jake?

Le conté que estaba viviendo en Santa Bárbara, en casa de un magnate de la informática al que todavía no conocía. Que le estaba haciendo un encargo. Que una mujer le cuidaba los perros, Milo y Grace, y que tenía previsto viajar a Portland a visitar a Emily y a los niños. Mientras le contaba lo poco que sabía me di cuenta de que no sabía demasiado.

—¿Y por qué ha venido a verte?

Me retumbó en la cabeza: «No quería el divorcio».

—Aún no estoy segura —respondí.

Levanté la taza de café y fingí que me calentaba las manos con ella. Cuando Natalie me miró, con aquella mirada suya de «Me ocultas algo», sentí que me temblaban los codos, apoyados sobre la mesa. Un segundo más tarde, ya había derramado todo el líquido hirviente.

Natalie se levantó del banco. El café había llegado hasta la manga de su vestido, pero la mayor parte se concentraba en el centro de la mesa, filtrándose y empapándome los pantalones. No me moví. Sentí que el agua caliente me quemaba los muslos. Me resultó una sensación agradable. Vi el reloj que había en la pared de enfrente. Eran las 9.55.

—Hora de ir a clase —dije.

Y entonces oí mi voz. No tenía entonación. Siempre se lo había contado todo, y ahora, en tan solo veinticuatro horas, había hecho más de lo que la mejor de las amistades podría soportar.

Por un momento me pregunté qué diría Natalie si le propusiera marcharse conmigo a algún lugar, marcharnos juntas, mudarnos a otra ciudad y tal vez abrir la tienda de ropa con la que ella siempre había soñado. Estaba ajustándose el vestido y limpiando de su bolso las salpicaduras de café. «¿Te acuerdas de cuando montábamos en bici? —sentí ganas de preguntarle—. ¿Te acuerdas de aquel empollón que vivía al lado de tu casa y tenía un timbre en el manillar? ¿De cómo lo hacía sonar todo el tiempo?». Recordé que aquella mañana había visto al señor Forrest. Y de repente vi a la señora Castle hablando con la policía, sus brazos arqueados en el aire mientras lo hacía. ¿Lo había visto en realidad? ¿O tan solo hablaba tranquilamente con ellos? ¿Tomaban nota los agentes? ¿O solo la escuchaban? Traté de recordar cuántos coches de policía había en el lugar. Dos en el lado de la casa de mi madre y otro en la esquina. El furgón forense y la ambulancia se habían detenido frente a la casa de la señora Leverton. Podría llamar al hospital y averiguar qué le pasaba, pero a Jake no le parecería bien. Sería como meterme en la boca del lobo.

—Te ha afectado mucho verle —oí que decía Natalie.

Levanté la vista para mirarla. Veía los contornos borrosos y de repente su voz pareció llegarme de muy lejos.

—Bueno, hora de desnudarse. Y después tú y yo iremos a algún lugar y hablaremos de hombres. Yo también tengo noticias —dijo Natalie.

Aquello me hizo bien. Me gustaba que tuviera intención de hablarme del contratista. Era cuanto necesitaba —la futura confianza de mi amiga— para que mis piernas se pusieran en marcha y conseguir levantarme.

Salimos de la asociación de estudiantes y bajamos por la pendiente asfaltada que llevaba a la

así llamada Cabaña de Arte. Jamás había entendido aquel mote, porque si algo parecía el edificio de arte era una pésima imitación de un complejo de oficinas. Un complejo que no había llegado a levantarse más de dos plantas y al que hubieran arrancado el techo para reemplazarlo por un enorme parche de conglomerado y alquitrán. En su interior, no obstante, estaban las cabañas. Los rincones cálidos y oscuros de los estudios más grandes en los que muchos de los profesores adjuntos pasaban la noche, ya que las condiciones del edificio de arte solían ser mejores que las de las casas que alquilaban en los alrededores, sobre todo en invierno. En la Cabaña de Arte podías poner la calefacción a tope y la factura llegaba a la universidad. Mientras cruzábamos la puerta y subíamos los tres escalones que conducían al pasillo del primer piso, pensé que tal vez debiera mudarme a aquel edificio. Seguro que quedaba libre algún recoveco acogedor. Lo que entonces aún no había descubierto era que ya estaba comenzando a maquinarse. Parte de mi cabeza había comenzado a planear la huida.

Vi que Natalie me saludaba con la mano antes de entrar en la clase 230, la Sala Caliente. Pensé que era injusto que Natalie tuviera siempre la suerte de que le tocara aquella clase y me pregunté si habría un trato de favor hacia mi amiga por parte de los encargados de asignar las clases al inicio de cada semestre. No sería de extrañar. Ni Gerald, otro modelo, ni yo repartíamos magdalenas y vino entre los empleados de administración. Nunca dejábamos lápices de Halloween con la goma en forma de vampiro, o calabaza, o fantasma, en el buzón de secretaría.

Entonces pensé que no quería encontrarme con Gerald. Su madre había muerto en un incendio el año anterior. La mujer había dejado un cigarrillo mal apagado antes de acostarse y Gerald se había despertado en el suelo, esforzándose por tomar aire. Logró salir justo a tiempo, pero su madre, según le dijeron, había muerto por inhalación de humo antes de abrasarse. Desde entonces, cada vez que me encontraba con él, me decía «Mi madre ha muerto», en mitad de una conversación sobre el tiempo o sobre las poses que adoptábamos en clase. A Natalie siempre le había parecido poco avisado, y aquella nueva costumbre suya parecía confirmarlo, pero mientras avanzaba por el pasillo en dirección a mi clase no pude evitar pensar que era un auténtico genio. ¿Cómo supieron los bomberos que fue su madre quien dejó el cigarrillo mal apagado sobre la mesita de noche?

—Hola, Helen. ¡Estás estupenda! —me dijo una de las estudiantes.

Se llamaba Dorothy, era la mejor alumna de la clase y una pelota insufrible.

Noté que uno o dos estudiantes se fijaban en mí. Estaban preparando los carboncillos, desgastados y manchados tras años de uso.

Me dirigí al biombo de tres bastidores detrás del que me vestía o me desvestía. Eché un rápido vistazo al objeto colocado en la tarima y a lo que adornaba la cortina que servía de fondo. Era una pila. También había una esponja y un peine. De la cortina colgaba un enorme cuadro de una bañera antigua. No me sorprendió. Pensé «Bañera», me coloqué detrás del biombo y me senté en la silla negra de madera para quitarme los zapatos y acercarme las chanclas de bambú.

Mientras me entretenía con la idea de que Natalie me hablaría del contratista me llegó el punzante olor a lejía de la antigua bata de hospital que colgaba de la percha metálica que había en una de las paredes del biombo. Natalie y yo creíamos que la mujer que lavaba la ropa del edificio de arte temía contraer la enfermedad de los modelos al natural. En consecuencia, utilizaba tanta

lejía que nuestras batas no tardaban en tener un aspecto desgastado, como de papel de seda. Pero el aroma de su miedo, patente en el de la lejía, me sirvió para concentrarme en mi tarea. Oí que Tanner Haku, un grabador japonés que había terminado en Pensilvania después de haberse pasado veinte años dando clases por todo el mundo, entraba en la habitación y saludaba a sus alumnos. Comenzó a hablar del estilo individual en la representación del desnudo.

Me quité el jersey y lo lancé al pequeño baúl que había debajo de la ventana que tenía a mi lado. Metí los zapatos en el otro baúl. Aún llevaba los vaqueros negros y la enagua de mi madre. Al otro lado del biombo, oí a Tanner Haku citando a Degas: «El dibujo no es la forma sino la manera de ver la forma».

Pero no mencionó a Degas. Si mencionara a Degas tendría que explicar quién era Degas y qué significaba Degas para él. Tendría que entregar mucho más de su alma en aquella clase de lo que estaba dispuesto a hacer.

Me desabotoné los vaqueros y me puse en pie para quitármelos.

—Eso no tiene sentido —dijo un chico de voz aflautada.

Entonces oí el ruido sordo en el interior del pecho de Haku. Después de tantos años, aunque fuera solo la modelo, también yo sentía ese ruido dentro de mí. Pero la afirmación contundente con la que aquel chico acababa de rebatir cien años de historia me dejó indiferente. De algún modo me hizo saber que, ocurriera lo que ocurriese, todo seguiría como hasta entonces, conmigo o sin mí. Gerald se acercaría y diría «Mi madre ha muerto», y los estudiantes, incómodos, asentirían con la cabeza, pero él subiría a la tarima y ellos acometerían un trabajo un tanto distinto — *Hombre subido a un pedestal* en lugar de *Mujer en el baño*—, y después los entregarían y Tanner los evaluaría con desgana mientras escuchaba ópera a todo volumen y bebía ginebra.

—Helen nos hará una serie de poses en las que representará a una mujer en el cuarto de baño.

Oí algunas risitas ahogadas mientras dejaba los vaqueros enrollados al lado del jersey. «Ah, los está provocando», pensé y sentí un sobresalto que me paralizó.

Mientras les daba los detalles, sabía que estaría señalando la pila y la pequeña toalla que había en la tarima y el cuadro de la bañera antigua. Sabía que debía darme prisa en desnudarme. En unos momentos Tanner diría: «Helen, cuando quieras». Pero aún no me había quitado la enagua de mi madre. Noté la suavidad de la vieja tela en contacto con mi piel. Me quité las bragas y después me desabroché el sujetador, que deslicé por debajo de los finos tirantes de la enagua. Por un momento pensé en Hamish, esperándome. Lo imaginé tumbado en el sofá del salón de Natalie. Entonces la imagen cambió y de repente tenía la cabeza cubierta de sangre. Dejé la ropa interior en el baúl, encima de los pantalones y el jersey.

Todo cuanto implicaba desnudarme en Westmore tenía su ritmo. Entraba en clase, saludaba a unos cuantos estudiantes, miraba la tarima y me escondía detrás del biombo. Empezaba a desnudarme cuando llegaba el profesor y seguía haciéndolo mientras él soltaba el discurso que precedía a mi aparición. Nuestra ropa tenía un lugar asignado en cada clase. En la que posaba Natalie había una vieja taquilla de metal rescatada del viejo gimnasio. En mi clase estaban los baúles y una silla de respaldo alto. Mientras deslizaba la mano por la tela color pétalo de rosa y me tocaba el pecho, el estómago, la leve curva de la cadera, pensé en mi madre. Pensé en el hecho de que Westmore siempre había sido un refugio para mí. Salía, despojada de todo, y me colocaba

delante de los alumnos, que me dibujaban. Nunca había sido tan inocente como para creer que aquello significara que en realidad me veían, pero el proceso metódico de desnudarme, el hecho de subir a la tarima enmoquetada, incluso el escalofrío que me recorría el cuerpo, a menudo me parecía de lo más revolucionario.

Oí que los estudiantes abrían sus grandes cuadernos de bocetos por una hoja en blanco. Tanner estaba llegando al final de su breve e inútil explicación. Me quité la enagua por la cabeza y me calcé las chancas de bambú. Dejé la enagua en la silla y descolgué la bata de hospital de la percha. Me apresuré a cubrirme. —Helen, cuando quieras.

Miré la enagua. Era mi madre lo que estaba en aquella silla. Sentí ganas de soltar un grito de terror pero me contuve. ¿Actuó el instinto de supervivencia en aquel momento? ¿Fue eso lo que me llevó a hacer lo que hice? Como si fuera uno de los pequeños adornos de mi casa que ya no quería, enrollé la enagua de mi madre y la lancé detrás de los baúles, contra la pared enlucida. Allí se quedaría, sin duda, durante un buen tiempo. Una vez Natalie perdió un anillo y pasaron meses antes de que un profesor tan aburrido como para cambiar los muebles de lugar en mitad de la clase lo encontró.

Salí de detrás del biombo con la bata de hospital anudada a la cintura, mis chancas y el movimiento de los estudiantes como únicas fuentes de sonido. Subí los dos escalones que conducían a la tarima enmoquetada y Tanner me dio un librito. Tanto Natalie como yo lo conocíamos bien. Poco más grande que la palma de mi mano, formaba parte de una serie de pequeños libros de arte publicados a finales de los cincuenta que llevaban años dando vueltas por las clases. Aquel libro reproducía quince láminas en color y se titulaba, sencillamente, *Mujeres arreglándose*.

—Lo tengo claro —dije, ofreciéndole el libro a Haku.

—Haremos una rotación. Primero dales una pose de tres minutos. Diez, nueve, siete, cuatro y terminas con la dos, que puedes aguantar durante un poco más de tiempo, si quieres. ¿Te sabes las láminas?

—Sí —respondí.

En otras circunstancias habría dicho los títulos en el orden que me había pedido, pero en aquel momento no le prestaba atención. Concentré toda mi atención en Dorothy, la mejor estudiante de la clase. Decidí que luciría para ella el asesinato de mi madre en la piel.

Para mi primera pose tenía que dar la espalda a los alumnos, de modo que me volví mientras Tanner se alejaba de la tarima. Me fijé en el cuadro de la bañera que colgaba de la cortina, me quité la bata y la sostuve con la mano derecha, como si fuera la toalla que aparecía en *Mujer secándose después del baño*. Me incliné, como hacía ella, y agaché la cabeza para mostrarles un medio perfil. La clase se llenó de inmediato con el sonido de los trazos furiosos de los estudiantes, como si ellos fueran las cámaras y yo el sujeto que hubieran de cazar al vuelo. Muy pocos, entre ellos Dorothy, tenían el don de la consideración.

Tres minutos era una concesión para los estudiantes. Al final del semestre tendrían que hacerlo en tan solo dos. Pero yo era capaz de aguantar poses durante mucho más tiempo, siempre lo había sido. Quedarme totalmente quieta se me había dado bien desde el principio.

—Parece que hayas nacido para esto —me dijo Jake una vez.

Entonces era mi profesor. Mi Tanner Haku, y a mi modo de ver, yo era su Dorothy. Pero yo no tenía el talento de Dorothy.

—Tienes una piel tan hermosa —me había dicho Jake.

Y yo me aferré a ello. Como si tuviera la sensación de que, si volvía a decirlo, algo se rompería en mi interior. Y lo hizo. Lo dijo cuando se dio cuenta de que tenía frío y estaba casi temblando. Se acercó a mí —estaba tumbada y se me había dormido el costado—, y se quedó allí de pie, mirándome. Temí que en cualquier momento dijera: «¿Sabes qué? Me he equivocado. Eres horrible. Ha sido un error».

—Estás amoratada de frío —dijo.

—Lo siento —respondí, intentando con todas mis fuerzas evitar que me castañetearan los dientes. Tenía dieciocho años, nunca había visto a un hombre desnudo y mucho menos había estado desnuda frente a uno.

—Relájate —dijo.

Se colocó detrás del biombo del estudio y lanzó una manta por encima que aterrizó sobre mí. La aspereza de la lana se sentía como una agresión, pero tenía demasiado frío para quejarme.

—He encendido la tetera. Te prepararé una taza bien caliente. También tengo sopa de fideos, si te apetece.

Sopa de fideos como afrodisíaco. Más tarde le pregunté a Jake si entonces ya sabía que haría el amor conmigo.

—En absoluto. Cuando te vi con aquel ridículo vestidito rosa estuve a punto de echarme a reír.

—Era de color coral —lo corregí. Me había dejado en él todo mi dinero.

—Cuando te lo quitaste me enamoré.

—¿Entonces te pareció el vestido adecuado?

—Cuando cayó al suelo.

Seguía envuelta en la rugosa manta cuando Jake regresó con dos tazas de té.

—Gracias, Helen —dijo, y dejó la mía en el suelo. Recuerdo que aún tenía demasiado frío para alcanzarla—. Has hecho un trabajo extraordinario.

Guardé silencio ...

—Y tienes una piel realmente fantástica, en serio —dijo.

Rompí a llorar. Por el frío y por la nieve amontonada en el exterior, por lo lejos que estaba de mi casa y de mi madre. Jake dejó la taza en el suelo y me preguntó si podía abrazarme.

—Hummm...

Me rodeó con los brazos y apoyé la cabeza en su hombro. No podía dejar de llorar. —¿Qué te pasa?

¿Cómo iba a decirle algo que me parecía tan ridículo? Tanto tiempo soñando con alejarme de mi madre y ahora la echaba de menos. Durante aquel primer semestre, esa sensación me persiguió como una sombra.

—Es solo que tengo mucho frío —respondí.

—¡Cambio! —bramó Haku.

Los estudiantes dieron los toques finales a lo más evidente de *Mujer secándose después del baño*, que no era aquello que a muchos de ellos aún les daba vergüenza dibujar: mi culo. Cada vez

que ojeaba los dibujos de los alumnos de primero veía que centraban su atención en los detalles accesorios. La vez que posé para el Centro de Ancianos no ocurrió así. Aquellos hombres y mujeres se metieron de lleno en la tarea, conscientes de que el tiempo era limitado.

— *¡Mujer en el baño!* —anunció Tanner orgulloso.

Entonces no hubo risas. Los estudiantes estaban concentrados, y después de soltar la bata que me había servido de toalla me incliné sobre la pila de metal, sostenida en una silla, y cogí la esponja con la mano derecha. Me volví hacia la clase y me cubrí los pechos con el brazo derecho mientras me acercaba la esponja a la axila izquierda, como si me estuviera lavando.

Aquella pose siempre me había resultado incómoda. Me obligaba a mirarme la axila y a cobrar demasiada conciencia de mi propio cuerpo. Con el paso de los años, cada vez tenía más manchas en el pecho y en los hombros, y la piel tersa con la que había sido bendecida se había vuelto flácida a pesar de las posturas invertidas de las que era capaz en clase de yoga. Al fin y al cabo, la flexibilidad no anulaba la gravedad. Me encontraba en el límite entre una Venus que aún lo tenía todo en su sitio y *La madre* en cueros de Whistler. De repente, mientras la esponja seca seguía detenida junto a la delicada piel de mi axila, se me ocurrió que si hubiera sido menos flexible, si no hubiera estado en forma, no habría podido cometer ninguno de los delitos de los que ahora era culpable. Me habría sido imposible levantar y arrastrar a mi madre. Que Hamish me hubiera encontrado atractiva, impensable.

—¿Helen? —dijo Tanner, y se acercó a la tarima. Me llegó el olor a las cápsulas de ajo que tomaba a diario.

—¿Sí? —pregunté, manteniendo la pose.

—Da la impresión de que estás temblando. ¿Tienes frío?

—No.

—Concéntrate —ordenó—. Dos minutos más —anunció a la clase.

Cinco años antes, a altas horas de la noche, Tanner había decidido dibujar el esqueleto de un conejo que había visto en una vitrina polvorienta en el viejo edificio Krause de biología. Me había llevado a la inauguración de una exposición de arte y habíamos terminado abriéndonos paso con una linterna en un edificio a oscuras que aún no había sido restaurado. Encontramos muchas vitrinas, pero no la que andábamos buscando, y nos quedamos paralizados como niños traviesos al oír el crujido de la puerta de salida en el piso de abajo, y a Cecil, el viejo vigilante de seguridad, gritando en mitad de la oscuridad: «¿Hay alguien ahí?».

El año siguiente, durante la restauración del Krause, pasé por allí y vi algunos huesos que sobresalían de un contenedor. Sin preocuparme que alguien pudiera verme, me levanté la falda y subí a uno de los bloques de hormigón que una grúa había dejado en el lugar, aún envuelto en su malla de acero, para ver qué había en el contenedor. Allí estaba el esqueleto del conejo, tumbado sobre un costado.

El esqueleto, en tan buen estado como cabía esperar, se había convertido en la pieza principal de una colección de objetos encontrados que Tanner había dispuesto en la larga y alta repisa que rodeaba la clase. A veces era lo primero que veía nada más entrar: los delicados huesos del conejo junto a las rocas de distinta forma y tamaño, el ojo de Dios que había dibujado el hijo de una estudiante y la interminable colección de cristales de playa que Tanner recogía en sus viajes

solitarios a las costas de Jersey.

Ahora sentía la amenazante presencia de aquel esqueleto a mis espaldas y no podía librarme de la imagen de mi madre, pudriéndose capa a capa hasta quedarse en los huesos. Había algo en aquella idea, la lenta muda hacia el calcio amarillento que debe mantenerse inmóvil para evitar la disgregación, que me resultaba a un tiempo terrorífico y tranquilizador. La idea de que mi madre era eterna como la luna. La naturaleza ineludible de aquel hecho me dio ganas de reír. Viva o muerta, la madre o la ausencia de la madre siempre determinaba la vida de una persona. ¿Acaso había pensado que sería fácil? ¿Que su sustancia, desmenuzada, me haría sentir que me había vengado? La había hecho reír con mis tonterías. Le había contado historias. Me había convertido en una imbécil a merced de otros imbéciles, y con ello había logrado que no se perdiera nada cuando decidió volver la espalda al mundo.

Entregándole por completo mi vida compraba breves espacios de tiempo. Podía leer los libros que quisiera. Podía plantar las flores que me gustaran. Podía conducir hasta Westmore y posar desnuda en una tarima. Solo cuando me creí Ubre descubrí lo aprisionada que estaba.

—¡Cambio!, —bramó Haku. Su tono me transmitió que debía esmerarme en las poses.

Una bendición, aquella, después de lo violenta que había resultado la anterior. Me senté de lado en la silla, consciente de que los estudiantes tendrían que imaginarse el borde de la bañera junto a mi cuerpo. Que mi culo tendría que parecer redondeado, y no cuadrado como me lo dejaba la silla. De nuevo, cogí la bata de hospital y la utilicé a modo de toalla. *Después del baño, mujer secándose la nuca* siempre me permitía darme un rápido masaje en los hombros antes de volver a quedarme inmóvil.

Oí que algunos estudiantes se quejaban de la falta de tiempo. Querían que las poses duraran más. Había un chico que me caía especialmente mal, aunque en ocasiones sentía que era demasiado dura con él. La primera semana de clase, cuando me presenté y les hablé un poco de mí y de mis hijas —dónde vivían y a qué se dedicaban—, el chico me dijo: «Entonces tendrás, al menos, la edad de mi madre». Como mi orgullo no conocía límites, le contesté que tenía cuarenta y nueve años. Las dos palabras de su respuesta, que después le repetí a mi madre entres risas, fueron: «¡Menudo asco!».

—Una vez intenté seducir a Alistair Castle —me dijo ella.

Permanecí inmóvil y la miré. Cuando cumplió los ochenta comenzó a contarme cosas que ignoraba. Como que un amigo de su padre la había tocado de manera inapropiada. O que después del accidente de mi padre habían dejado de tener «relaciones». O que no le importaba demasiado Emily pero le gustaba enterarse de los fracasos de Sarah en las audiciones. «Imagina tener que pasar una audición para ser camarera», decía, encantada con la idea de que en Nueva York trabajar en un restaurante fuera tan competitivo que los aspirantes hubieran de superar una prueba.

Con cada una de aquellas inesperadas revelaciones me volvía más insensible, un arte que había desarrollado con el tiempo a fin de extraer la verdad que se escondía tras los destellos.

—¿Y cómo resultó tu estrategia de seducción? —pregunté, la cabeza dándome vueltas al pensar en el daño que le habría hecho a mi padre si se hubiera enterado.

—¡Menudo asco! —respondió mi madre mirando la chimenea vacía, con los ladrillos pintados de negro—. Marlene Dietrich sabía lo que se hacía. Durante unos diez años puedes ponerte gomas

en el pelo y estirarte la piel, pero después es mejor que te retires. Al menos entonces te vuelves misteriosa.

Sentí ganas de decirle que en términos de misterio le había tocado la lotería. Desde lo de Billy Murdoch hasta sus salidas envuelta en mantas, tenía el misterio garantizado, aunque este fuera más del estilo raro y escalofriante que del de mujer inaccesible.

Desvió la mirada de la chimenea y la clavó en mí. Me evaluó.

—Deberías considerar la cirugía plástica. Yo lo haría si tuviera tu edad.

—No, gracias.

—Faye Dunaway... —comenzó.

—Tetas, mamá. Si me hago algo será ponerme unas tetas monstruosas. Serviré en ellas la comida y tú podrás comer de la derecha y yo de la izquierda.

—Helen, eso es asqueroso —dijo. Pero había logrado que se riera.

Me levanté a bajar las persianas y encender la televisión para que viera sus programas de noche. Mientras lo hacía, justo antes de llegar a la otra esquina donde estaba el televisor, mi madre lanzó un dardo envenenado:

—Además, Manny y yo lo hemos hablado y creemos que te conviene arreglarte la cara. El cuerpo aún lo tienes bien.

Lo que me apeteció decir fue: «Me alegra saber que a Manny le gustaría follarme decapitada». Lo que dije fue:

—Parece que en lugar de *La semana de Wall Street* dan un concierto en directo desde Boston.

Días más tarde llegó el resto de la historia.

—Hilda Castle estaba en el hospital por la histerectomía —dijo mi madre—. Y yo me ofrecí a él.

Aquella frase me causó repugnancia.

—¿Que tú qué?

—Intenté seducirlo.

Yo sujetaba las toallas grandes de baño con las que la cubría para salir y ella se entretenía como hacía siempre que teníamos que ir al médico.

Me quedé frente a la puerta y desplegué la primera toalla para colocársela sobre los hombros a modo de toquilla. Era la de seguridad. Si por alguna razón la toalla que llevaba en la cabeza se le caía, podía levantar rápidamente la otra y cubrirse.

Me miró a los ojos, su piel de pergamino ensombrecida bajo el verde alga de la toalla.

—¿Sarah folla?

Sabía que era mejor pasar por alto el comentario.

—Llegamos tarde a tu cita con la máquina —respondí.

Tenían que hacerle una resonancia magnética y estaba muerta de miedo. Semanas antes había llegado a su casa y la había encontrado tendida en el suelo del salón, con un despertador junto a la cabeza.

—¿Qué haces? —le había preguntado.

—Practico.

Ir al médico era algo que no podía hacer por ella. Era su cuerpo el que tenían que manosear y

pinchar, no el mío. El hombre al que mi madre todavía llamaba «el médico nuevo» pese a haber sustituido al antiguo médico de mis padres a principios de los ochenta, le había sugerido en dos ocasiones que tomara un sedante para que salir de casa no le supusiera un suplicio. Ella había asentido como si le pareciera un sabio consejo. La observé mientras doblaba la receta por el medio y después seguía doblándola, una vez y otra. Cuando llegamos al coche la receta ya era del tamaño de un sello, incluso más pequeña que las notas que recordaba haber encontrado en la habitación de Sarah cuando era una adolescente. «Mindy se ha tirado a Owen debajo de las gradas», se leía en las notas de Sarah. «Xanax 10 mg. Cuando sea necesario», se leía en las de mi madre.

Como hija suya podía recoger las recetas, y aunque ella no se medicaba, yo sí solía tomarme una de sus pastillas antes de bregar con ella para meterla en el coche. Me ayudaba a mantener las esperanzas en alto: si, gracias al sedante, estampaba el coche y nos mataba a las dos, la vida sería mucho más sencilla.

—Emily debe de follar porque está casada —dijo mi madre, pero mientras terminaba la frase le coloqué la toalla en la cabeza, atenuando el sonido. En realidad, era mejor que se centrara en temas como aquel. La agresividad era preferible a la otra alternativa, que era que gimoteara asustada mientras la bajaba por las escaleras de camino al coche.

Había hecho aquello demasiadas veces como para preocuparme por lo que pudieran pensar los vecinos. Manny me había dicho que muchos de los nuevos vecinos daban por hecho que mi madre había sufrido quemaduras y que las mantas y las toallas servían para esconder sus cicatrices.

—Pero es una anciana encantadora. Me sorprendió —dijo Manny.

—Si tú lo dices —respondí, y después Manny bajó al sótano a hacer algún trabajo misterioso por el que tendría que pensar cuánto iba a pagarle.

—Alistair Castle solo me miró —dijo mi madre, de pie junto a mí, debajo de las toallas—. Y después dejó de venir.

—Y empezó a hacerlo Hilda —dije.

—Su marido la rechazó después de la operación. Teníamos eso en común.

—¿Una histerectomía?

—No, el rechazo sexual —aclaró mi madre. Se había levantado la toalla lo justo para asegurarse de que la oyera.

—Entiendo —respondí.

—¡Cambio! —bramó Tanner.

Oí que los estudiantes se inquietaban. No solían ser capaces de mantener la atención durante más de tres poses. Los ajustes que tenía que hacer para *Mujer lavándose en la bañera* eran mínimos. Solo tenía que inclinarme un poco más y cambiar la bata que hacía de toalla por la esponja, que debía apoyarme en la nuca. Me dolían los hombros, pero estaba muy acostumbrada a aquella sensación. De repente levanté la mirada y vi a Dorothy detrás de su caballete. Me miró fijamente.

Jake venía de una familia que rezaba. Emily había tomado el relevo asegurándose de cubrir todas las bases: espiritualismo New Age, evangelismo cristiano y un sentido ecuménico de la

inclusión que rayaba en lo sublime.

Recordé a mi padre cuidando las ovejas del cementerio para una iglesia a la que nunca había pertenecido. Las iglesias le daban escalofríos, decía. «Prefiero estar ahí afuera, con los muertos».

En las semanas que siguieron a su suicidio, recordaba aquella frase y le atribuía más significado del que probablemente tuviera. Lo hacía con todo. Recordaba la dulzura con que había besado a Emily y a Sarah días antes. Me sorprendió lo bien colgados que estaban sus trajes en el armario, tanto que hasta Jake se fijó en que uno de ellos acababa de salir de la tintorería, listo para ser usado. Fui a su taller en busca de una fotografía que había visto allí cuando era niña.

Seguía en su mueble de las herramientas. Me quedé mirando al chico que con el tiempo se convertiría en mi padre y que terminaría quitándose la vida. ¿A qué momento se remontaba?

Levanté la fotografía y marqué el número de Jake en Wisconsin. En aquel momento su obra comenzaba a despertar interés y se había decidido a solicitar una beca Guggenheim para trabajar en el extranjero. Hacía poco que se había marchado de la casa que habíamos compartido y vivía en una casa alquilada a las afueras de Madison: una casita de madera anexa a una mansión situada a orillas de un lago.

—Cuéntamelo todo —dijo.

—No puedo.

Había sido capaz de soltar la noticia, pero no de utilizar la palabra exacta: «suicidio». Así pues, Jake comenzó a hablarme del agua del lago. De la puerta trasera de su casa, que se abría a un corto tramo de escalones de cemento que iban a parar directamente al agua; de que, dependiendo de la estación, el agua llegaba a pocos centímetros de su puerta.

—¿Dónde están las niñas? —preguntó en algún momento.

—Con Natalie. Yo estoy en la cocina. Mamá en el piso de arriba.

Me agarré con tanta fuerza al cordón del teléfono que las uñas se me volvieron blancas.

—Di algo —dijo Jake—. Habla.

Me situé frente a la ventana. Veía el taller de mi padre y el jardín trasero de los Leverton.

—El nieto de la señora Leverton estaba fuera, arrancando las hierbas del camino. La señora Leverton fue quien llamó a la policía.

Sentí un nudo en la garganta pero logré contener el llanto. Estaba ciega de ira y de confusión. Odiaba a todo el mundo.

—Pensé en él esta mañana, solo por un momento, a decir verdad. Llevaba a las chicas al campamento. A Emily le dieron ayer la insignia del pez volador. Estaba parada en un semáforo y oí la música del coche que teníamos detrás. Era Vivaldi, del estilo exageradamente dramático que haría sonreír a mi padre. El señor Forrest sabría reconocer la obra.

Aparté el taburete rojo de peldaños de la pared y lo llevé al centro de la cocina. Podía sentarme en él y ver el salón y la calle.

—Utilizó la vieja pistola de mi abuelo —dije.

Si me lo hubiera permitido, habría oído un crujido momentáneo al otro lado de la línea, tal vez el murmullo de la respiración de Jake, el ruido perplejo de la distancia que nos separaba. Le dije cuanto sabía, cómo encontré a mi padre al cruzar la puerta, que mi madre me parecía casi anulada, tanto me costaba concentrarme en ella, que la policía y los vecinos se habían comportado con

tanta decencia, con tanta amabilidad, y que lo único que quería era arrancarles a cada uno de ellos la cara y lanzarlas todas, carnosas y húmedas, en el mismo suelo en que yacía mi padre.

Por fin, cuando ya llevaba un buen rato hablando, Jake dijo:

—Sé que te quería.

Me quedé boquiabierta. Pensé en el vodka que tenía en el congelador de mi casa. Me pregunté qué medicamentos —sedantes y analgésicos— quedarían en los armarios del baño y en los cajones de las cómodas.

—¿Y esto es una demostración de amor? —pregunté. Jake no supo darme una respuesta.

Pensé en el sacerdote católico. Mi padre me había dicho que nunca lo llamaba por su nombre.

—Llamaba a mi padre David en lugar de Daniel cuando lo veía por allí, ocupándose de las ovejas.

—¿Helen?

Era Tanner. Estaba a mi lado.

Me llegó el revuelo que se había levantado en el fondo de la clase. Con el cuerpo dolorido, me incorporé en la silla.

—Toma, ponte esto. —Me envolvió con la desgastada bata de hospital—. Han venido a verte unos hombres. —¿Unos hombres? —Policías, Helen.

Por encima del hombro de Tanner eché un vistazo al fondo de la sala. De pie junto a la puerta, intentando no fijarse en ninguno de los dibujos de mi cuerpo desnudo, había dos hombres de uniforme. A su lado, también tieso como un palo pero vestido con ropa de calle, estaba el tercero. Tenía el pelo tupido y canoso y llevaba bigote. Echó una ojeada a la clase y al fin detuvo en mí su mirada.

—Chicos —dijo Tanner—, lo dejamos aquí. Retomaremos el trabajo en la siguiente clase.

Los caballetes trastabillaron mientras se recogían los cuadernos y se guardaban los carboncillos. Se abrieron mochilas y se conectaron teléfonos móviles, que emitieron pitidos y melodías y silbidos que confirmaban a los estudiantes que sí, que, tal y como creían, habían sucedido cosas más interesantes mientras ellos habían estado encerrados en el aula.

Me acordé del adorno navideño de fieltro que mi madre me había mandado a Wisconsin un año a mediados de julio. Estaba fabricado con minuciosidad, desde las cuentas cosidas a mano que formaban adornos, todos ellos distintos, hasta la lazada de la parte superior, cubierta de hilo de seda trenzado. En la tarjeta que venía en la caja se leía: «Lo he hecho yo. No desperdicies tu vida».

Mientras los estudiantes salían de clase, el hombre de la cazadora se acercó a la tarima.

—Helen Knightly —dijo, tendiéndome una mano—, soy Robert Broumas, de la policía de Phoenixville.

Su mano se quedó suspendida en el aire y le indiqué con un gesto que no podía mover las mías, aferradas a la bata por debajo del pecho.

—¿Sí?

—Lamento comunicarle que tengo una mala noticia. —¿Sí?

Pensé cómo prepararme para aquello, qué decir. La fiesta sorpresa sin sorpresa estaba a punto de empezar y no tenía ni idea de cómo debía comportarme.

—Una vecina ha encontrado a su madre esta mañana —dijo. Primero lo miré a él y después a Tanner—. No sé de qué me habla.

—Está muerta, señora Knightly. Tenemos que hacerle algunas preguntas.

No fui capaz de dibujar ningún tipo de expresión. El hombre me miraba con intensidad y yo era incapaz de hacer otra cosa que no fuera devolverle la mirada. Levantarme o bajar de la tarima me parecían reacciones cobardes, una confesión de mi culpabilidad.

Si hubiera podido desmayarme, el breve momento de inconsciencia habría sido gratificante, pero no pude. También había deseado desmayarme cuando descubrí a mi padre, pero en lugar de eso había tenido que oír la voz de mi madre.

—Ella me ayudará a limpiar —le dijo a los agentes de policía que tenía más cerca, y como a mí no se me ocurrió qué otra cosa podía hacer, me dirigí a la cocina, llené de agua la vieja palangana del hospital y regresé al pasillo, donde me esperaba mi madre, descalza sobre el charco de sangre de mi padre—. Al final lo ha hecho —dijo—. Nunca creí que lo hiciera.

Sentí ganas de pegarle, pero los agentes nos miraban y, además, sostenía la palangana.

12

Cuando tenía doce años encontré una fotografía de mi padre en la pequeña cajonera metálica que había debajo de su banco de trabajo. Aparecía él, de joven, delante de una casa adosada de ladrillo visto. Posaba en el imponente tramo de escaleras de cemento. A cada uno de los lados se levantaba una pilastra de ladrillo y argamasa. Llevaba una camisa blanca arrugada y unos pantalones con la raya marcada sujetos con un delgado cinturón marrón. Junto a la escalera en la que se encontraba mi padre se veía la esquina de un enorme contenedor cuadrado frente a un pedazo de jardín. Las patas de una mesa y lo que parecía una silla asomaban por encima del borde.

A los doce años ya había empezado a poner atención cada vez que mi padre hablaba del lugar donde había crecido. Se llamaba Lambeth, y en los nuevos mapas solo existía como nombre de un dique del río Delaware.

Mi madre se refería al lugar como «pozo de inmundicia» porque una vez que hubieron cerrado la ciudad y echado a la gente —«realojado», decían, preciosa palabra para lo que habían hecho— construyeron una presa que había de reconducir el cauce del río, y, en teoría, hacer desaparecer la ciudad.

Sin embargo, pese a los minuciosos cálculos de ingenieros y delineantes, lo que arrasó la ciudad fue un muro de lodo espeso salpicado de cortacéspedes flotantes y esqueletos quebradizos de animales que sus dueños habían enterrado en los jardines de sus casas. Seis meses después la marea se retiró, dejando la parte alta de la ciudad cubierta de lodo y arrasada por el agua.

La inundación se había producido poco después de que mi padre conociera a mi madre en la sesión de John Wanamaker. «Por eso me interesé por el agua», solía decirle a la gente. La inundación había coincidido con la construcción de las ciudades de los alrededores, entre ellas Phoenixville. «Lambeth pagó el Centro Social del Espíritu Santo», señalaba mi padre cuando pasábamos en coche junto a aquel edificio de ladrillo y paneles metalizados.

Cuando cumplí trece años decidió que ya tenía edad para conocer la ciudad sumergida en la que había crecido. Preparó una cesta de picnic y se despidió de mi madre con un suave beso en la frente. «Que pases un buen día, preciosa», le dijo.

Cuarenta minutos más tarde noté que la atmósfera del Oldsmobile cambiaba notablemente según nos acercábamos a la ciudad, en la que casitas de una sola planta e hileras de cinco viviendas de ladrillo aún compartían en silencio una misma calle, hasta que todo se hundía en el agua y volvía a reaparecer a lo lejos, kilómetros más adelante.

La casa de mi padre, cuando por fin llegamos a ella, era la ruina del edificio que se veía en la fotografía. Seguía en pie entre una hilera de hogares condenados que, aunque hacía tiempo que se había programado su derribo, seguían ocupando su lugar año tras año. El único modo de acceder a ella era por una remendada carretera de asfalto que desembocaba a ambos lados en alcantarillas erosionadas por el agua. A fin de evitar los abismales baches mi padre tuvo que avanzar haciendo eses como si condujera borracho. Para mí fue como dar una mareante vuelta en una atracción de feria.

Cuando al fin llegamos a la puerta, mi padre me agarró de la mano y comenzamos a subir por aquellas escaleras podridas. —Aquí es donde posabas en la foto —dije.

—La naturaleza nos devuelve las cosas —respondió mi padre—. Cuidado con el escalón del porche.

Como era de esperar, los tablones, desprovistos desde hacía tiempo de su capa de pintura protectora, estaban del todo podridos. Alguien —mi padre, por supuesto— había colocado una nueva lámina de contrachapado para que se pudiera acceder a la puerta con seguridad. Me fijé en los bordes serrados de un adorno defectuoso e identifiqué el trozo que le había sobrado después de tallar el lomo arqueado de un caballito de balancín.

Entramos en el recibidor y vi una lámpara de propano encima de una silla de barrotes torneados. Era de su taller.

—Aquí encontraremos cosas de las que no hace falta que hablemos con tu madre.

Había empezado a alternar las lecturas de la escuela con novelas que guardaba a buen recaudo y que no aparecían en la lista de lecturas recomendadas, y creía saber en qué consistía eso de las «necesidades masculinas». Imaginé aquello que a Natalie y a mí tanto nos gustaba cómo sonaba: un antro de perdición. Habría cortinas y cubrecamas de terciopelo y mujeres fumando de pipas que parecían vasijas pero no lo eran. Mi imaginación daba para mucho, y me creía preparada.

No lo estaba.

Al principio ni siquiera sabía qué era aquello.

No en la misma entrada ni en la sala de delante sino en las habitaciones traseras del primer piso y en las del piso superior, vi y entendí a qué se había dedicado mi padre todos aquellos años en su taller cuando no estaba ocupado con los caballitos de balancín. Había estado haciendo figuras con tableros de madera.

Cuando entré en la cocina y me encontré con un panel de contrachapado en la pared, las siluetas perfectamente articuladas de dos adultos y un niño sentados a una mesa, di un paso atrás.

—¡Papá! —grité.

—Estoy aquí.

Y allí estaba, justo a mi lado, en la entrada de la casa. —Es genial —dije.

Aunque no lo estaba mirando, noté que esbozaba su inusual sonrisa.

—Me alegro de que te gusten.

Me acerqué y recorrí el contorno de la cabeza del niño con el índice, suavemente para no clavarme ninguna astilla. Las figuras, unidas por un surtido de clavos y tornillos, eran bastas y estaban sin pintar.

—¿Se supone que este eres tú? —pregunté, la palma de la mano sobre el pecho del niño.

—Sí —respondió—. Y ellos son mi madre y mi padre. Es la segunda que hice. Entonces tú eras muy pequeña.

Supongo que en algún momento deduje que aquello significaba que llevaba por lo menos diez años construyéndose una familia de madera. En aquel instante sentí un subidón de adrenalina por el secreto que compartíamos, algo de lo que mi madre no estaba al corriente.

—¿Es aquí donde viniste aquella vez?

—No —respondió, y me dio la versión oficial—. Fui a Ohio, a visitar a mi familia y amigos.

Con trece años notaba que aquello era una mentira de mis padres, pero aún no sabía el porqué.

No había calefacción y en las habitaciones hacía frío, y el enlucido que rodeaba a las figuras de madera estaba desconchado, pero enseguida me di cuenta del motivo por el que le gustaba aquel lugar. Había un silencio sepulcral, solo roto por el ruido de las ramas que arañaban las ventanas. A veces los árboles rompían algún cristal, dijo mi padre, «en su deseo por ocupar el lugar».

—¿Lista para ir al piso de arriba?

—Todo esto es muy raro, papá.

—Puedo confiar en ti, ¿no? —preguntó. Durante un segundo entornó los ojos en señal de preocupación.

—No diré nada si tú no quieres —respondí.

Subimos juntos por las escaleras, como si nos dirigiéramos a una fiesta importante que se celebrara en el piso de arriba. Allí había más gente. En la habitación de la izquierda había una cama con una figura recostada en ella. Me fijé en el espacio que quedaba entre la puerta y la pared. Otra figura parecía acercarse a los pies de la cama.

—Es mi madre, que viene a despertarme —aclaró mi padre.

—¿Y ese quién es? —Señalé una delgada figura que sujetaba algo que, sin pintura ni sombreado, tenía aspecto de cordón o de serpiente.

—Es el médico. Ha venido a auscultarme.

Me volví y miré a mi padre.

—Estaba enfermo a menudo. Fue duro para mi madre. En otra habitación creí verme a mí y, sin hablar, señalé la figura clavada en la pared.

—Sí —dijo.

Había otras dos figuras en aquella habitación —la habitación más pequeña del segundo piso —, pero no pregunté a quiénes representaban. Si yo era la más grande, del tamaño que debía de tener a los ocho o nueve años, entonces las otras dos siluetas, una a cada lado de la mía, debían de ser mis hermanos o hermanas que no llegaron a nacer.

En el centro de la habitación más amplia, donde dos adultos gesticulaban con los brazos en alto, había un caballito como el que había hecho para mí, igual a los que tallaba y pintaba cada año para la feria infantil de la iglesia ortodoxa. Aquel no estaba decorado, solo tenía los trazos hechos a lápiz que delimitaban las zonas de distinto color.

—¿Por qué no lo pintaste? —pregunté.

—Lo pensé, pero no quería que desentonara con el resto. Vamos, súbete si quieres.

—Ya soy mayor para eso, papá.

Se le ensombreció la mirada tras las gruesas gafas.

—No en esta casa. En esta casa no tienes edad.

Miré a mi padre y sentí una punzada de dolor en mitad del pecho, como si todo el aire de la habitación no fuera suficiente, como si no me bastara para respirar.

Me sonrió. No quería desilusionarlo, de modo que también yo sonreí.

—Te lo demostraré —dijo.

Se quitó las gafas, dobló con cuidado las patillas y me las ofreció, sujetándolas con dos dedos por el puente. Las cogí por la montura con las dos manos. Sabía que sin ellas mi padre vivía en un mundo de formas y colores difuminados.

Cauteloso, se subió al caballito.

—Debo admitir que no lo había hecho antes. No sé cuánto peso podrá aguantar.

Se sentó en la parte llana y apoyó los pies en el suelo en lugar de subirlos a la estaquilla que sobresalía a ambos lados. Me alegré de que se hubiera quitado las gafas. Si hacía alguna mueca de disgusto mi padre podría interpretarla como una sonrisa.

Se balanceó suavemente una y otra vez, la mayor parte de su peso cargado en las piernas.

—¡Hilda dice que les pongo tantos tornillos que estos caballos aguantarían a un caballo! — dijo, y se rió de la broma de la señora Castle.

El golpeteo de la curva de madera contra los tablones del suelo me pareció mal. Iba en contra de todo lo que mi madre me había enseñado acerca de colocar los muebles encima de las alfombras y los posavasos debajo de las bebidas.

—Voy al piso de arriba —anuncié.

Mi padre dejó de mecerse.

—No, cariño. Esto es todo.

—Pero si hay más escaleras.

—Es solo una pequeña buhardilla. No hay gente.

Se levantó, aún a horcajadas sobre el caballo, y supe que tenía otro secreto.

—¡Voy a subir! —dije con entusiasmo y me volví y corrí, sus gafas todavía en mis manos.

Llegué al pie de las escaleras y cuando me apoyé en la barandilla oí que mi padre tropezaba con algo a mis espaldas.

—Cariño, ¡no! —gritó.

En lo alto de las escaleras había una puerta de cuatro paneles que estaba cerrada. Posé la mano en el frío pomo de porcelana. —No te gustará lo que verás ahí dentro.

—Qué se le va a hacer —dije por encima del hombro—. Así es la vida.

Aquella era una expresión que el señor Forrest utilizaba a menudo cuando hablaba con mi madre en el salón. Ella se quejaba y él decía «Así es la vida» y retomaba la conversación sobre Trollope, al que leían juntos, o sobre el libro de Edith Warthon *Reflejos de luna*, una primera edición que el señor Forrest le había regalado a mi madre.

Giré el pomo y entré en la habitación.

Era mucho más pequeña que las del piso inferior y sólo tenía ventanas en la pared del fondo, desde las que se veían los jardines hundidos de Lambeth. A diferencia de la vista de los pisos inferiores, aquella estaba despejada de árboles. A lo lejos vi la amenazadora curva entrante del

Delaware.

Mi padre había llegado a la puerta. Había subido los escalones despacio, para darme tiempo a ver lo que tenía que ver. Sin gafas tenía la mirada perdida.

—Dámelas —dijo. Me las quitó a tientas y se las puso—. Al otro lado hay un pequeño trastero. Se llega a través de esa puerta baja.

Pero yo miraba el colchón, cubierto con una funda de cutí azul, mantas revueltas y una almohada, que había en mitad del suelo. Pensé en los días que había pasado lejos de nosotras.

—A veces duermo aquí —dijo.

Avancé unos pasos para que lo único que viera de mí desde donde se encontraba fuera la espalda. Había libros tirados por el suelo junto a la cama. Reconocí una historia ilustrada de los trenes que alguna vez había estado en una mesilla de noche de la habitación de mis padres. Y también una gruesa antología de poemas de amor. Un regalo que mi padre le había hecho a mi madre unas navidades. Y también vi, asomando por debajo de un montón de novelas policíacas desperdigadas, un muslo carnoso que, sin duda, era el de una mujer desnuda en una revista. Me pareció que tenía un tono de piel anaranjado.

—Me gusta mirar los jardines por la noche. Aquí arriba me siento como escondido en un nido.

—¿De verdad fuiste a Ohio aquella vez? —pregunté.

—Estuve en el hospital, Helen.

Encajé como pude la noticia.

—¿Y los viajes de negocios?

La pregunta se quedó suspendida en el aire. Caminó hacia mí y me apoyó las manos en los hombros. Se inclinó y me besó la cabeza, igual que hacía con mi madre.

—Hago viajes de negocios, pero a veces, de camino a casa, me quedé aquí a pasar la noche.

Me aparté bruscamente de él y me volví para mirarlo. Me notaba la cara caliente.

—Y me dejas sola con ella.

—Es tu madre, Helen.

Trastabillé contra el borde del colchón y me caí. Mi padre se acercó, pero me puse en pie de un salto y retrocedí hasta la cabecera de la cama de modo que el cutí azul y el revoltijo de sábanas malolientes se interpusieran entre nosotros.

—Solo me quedo una o dos noches cada vez —dijo.

Aparté de una patada la antología de poemas de amor y las novelas de detectives y dejé al descubierto el resto de la mujer anaranjada. Tenía los pechos más grandes de lo que yo creía posible. Incluso entonces me parecieron ridículos.

—Es asquerosa, papá —dije olvidándome por un momento del enfado.

—Tengo que reconocer que tiene una delantera un poco exagerada.

—Es un monstruo —respondí.

Mi cabeza repetía la palabra «hospital» una y otra vez. ¿Qué significado tenía?

—Es una mujer hermosa, Helen. Los pechos son una parte natural del cuerpo femenino.

Sin pararme a pensar en ello, me crucé de brazos y grité:

—¿Asquerosa! Vienes aquí a contemplar monstruos asquerosos y me dejas sola con mamá.

—Eso hago —respondió.

Lo que no pregunté, porque no hacía ninguna falta, fue: «¿Por qué?».

—¿Puedo venir aquí contigo?

—Ya estás aquí, cariño.

—Pero ¿me puedo quedar a dormir?

—Ya sabes que no. ¿Qué le diríamos a tu madre?

—Le hablaré de este lugar —dije a modo de amenaza—. Le hablaré de las revistas. ¡Le hablaré de los bebés de madera de la habitación pequeña!

Cada una de mis frases hacía más mella en mi padre. En realidad no le importaba demasiado que le contara a mi madre lo del colchón, o lo de las conejitas *Playboy*, o que habíamos visitado la casa. Le preocupaba la gente de madera.

—No te eduqué para que fueras cruel.

—¿Qué hospital? —pregunté.

Mi padre me miró, pensativo.

—¿Por qué no hacemos nuestro picnic y te lo cuento todo?

Mi padre se pasó el resto de la tarde enseñándome los lugares aún visibles en los que había crecido. Comimos los sándwiches de ensalada de huevo con pepino y las galletas con pepitas de chocolate que él mismo había hecho. Había un termo de leche para mí y mi padre se bebió dos Coca-Colas seguidas y soltó el eructo más salvaje que hubiera oído jamás. Después de aquello no consiguió que dejara de reír. Me reí tanto que terminé tosiendo, como si ladrara, sin poder parar.

—¿Por qué no esperamos aquí a que anochezca? —preguntó.

Aquello era un regalo y no fui capaz de volver a preguntarle por el hospital. Una parte de mí estaba satisfecha con la mentirijilla. Lo hacía parecer normal, aunque solo fuera una pose. ¿Dónde está tu padre? En Ohio, visitando a la familia y a los amigos. Ese día decidí que no volvería a culpar a mi padre por nada: su ausencia, su debilidad o sus mentiras.

13

Jake y yo llevábamos casados poco más de un año cuando comencé a tener pesadillas. Aparecían cajas, cajas de regalo vacías que ocupaban espacio sobre las mesas o formaban un círculo debajo del árbol de Navidad. Pero aquellas cajas estaban empapadas y el cartón había oscurecido. Lo que aquellas cajas contenían eran trozos de mi madre.

Jake aprendió a despertarme despacio. Me ponía la mano en el hombro mientras yo farfullaba palabras al principio demasiado confusas para que pudiera entenderlas. «Estás conmigo, Helen, y Emily está a salvo en la cuna. Vamos a ver a Emily, Helen. Estás con nosotros». Había leído en algún sitio que repetir el nombre de la persona dormida contribuía a devolverla al presente. Y así me hablaba hasta que notaba que salía a la superficie. Entonces yo abría los ojos, que seguían extraviados hasta que lo oía decir su nombre, y el de Emily, y el mío. Mis pupilas eran como las lentes de una cámara, tenían que ajustarse, reajustarse, enfocar. «¿Otro sueño de mutilaciones?», me preguntaba después. Despacio, regresaba de ese mundo en que yo misma había despedazado a mi madre y etiquetado las cajas. En el sueño mi padre solía estar en casa. Silbando.

Mientras salían los últimos estudiantes y Tanner gritaba en vano a sus espaldas los deberes para la clase siguiente, me dirigí al biombo para vestirme.

—La esperaremos fuera —dijo el detective Broumas.

Oí que se marchaban y el ruido de la puerta al cerrarse, pero no me vestí. Seguí sentada en la silla de madera, temblando, abrazada cada vez con más fuerza a la bata de hospital. Por fin lo había hecho y ahora el mundo lo descubriría.

—¿Helen?

Era Tanner.

—¿Estás bien?

—Ven aquí —dije.

Tanner rodeó el biombo y se arrodilló frente a mí. Una vez habíamos intentado acostarnos pero terminamos borrachos y deprimidos por el rumbo que habían tomado nuestras vidas. Cuando se arrodilló frente a mí me fijé en que se estaba quedando calvo en la coronilla.

—Tienes que vestirme.

—Lo sé.

Me miré las rodillas, que de repente me parecieron tener el mismo aspecto marmóreo que la piel de mi madre. Me vi las articulaciones, la grasa vertida en una planta de tratamiento de residuos animales. Hamburguesas Scarsdale hechas con carne de mis muslos y brazos y

almacenadas en un congelador, a la espera de que las asaran o las doraran en una sartén.

—Todo saldrá bien —dijo Tanner—. Los polis meten un poco de miedo, pero solo te harán preguntas sobre la rutina de tu madre, cosas así. Yo pasé por lo mismo cuando murió mi casera.

Pensé en asentir, por un segundo incluso creí que lo hacía, pero era como si el cerebro se me hubiera partido por la mitad. Miré a Tanner.

—No estoy llorando —dije.

—No, Helen, no lo haces.

—Se acabó.

Tanner no conocía los detalles de mi vida, pero cuando nos emborrachamos le mencioné que sentía que mi madre me succionaba la vida día tras día, año tras año. Me pregunté si cabía la posibilidad de que supiera qué significaba «Se acabó», o si, a pesar de sus costumbres libertarias, le conmovía la imagen sentimentaloides que se tenía de las madres en todo el mundo.

—Deja que te ayude. ¿Es este tu jersey?

Se acercó al baúl y sacó el jersey junto con el sujetador, que también había guardado allí. Se apresuró a recogerlo del suelo mugriento.

—Lo siento —dijo.

Aunque Tanner me había visto desnuda semana tras semana durante años, en el momento que me deslicé la bata por los hombros y la dejé caer sobre el asiento me sentí como si nunca antes me hubiera desnudado delante de él. Tanner sostenía el sujetador como sostendría un vestido para ayudarme a ponérmelo. Cuando me di cuenta de que su intención era vestirme, me dije que, por difícil que me resultara, tendría que hacerme con el control y salir adelante.

Le quité el sujetador y me lo llevé al regazo. —Gracias, Tanner. Puedo hacerlo sola.

Me ofreció su mano izquierda y posé en ella la que tenía libre. Me levanté y él se inclinó levemente y me dio un beso en la cabeza. —¿Te veo el lunes a las diez? En aquella ocasión sí asentí.

Me estaba abrochando los pantalones cuando entró Natalie.

—¿Estás ahí detrás?

—Sí.

Apareció con su vestido de Diane von Furstenberg y una nube de perfume recién pulverizada. Tenía la cara llena de manchas. Se notaba que hacía poco que las lágrimas le habían humedecido las mejillas.

—Han entrado a buscarte en la doscientos treinta y dos. Me he vestido todo lo rápido que he podido. ¿Puedo darte un abrazo? —preguntó. En cualquier situación, incluso en aquella, irradiaba que para ello se me tenía que pedir permiso.

Su calor me hizo fundirme en ella, quererla como siempre había querido una madre. Sin embargo, mi cerebro animal me advertía de lo peligroso que era aquello. Las mismas cosas que me confortaban podían desatar lo peor de mí.

Sentí ganas de arañarla. De rasguñarle los generosos pechos y el pliegue de grasa en el estómago que, según había leído, a su edad se debía a «causas hormonales». Quería agarrar aquel ridículo pelo teñido y arrancárselo de cuajo. Y quería hacer todo eso porque no podía hacer lo que más deseaba: filtrarme en su interior y desaparecer.

Dejé que pasara la mano por las cortas cerdas que me cubrían la cabeza y que la bajara hasta la nuca. Dejé que me frotara los marcados omoplatos. Y lloré, solo un poco, incapaz de discernir si lo hacía porque era lo que debía hacer en aquellas circunstancias o porque el consuelo de Natalie me resultaba doloroso.

—¿Dónde está Jake? —preguntó.

Me puso las manos en los hombros y me apartó de su cuerpo. La miré. Me alegré de que me hubieran asomado las lágrimas. ¿Servirían para despertar compasión? ¿Podría volver a hacerlo cuando fuera necesario?

Recordé nuestra coartada.

—No lo sé. Tiene que venir a recogerme. Había quedado con un antiguo alumno que ahora trabaja en la Tyler.

—Entonces llegará pronto. Puede venir con nosotras.

—¿Con nosotras?

—A comisaría —dijo Natalie.

—¿Qué?

—A tu madre la han asesinado, Helen. Tuve que sentarme.

—¿No te lo han dicho? Creí que lo sabías. Intenté contener un gesto de dolor. —¿Quién ha sido?

—Creí que te lo habían dicho, cariño. Lo siento. Vamos, ponte los zapatos. Enseguida te dirán todo lo que saben.

—¿Tienen a algún sospechoso?

—No lo sé. Estaba hablando con un policía y entonces llegó otro, uno con cazadora, y lo interrumpió.

—El detective Broumas —dije. Mi voz articuló cada una de las sílabas con un tono monocorde. Me acordé de Jake y de nuestros votos: «¿Aceptas a este hombre como tu legítimo esposo, hasta que la muerte os separe, en la salud y en la enfermedad y en las excentricidades criminales?».

—Los zapatos —dijo Natalie, y me los acercó con el pie.

La puerta se abrió y oí la voz de Jake en el pasillo.

—¿Le queda mucho? —preguntó una voz familiar.

—Enseguida vamos —trinó Natalie—. Denos un minuto.

—Su marido está aquí. —Puede pasar.

—El detective le está haciendo algunas preguntas.

Natalie y yo nos miramos. Ya me había puesto los zapatos y, a efectos prácticos, no podía estar más lista.

Agarré el bolso y durante unos segundos de confusión pensé que la trenza de mi madre estaba aún en su interior. Suerte que le había hecho caso a Jake. De no haber sido por él, la trenza seguiría en la cama, enroscada como una serpiente.

—¿Pintalabios? —preguntó Natalie.

—Bésame —ordené.

Y sin dudar, lo hizo. Apreté un labio contra el otro para extender el brillo. —¿Lista? —

Vamos.

—Es horrible lo que ha sucedido —dijo Natalie cuando estábamos ya cerca de la puerta—. Pero Jake está aquí. Los caminos del Señor son inescrutables.

No podía contarle a mi amiga que aquello no tenía nada que ver con el Señor y todo que ver con una sucesión de acontecimientos que yo misma había puesto en marcha menos de veinticuatro horas antes. La presión sobre las toallas, las mantas alrededor de su cuerpo roto, la enagua pétalo de rosa encajada entre el baúl y la pared, los restos de la trenza plateada en la taza de váter de mi casa. Todo aquello, igual que la llamada a Avery que había alertado a Jake, lo habían hecho las mismas manos que ahora sostenían mi bolso, que ahora sujetaban la puerta abierta, que ahora estrechaban la palma carnosa del detective Broumas.

Vi a Jake sentado a la mesa del profesor, en la clase de enfrente. Hizo ademán de levantarse, pero una mano en el hombro se lo impidió.

—Su marido está respondiendo unas cuantas preguntas sencillas —dijo el detective Broumas—. Me gustaría que usted hiciera lo mismo.

Me fijé en sus hombros. El negro azulado de la lana estaba salpicado de caspa. Los ojos, de un marrón intenso y cercados por tupidas pestañas, me recordaron a los del psicoterapeuta al que había ido durante cinco años tras la muerte de mi padre. «Explorar, explorar, explorar —le había dicho a aquel médico—. ¿No piensa hacer nada más?».

Un estudiante que llegaba tarde a su clase, auriculares a todo volumen, pasó frente a mí, volvió la cabeza como si fuera una cámara de seguridad y siguió su camino.

—Ya podemos irnos —dijo Natalie.

—¿Irnos?

—Sí, detective. Me gustaría acompañarla a comisaría. El detective sonrió.

—No necesitamos tanta sofisticación. Creo que podemos buscar una clase vacía y sacarle partido.

Yo miraba a Jake. Le sobresalían los pies por delante de la mesa. Pese a su altura, a su madurez, en aquel momento me pareció estar viendo a un niño. Habiendo venido a ayudarme, habiéndose colado por aquella ventana, se había enredado inextricablemente en lo que fuera a suceder conmigo. Recordé nuestra versión. Se había ofrecido para arreglar la ventana de mi madre, como favor por los viejos tiempos.

—¿Le parece si entramos?

—¿Aquí? —pregunté, señalando la puerta por la que Natalie y yo acabábamos de salir.

—Sí, si le parece bien.

El detective Broumas le pidió a Natalie que esperara fuera. Llamó a uno de los agentes de uniforme y entramos los tres en la clase.

—Ha sido una mañana muy agitada para los vecinos del barrio —dijo el detective Broumas.

Eché un vistazo a la habitación y, viendo que había poco espacio para sentarnos, señaló la tarima.

—Allí debe de haber una silla. ¿Le parece bien?

—Claro. Hay otra silla detrás del biombo —respondí—. En realidad —añadí—, el profesor Haku preferiría que no tocaran esa silla. La ha dejado en su sitio para la pose del lunes.

El detective Broumas sonrió. Se quitó la cazadora azul oscuro y la colgó en uno de los caballetes de la primera fila.

—Hemos estado hablando con su marido. Todo un artista. ¿Fue así como comenzó en este trabajo?

—Sí —respondí.

El policía, que se llamaba Charlie, acercó la silla en la que hacía tan poco me había sentado y la colocó delante del detective Broumas.

—Déjela allí arriba, junto a la otra —dijo—. Cuando quiera.

Mientras subía a la tarima y me sentaba en la silla que me había servido de bañera en *Mujer lavándose en la bañera*, el detective Broumas se volvió para sacar un cuaderno del bolsillo de su cazadora.

Recordé la vez que encontré un pequeño cuaderno que debía de haberse caído del bolsillo de la chaqueta de Jake. Era una especie de diario del tiempo que pasaba fuera de casa, en el frío.

Los carámbanos llevan cuarenta minutos goteando sobre la nieve. Un árbol me sirve de cubierta. ¿Podría arrancar un pedazo de hielo y soldarlo con el calor de las manos?

Hojas delgadas como pergaminos. ¿Cómo embellecer lo que ya es perfecto?

—¿Está lista? —preguntó el detective Broumas. Se sentó frente a mí. El policía de uniforme se había apostado junto a la puerta. Lo miré durante unos segundos y noté en él cierto aburrimiento, como si aquel fuera un día como cualquier otro.

—Mi amiga me ha dicho que a mi madre la han asesinado —dije.

—Vemos en ello la mano de alguien, sí.

—¿De quién?

—Todavía no estamos seguros. Una vecina la encontró en el sótano.

—La señora Castle. Tiene llave —dije, respondiendo para mí la pregunta tácita que acababa de formularme.

—En realidad no. Encontró abierta la ventana de atrás, vio que la habían forzado y le pidió ayuda a una joven.

El detective Broumas echó una ojeada a su cuaderno. Era pequeño, encuadernado en piel, con una cinta roja que señalaba la página.

—Madeline Fletcher. Su padre vive en la casa de al lado.

Por unos momentos pensé en aquella piel tatuada, deslizándose en el interior de la casa de mi madre, lo desagradable que habría sido para ella.

—Sí. Esa es la ventana que mi marido intentó arreglar ayer. —Estaba del todo abierta—. No debería haberlo estado.

—La señora Castle nos ha dicho que usted estuvo allí ayer por la tarde. Que a las siete su coche aún estaba en la puerta. —Así es.

—¿Qué hacía allí?

—Es mi madre, detective.

—Cuénteme qué hizo y cómo estaba ella cuando se marchó, si es tan amable. ¿Estaba dormida? ¿Despierta? ¿Qué llevaba puesto? ¿La llamó alguien por teléfono? ¿Oyó algún ruido extraño? ¿Tenía su madre miedo de algo o de alguien?

—Hacía ya tiempo que mi madre estaba perdiendo facultades —me oí decir. Utilicé el tópico que tanto odiaba en relación con los ancianos—. La mala racha comenzó años atrás, cuando le diagnosticaron un cáncer de colon y nunca se recuperó del todo. Su médico dice que, si vivimos los años suficientes, el cáncer intestinal termina por afectarnos a todos. Es su broma favorita.

El detective Broumas se aclaró la garganta.

—Sí, bueno, suena muy duro. Hemos hablado con la señora Castle y al parecer ayudaba mucho a su madre. ¿Había alguien más que frecuentara la casa?

Me miré las manos. Ya no utilizaba joyas de ningún tipo. No me gustaba tener que soportar su peso en el cuerpo, y cada vez que iba a un restaurante, al final de la comida las había amontonado todas, anillos, pendientes y reloj, a la izquierda de mi plato. Era incapaz de hablar con ellas puestas.

—Últimamente no —respondí.

—La señora Castle mencionó un incidente que tuvo lugar en la casa no hace demasiado tiempo —me provocó. Alcé los ojos para mirarlo.

—Encontré un preservativo en mi antigua habitación.

—¿Y?

—Todos dimos por hecho que era del chico que hacía los encargos y que en ocasiones se ocupaba de las tareas que mi madre ya no podía hacer.

Eché una ojeada a su cuaderno.

—¿Manny Zavros?

—Exacto.

—¿El mil quinientos veinticinco de Watson Road?

—Allí vive su madre —respondí—. Él desapareció después de que la señora Castle pusiera a toda la comunidad de fieles en su contra.

—¿Desapareció? —¿Creen que ha sido él?

—Estamos considerando todas las posibilidades. —No quiero meter a Manny en problemas, pero...

—¿Sí?

—Hay algo que no le he contado a nadie.

—Yo soy la persona a quien debería contárselo. Supe que había llegado el momento de plantar la semilla. Mientras hablaba, noté que me sonrojaba.

—Por las mismas fechas a mi madre le robaron las joyas.

—¿Y no informó de ello a la policía?

—Pasaron semanas antes de que me diera cuenta y para entonces Manny ya se había marchado y ya habíamos cambiado las cerraduras. Además, no quería preocupar a mi madre. Llevaba años sin ponerse muchas de aquellas joyas.

—Entiendo. Por cierto, debo decirle que su madre no ha sido la única que ha muerto en las últimas veinticuatro horas.

Sabía qué estaba a punto de decirme y traté de ocultar de inmediato cualquier expresión que pudiera delatarme.

—No será el señor Forrest, ¿verdad?

—¿Por qué pregunta por él?

—Porque le tengo mucho cariño. Lo conozco desde que era pequeña.

—La señora Leverton.

Di un grito ahogado y me llevé una mano a la boca. La reacción —demasiado calculada— me pareció de inmediato afectada.

—La mujer de la limpieza la encontró esta mañana en su dormitorio.

Aunque sabía qué había visto —a la señora Leverton aún viva, subiendo a la ambulancia—, no pude evitar pensar que al menos yo había estado presente cuando mi madre había muerto.

—¿Cómo murieron, exactamente? —pregunté. Sentí una fina película de sudor debajo del jersey. Tenía las manos pegajosas. ¿Por qué no había hecho esa pregunta al principio?

—De manera muy distinta. La señora Leverton estaba inconsciente pero aún respiraba cuando su empleada la encontró. Murió en una ambulancia, de camino al hospital.

—¿Y mi madre?

—¿A qué hora se marchó de casa de su madre anoche?

Erguí la espalda y busqué indicios de que estuviera a punto de acusarme. Pero me dirigió una mirada fugaz y se alisó la pernera derecha con la misma mano en que sostenía el bolígrafo.

Recordé una expresión que me había enseñado Sarah. «Casi guapo». Se utilizaba en el mundo del espectáculo para designar a aquellos hombres que eran la sombra de los realmente guapos. Estaban bien proporcionados y tenían todos los atributos —color de pelo, altura y demás—, pero había en ellos el grado suficiente de mediocridad como para que no consiguieran hacerse con los papeles protagonistas. La barbilla achatada, los ojos un poco separados, las orejas despegadas de la cabeza. Decidí que Robert Broumas era un «casi guapo».

—Me gustaría saber cómo murió.

—Le responderé a eso enseguida. ¿A qué hora se marchó de casa de su madre?

—Poco después de las seis —respondí, y tuve que contener una mueca de dolor. La señora Castle había dicho que me había visto a las siete.

El detective Broumas pasó hacia atrás algunas hojas de su cuaderno. Se acomodó en la silla y carraspeó. —¿Fue directamente a su casa? —No.

—¿Adonde se dirigió?

—La señora Castle le habrá dicho lo mal que estaba mi madre. Y que ayer no la reconoció.

—Así es.

—Sabía que tendría que buscarle una residencia. Y que una vez que se la llevaran no volvería a ver su casa.

Entonces me descubrí llorando. Tenía las mejillas empapadas y me enjuagué las lágrimas con la manga del jersey. «Jamás tuvo que marcharse de su casa —sentí ganas de decir—. ¿Se da cuenta de lo importante que era eso para ella?».

—Estuve conduciendo durante mucho rato. Al fin fui a un lugar al que me gusta ir, a pensar.

—¿Dónde está ese lugar?

—Cerca de unas extensiones de cultivo, subiendo por Yellow Springs Road. Desde —allí se ve la central nuclear de Limerick.

—¿Cuánto tiempo se quedó allí?

Calculé las horas que había pasado con Hamish y añadí la hora más que había pasado en casa de mi madre.

—Unas tres horas.

—¿Se quedó sentada, pensando, durante tres horas?

—Me da vergüenza admitir que me quedé dormida. Mi madre puede resultar agotadora.

—¿Y después se fue a su casa?

—Sí.

—¿Hizo alguna llamada o habló con alguien?

—No. ¿Me dirá ahora cómo murió mi madre? —No hacía más que acumular mentiras, y era consciente de ello.

—Encontramos su cuerpo en el sótano.

—¿En el sótano? ¿Acaso se cayó? —me interrumpí. Incluso a mis oídos, mis palabras sonaban falsas.

—Aún no lo sabemos. La autopsia está programada para esta tarde. ¿Cómo iba vestida ayer su madre?

Mencioné la falda que le había cortado, la blusa que le había rasgado y el sujetador descolorido. Ya lo habrían recogido todo del suelo de la cocina.

—¿Solía vestirse ella sola?

—Sí —respondí.

—¿Salía mucho de casa?

—Padecía agorafobia. Le costaba un mundo salir de casa.

—Me refiero a si salía al jardín o si bajaba los escalones que hay enfrente de la cocina para sacar la basura, cosas así.

—Era muy terca y no dejaba que la señora Castle y yo lo hiciéramos todo.

Pensé que apenas habíamos empezado, pero tras colocar la delgada cinta roja en la página por la que estaba abierto, el detective Broumas cerró el cuaderno. Me di cuenta de que se relajaba y adoptaba una pose que anunciaba que no estaba de servicio.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal? —dijo.

—¿Puedo verla?

El detective Broumas se levantó. Yo permanecí sentada en mi silla de modelo.

—Mañana, después de la autopsia —respondió—. ¿Qué tal es esto? —Señaló con un gesto la clase.

—¿Qué tal es qué? —pregunté.

—Hacer lo que hace para ganarse la vida.

—Tenía la sonrisa fácil.

Lo detestaba. Lo detestaba porque no podía mandarlo a la mierda, porque sabía la clase de interés que tenía. Sincero y también lascivo.

—Como cualquier otro trabajo, solo que mucho más expuesto.

Se rió entre dientes y bajó de la tarima. Lo interpreté como una señal de que podía levantarme.

—Hay algunas personas con las que nos gustaría hablar que todavía no hemos localizado. —Descolgó la chaqueta del caballete y se la puso—. Nos quedan algunas huellas digitales y la de

una pisada por analizar. Encontramos una pequeña cantidad de sangre en el porche lateral. Podría ser de su madre. Sabemos que desplazaron el cuerpo.

Bajé de la tarima. Me sentía como si flotara.

Me imaginé desnuda y acurrucada en la bañera del taller de mi padre. Las herramientas y los tornillos que se habían desprendido de la pared se me clavaban en la carne sin vida.

«El frío mata». Lo había leído en el diario de Jake, garabateado con su letra presurosa. Pensé en mi madre asomada a la ventana de mi habitación cuando era adolescente, podando y volviendo a podar la enredadera que había fuera. El hecho de protegerme del señor Leverton había sido tan importante para ella que se había arriesgado con frecuencia a caerse del segundo piso de su casa. ¿Por qué no tenía miedo? ¿Tanto me quería, o aquello no tenía nada que ver conmigo? ¿Había producido mi nacimiento un acrecentamiento de su miedo?

El agente de uniforme abrió la puerta.

—La dejo con su amiga y con su marido. Oh, lo siento —dijo el detective Broumas—. Su ex marido, ¿no es así?

Asentí con la cabeza. Acababa de bajar de la tarima y ya necesitaba con urgencia una silla. Me apoyé, con la mayor naturalidad de la que fui capaz, contra el borde enmoquetado de la tarima.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevan divorciados?

—Más de veinte años —respondí.

—Mucho tiempo.

—Tenemos dos hijas.

—Y siguen lo suficientemente unidos como para que viniera a arreglar la ventana de su madre.

—Sí.

—¿Desde Santa Bárbara?

—En realidad, ha venido a ver a su...

El detective Broumas me interrumpió.

—Sí, sí, me ha dado un nombre. Vamos, Charlie.

Me incorporé y caminé hacia la puerta. Me acordé del juego de la sombra al que las niñas jugaban de pequeñas, en el que una de ellas caminaba por delante de la otra, girando a la derecha cuando la otra giraba, inclinándose hacia la izquierda cuando la otra se inclinaba, de modo que la que iba delante no lograra ver a la que hacía de sombra.

Vi a Natalie y a Jake hablando en la sala de enfrente. Ambos estaban sentados en la primera fila de la que era una clase más tradicional, en la que se impartía historia del arte y teoría del pensamiento occidental. Los pupitres eran de color amarillo limón pálido y tenían los bordes redondeados.

Vi a los policías alejarse por el pasillo, el detective Broumas unos pasos por detrás de los dos agentes de uniforme. Hablaba por teléfono. Oí que decía «lazo de pelo» con tono autoritario y después la palabra «trenza».

Jake, sentado de cara a la puerta, me vio primero.

Natalie se volvió torpemente y me miró.

—A veces creo que no te conozco —dijo Natalie.

Noté que se me revolvía el estómago. Comencé a hablar pero entonces vi a Jake, que negaba vigorosamente con la cabeza y articulaba un «no» silencioso.

En ese caso, solo había otra cosa a la que Natalie pudiera estar refiriéndose. ¿Por qué se lo habría contado?

—Lo siento —dije.

—Lo conoces desde que era un crío.

No me importaba. Muchos cincuentones se acostaban con treintañeras, y estaba segura de que entre ellos habría quienes habían conocido a sus conquistas desde que eran niñas. Por desgracia, en aquel momento solo pude acordarme de John Ruskin y de la pequeña de diez años Rose la Touche.

—Fue algo mutuo.

—Por favor —escupió Natalie.

Volvió la cabeza hacia la pizarra. Le seguí la mirada. Algún estudiante había aprovechado que la clase estaba vacía para dibujar un gigantesco pene. La caricatura que le hacía una felación se parecía muchísimo a Tanner.

—¿Te has acostado con Hamish? —preguntó Jake con expresión de incredulidad.

—Ayer por la noche, en el coche de ella —dijo Natalie—. ¡Lo he llamado para contarle lo de tu madre y me ha salido con eso! Dice que está enamorado de ti.

—¿Le has dicho a la policía que estuve con él? —pregunté, consciente de que aquello contradecía mi versión.

—¿Eso es lo único que te importa? ¿Es todo lo que vas a decir?

Jake me miraba fijamente.

—Lo llevaste al lugar con vistas a Limerick. —No era una pregunta. Asentí.

El vestido de Natalie, como solía sucederle, se había aflojado y la tela que se solapaba sobre el pecho se había abierto, dejando al descubierto su sujetador y su generoso escote.

Comparada con ella me sentía como una ramita que pudiera partirse con una pisada: quebradiza, frágil, combustible. Pasto del fuego o de la lujuria.

—La autopsia está programada para esta tarde —anuncié—. No la mataron en el lugar en que encontraron el cuerpo.

Natalie se levantó. Caminó hacia mí.

Agaché la cabeza para evitar su mirada.

—Supongo que debería felicitarlo. Hamish llevaba mucho tiempo queriendo estar contigo.

—¿Y qué me dices de mí? —pregunté.

—¿La verdad?

—Sí.

—Estoy harta. Harta de vivir en esa estúpida casa, de este trabajo, y estoy saliendo con alguien.

—Un contratista de Downington.

—Por supuesto, no lo apruebas.

—Ahora mismo no estoy en posición de juzgar a nadie. Natalie me posó una mano en la mejilla. Un gesto que, como bien sabía, también era habitual en Hamish.

—Pero lo haces —respondió.

Salimos de la Cabaña de Arte. Mis articulaciones soportaban el dolor de la tensión, producto de los acontecimientos de la noche anterior, las poses y el interrogatorio de la policía. Me moría por salir y regresar al lugar con vistas al roble podrido de detrás del edificio donde había estado por la mañana.

—¿Te acuerdas de los muñecos de madera de mi padre? —le pregunté a Natalie. Estábamos en el aparcamiento. El coche rojo de Jake refulgía bajo el sol.

—Sí.

Los había visto una vez, poco antes de que por fin derribaran el edificio. Jake los conocía solo de oídas.

—Para él eran más reales que mi madre y que yo. —Me da asco mirarte —dijo.

Hurgó en su bolso en busca de las llaves. No costaba encontrarlas. Como las había perdido en infinidad de ocasiones, Hamish le regaló un llavero coronado por un enorme gato rojo.

Jake trató de llenar el silencio.

—Sarah llega hoy de visita. Me temo que no podremos recibirla con las mejores noticias.

Se había metido las manos en los bolsillos, algo que siempre hacía para tranquilizarse. No sé por qué razón me acordé de la camiseta que llevaba debajo del jersey: «esto es vida».

—Yo me voy a Nueva York con mi contratista. Quiere presentarme a su madre —le dijo a Jake.

A mí no me miraba. De repente me había convertido en la desequilibrada y ellos en los ciudadanos rectos. ¿Había matado a la única persona que, comparada conmigo, me hacía parecer cuerda?

Momentos más tarde estaba acurrucada en el asiento trasero del coche de Jake, igual que la noche anterior lo había estado en el mío. Natalie se había alejado sin despedirse de mí.

—Cuídate —le dijo a Jake.

—Ha sido estupendo volver a verte, Natalie.

—Sí, supongo —respondió.

Jake arrancó y cerré los ojos. Haría el viaje en el asiento de atrás como cuando era pequeña y mi padre conducía y no había nadie en el asiento del copiloto. No le había contado a Natalie lo de mi madre y ahora sabía que no lo haría jamás.

Después de que lo que quedaba de Lambeth fuera derruido para construir una nueva carretera de circunvalación y un centro comercial en las afueras, escribí un verso para mi padre: «Todos han desaparecido, solo quedo yo; y para mí, nada ha desaparecido». No me acordaba de quién lo había dicho ni en qué contexto.

Cuando Jake dejó de dibujarme creí que su fascinación por el modo en que el hielo cubría las hojas o en que las moras aplastadas se mezclaban con la nieve y dejaban un tinte viscoso sería un capricho pasajero. Pensé que volvería a mí. Pero entonces comenzó a hacer figuras de tierra y hielo, palos y huesos, y se olvidó de la carne humana.

Emily descubrió una de sus vulgares primeras esculturas y se quedó maravillada. Estaba hecha de una mezcla de hierbas y tierra, la hierba seca del invierno como estructura de paja para evitar que el barro se desparramara. De no haber sido por el entusiasmo de Emily, me habría protegido

una mano con algo y la habría tirado al váter. Me parecía un pedazo de mierda de lo más particular, allí de pie, detrás de la taza. Pero como Emily me había hecho ponerme de rodillas, y la había llamado «bonita», tuve ocasión de fijarme bien.

Jake había hecho una pequeña escultura. Mientras la observaba con la boca abierta, Emily, hasta entonces de rodillas junto a mí, cambió rápidamente de posición como solo podía hacerlo el cuerpo de un niño, se sentó con las piernas extendidas y comenzó a darse palmadas de alegría en los muslos rollizos.

—¡Papi! —gritó.

—Le tiene miedo al váter, Helen —dijo Jake más tarde, cuando ya había recogido el ofensivo objeto y lo había colocado en la pequeña bandeja de cerámica en la que dejaba las llaves y las monedas al llegar a casa.

—¿Y es así como te propones quitárselo? ¿Haciendo burros de mierda?

—Es barro, y se supone que es un dragón.

Por aquella época, si quería hablar con él tenía que detenerlo en algún punto entre la puerta de la pequeña casa que habíamos alquilado y la ducha. Empezaba a desvestirse en la entrada, quitándose capas de bufandas y sombreros, la parka, el chaleco y las camisas a cuadros de lana gruesa, de modo que cuando llegaba a la habitación tenía ya el aspecto de una persona normal lista para sentarse a la mesa.

Aquel día lo había perseguido desde la puerta hasta la habitación, sosteniendo en alto la bandeja de cerámica en la que se apoyaba la escultura.

—¿Le ha gustado? —preguntó cuando llegábamos a la habitación. Llevaba su viejo jersey de lana encima de otro de cuello alto, y lo sabía porque todas las mañanas, en la penumbra, lo observaba mientras se vestía, capas ocultas de camisetas y calzoncillos largos. Lo primero que se quitaba al entrar en casa eran las botas, pero su mitad inferior seguía cubierta por los viejos pantalones militares que se había comprado en un establecimiento de restos de serie y unos tupidos calcetines de lana con aspecto de raspar como un cactus que le obligaban a ponerse un forro entre ellos y los pies, cuarteados por el frío. En las manos no llevaba protección, seguro de que con el tiempo se acostumbrarían al frío y él se volvería más diestro, podría pasar más horas fuera y sería capaz de trabajar más los detalles de sus obras.

—Pues claro que le ha gustado —respondí negándome a señalar lo evidente, es decir, que a cualquier niño, por asustadizo que fuera, le encantaría encontrarse un animal de barro junto a la taza de un váter semi impoluto.

Se volvió hacia mí. Tenía las mejillas permanentemente encendidas allí donde le daba el aire, entre la gorra de lana, encajada hasta las cejas, y la bufanda, que se anudaba a la altura de la nariz. Sus ojos azules, un tanto llorosos por el calor que emanaba del suelo de la casa, me parecieron transparentes.

—Eso es lo único que pretendía. Hacerla reír cuando se encontrara cara a cara con esa cosa.

No podía decirle que estaba celosa, no de mi hija, sino de los objetos que había empezado a hacer, como tampoco podía rogarle que siguiera dibujándome.

Se quitó de una vez todas las capas de camisetas y ropa interior afelpada y las lanzó sobre la cama, después se dirigió al baño y abrió el grifo de la ducha. Lo seguí hasta el plato de la ducha,

vestida de arriba abajo.

—¿Qué haces, Helen? —preguntó entre risas.

—Fóllame —respondí.

No me planteaba qué me estaba sucediendo. Había empezado a perseguir a mi marido como alguna vez había perseguido a mi madre, intentando estar a su altura, una niña sombra que se esforzaba por ser lo que creía que ellos querían que fuera.

Noté que Jake cruzaba el badén que había justo antes de llegar a la puerta principal de Westmore.

—Siéntate y habla conmigo —dijo—. Sé que estás despierta.

Me incorporé apoyando el brazo en el asiento como si estuviera en clase de yoga y abandoné la posición del cadáver, muy apropiada en aquella situación.

Me miró por el retrovisor.

—¿O sea que después de asfixiar a tu madre decidiste seducir al hijo de Natalie? ¿En ese orden?

—Sí.

Jake meneó la cabeza.

—Ahora te dedicas a jugar con niños.

—Tiene treinta años.

—Bueno, la mía tiene treinta y tres —dijo.

—¿La tuya?

—Se llama Fin.

—¿Fin? ¿Qué clase de nombre es ese?

—El mejor nombre posible, si tenemos en cuenta que su padre le puso Finea y la llamaba Fini. Trabaja en el museo de arte de Santa Bárbara.

—¿Y cómo es? —pregunté.

—¿No deberíamos hablar de otro tema?

—¿Como la cárcel?

—Como de qué vamos a decirle a Sarah.

Aparcó al otro lado del Burger King. Había una tienda en la que nunca había entrado que se llamaba Four Corners.

—¿Quieres algo? —preguntó. Negué con la cabeza.

Me fijé en que Jake le sujetaba la puerta a una joven madre que empujaba un carrito y llevaba otro niño en brazos, y recordé que mi madre le había dado mi número de teléfono al hombre que había cavado los canales de drenaje aquella primavera.

—Te tengo dicho que no des mi número sin preguntármelo antes —le dije. En aquel momento el hombre ya me había llamado tres veces.

—Tu sórdida vida es tu sórdida vida. Si no te gusta no deberías vivirla.

Fue así de sencillo. Se quedó de pie en su cocina y me lanzó la invitación velada de que terminara con mi vida. ¿Cuándo era consciente y cuándo no de lo que decía?

Me pregunté qué ritmo sonaba en el interior de la cabeza de mi padre cuando levantó la pistola. Se había caído de frente por las escaleras, la sangre dibujando un arco ascendente y

formando un reguero cada vez menos intenso a lo largo de la ondulante superficie de la escalera. Lo había hecho delante de ella. ¿Le habría rogado mi madre que se detuviera o le habría rogado que lo hiciera, dirigiendo sus pensamientos como un policía de tráfico?

Bajé del coche y cerré la puerta. Vi que Jake salía de la tienda.

—Cigarrillos —dijo—. Este es el efecto que tienes sobre mí. Sube.

En aquella ocasión me senté a su lado.

Cerró la puerta.

—Esta mañana he visto un parque a la salida de la carretera, a medio camino entre aquí y tu casa. Necesitamos ir a un lugar en el que podamos hablar.

Asentí mientras arrancaba.

—La señora Leverton habría sido una testigo —dije cuando avanzábamos de nuevo por la carretera—. Nos vio a las dos ayer por la noche en el porche lateral. Estuve allí con mamá antes de usar la toalla.

Jake guardó silencio. Sentí la brisa de la noche anterior. Vi las ramas de los árboles que ondeaban al viento, la luz sobre la puerta trasera de Cari Fletcher, los sonidos sordos de su radio. ¿Había estado su hija, Madeline, con él esa noche? ¿Habría visto algo?

—Ahí está el parque del que te he hablado —dijo Jake.

Salimos de la carretera y tomamos la ruta de acceso hasta llegar a un pequeño parque triste lleno de mesas de madera y basura. Daba la impresión de que las parrillas de hierro forjado que descansaban sobre los bloques de cemento llevaban muchos años sin que nadie las utilizara. Aparcamos en la pendiente y salimos del coche.

—Pensilvania me deprime —dijo Jake.

—Puede que pase lo que me queda de vida en Pensilvania.

Jake se plantó sobre un trozo de tierra cubierto de hierba y malezas y arrancó el celofán de su paquete de Camel. —¿Quieres uno?

—No, gracias —respondí—. Ya tendré tiempo de viciarme en la prisión de Graterford o en su equivalente para mujeres.

—Joder. —Dio una larga calada al cigarrillo, casi como si fuera un porro, y expelió el humo por la nariz en lugar de por la boca—. Creo que lo saben, Helen. Tenemos que decidir qué vamos a decir.

—¿Te casarás con Fin? —pregunté.

—Helen, estamos hablando de nuestro futuro ingreso en prisión.

—Del mío.

—La ventana, la coartada compartida, ¿me sigues?

—Cuéntales la verdad si tienes que hacerlo. No te pasará nada.

—No.

—Tiene sentido. Fui yo quien la mató. Tú solo entraste para asegurarte de que estaba bien.

—Me hicieron preguntas sobre tu estado mental —dijo, mirando distraído el cigarrillo como si alguien se lo hubiera colocado en la mano.

—¿Qué dijiste?

—Que estás totalmente cuerda.

Se acercó a mí y me rodeó con un brazo. Me estrechó contra él y me acomodé en su cuerpo, mi hombro encajado debajo de su axila como en tantas ocasiones.

—Eres...

—¿Soy qué? —pregunté.

—Increíble. Siempre lo has sido.

Frente a nosotros, entre dos barbacoas en desuso, se levantaba un pequeño árbol joven que el ayuntamiento había plantado hacía poco. Recordé haber leído algo sobre una discusión acerca de los pros y los contras; embellecer el entorno con árboles contra la opción de invertir más dinero en las escuelas. Un soporte metálico rodeaba el tronco de aquel árbol, y me pregunté si alguien se acordaría de retirarlo antes de que estrangulara lentamente al árbol.

—Pobre infeliz —dijo Jake.

—¿Yo o el árbol?

—Tu padre, en realidad. ¿Pensaste que te casabas con él cuando lo hiciste conmigo?

—Quería tu atención.

—La tuviste —respondió.

—Por muy poco tiempo.

—Era mi trabajo. No tenía nada que ver contigo.

Agachó la cabeza y nuestros labios se encontraron. Nos besamos de manera que, aunque fugazmente, hizo que me sintiera elevarme por encima del mundo en que la disciplina y la furia, el valor y la determinación me habían guiado durante semanas y años. Después se quedó mirándome.

—Tendré que contarles todo lo que sé.

—Creo que deberías.

—¿Y qué hay de las niñas?

—Yo se lo diré a Sarah —dije—. Y a Emily.

—Emily no lo entenderá, ya lo sabes.

—¿Crees que le importará que fuera tan mayor?

—¿A Emily?

—A la policía.

—No hay ningún atenuante de ese tipo, que yo sepa. Supongo que depende de cómo lo enfoque el abogado.

—No conozco a ningún abogado.

—No pensemos en eso ahora, ¿de acuerdo?

—Debería haber continuado yendo a terapia —dije.

—¿Por qué lo dejaste?

—Las estanterías de aquel hombre estaban llenas de libros de I. B. Singer, y las estatuas moldeadas a la cera perdida que adornaban las mesas eran estilo Holocausto. Montones de troncos de gente torturada envueltos en alambre de espino y clavados en palos. Yo estaba allí, hablándole de mi madre, y cada vez que levantaba la vista me encontraba con la presencia amenazante de un torso sin brazos ni piernas.

Jake se rió. Avanzamos hacia el árbol y nos sentamos en el suelo cubierto de maleza. Encendió otro cigarrillo.

—Además, le encantaban los juegos de palabras. Le hablé de la ciudad de mi padre, de la inundación, y él me miró con los ojos fuera de las órbitas, como si fuera un gato con un ratón, y dijo: «Eso es, ¡*desahóguese!*!».

—¿Cómo? —preguntó Jake.

—Lo que oyes. ¿De qué me servía a mí eso? Me gasté miles de dólares y solo sirvió para que le cogiera manía a Philip Roth.

—Hay otros psicoterapeutas.

Empecé a arrancar la hierba que tenía debajo, algo que una vez le había dicho a Sarah que no debía hacer.

—Yo también recurrí a alguien durante un tiempo —dijo Jake—. Una pista: llevaba leotardos a lo Pipi Calzaslargas.

—¿Frances Ryan? ¿Fuiste a ver a Frances Ryan? —Me quedé mirándolo con incredulidad.

—Me ayudó cuando te marchaste.

Frances Ryan se había licenciado en la Universidad de Madison mientras nosotros estuvimos allí. Todo el mundo la conocía por sus inconfundibles leotardos.

—¿Aún los lleva?

—Hace por lo menos diez años que no la veo. No creo que esos leotardos funcionen pasados los cuarenta.

—Yo creo que no han funcionado jamás.

—Mejor que los torsos de mártires —dijo Jake pasándome el cigarrillo.

Aparte del asesinato y la seducción, en los últimos tiempos había limitado mis vicios hasta tal extremo que una sola calada bastó para marearme de inmediato. En terapia había trabajado el autodomínio, hasta que un fin de semana fui a la frutería y comencé a aporrear melones. Sostuve un cantalupo entre las manos y tuve la sensación de estar sosteniendo mi cabeza. El terapeuta había figoneado en mi interior hasta dejarme el cerebro hecho papilla.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Ir a recoger a Sarah. Ponernos en marcha. Creo que es lo único que podemos hacer hasta que se pongan en contacto con nosotros.

—O entregarnos.

A nuestras espaldas oímos que aparcaba un coche. Ambos nos volvimos. Era una camioneta que llevaba dos paneles de vidrio reflectante sujetos a la parte de atrás. El conductor apagó el motor pero dejó la radio conectada. Se oía un programa de llamadas en directo. El rencor se filtraba a través de las ventanas abiertas. —Hora de comer —dijo Jake.

Lo observé mientras terminaba de fumar. Pensé que siempre me había parecido ridículo con un cigarrillo, algo femenino, como si declamara tumbado en un diván.

—Entonces, ¿te casarás con Fin?

Jake consideró la pregunta unos segundos.

—Es probable que no —respondió.

—¿Por qué?

—Es eficiente.

—¿Qué significa eso?

—Se le da muy bien organizar cenas y viajes.

—¿Y alimentar a perros?

—Hace mucho tiempo decidí trasladarles todo mi cariño.

—¿A Milo y a Grace?

—A los animales en general.

—Eso no es propio de ti.

—Ya ves cómo he terminado. —Sonrió—. Además, me gusta demasiado pasarlo mal. Ya lo sabes.

—Pobre infeliz —dije.

Me miró. Tenía los ojos como nunca antes se los había visto, como si se los hubieran reventado, aplastados por el peso de mi existencia.

—Yo te quería, Helen.

Lo que le había hecho, no solo a mi madre sino a todo el mundo, me pareció de repente infinito.

Emergió antes de que pudiera detenerlo. Un graznido estridente y roto, cercano al sonido de las arcadas, y después, de la nada, la cara cubierta de lágrimas. Mis senos nasales se inundaron, y la boca y la nariz se me llenaron de saliva, de flema. No podía esconderme, de modo que me cubrí la cabeza con las manos y me incliné hacia un lado para enterrar la cara en el suelo.

—No pasa nada, Helen —dijo Jake—. No pasa nada.

Noté que se arrodillaba a mi lado, su mano apoyada suavemente en mi espalda, después en la nuca. Hice cuanto pude para no sucumbir a su contacto. Sentía que apenas podía respirar, pero tomaba grandes bocanadas de aire. Lloraba, tosía, machacaba el suelo con el puño.

—Helen, por favor.

Me agarró la muñeca y lo miré.

—¡Lo he estropeado todo! ¡Todo! —grité.

El hombre de la camioneta había subido el volumen de la radio. No dejaban de entrar llamadas a favor de prohibir la inmigración ilegal.

—Tienes que controlarte. Hazlo por las niñas, por mí. ¿Quién sabe? Tal vez no pase nada.

En cierto modo, que no pasara nada me parecía aún peor. Que hubiera tan pocos indicios de que le había entregado mi vida a mi madre que pudiera incluso llegar a matarla y nadie lo descubriera. Al fin y al cabo, yo era insignificante. ¿Era aquel mi escarmiento? ¿O el hecho de que cuando me incorporé y Jake me limpió la cara con su camiseta observara que el hombre de la camioneta había aparcado a un lado, tres espacios más allá para, supuse, no tener que mirarnos mientras almorzaba? Primero me fijé en ello y después vi a una mujer en el vidrio reflectante sujeto a la camioneta. Era yo. Sentada en el suelo de un parque desierto de Pensilvania. Un hombre con el que me había casado, con el que había tenido hijos, intentaba tirar de mí hacia él. Vi el árbol y las barbacoas herrumbrosas y el borde de la carretera a mis espaldas.

14

Jake fue directo a por el vodka, y cuando levantó el cojín del mueble bar me fijé en que el Teléfono Rojo parpadeaba con urgencia por los mensajes acumulados.

—¿Quieres escucharlos?

—Sí.

Después del mensaje que había dejado Natalie el día anterior había uno de Emily, que decía haber dejado también un mensaje en el otro teléfono.

«Aunque por alguna razón este me parece más apropiado —continuaba el mensaje—. Recuerda que comienza una nueva y emocionante etapa de tu vida. Te llamaré más tarde, cuando haya metido a los niños en la cama».

—La mitad de lo que dice siempre me suena a bla, bla, bla —comenté.

Jake fue a la cocina a recuperar su vaso.

A continuación había uno de Sarah. Su voz llenó la casa con la fuerza que era habitual en ella.

«¿Mamá? Vete a la mierda, gilipollas. Perdona, mamá, es un desgraciado al que según parece le gustan los culos gordos. Oye, el otro teléfono comunica. Voy de camino a la estación Penn, tomaré el primer tren. Llegaré sobre las dos y media, ¿de acuerdo? Si no puedes venir a recogerme, cruzaré la calle y te esperaré en ese horrible T. G. I. Friday s, si es que sigue allí. Me tomaré unas patatas con queso. ¡Que te largues, gilipollas! Te lo advierto. Perdona, mamá. Dos y media, ¿de acuerdo? Adiós».

Me acerqué al mueble bar y esperé a que el contestador me dijera qué día y a qué hora había dejado el mensaje. Pensé que aquello marcaría el momento previo a que mis hijas supieran que había matado a su abuela.

Jake se quedó en la puerta del comedor, bebiendo vodka a palo seco en un vaso de zumo.

—Hoy ya vas por la segunda ronda —dije.

—No tengo normas para eso.

Pensé en la caja del sótano, la que contenía las cartas que mi padre me había escrito cuando Jake y yo pasamos dos meses fuera del país poco después de que naciera Emily. La universidad le había concedido a Jake una beca de movilidad y habíamos elegido el destino más tópico: París.

Mientras él visitaba museos o se reunía con otros pintores, yo recorría las calles con Emily colocada en una especie de cabestrillo al estilo centroamericano. Recordé el calor que hacía y lo sola que me había sentido. Aprendí a pedir un surtido de quesos y una cerveza en un bar y a llegar a la librería franco estadounidense. Recorría las mismas quince manzanas todos los días sin

hablar con nadie, adormilada por efecto del queso y el lúpulo, con el hombro adolorido por el peso del cabestrillo. Lo más importante, para mí, no era la oportunidad de visitar el Louvre ni de sondear las profundidades de Le Bon Marché, sino las cartas de mi padre en las que me contaba cómo eran sus días, el progreso de su huerto de especias o si había un solo búho o dos, señal de que el primero había recibido la visita de un compañero en los árboles que separaban la casa de la señora Leverton de la suya.

—Eso nos da dos horas —dijo Jake—. Voy a ducharme. ¿Qué le dirás, Helen?

—Aún no lo sé.

—Será mejor que lo pienses. Sarah no es tonta y esto no es como hablar con ella por teléfono.

—Emily —dije—. Llámala.

—No puedo.

—Hazlo —dijo, y salió de la habitación.

Una vez, cuando estaba en Seattle, Emily me mostró cómo sacaba las vitaminas de los botes y las metía en hermosas cajitas de porcelana que dejaba sobre un centro de mesa giratorio de madera de cerezo que había en una de las muchas encimeras de la cocina. Cuando cometí la torpeza de preguntarle cómo sabían los niños dónde estaban sus golosinas, Emily me respondió que el color penetraba en la memoria de los niños con mayor facilidad que las palabras, por lo que Jeanine ya sabía que la caja de porcelana azul era la que contenía sus golosinas.

Emily había ido por delante de mí toda su vida. Aprendió a vestirse y a atarse los cordones de los zapatos antes de que yo estuviera lista para renunciar a esas tareas, y tan pronto como tuvo oportunidad se empeñó en asumir responsabilidades. Si intentaba leerle un cuento o servirle cereales en un tazón, ella me arrancaba de las manos *Harold y el lápiz color morado* o el paquete de cereales y gritaba —con demasiada autoridad, me pareció siempre—: «¡Yo lo hago!».

Oí a Jake en el piso de arriba, en el baño de las niñas. Recordé que solía dejar los pantalones tirados en el suelo, allí donde cayeran. Presté atención al sonido de la hebilla del cinturón y de los bolsillos llenos de monedas al impactar contra el suelo. Cuando lo oí, descolgué el auricular del Teléfono Rojo y marqué el número de Emily.

Sonó tres veces.

No respondieron, pero oí que alguien respiraba al otro lado de la línea.

—¿Jeanine? Nada.

—Jeanine, soy la abuela. ¿Puedes avisar a mamá? Oí que soltaban el auricular en el suelo o sobre una mesa y el ruido de pequeños pasos que se alejaban.

—¿Hola? —dije.

Esperé durante lo que me pareció un rato largo.

—¿Hola? —repetí más fuerte.

Oí el agua de las cañerías por encima de mi cabeza. Jake se estaba duchando. Me fijé en que no había guardado la botella de vodka. Recordé que cuatro años antes había encontrado a mi madre acurrucada en el suelo del armario de la ropa blanca, después de haberla estado buscando por toda la casa.

—¿Qué haces? —le había preguntado.

—Me escondo.

La había sacado a rastras como si de un animal atrapado debajo de la casa se tratara. Se le había pegado una franja de polvo en el lado izquierdo del cuerpo. Y yo le había sacudido el camisón para limpiársela.

—¡Deja de pegarme! —había gritado—. ¡Deja de pegarme! Y yo había tenido que recordarle a la señora Castle que se asegurara de cerrar siempre el armario.

—Solo quería cambiar el mantel.

¿Por qué no le había dicho: «No lo entiende... mi madre se esconde en ese armario»?

Me apreté el auricular contra la oreja. Oí voces. Voces que procedían de la televisión. En Seattle, Jeanine estaba viendo la televisión, algún DVD, supuse. Emily y John tenían llenas de ellos las estanterías que yo opinaba que debían estar ocupadas por libros. Cuando le pregunté a John dónde guardaban los libros, se encogió de hombros. «¿Quién tiene tiempo para leer?».

Seguí a la escucha durante un rato. Imaginé las habitaciones. A juzgar por la proximidad del televisor, Jeanine tenía que haber descolgado el teléfono de la cocina. Me pregunté dónde estaría Leo. Emily. Sabía que John estaría trabajando, aleccionando a individuos poco interesados en el medio ambiente sobre las innumerables virtudes del plástico.

—La asfixié en el porche lateral —susurré al auricular. No hubo respuesta—. Le corté la trenza y me la llevé a casa.

Una sintonía de dibujos animados llenó la atmósfera de Seattle. Se oía una persecución.

Colgué el auricular. Pensé en la línea que atravesaba mi cuerpo y se extendía hasta llegar a Leo y a Jeanine. El parecido casi increíble que los ojos de Leo guardaban con los míos. El hecho de que la mandíbula de Jeanine me recordara tanto a la de mi padre. En su risa había parte de mí, y cuando cantaba, como acostumbraba a hacer, me recordaba a mi madre, rompiendo el silencio de casa con sus canciones cuando yo era pequeña.

Subí a mi habitación. Cuando era niña le había dicho a Emily que descendíamos de los Melungeon de Tennessee. Varios años más tarde supo que le había tomado el pelo, pero por un tiempo le hice creer que procedía de aquel extraño y perdido grupo de gente que se había aislado del mundo en las montañas del este de Tennessee. Un día había pasado frente al baño y la había encontrado buscándose alguna señal reveladora en la piel. En Sarah, me dijo, veía la frente ancha, los pómulos y el aspecto «casi asiático», pero en ella no reconocía nada.

En el sótano, junto con las cartas de mi padre, aún estaría el trabajo que Emily había entregado en tercero y en el que su profesora había garabateado un suspenso. Ya no recordaba el nombre de aquella mujer, Barber o Bartlett, algo que empezaba por «B». Había irrumpido en el instituto con el disfraz de mami que había elegido para la ocasión —un holgado pichi de pana y unos llamativos zapatos planos— y me había enfrentado a la profesora de Emily con todo mi poderío. El incidente había resultado en un aprobado para Emily y en la súplica de mi hija de que jamás volviera a hacer nada parecido. Seguía recordando los momentos en que defendía a mis hijas como los más felices de mi vida.

Oí a Jake haciendo gárgaras en la zona de las niñas. El leve olor a almizcle de su loción para después del afeitado me alcanzó mientras cerraba la puerta con llave.

Abrí el largo armario de mi habitación. La mayor parte de la ropa estaba al otro lado de la casa, en el armario que, progresivamente, había pasado de contener los zapatos y la ropa que

Emily utilizaba cuando venía de visita a convertirse en el lugar donde almacenaba todo aquello que no me volvería a poner pero de lo que no quería deshacerme. Sin embargo, las bufandas y los jerséis que mi madre había tejido a lo largo de los años, todos ellos asimétricos y desproporcionados, seguían en mi armario, metidos en una vieja bolsa de deporte de Jake. Allí estaba, un bulto verde caqui, mantenido en precario equilibrio sobre las dos cajas que había en la estantería de encima de la barra.

Me subí a un pequeño taburete que Sarah había hecho en clase de carpintería. Le di unos manotazos hasta que cayó rodando. No pensé en lo que hacía. Sabía que iríamos a recoger a Sarah a la estación. Sabía que la policía sabía más de lo que nos decía. Jake tenía razón, todavía quedaba una pequeña posibilidad de que no me descubrieran, pero me había dado cuenta, en algún momento de aquella mañana, de que ya no me importaba si lo hacían o no. Eran mis hijas las que al final tendrían que juzgarme y las dos debían saberlo. No podría engañarlas y tampoco quería hacerlo.

Tiré de la pesada cremallera dorada de la bolsa y saqué el triste montón de labores de punto de mi madre.

«¿Por qué todo lo que teje parece vómito?», preguntó Sarah unas navidades. Las niñas eran ya mayores y aquel año mi madre se había superado a sí misma y les había hecho un abrigo a cada una. Había utilizado una variedad de hilos para formar un diseño estriado que, en efecto, aunque pretendía tener un aire otoñal, parecía más bien intestinal.

Distinguí fácilmente uno de esos abrigos, lo volví a meter en la bolsa y lancé el resto de las labores sobre el archivador que tenía en el rincón. Después eché un vistazo a mi montón de zapatos desordenados y elegí las viejas zapatillas de deporte que me ponía para trabajar en el jardín. Oí que Jake se acercaba por el pasillo. Tres camisas. Encima del tocador, camisetas de felpa, ropa interior, un jersey de cachemir. Llevaba puestos mis mejores vaqueros y metí un segundo par en la bolsa. En el último cajón estaban las enaguas y un chándal de nailon con franjas reflectantes que me había parecido elegante en la tienda. Metí el chándal en la bolsa de deporte y cerré la cremallera.

Jake llamó con suavidad a la puerta.

—Helen, ¿estás despierta?

Solté la bolsa en el suelo y cerré el armario.

—Claro —respondí.

Ví que el pomo se movía. —Está cerrada.

Cuando abrí la puerta Jake tenía los ojos vidriosos y estaba un poco inclinado hacia la derecha.

—¿Te has llevado el vodka a la ducha? —pregunté, y lo guié de la mano hasta la cama, donde se dejó caer pesadamente.

—Tumbate y cierra los ojos un rato —dije—. Te despertaré cuando tengamos que ir a por Sarah.

Asintió con la cabeza.

—Estoy muy cansado.

—Es normal. ¿Dónde está la botella?

—No bebas, Helen —me advirtió—. Tienes que estar sobria. Sonreí.

—Ya lo sé. Solo quiero dejarla en su sitio.

—Deberíamos llamar a Fin. Fin podría ayudarnos.

Le puse una mano en el pecho y empujé. Cayó de espaldas sobre la cama. Entonces levantó las rodillas y se acurrucó entre el revoltijo de sábanas.

—Eres un encanto —dije.

—A Milo y a Grace les gusta lamer la cara —dijo—. Y a Fin no le gusta.

Agarré una almohada y se la coloqué debajo de la cabeza. —Duerme un poco —dije.

Momentos después oí que su respiración dejaba paso a unos suaves ronquidos. Me acerqué para tocarlo. Recordé que me había olvidado de meter calcetines en la bolsa pero no quería arriesgarme a despertarlo. Caminé de puntillas hacia el armario, levanté la bolsa, me dirigí a las escaleras por el pasillo de atrás. —«¿Quién sabe? ¿Caracas, tal vez?»—, y llegué al garaje. Encajé la bolsa entre la cortacésped y los cubos de plástico de la última vez que había pintado la casa. Allí nadie la vería.

Había preparado con antelación una bolsa para ir al hospital poco antes de nacer Sarah. Me había llevado un día entero. Cepillo de dientes nuevo, camisón nuevo e incluso una polvera, porque en todas las fotos en que aparecía con Emily en brazos tenía la cara brillante por el sudor. Había sido una de las pocas madres, dijo el médico, que había tenido más problemas en el segundo parto que en el primero.

—Por mi enorme cabezota —decía Sarah.

—Por tu enorme y hermosa cabezota —la corregía yo.

Me fijé en que la bolsita de veneno que había dejado unos días antes no estaba en su sitio, junto a los cubos de basura. Permanecí inmóvil unos segundos y escuché con atención. Donde fuera que el ratón hubiera logrado arrastrarse, ya estaría muerto o a punto de morir.

De vuelta en el piso de arriba, vi la botella de vodka en la repisa de la ventana de la habitación de Sarah. Aún quedaba por lo menos un tercio. Jake siempre había necesitado poco para emborracharse. En nuestra primera cita de verdad, un profesor titular muy ingenioso lo había retado a beber y al cabo de una hora Jake ya estaba en el suelo.

Me esmeré en arreglar la habitación para Sarah. Aún tenía el tono lavanda que había querido años atrás. Las otras habitaciones las habíamos repintado de blanco, incluida la de Emily.

Alisé con movimientos bruscos la colcha morada para eliminar las arrugas del lugar en que Jake se habría sentado para ponerse los zapatos. Adelanté una hora el reloj, lo que no había hecho el día que correspondía, y utilicé el borde de mi jersey para quitarle el polvo a los objetos que tenía sobre la cómoda.

En aquella habitación, tres años antes, había sufrido un brote de violencia del que jamás me habría creído capaz. Sarah se había presentado con un chico llamado Bryce que me había dado mala espina nada más conocerlo en la estación. Un petimetre que, según él, procedía de una antigua familia de Connecticut. Nada de lo que dijo me pareció demasiado interesante y después de la cena, en la que no dejó de hablar de sí mismo, me retiré a mi habitación y les dejé la casa a su entera disposición.

La primera bofetada sonó como un disparo lejano. La segunda me obligó a incorporarme en la

cama. Oí a Sarah en la actitud de alguien que intenta con todas sus fuerzas guardar silencio pero no puede contenerse. Llegado ese momento ya había recorrido media casa en camión, armada con el bate de béisbol que mi padre me había dado para protegerme.

Sarah me había hecho jurar que lo mantendría en secreto. Emily y Jake no podían saber que había permitido que un hombre le pegara. Cuando Bryce me vio blandir el bate y soltarlo con todas mis fuerzas contra el marco de la puerta salió de casa disparado.

Me senté en el suelo de la habitación de Sarah y me tumbé sobre la alfombra. Sin pensar en ello, realicé la serie de estiramientos que había hecho todas las mañanas de los últimos quince años.

A la una y media volví a mi habitación y encontré a Jake dormido en la misma posición. Susurré su nombre, pero ya había decidido que saldría sin él. Dejé una nota en la encimera de la cocina en la que le decía que volvería con Sarah. Guardé la botella de vodka en el mueble bar y justo cuando me disponía a meter el Teléfono Rojo y el cojín, me detuve. Arranqué el cordón de la pared y lo tiré a la basura.

Me planteé llevarme la bolsa de deporte pero al final decidí no hacerlo. Aún no estaba preparada. Si podía, me gustaría prepararle a Sarah la cena y despertarla al día siguiente con una cafetera llena que nos tomaríamos entre las dos.

Nunca había logrado acostumbrarme a la hora punta en la periferia, el momento en que los niños salían de la escuela y los coches de los padres se amontonaban en fila delante de la misma. En los años en que mis hijas iban y venían, el sistema de recogida de niños a las puertas de la escuela, alimentado por historias de secuestros, había alcanzado gran popularidad. Aun así, mientras bajaba por la calle donde se encontraba la escuela de primaria Lemondale, me alegré de ver al menos tres o cuatro autobuses amarillos aparcados al borde de la acera.

En Crescent Road me paró una guardia de tráfico con aspecto matronil ataviada con un fajín blanco y un silbato, el equipo completo. Observé a un grupo de niños pequeños —los «parvulitos», como los llamaban en Lemondale— que desfilaban frente a mi coche dibujando un movimiento ondulante que me recordó al de las nubes volátiles de los mapas meteorológicos que se veían en televisión. Solo unos pocos caminaban en solitario, las cabezas agachadas, los hombros hundidos por las mochilas. Los otros corrían o se tiraban de los abrigos y las camisas entre sí, soltaban las mochilas y gritaban insultos y provocaciones a los que estaban en el otro lado. Seguí adelante.

Pasé frente a la antigua tienda de música, ahora convertida en El Reino de las Magdalenas, donde hacía tiempo le había comprado a Emily su odiado clarinete. Recordé la época en que las niñas eran pequeñas y se presentaban en casa con todos sus amigos y no dudaban en pedirme que preparara sándwiches al gusto de cada uno. Uno quería mayonesa, otro solo mostaza. Una amiga de Emily, decepcionada con su sándwich, había venido a la cocina y me había aclarado la diferencia entre la gelatina, que ella había pedido, y la mermelada, que yo le había dado.

El tren que a Sarah le venía mejor tomar desde Manhattan tenía parada en Paoli. De ese modo evitaba tener que hacer transbordo en Filadelfia y llegar con la compañía Amtrak. En lugar de cruzar el puente y esperarla en el lado donde bajaban los pasajeros, eché un vistazo a mi reloj. Conté los minutos y aparqué en doble fila frente al Starbucks.

Entré con paso decidido en la estación y me acerqué al mostrador de la Amtrak. Pedí una hoja de horarios para el Corredor Nordeste. Pasé frente a la taquilla de la SEPTA y en el último momento se me ocurrió llevarme un par de folletos de horarios. Lo hice de manera automática, como había hecho los estiramientos, como había llenado la bolsa de deporte y la había escondido en el garaje. Mi cerebro se había dividido en dos, una mitad concentrada en las tareas que formaban parte de la normalidad —recoger a mi hija en la estación— y la otra concentrada en la huida.

Regresé al coche y di media vuelta. El hecho de conducir aquel coche rojo de alquiler me hacía sentir que llamaba la atención, pero estaba aparcado en la entrada del garaje y bloqueaba cualquier otra posibilidad. Recordé la promesa que le había hecho a Hamish —que lo vería aquella noche— y me pregunté si me había vuelto loca. Imaginé a Natalie vestida de policía de tráfico, con una señal de stop en la mano, impidiéndome el paso.

Sarah estaba en las escaleras del andén, inspeccionando la zona de aparcamiento. Llevaba un abrigo de borreguito hecho trizas debajo del que alcancé a ver mis viejas botas camperas, que se había agenciado la última vez que había venido de visita.

—Son tan hippy retro al estilo urbano —había comentado—. No puedo creer que te las pusieras.

Cuando le dije que todo apuntaba a que a partir de entonces sería ella quien se las pusiera, Sarah respondió:

—Sí, pero no pienso llevarlas en plan serio.

Llevaba dos trenzas que le llegaban a la cintura y en lo alto de la cabeza lucía lo que parecían una infinidad de clips de bisutería. No reconocería el coche, así que avancé hacia ella con la cabeza inclinada sobre el asiento del copiloto y grité su nombre.

—¡Mamá! ¡Dios mío, este es el coche de un perverso! —dijo mientras lanzaba su bolsa en el asiento trasero y se sentaba a mi lado.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla. Lo sentí cargado de energía, como si hubiera estado frotando los pies contra una alfombra.

—Lo siento —dijo.

Salimos del aparcamiento.

—¿Qué tal el viaje en tren? —pregunté.

—¿A qué viene esto? ¿La crisis de la madurez, o algo así? ¿Te ha dado por un deportivo? Creía que solo los hombres hacían estas cosas.

—A las mujeres les da por el Botox.

—Entonces, ¿a qué viene?

—A decir verdad, no es mío. Es de alquiler.

—Este olor. ¿Tendría que habérmelo imaginado! ¿Dónde está el tuyo?

Nos detuvimos en un semáforo frente a Automóviles Roscoe y una oficina de correos. «Coche y correo —pensé—. Trenes». —Tu cabeza parece una bola de discoteca —dije—. No cambies de tema.

Me encantaba provocarla. Habíamos jugado a ello desde que era pequeña, a sacarnos de quicio, a ver quién soltaba la mayor exageración. Sarah, no me cabía duda, había aspirado a

convertir aquella habilidad en un arte. Era una niña sofisticada, de salidas ocurrentes. Si Emily destacaba por su carácter imperturbable, Sarah lo hacía por su habilidad para desviar cualquier tema de conversación. De ese modo, nadie esperaba una respuesta en serio cuando se le preguntaba cómo le iban las cosas. Y esa misma actitud había adoptado en las clases de canto. Cantaba bastante bien, pero... y ese «pero» contenía todo lo demás, un fuerte magnetismo y lo que yo temía pudiera ser un indicio de la locura de nuestra familia. —Cuéntame la historia —dijo.

Pasamos frente al hospital y aceleré. Era evidente que se sentía bien. Tenía las mejillas sonrosadas como si hubiera estado corriendo. Pero Sarah no corría. No hacía ejercicio. A ella no le iba lo que solía denominar mis «palizas en el gimnasio». A veces se mataba de hambre, otras se hinchaba a comer. Bebía y fumaba, y no me cabía ninguna duda de que también hacía otras cosas.

—Hay mucho que contar —respondí—. Prefiero no ir a casa todavía. Tu padre necesita descansar. Tal vez sea más fácil si estamos a solas.

—Cuánta intensidad —dijo.

—Iremos a algún sitio y te contaré todo lo que quieras saber. —¡Vaya! —exclamó, y no dijo más.

Mientras pasábamos por delante del bar Easy Joe's me fijé en que se tocaba los clips uno por uno. Los recorría con el índice y el pulgar y después comprobaba que no se hubieran movido de su sitio.

—¿Por qué te has hecho trenzas? —pregunté.

—Bueno, no lo sé. Tenía el pelo húmedo. ¿Te gusta?

—Me recuerdas a tu abuela.

—Eso es un no, entendido.

Sabía muy bien adonde me dirigía. Hamish había sido la primera persona con la que había ido allí en muchos años. Durante el día las extensiones de cultivo eran un regalo para la vista, pero más adelante las torres asomaban entre las copas de los árboles y arruinaban la panorámica.

Cuando pasamos frente al Ironsmith Inn y giré a la izquierda para subir la colina, Sarah soltó un suspiro.

—¿No tenemos tiempo para una Schlitz? —preguntó con pesar.

Sin mirar por el retrovisor, di marcha atrás y me metí en el aparcamiento de la tienda.

—Que sean para llevar. Y rápido —ordené.

—Me gusta esta nueva faceta de tu personalidad —dijo Sarah entusiasmada.

Recogió mi bolso del suelo y salió del coche. Nadie podría decir que a la hora de dar malas noticias no me preocupara por contentar a la gente.

La vi por la ventana, hablando con Nick Stolfuz. Sarah movía las manos y trazaba un enorme círculo por encima de la cabeza. Nick se rió y dejó en la barra un paquete de seis latas junto al cambio. Antes de abrir la puerta del coche se volvió para saludarlo.

—¿De qué iba eso? —pregunté.

—Le estaba hablando del desfile de Acción de Gracias de Macy's. Salí del aparcamiento y retomé la carretera. Sarah levantó la anilla de una lata de Schlitz y sorbió la espuma.

—¿Y cómo ha salido el tema?

—Le he dicho que vivía en Nueva York. Está deseando poder ir algún día al desfile.

—Las cosas que se aprenden.

Pasamos por debajo del túnel abovedado y llegamos al otro lado.

—Tienes que poner interés, mamá. Nick está soltero, yo que tú...

—No, gracias.

—Mierda —dijo, y se dio una palmada en la pierna—. Podría haber sido dueña de un bar. ¿Vamos a la atalaya a ver las torres? —preguntó, tratando de orientarse.

—Sí.

—Donde hay patrón no manda marinero —respondió. Un refrán que yo le había enseñado.

Salí de la carretera y avancé por el camino de grava en que la noche anterior me había acostado con Hamish en mi coche. Me gustaba aquel coche alquilado, el ambientador en forma de árbol que oscilaba colgado del encendedor.

Apagué el motor.

Sarah tomó un sorbo de cerveza.

—¿Puedes abrir las ventanas?

—Aún mejor, salgamos de aquí —dije.

—¿Una cerveza?

—No.

De todas formas se metió una lata en el bolsillo del abrigo.

Cuando me levanté me fallaron las rodillas, di un traspie y tuve que volverme y apoyar las manos en el techo del coche para mantenerme en pie. Sarah se acercó corriendo.

—Mamá, ¿estás bien?

Había visto una serie de policías en la que el rasgo más característico del poli malhablado era empujar al sospechoso contra el coche con tal fuerza que siempre hacía un ruido descomunal. Veía aquella serie con mi madre y cada vez que se repetía aquella escena no lográbamos contener la risa. Los llaman «tipos duros», dijo mi madre una noche, y yo pensé que nuestros momentos de calma eran tan escasos que incluso por una estúpida serie como aquella debía sentirme agradecida.

—Soy débil, Sarah.

—¿Débil? ¿A qué te refieres?

—Soy una persona débil.

Hice acopio de todas mis fuerzas. Ya había comenzado.

—Demos un paseo —dije, y crucé la carretera.

En todas las veces que había conducido hasta allí, jamás había puesto los pies en Forche Lane, pero en aquel momento decidí que sería por donde Sarah y yo pasaríamos. Era una carretera privada de un solo carril llena de baches de los que sobresalían hierbajos y matas.

—¿De qué hablas, mamá? Ve más despacio.

—Me alcanzó, aún con la lata abierta en la mano.

—Si he de contártelo todo necesito seguir andando.

—Odio tu obsesión con el ejercicio. No me hagas ponerme en forma.

—Soy moralmente débil. Y lo que yo soy no se refleja en ti ni en Emily. Eso debe quedar muy claro.

Sarah corrió hasta adelantarme y se volvió para detener mi avance.

—No lo hagas —dije.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Aparta.

—No.

La empujé a un lado y di un paso a la izquierda para retomar el camino. Sarah me alcanzó momentos después.

—Está bien, te escucho.

—No sé por dónde empezar.

A nuestra derecha, una bandada de urogallos salió volando de entre los arbustos en que estaban escondidos. El aire se llenó del batir de sus alas.

—¿Qué te parece si empiezas contándome qué hace aquí papá?

—Lo llamé. Llegó en avión desde Santa Bárbara ayer por la noche.

—¿Por qué? —Tomó un trago de Schlitz, como si necesitara prepararse.

No podía hacerlo. Todavía no.

—¿Te acuerdas de Hamish?

—Claro.

—Me acosté con él ayer en mi coche. Dos veces. Una vez en la entrada de su casa y otra aquí, donde hemos aparcado.

—¡No jodas! —chilló Sarah.

—Es verdad.

—¿Nuestro Hamish, el rubito patoso?

—Sí.

—¿Y esa es tu debilidad moral? Tengo que admitir que no es lo más normal del mundo, pero me parece genial, en serio, genial.

Seguimos caminando. Forche terminaba tras aquel tramo de carretera que siempre había visto desde el coche. A partir de allí el asfalto daba paso a un camino de tierra.

—¿Y eso es todo? —preguntó Sarah.

—No.

—Bueno, ¿qué más?

—Tu abuela está muerta.

—¿Qué?

—Murió anoche y llamé a tu padre.

Sarah me agarró por el brazo.

—Mamá, eso es muy fuerte. ¿Estabas con ella?

—No estamos andando —respondí.

—¿Sí o no?

—Sí.

Sarah tiró de mí hacia ella y trató de abrazarme. Pese a sus genes, siempre había sido muy dada al contacto físico. Cuando eran pequeñas Emily la llamaba «la invasora» porque Sarah no apreciaba la diferencia entre cerca y demasiado cerca.

—Eres un saco de huesos —dijo.

Me aparté y la miré. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas y supe que no tardarían en rodar.

—Y tú eres mi preciosa hija.

—Mamá, no pasa nada. Hiciste todo lo que pudiste por ella.

—Me ofreció su cerveza pero la rechacé.

—La maté, Sarah.

—Eso es ridículo. Siempre te chupó la sangre.

—No digas eso.

—Lo siento. Y siento que haya muerto, pero vamos, mamá, siempre te sacrificaste por ella.

—No lo estás entendiendo —dije.

Me separé de su abrazo y me volví para mirar el coche. Habíamos bajado tanto que no se veía la carretera.

Los campos eran de maíz o de cebada. Me había pasado la vida rodeada de ellos, pero para mí no eran más que trozos de tierra coloreada, que me gustaban porque sobre ellos no se levantaban edificios. Nunca había conocido a un granjero.

—Escucha, lo siento. Sé que la querías, pero tanto Emily como yo creemos que por su culpa no viviste tu vida.

—Viví mi vida. Os tuve a vosotras.

Guardó silencio durante unos segundos.

—¿Y papá ha venido desde tan lejos porque la abuela ha muerto?

Había algo que no le encajaba.

—Sí.

—Pero papá la odiaba.

—Ese no es el motivo.

—¿Y cuál es?

—Ya te lo he dicho. Yo —dije muy despacio, llevándome la mano al pecho— la maté.

Me di cuenta de que comenzaba a entenderlo. Y no podía hacer nada por ella. Para aquella herida no había tintura de yodo, ni spray, ni pomada cicatrizante.

—¿Que tú qué?

—La asfixié con una toalla.

Sarah retrocedió unos pasos y soltó la lata de cerveza.

—Tu abuela vivía fuera de este mundo —dije. Recordé los ojos de mi madre mirándome, los rubíes de sus anillos centelleando bajo la luz del porche y el ruido de la nariz al romperse—. No creo ni siquiera que supiera que era yo.

—No digas más.

—La policía lo está investigando. La señora Leverton ha muerto esta mañana cuando se la llevaban en ambulancia.

—Mamá, ¡cállate! ¿Qué estás diciendo?

—Que he matado a mi madre.

Sarah recogió la lata de cerveza y comenzó a caminar hacia el coche.

—Sarah, hay algo más. Se volvió.

—¿Más?

De repente me sentí embriagada.

—Tu abuelo se suicidó.

—¿Qué?

—Mi padre se suicidó... tu abuelo.

—Estás sonriendo —dijo Sarah—. ¿Te das cuenta de lo enferma que pareces?

—Me alegro de que por fin sepas la verdad. —Avancé hacia ella. Se le había aflojado un clip en forma de mariposa—. Tu padre lo sabe, pero decidimos que no debíais saberlo, ni tú ni Emily. —Alargué un brazo para ajustarle el clip pero Sarah dio un respingo—. Cariño... —Bajé el brazo.

Se llevó una mano a la cabeza y se arrancó el clip, enredado en un mechón de pelo.

—No hagas eso —dije.

—¿Cómo lo hizo?

—Se disparó.

—¿Y tú la culpaste a ella?

—Al principio.

—¿Y después?

—Era mi madre, Sarah. Estaba enferma, ya lo sabes.

—No sé nada. Has dicho algo de la policía.

—El hecho es que la señora Castle la encontró y estaba, bueno...

—¿Sí?

—La lavé.

Sarah contrajo el rostro, los labios arrugados como si estuviera a punto de vomitar. —¿Antes o después?

—Después.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Se alejó de mí pero en aquella ocasión por la carretera llena de baches, en dirección a los bosques que había al otro lado.

—Hay garrapatas —dije. Volvió con paso decidido.

—¿Has matado a la abuela y piensas en la enfermedad de Lyme?

—Se lo había hecho encima. Sabía que no querría que nadie la viera de aquel modo.

Me miró fijamente. Tardé unos segundos en darme cuenta.

—Antes —aclaré—. Se ensució por la tarde. Tuve que pensar cómo lavarla antes de llamar a la residencia. De ahí las toallas.

—Quiero ver a papá.

—Quería decírtelo yo misma. Me parecía importante.

—Ya me lo has dicho. —Tiró la lata al suelo, la aplastó con el pie y después se la metió en el bolsillo—. Ahora larguémonos de aquí.

Se volvió con un movimiento brusco y un segundo después estaba en el suelo. La miré allí tendida. Recordé a mi madre. Al pequeño Leo chocando contra el borde de la silla.

—Cariño —dije, de pie junto a ella.

—Es el puto tobillo.

—¿Te lo has roto?

—No —respondió—. Pero si te apetece, ya lo sabes...

—Sarah.

—Es broma —dijo con voz apagada—. ¿Lo pillas? Ja, ja.

—Puedes apoyarte en mí para llegar al coche.

—Diríamos que ahora mismo no me apetece que me toques.

Aun así la ayudé a levantarse, pero sabía que después de tres o cuatro saltos tendría que sentarse.

—¿Puedes llegar a ese tronco? Descansaremos un rato.

Estaba a punto de anochecer y los animales, hasta entonces dormidos en los bosques que se abrían a nuestras espaldas, no tardarían en cobrar vida. Siempre me había gustado el otoño. Los días eran más cortos, lo que lo convertía en una estación más piadosa que la primavera o el verano.

Nos sentamos en un árbol que daba la impresión de llevar años caído y de haber bloqueado el acceso a la carretera antes de que alguien lo apartara a un lado. Una parte de mí quería seguir avanzando para ver quién o qué habitaba al final de Forche Lane.

Permanecemos en silencio. Sarah sacó la otra lata de cerveza y levantó la anilla. Mientras ella bebía yo miraba el pedazo de suelo que tenía entre los pies.

—Emily todavía no lo sabe —dije—. Tu padre le ha contado que la abuela ha muerto pero no le ha dicho cómo. Después fui a casa de Natalie, pero no estaba. Sale con alguien y parece que va en serio. Hamish cree que se casarán. El estaba en casa. Necesitaba estar con alguien, Sarah, así que hicimos el amor. No me siento orgullosa de nada de esto.

Oí el sonido de su respiración. Imaginé cómo sería mi vida si decidiera no volver a dirigirme la palabra. Pensé en el dolor que le había causado a mi madre con ello.

—Aunque tampoco me avergüenzo. No sé explicarlo. Sabía que estaba llegando al final pero, cuando por fin me di cuenta, hacer lo que hice me pareció lo más normal del mundo. Abrió los ojos, pero no era ella; era su cerebro reptiliano... puro instinto de supervivencia. Sé que está mal, pero no me arrepiento.

—¿La poli lo sabe?

—Creo que sí.

—Me quedaré contigo, si quieres —dijo Sarah.

—¿Cómo? —La mire. También ella tenía la mirada clavada en el suelo.

—Las cosas no me están saliendo bien en Nueva York.

—¿Y tu sueño de cantar?

—Estoy sin blanca. Podría quedarme a tu lado y echarte una mano. Con lo de la poli y todo eso.

En uno o dos días saldría de casa, metería la bolsa en el coche y enfilaría la carretera después de decir que no tardaría en volver.

De repente me vi caminando por las calles de otro país. Niños consumidos por la pobreza me

pedían que echara dinero en las bolsas de plástico que sostenían. Dando golpes contra mi escuálido cuerpo, por debajo de la ropa holgada, había también bolsas, bolsas de todo tipo, llenas de mis fluidos, que entraban y salían, sondas que introducían y expulsaban mierda y orina, suero y sangre, y remedios ilegales: huesos machacados de animales, huesos de frutas mezclados con líquidos en un mortero y caldos que bebía y nunca me saciaban la sed.

—Creo que por ahora no deberíamos decidir nada —dije—. Ya veremos qué sucede en los próximos días.

Me levanté y le ofrecí una mano. Sarah se apoyó en ella y se incorporó tambaleándose.

—¿Mejor?

—Lo bastante bien.

Mientras subíamos lentamente la pendiente de camino al coche tuve la sensación de que alguien nos espiaba a nuestras espaldas. Como si la señora Leverton y miles de espíritus habitaran los bosques, avanzando detrás de nosotras para ver a la mujer que había matado a su madre del mismo modo que cualquiera apagaría la luz de una habitación vacía.

—No llegué a conocer bien al abuelo'—dijo Sarah cuando ya divisábamos el coche.

—Odio la frase «Eso nunca se supera», pero no es sencillo. No se olvida.

—¿Y a la abuela?

—Perdí la conexión con el mundo —respondí—. Y yo se la devolví.

—No, preguntaba si la querías.

Nos detuvimos unos segundos antes de cruzar la carretera.

—Esa pregunta tampoco es sencilla.

—Si tuvieras que responder, si te lo preguntaran en un tribunal... «No lo sé», pensé. —Diría que sí —respondí.

Llegamos al coche y le abrí la puerta a Sarah. Oí un gorgorito melódico.

—Es el mío —dijo, y se sacó el móvil del bolsillo.

—Tu abuela creía que el móvil que le regalé era una granada.

—Ya lo sé.

Rodeé el coche y me senté al volante.

—Es papá —dijo, una vez sentada a mi lado—. Me ha mandado un mensaje.

Levantó el teléfono para mostrarme la pantalla. No presté atención a su cara y me concentré en las palabras de Jake. «Helen, orden de registro», se leía.

Imaginé a Jake en el baño del piso de abajo, sin hablar por miedo a que lo oyeran.

Sarah volvió a guardarse el móvil en el bolsillo.

—Deberíamos ir a casa —dijo.

—¿Puedes conducir?

—No tal y como tengo el tobillo.

—Está bien.

Arranqué y di media vuelta como si regresara al Ironsmith. «Puedo dejar allí a Sarah», fue el primer pensamiento que me asaltó. Pero ¿qué le diría? ¿Que quería enfrentarme sola a la policía? No se lo tragaría. Sabía que no me perdería de vista ni por un instante. Por razones que, me temía, no le acarrearían nada bueno, como que era su madre y la necesitaba, se pegaría a mí como una

lapa.

Natalie estaba en Nueva York. Por tanto, Hamish estaba solo. Jake me había dicho que tenía amigos en Suiza, en una ciudad que se llamaba Aurigeno. Se había tomado la molestia de deletrearlo. Pero no tenía pasaporte. Hacía años que me había caducado.

—Estás yendo por el camino más largo —comentó Sarah.

—Siempre lo hago.

—¿Tienes miedo? —Como no respondí, lo hizo ella—. Yo sí.

Pasamos frente a un complejo empresarial en cuya zona ajardinada se veían parcelas de césped que aún conservaban el diseño de tablero de ajedrez. Ahora los hacían mejor que cuando las niñas eran pequeñas. Nada de cajones de metal rodeados por las curvas pronunciadas de la carretera cercana. Ahora había árboles adultos que llegaban al lugar a camionadas.

La gente salía de los edificios y se acercaba a sus coches. Esperaría a que se hiciera de noche, cuando solo quedarán los guardias de seguridad. Aparcaría el coche y entraría sin ser vista. Virginia Woolf se había adentrado en el río Ouse. Helen Knightly, en el falso estanque del Centro Corporativo Chester.

No quería dejar a mis hijas. Las había querido desde el primer momento. Eran mi riqueza y mi refugio, algo que proteger y algo que me protegía.

En la distancia vi un rótulo de neón que me resultaba familiar.

—Tengo que ir al baño —dije—. Voy a aparcar allí.

El Easy Joe's estaba lleno de una multitud canosa que aprovechaba la hora feliz hinchándose de alcohol barato con el que enmascarar el sabor de la comida. La entrada de alguien de mi edad, sin la compañía de un progenitor, era todo un acontecimiento. Cuando apareció Sarah todos enmudecieron. Era la antítesis de un bar de moteros, pero podías llegar a sentirte igual de incómoda. Lo que me interesaba del Easy Joe's era que había un teléfono junto a los baños y una puerta de salida en la parte trasera.

Dejé a Sarah subida a un taburete aterciopelado frente a un espejo del que colgaban estanterías llenas de alcohol.

—Puede que tarde un rato. Tengo que reponerme.

—¿Pido algo?

Abrí el monedero. Iba a necesitar todo el dinero que tenía, pero nunca había sido tacaña con mi hija pequeña. —¿Bastará uno de veinte? —¿Quieres algo?

—Lavarme la cara. Volveré a buscarte —dije, y dejé las llaves de Jake en la barra—. ¿Mamá?

—Te quiero, Sarah —respondí, y alcé un brazo para acariciarle el pelo y la mejilla.

—Todo saldrá bien, mamá. Papá está aquí para ayudarte.

—Oye, ¿tienes por ahí ese clip de mariposa? —pregunté ilusionada.

Se llevó una mano al bolsillo y me lo enseñó. Se lo quité de la mano.

—Me traerá suerte —dije, sosteniéndolo en alto. Sabía que estaba a punto de llorar, de modo que di media vuelta y doblé a toda prisa la esquina del bar.

Cuando llegué al teléfono metí unas monedas y marqué el número.

—Hamish, soy Helen. ¿Podrías venir a recogerme? —¿Dónde estás?

Pensé con rapidez. Podía llegar fácilmente a pie. —Industrias Vanguard. En veinte minutos—.

Verás, mi madre me ha contado lo de tu madre. Apoyé la cabeza contra la superficie reflectante del teléfono. Empujé con fuerza contra el botón de devolución de monedas. —Sí. Vanguard. ¿De acuerdo?

—Allí estaré.

Colgué el auricular. El ruido de voces procedente de la zona del restaurante a mis espaldas se volvió más intenso.

Sin mirar atrás, seguí por el pasillo hacia los baños de las «Vaquillas» y los «Toros», con lo que se debía querer insinuar que las mujeres eran vacas salvajes. La puerta trasera se mantenía abierta gracias a un viejo cajón gris de leche colocado de lado. Con cuidado, pasé por encima y empujé la puerta lo justo para poder desrizarme al otro lado. Había unos cuantos coches viejos aparcados de espaldas a la puerta. —«Del personal de cocina», pensé—, y un contenedor en el límite de la zona de aparcamiento, junto a la hierba y los árboles que se veían más allá. Cuando comencé a subir la pendiente me fijé en que encima del contenedor había una bolsa de papel. Estaba abierta. En su interior algunos panecillos, tal vez del día anterior. Por primera vez pensé: «¿Cómo voy a vivir?», y me vi al mes, a los dos meses a partir de aquel momento, agarrando una bolsa como aquella y escapando con ella.

Al llegar a los árboles me detuve. Vi a Sarah, tachando los días en el calendario, viviendo sola en mi casa, esperando a que volviera una vez cumplida mi condena de asesinato no premeditado o de homicidio involuntario. Necesitaría un trabajo, y mi puesto estaría vacante. Quizá Natalie la llevara en coche el primer día. Los estudiantes estarían encantados —carne fresca— y Sarah podría hablar con Gerald durante los descansos. «Mi madre ha muerto», diría él. «A mi madre le han caído diez años», diría ella. La conocía lo suficiente para saber que le gustaría utilizar aquel tipo de jerga, su mísero premio de consolación.

Sin embargo, ninguna de aquellas era la imagen que más temía. La que más temía era aquella en la que estaba de vuelta en casa, en la que Sarah y yo vivíamos juntas, en la que ella me hacía los encargos y me masajeara los pies, apoyados suplicantes sobre un diván de piel. Me traería tazones de caldo a la cama y me pondría una toquilla sobre los hombros, me limpiaría los restos de comida de las comisuras de los labios con un trapo húmedo. Y yo comenzaría a olvidarme de ella, a gritarle, a hacer comentarios crueles acerca de su cuerpo, de su vida amorosa, de su inteligencia.

Avancé entre los árboles que bordeaban la zona y me adentré en un camino cercano al bosque. A cada paso que daba encontraba más basura desparramada por el suelo, latas de cerveza y preservativos eran los desperdicios del día, y me estremecía cada vez que sin darme cuenta los pisaba.

Me había olvidado el lazo rojo en el porche, que se había quedado allí tirado para que Chico Malo jugara con él, y mis huellas estaban por toda la cocina. ¿Cuántos hijos lavaban a sus madres en el suelo, les cortaban la ropa con tijeras y las arrastraban al exterior para que les diera el fresco? No encontrarían ninguna prueba contra Manny Zavros.

En el brazo de la lámpara de mesa de mi casa había colgado un lazo de mi madre. Era demasiado rojo. Pero había otros lazos, así como un imán en forma de gato, una calavera mexicana del Día de los Muertos, la figura de un caracol y el adorno navideño de fieltro que me

había enviado mi madre. ¿Por qué tendría que llamar la atención un objeto más que otro?

Aquella mañana no había echado lejía en el váter. Tal vez aún quedaran pelos de su trenza, tal vez estuvieran esparcidos sobre las baldosas del suelo del baño y yo no me había dado cuenta. ¿Podrían determinar la fecha y la hora si los analizaran en un laboratorio?

Llegué a Elm. El tráfico en las carreteras secundarias era intermitente y esperé mi momento para salir de entre los árboles y correr agachada hasta el otro lado a esconderme en aquella porción de bosque abandonado.

La policía podría descubrir con facilidad las pruebas suficientes. Y si me sometían a un interrogatorio sabía que diría la verdad. En cualquier caso, cuando pensaba en regresar a casa con Sarah, solo imaginaba un destino, y era el suyo, no el mío.

Llegué al lugar donde tendría que arrastrarme por una pronunciada pendiente para encontrarme con Hamish. Miré el terraplén pedregoso que rodeaba las tres caras del edificio Vanguard. Más que cualquier otra cosa, aquel sitio parecía una central eléctrica de alto voltaje. En el aparcamiento de más abajo, separado del terraplén por una alta valla de alambre, había una hilera de relucientes deportivos negros de gama alta. Tendría que pasar pegada a ellos.

Tomé precauciones para no hacerme daño y me dispuse a bajar la pendiente sentada, avanzando hasta el final como un cangrejo. Me coloqué el bolso en bandolera sobre el hombro izquierdo y me lo apoyé en el pecho para iniciar el descenso. Sabía que aquella no sería la última vez que desearía cambiar mi disciplina por la capacidad de recuperación tan propia de la juventud que tenía Sarah. Mi hija pequeña podría sacudirse la mierda y acudir al trabajo al día siguiente... si tuviera un empleo.

Al llegar abajo me detuve durante unos espléndidos cinco minutos, desafiando a los hombres que estaban en el interior de Vanguard a percibir el calor que irradiaba mi cuerpo apostado al otro lado de la valla de tres metros de altura. Fue del todo inútil. Ni una hormiga, ni una brizna de césped. Ni una mala hierba. Solo grava y más grava. Un infinito océano gris iluminado por los focos colocados a lo largo de la valla.

No quería que Hamish viniera a buscarme, de modo que trepé y después corrí pegada a la pared en dirección al aparcamiento.

El coche de Hamish estaba aparcado a unos cincuenta metros, muy cerca de la entrada. El se paseaba junto a la gigantesca «V» luminosa que había en el límite del recinto.

Avancé con paso seguro hacia él y me metí en el coche.

—Vayámonos de aquí —dije.

—Tú mandas —respondió Hamish.

Mientras retrocedíamos para tomar la carretera me fijé en un vigilante de seguridad que doblaba la otra esquina y nos miraba desconcertado. Podría haber quedado con Hamish enfrente del edificio de Veteranos o del guardamuebles, pero no se me había ocurrido antes.

—¿Dónde está tu coche? —preguntó.

Me llegó el olor más cargado de lo habitual de Obsession y me acordé de que una vez el señor Forrest le había regalado a mi padre un frasco de colonia de España que olía a marihuana. Ajeno a ello, mi padre la había utilizado hasta terminarla y había guardado el frasco en el tocador, donde lo encontré el día después de que se suicidara.

—Se lo he dejado a Sarah —respondí.

Pareció creérselo. Se detuvo ante el stop de una intersección y se inclinó sobre mí para besarme. Me eché hacia atrás pero Hamish no se desanimó.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

«A París, al Ritz», sentí ganas de decir, y recordé una canción sensiblera en la que una triste mujer de treinta y siete años se lamentaba de que nunca conduciría un descapotable por una capital europea. Si aquel era el peor de sus males, podía considerarse una zorra afortunada.

—En realidad —comencé, con las manos en el regazo y evitando su mirada—, necesito un coche.

Hamish pisó el acelerador.

—¿Para eso me has llamado?

—Estoy en una situación difícil —respondí.

—¿Por lo de tu madre?

—Sí.

—¿Tienen alguna idea de quién ha sido? —preguntó.

—Creo que sí —respondí, y pensé que no tenía nada de malo—. Un chico que iba por casa y le hacía encargos. Se llama Manny.

—¿El que se folló a alguien en tu habitación?

—Sí.

—Me lo dijo mi madre.

Pasamos frente a la cantera, donde las montañas de grava y esquisto esperaban la llegada de camiones que las trasladaran a otro lugar. Brillaban bajo las tenues luces de argón que rodeaban el recinto.

Veinte años atrás, había habido un niño de la edad de Sarah que jugaba a los piratas subido a un enorme montón de grava que había al final de nuestra calle. Había escalado hasta lo más alto armado con el listón de madera que su padre le había ayudado a convertir en una espada la noche anterior y se había hundido en el montón minutos después.

—¿Te acuerdas de Ricky Dryer?

Recosté la cabeza en la ventana. Vi de cerca el reflejo de mis ojos cansados, que enseguida desapareció.

—El chico que murió en tercero. Vaya, hacía años que no pensaba en él.

—Vamos a tu casa, Hamish. Podemos tomar algo y charlar.

—Eso me gusta más —respondió. Noté que me miraba pero no lo miré—. No te hace falta ningún coche. Yo te llevaré a donde quieras ir.

Pensé que se lo merecía: mi cuerpo a cambio de un coche.

Llegamos a su casa. Debía asegurarme de que Natalie no volvería en el momento menos pensado. Hamish me confirmó que había salido con su contratista.

—Es como si tuviera una vida totalmente distinta —dijo—. Y yo no formo parte de ella.

Me armé de valor. No sería la primera vez que me acostaba con alguien sin apetecerme, y Hamish era —no podía quitarme de la cabeza la palabra «chico»— un hombre tierno y encantador.

El cuerpo entero me ardía en deseos de pasar a la acción. De empezar con los preámbulos, de comenzar a hacerlo, las palabras dulces y vacías, el falso arrepentimiento al terminar, las previsibles operaciones de limpieza y al fin, al fin, el coche en que me alejaría de todo.

Me tomó de la mano y me guió por las escaleras enmoquetadas. ¡Bum-bum-bum!, el cuerpo de mi padre rodando por ellas. Mi madre meciendo su cráneo cuando entré. Sangre por todas partes.

Había pasado por delante de la habitación de Hamish un sinnúmero de veces de camino al baño del piso de arriba. Un día, cuando nuestros hijos estaban en el instituto, Natalie me hizo entrar y me pidió que respirara hondo.

—Es la habitación más singular de toda la casa. No consigo librarla de este olor y él nunca abre las ventanas —dijo.

—Las hormonas —respondí.

Natalie sonrió.

—Es como vivir con una bomba a punto de estallar.

Sin embargo, el aroma a lujuria adolescente había desaparecido gracias a un ruidoso purificador de aire instalado en un rincón de la habitación, y me fijé en que ahora tenía una cama grande.

—¿Traes chicas a casa? —pregunté.

—A algunas —respondió, y me puso una mano en la nuca. Nos besamos.

—Solo quiero hacerte sentir mejor, Helen. No espero nada más.

Recordé lo que Jake me había dicho una vez, poco después de nacer Emily, cuando no lograba relajarme. «Déjate llevar».

Nos tumbamos en la cama y cerré los ojos. Me había pasado la vida adoptando poses que otros me pedían. Cuando me resultaba difícil solía pensar en los carbonillos emborrionados que llenaban los sótanos y almacenes de los antiguos alumnos de Westmore desperdigados por el país y de los pocos artistas que habían llegado a hacer algo más que eso.

En el Museo de Arte de Filadelfia había un cuadro de Julia Fusk. Me había contratado para posar para ella a los treinta y tres años. El cuadro resultante representaba un torso en movimiento que ocupaba todo el lienzo. Solo porque había sido la modelo sabía que Fusk se había tomado algunas libertades; me había dibujado más musculosa, menos delgada.

Mientras Hamish me hacía el amor yo pensaba en el cuadro de Fusk. Llegaría el día en que las niñas volvieran a verlo. Jake las llevaría hasta él o Sarah recordaría que ella y su hermana habían venido conmigo al museo. Sarah había contemplado los azules y verdes y naranjas que ondeaban en mis muslos y mi vientre. Emily se había disculpado y había ido a la tienda.

Aquella obra de Fusk representaba mi inmortalidad. El hecho de que no tuviera cabeza jamás me había importado.

Hamish paró de golpe.

—Tienes que colaborar, Helen.

Busqué su pene, aquella vez con la esperanza de una eyaculación rápida sobre el estómago que pudiera limpiarme con una fingida mueca de decepción.

Tras el placer inicial, me agarró de la muñeca.

—Soy algo más que mi polla —dijo—. Tócame.

Sentí lo pequeños y desesperados que se habían vuelto mis ojos.

—No me pidas demasiado, Hamish. Ahora mismo no puedo darte mucho.

—Estás haciendo esto por el coche.

No lo negué.

Entonces algo cambió. Me separó las piernas más de lo que resultaba cómodo. Me manejó con brusquedad, como si fuera uno de los muñecos de acción que cubrían el suelo de su habitación cuando era pequeño.

Traté de ayudarlo. Eché mano de mis recursos y pronuncié palabras que habían salido de mis labios en momentos de pasión real montones de veces. Me quedé mirando el pequeño dragón tatuado debajo de su clavícula e imité para él a la persona que alguna vez había sido.

Por fin, cuando los músculos de los muslos alcanzaron un grado de tensión insoportable, las articulaciones de las caderas los cojinetes oxidados de una mujer de la edad de mi madre, se corrió.

Dio una última sacudida y se dejó caer sobre mi cuerpo. Me quedé sin aire y durante un fugaz segundo pensé en la prostituta en el coche de Arthur Shawcross, en que después se había pasado tres días hasta arriba de *speedball*.

Empujé el pecho de Hamish.

—El coche —dije.

—Tú también follas de vicio —respondió con amargura.

Mientras se subía los pantalones —de algodón, me fijé, y no los vaqueros que llevaba siempre —, pensé en mi habilidad para estropearlo todo.

—Dame cinco minutos para que le eche un vistazo —dijo.

Me quedé desnuda en su cama y lo oí bajar por las escaleras, cruzar el salón y abrir la puerta del garaje.

No me moví hasta que el purificador de aire se puso en marcha y creó una suave brisa que me acarició el cuerpo. Me tumbé de lado y me apoyé en un brazo para incorporarme. Me senté en la esquina de la cama de Hamish y empecé a vestirme. Estaba mirando las puertas de persiana de su armario cuando se me ocurrió. Como aquella no era su casa sino la de su madre, debía de guardar cuanto de verdad le importaba en aquella habitación. Me levanté apresuradamente y abrí las puertas. Razoné que no podía estar tirado en el suelo ni en ningún lugar demasiado accesible. Hamish no era de los que fardaban de algo así. Saqué un cajón de plástico hasta arriba de CD y lo vacié sin preocuparme por el ruido. En la estantería que había sobre la barra de la ropa tenía una manta, un saco de dormir y una caja que contenía los relucientes zapatos de punta que se había puesto el día que enterraron a su padre. No encontré lo que buscaba.

Estaba enloquecida. Durante la sesión de sexo no había derramado una sola gota, pero ahora sentía que el sudor me corría por la sien. No podía predecir cuánto tardaría Hamish o cuándo vendría a buscarme. Recorrí con la vista la habitación. Consideré las posibilidades. ¿Dónde la habría metido?

Y entonces, por supuesto, lo supe. Hamish debía de verse como el hombre de la casa. No era un aprovechado sino el protector de su madre. Estaba en el cajón de su mesilla de noche, aún en la bolsa de fieltro en que el padre de mi madre la había guardado siempre, y a su lado había una caja

entera de balas. Levanté la bolsa por el cordón dorado y cogí las balas antes de cerrar el cajón.

Me fijé en la cama revuelta; nuestro encuentro sexual había hecho saltar las esquinas de la sábana ajustable, convertida ahora en una especie de medusa en el centro de la cama. En otro momento la habría arreglado, pero eso era cuando no estaba intentando dejar atrás cuanto conocía.

Comencé a bajar por las escaleras muy despacio, las piernas doloridas, consciente de que me dolerían más al día siguiente, preguntándome dónde estaría entonces. Sarah y Jake estarían juntos, tal vez viendo cómo la policía registraba mi casa. Esperaba que Sarah se hubiera terminado la copa y solo entonces hubiera ido a buscarme al baño. Tenía que esconder la bolsita de fieltro antes de que Hamish la viera. Me senté al pie de las escaleras. Mi bolso estaba en la cocina. Sabía que tenía que moverme pero no era capaz.

Pensé que no habría nadie en casa de la señora Leverton. Su hijo siempre había evitado ir a su casa, pero si estuviera allí su Mercedes ocuparía toda la entrada. Podía ir a descansar a su casa, y con las reservas de comida que debía de tener podría servirme de escondite durante unos días.

Me levanté y avancé por el pasillo en dirección a la cocina. Encontré mi bolso encima de la mesa y metí en él la pistola. Respiré hondo.

Natalie había reformado la cocina aquel año. Ahora la pared del fondo estaba ocupada por una larga ventana que se extendía sobre las encimeras. «Me ha convencido para tener solo armarios bajos y crear así un ambiente de exterior». Se refirió a él como un «encanto». ¿Cómo se llamaba?

Me vi en el cristal. Le volví la espalda a mi reflejo espectral y me acerqué a la nevera. Tenía tanta hambre como la noche anterior y caí en la cuenta de que, aparte de las sobras del desayuno de Natalie en la asociación de estudiantes, no había comido nada en todo el día.

Elegí lo que me pareció más rápido y proteínico —salchichas de frankfurt y palitos de queso— y comencé a engullir metódicamente, sin parar. Comí de manera mecánica, la mirada nebulosa puesta en los objetos que colgaban de la puerta de la nevera. Había una invitación de boda de alguien que no conocía. Natalie aún no había confirmado su asistencia. La tarjeta y el sobre estaban junto a la invitación, debajo del mismo imán. La boda se celebraba por Navidad y me pregunté si Natalie y su contratista irían. Si la ceremonia lo ayudaría a decidirse o si, como Hamish me había dicho que su madre esperaba, ya estaba decidido.

También había una fotografía de Natalie y yo tomada dieciocho meses atrás en una fiesta de Westmore. Me acordaba de aquel día. Emily, John, Leo y Jeanine se habían marchado el día antes, cuando en principio habían planeado quedarse tres días más. Me había despedido de Leo con un beso en el trocito de frente que no le cubría la gasa y había intentado abrazar a Emily, pero sus hombros, rígidos, se resistieron, y me recordó a mí.

La fotografía no reflejaba nada de esto, como tampoco la pelea que había tenido con mi madre antes de pasar a recoger a Natalie. Natalie estaba radiante y yo sentí que, como siempre, debía de tener el aspecto de la acompañante forzada.

Hamish entró justo cuando me metía la última salchicha en la boca. Se acercó y me colocó frente a él. Yo tenía los carrillos llenos de comida.

—Siento lo que ha pasado ahí arriba.

Mastiqué e hice un gesto con la mano para indicar que no pasaba nada, que no tenía la menor

importancia.

—Es solo que puedes ser tan fría, y yo sé que en el fondo no eres así. Siempre lo he sabido.

Lo miré. Al tragar abrí los ojos como platos.

—No fue Manny, ¿verdad?

Me fijé en el teléfono colgado en la pared, cerca de la mesa. Me pregunté a quién llamaría si Hamish se negara a ayudarme. Vi mi bolso plantado sobre el tapete a cuadros. ¿Por qué le había quitado la pistola? ¿Qué creía que iba a hacer?

—Tiene sentido. Verás, estaba repasando el coche y he pensado: ¿qué hace aquí? ¿Para qué necesita el coche? Mamá me dijo que Jake está aquí, y tú me has dicho que Sarah también. Si no estás con ellos es porque no saben dónde estás.

—Hoy te noto muy espabilado —respondí.

—Llámalo agudeza poscoital. —Se volvió y abrió la nevera—. Además, todo encaja. Ayer por la noche viniste a ver a mi madre.

Eligió un batido de chocolate y se agachó para sacar un vaso de debajo de la encimera.

—¿Piensas contárselo a alguien?

Se sirvió el batido y me miró apoyado contra la encimera.

—Ayer me preguntaste si había pensado alguna vez en matar a mi padre. Y la verdad es que sí. Diría que mucha gente lo hace. Aunque no se atreve a reconocerlo. Pero tú lo has hecho.

Se sacó algo del bolsillo, un juego de llaves plateadas, y me lo lanzó. Aterrizó a mis pies.

Me agaché para recogerlo.

—Mi madre no te lo perdonará. Los años la están volviendo muy moralista.

Entonces sentí que estaba a punto de marcharme, de meter la llave en el contacto y alejarme de allí.

—Tal vez mi destino sea estar con Sarah —dijo. Tomó un trago de batido—. Al fin y al cabo, amo a su madre.

Aquello me cayó como una patada en el estómago y Hamish lo notó.

—Me he pasado —dijo—. Lo sé.

—Tengo que irme, Hamish —respondí, deseando poder despedirme con la frase perfecta.

—¿Adonde?

—Aún no lo he decidido —mentí—. Dejaré el coche en algún sitio y te llamaré para decirte dónde está.

Hamish se volvió. Agarré el bolso y lo seguí por la cocina y después por el salón. Vi un jarrón que le había regalado a Natalie innumerables años atrás. Contenía un ramo de flores.

Cuando llegamos a la parte de atrás del garaje donde guardaba los coches en los que trabajaba, Hamish se metió en un Ford de finales de los ochenta bastante corriente y me indicó con la mano que esperara. Arrancó y avanzó marcha atrás hasta que el morro del coche estuvo orientado hacia la calle, después se bajó, el motor aún en marcha.

Solo veía el coche abierto, esperándome. Solo pensaba que, con cada despedida, aquellos a los que abandonaba estaban a salvo de mí.

—Ojalá fuera lo bastante bueno para hacer que te quedaras —dijo Hamish.

Me abrazó y durante unos segundos él fue el padre y yo la niña. Me acarició el pelo y me

estrechó una última vez entre sus brazos. Noté el peso incrementado de mi bolso en el brazo.

—Si me necesitas ya sabes dónde estoy.

Asentí con la cabeza. Por primera vez, me había quedado sin palabras.

—Cuídate —dijo—. Espero tu llamada.

—¿Mi llamada?

—Por lo del coche.

—Gracias, Hamish. Despidete de tu madre de mi parte.

Me senté al volante y encajé el bolso a mi lado. Solo cuando oí el chasquido de la puerta que se cerraba supe que podía marcharme.

No lo miré. Cambié la marcha y bajé la cuesta del garaje, pasando a la derecha del coche de Hamish, por encima del césped. Una vez en la carretera encendí la radio. Sonó swing, cuando lo que yo esperaba era heavy metal o rock alternativo. Escuché la animada melodía unos segundos y la apagué. Agaché la cabeza y giré a la izquierda en dirección a Phoenixville.

15

Aún era temprano. El reloj del salpicadero marcaba las 7.08 de la tarde y el tráfico en la carretera que había tomado al salir de casa de Natalie era tan denso que sentí la necesidad de concentrarme. Vi furgonetas y todo terrenos que entraban en los garajes de sus casas y versiones de esos mismos vehículos de los que salían hombres y mujeres cargados con la compra y la ropa de la tintorería. Las lámparas iluminaban las ventanas de los pisos inferiores y las enormes pantallas de los televisores emitían destellos azulados.

Cuando llegué al final de aquel mundo de nueva prosperidad y enfilé el tramo de carretera abandonado que conducía a mi antiguo vecindario noté que me calmaba un poco. Allí la tierra había comenzado a venderse en pedazos como si fuera carne, pero aún quedaban algunas casas en ruinas enclavadas entre los árboles o, todavía más triste, tan cerca de la carretera que a sus propietarios les sería imposible aislarse de la afluencia de población, a pesar de las ventanas atrancadas y los generadores de ruido blanco. Los ocupantes de aquellas viejas casas ni siquiera sabrían qué eran los generadores de ruido blanco. Cosas como los auriculares con sistema de supresión de ruido o espacio de carga ampliado eran conceptos con los que no estaban familiarizados. Siendo como eran de la generación de mis padres, se quedaban sentados y sufrían hasta morir, y yo ya había llegado a una edad en la que comenzaba a intuir por qué razón aquella actitud parecía preferible a seguir en la brecha.

Había un hombre que decidió solucionar el asunto por su cuenta y levantó un muro de hormigón de tres metros alrededor de su propiedad. De vez en cuando decoraba lo alto del muro con cristales de botellas de cerveza, que en ocasiones caían al otro lado. Pese a las múltiples multas y amenazas de derribo que le llegaban por parte del condado, no estaba dispuesto a derruir el muro. La guerra entre las autoridades y aquel propietario duraba ya diez años y nada hacía prever su final, y aunque su historia había aparecido en los periódicos locales en repetidas ocasiones, nunca se había publicado una foto de él. Yo había comenzado a pensar en él como en un homúnculo que reunía todos los miedos del hombre moderno. No había fotos de él porque era como todos nosotros. Su miedo lo había convertido en un fantasma que cambiaba de forma detrás de las paredes de su casa. Era mi madre, escondida en el armario de la ropa blanca. Era mi padre, dibujando figuras en láminas de contrachapado. Era Natalie, temerosa de la soledad, o Sarah, robando monedas. Era yo cuando pasé frente a la casa de aquel tipo a las 7.23 de un viernes por la noche, de camino a la de la señora Leverton. Tenía la esperanza de que, mientras rugía, bramaba y se enfrentaba a todos los pleitos y demandas, viviera para siempre o, si no, que al menos muriera

vencido y agotado mucho tiempo después que todos nosotros.

Me adentré en la auténtica Phoenixville, la parte antigua de la ciudad, donde los negocios revitalizados seguían cerrando sus puertas a las cinco de la tarde y las calles quedaban vacías con excepción de pequeños núcleos de actividad que giraban en torno a proyectos para la comunidad ideados con una extraordinaria estrechez de miras. Me fijé en la Antipode, la galería de escultura, toda iluminada. Era el lugar de reunión de los bohemios de la zona y yo la había visitado en más de una ocasión. Había sido el escenario de mi cita ebria con Tanner. El propietario y él, rodeados de gente mucho más joven que ellos, se habían enzarzado en un intento por demostrar su superioridad respecto a los logros del otro.

—Ha sido el espectáculo más lamentable que he visto en mucho tiempo —dije cuando Tanner y yo salimos a trompicones a la calle.

—¡Oh, cierra la boca! ¿Qué has logrado tú en la vida? —gritó él.

Y allí empezó nuestro cordial episodio de miserias compartidas.

La Antipode estaba iluminada pero tranquila aquella noche. Vi movimiento en la parte de atrás. Estaban preparando una exhibición. Calle abajo, las carretas que cada noche llegaban a la librería Paperback Shack habían volcado en la acera y los libros ocupaban la carretera. La propietaria, una anciana solitaria, se agachó para recogerlos, sin duda arrepintiéndose de su decisión de cerrar más tarde para atraer a posibles clientes a la salida de sus trabajos.

Aparqué a un lado y salí del coche. Recogí unas cuantas novelas románticas desvencijadas de mitad de la carretera, las exuberantes féminas de las cubiertas descoloridas por haber pasado demasiado tiempo al sol. Pero lo que me llamó la atención fue una pila de libros de poesía mohosos, al parecer pegados entre sí, que habían caído como uno solo. Eché una ojeada rápida a los títulos y enseguida supe que aquellos eran los libros que el señor Forrest había donado a la biblioteca treinta años atrás. «Andan muy escasos de autores rusos», me había dicho.

Asusté a la mujer cuando le dije «Disculpe», y le mostré los dos montones de libros.

Me escupió, rociando a la vez mi mano y los libros.

—Los dejaré aquí —anuncié, y los coloqué encima del maletero de un viejo Lincoln Continental.

Cuando regresaba a mi coche oí que farfullaba. Había leído que la poetisa Marina Tsvetaeva se había ahorcado en una percha de pared. «¿Cómo es posible?», había pensado entonces. Con algún objeto fijado al techo, en un árbol... sí. Pero ¿en pomos de puertas y perchas de pared?

Dispararse en la cabeza, según me habían dicho, era un suicidio con mensaje, pero ¿qué tipo de mensaje pretendía dejar mi padre? Después de aquello registré la casa en busca de una nota, miré en sus cajones, debajo de su almohada, y terminé limpiando la escalera con trapos viejos para eliminar las únicas señales que había dejado.

Estaba ya cerca del barrio de mi madre cuando una oleada caliente de terror comenzó a recorrerme la columna, la espalda, avanzando de puntillas hasta los omoplatos y erizándome toda la piel. No sabía explicar por qué, exactamente, pero intuía que no debía ni siquiera acercarme al lugar, y mucho menos pasar la noche. Estaba cansada. Me resultaba más fácil atribuir las extrañas sensaciones que me cruzaban el cuerpo a un agotamiento desesperado —lo inútil y desastroso de las últimas veinticuatro horas apoderándose de mi corazón, mis extremidades, de los fogonazos de

mi mente— que aceptar que no era más que un robot que había perdido el norte y que, después de años de fiel dedicación a su amo, había regresado, como cabía esperar, al lugar de donde había salido.

Algunas casas aún estaban a oscuras, a la espera de que llegaran sus propietarios, pero la mayoría tenían una o dos luces encendidas. En el barrio de mi madre había parejas jóvenes con hijos, aunque no el mismo tipo de parejas que compraban los falsos palacios cercanos a la casa de Natalie. Aquellas parejas se ocupaban ellas mismas de limpiar sus casas y de reparar las goteras. Se reservaban los fines de semana para cambiar las tejas podridas o pintar las chimeneas, podar los árboles o lavar los coches. Los niños ayudaban y se les recompensaba con helado o con su programa de televisión favorito.

Pasé junto a la casa de la señora Tolliver mientras tomaba la curva hacia la de mi madre y la de la señora Leverton. Las luces estaban apagadas y me pregunté dónde habría ido la señora Tolliver. Recordé que había sido una noche de verano cuando, gritándole a su esposa desde el jardín, el señor Tolliver se había llevado una mano al pecho.

—Cayó desplomado como una estatua de sal —dijo mi madre—. ¡Pum! El aspersor siguió girando sin que a nadie se le ocurriera cerrarlo. Se lo llevaron al hospital chorreando.

Había visto a la señora Tolliver seis meses más tarde, mientras estaba de visita en casa de mis padres con Emily y Jake. Habíamos ido a comprar a Acmé. Se le iluminó la cara al ver a Emily.

—¡Qué maravillosa sorpresa! —dijo.

Estaba más animada de lo que la hubiera visto jamás. Encantada de verme en la sección de charcutería, me saludó con la mano en la que sostenía un paquete de pollo deshuesado.

Le pregunté por ella, por la casa, por su estado de ánimo.

—Ya es tarde para mí —dijo en algún momento—. Para ti no. Para ti no es tarde. —Miró a Jake y sonrió, pero la sonrisa era una mueca de dolor, como si temiera que le pegaran.

Estaba enfrascada en el recuerdo de la señora Tolliver cuando lo vi a través de la gigantesca ventana aún sin cortinas. El señor Forrest estaba sentado en su salón, como siempre, a la vista de todo el mundo. Aparqué a un lado de la calle, frente a su casa. Perdí la noción de lo que pudiera haber a mi derecha, una casa, el horizonte o el mismísimo Papa dando un paseo.

Bajé la ventanilla y me dejé llenar por el aire nocturno de mi antiguo vecindario. Respiré. Noté el olor a césped y asfalto. Y oí una música lejana. Salía de la casa del señor Forrest. Estaba escuchando a Bartók.

Mi madre y él se habían peleado a los pocos meses de la muerte de mi padre. No hubo funeral y al señor Forrest la omisión le pareció imperdonable; no le importaba si mi madre podía o no salir de casa. «Y... Helen, ¿por qué siguen ahí las armas?», me había preguntado.

Sin pensar, salí del coche, crucé la calle a toda prisa y comencé a subir por el camino empinado. Nunca le había gustado demasiado la vegetación y su césped llevaba décadas libre de ramas y arbustos. Dos enmarañados setos de boj, uno a cada lado de la puerta de entrada, eran la excepción.

Pero no llegué hasta ellos. A medio camino me detuve y lo observé. El señor Forrest tenía algo en el regazo, un animal al que estaba acariciando. Pensé por un momento en todos los perros que había tenido, pero entonces me di cuenta de que era Chico Malo, el gato de color naranja.

Estaba panza arriba sobre las piernas del señor Forrest, dejándose acariciar.

Qué inteligente había sido el señor Forrest, pensé, qué extraordinariamente inteligente al decidir estar siempre solo.

Sentí las rodillas como si fueran de cristal y sabía que podría caerme en cualquier momento, pero no me moví.

No tenía ninguna duda acerca de por qué mi padre lo apreciaba; el señor Forrest había compartido con él la carga de mi madre. Había logrado descubrirle a mi madre su belleza sin que desconfiara de él. La conversación que el señor Forrest le ofrecía era como una copa de vino espumoso sostenida en alto. A sus ojos, mi madre no había dejado de ser la Garbo no reconocida, aún en enaguas, siempre joven, lozana.

Me pregunté si levantaría la vista y me vería en mitad del camino. Sobre la chimenea vi el cuadro de Julia Fusk que había comprado. Terminado el mismo año que me había pintado a mí, el retrato que el señor Forrest había elegido era el de una mujer vestida a la que se le veía la cara. Tenía los ojos cerrados y estaba inclinada hacia la izquierda, señalando con el dedo la repisa de la chimenea, por la que ahora se paseaban mis ojos. En ella, uno al lado del otro, había tres globos de madera casi perfectos que había hecho mi padre. Se había llegado a obsesionar con la idea de que aquellos globos anónimos constituían la obra más perfecta que hubiera realizado jamás. Recluido en su taller durante los últimos años de su vida, mientras yo daba a luz y asistía a fiestas de vino y queso como la esposa de Jake, mi padre dedicó interminables horas a lijar aquellas esferas. Regresaba a casa de noche, solo cuando veía las luces apagadas. Cruzaba el jardín de atrás sin hacer ruido, entraba por la cocina y subía con sigilo por las escaleras de madera de camino a su habitación, aquella donde estaban las armas.

Había culpado a mi madre. La había culpado de todo. Era fácil. Estaba loca. «Enferma mental», había dicho el señor Forrest.

Durante años me arrepentí por culpar a alguien que era, en esencia, un ser indefenso. Había calentado papillas y se las había dado con cucharas de plástico rosa que robaba de Bassin-Robbins. Había cargado con ella de médico en médico, primero cubierta de mantas y después de toallas con las que ocultarla del mundo. Había tenido incluso que verla soltar a mi nieto.

No molestaría al señor Forrest. No le pediría dinero ni le confesaría mis pecados. Lo dejaría allí, con su retrato, con sus figuras esféricas de madera y con Chico Malo, que había arañado la cara de mi madre.

Di media vuelta y me dirigí al coche para coger el bolso. No podía meterme de nuevo en el coche. No me imaginaba el sonido del motor. Rompería la música que sonaba y el silencio de los jardines, oscuros y desiertos. Saqué la llave del contacto y caminé hasta el otro lado. Las dejaría en la guantera.

Metí el brazo por la ventana abierta del copiloto y con un rápido movimiento abrí la guantera, solté las llaves y la volví a cerrar.

Agarré el bolso. «Primero la trenza y ahora balas», pensé. Cuánto habría disfrutado mi defenestrado psicoterapeuta. Habría hecho algún ocurrente juego de palabras y yo habría sentido ganas de partirle la cara. Tal vez lo telefoneara algún día. Una llamadita desde el infierno.

Oí que Bartók se quedaba en silencio. Me colgué el bolso al hombro con firmeza. Caminaría

hasta casa de la señora Leverton, abriría la puerta y —¿sería posible?— con mucha calma me pegaría un tiro.

Entonces me di cuenta de que el señor Forrest había apagado las luces. Vi a Chico Malo corriendo por el césped y oí que se cerraba la puerta. Me volví y avancé a un paso que me pareció normal, hasta llegar al final de la calle.

No miré la casa de mi madre, que nunca fue la de mi padre, aunque se hubiera pagado con sus ingresos. Los ingresos que me habían mantenido, que me habían permitido criar a dos hijas con un empleo de modelo y algún que otro trabajo de secretaria. Me había mudado, me había casado, había tenido hijos, mi propia casa, un trabajo, pero al igual que mi padre había conocido la poderosa marea creada por las necesidades de mi madre y me había dejado arrastrar. Jake solía decir que me había lanzado de cabeza y que estaba en mis manos salir de ella.

La enfermedad mental tenía la extraordinaria habilidad de metastatizarse de generación en generación. ¿Correría Sarah esa suerte? ¿O le tocaría al pequeño Leo? Sarah parecía la candidata más evidente, pero eso no significaba nada. Y nunca, nunca, se había tratado el tema, como si la cura de distancia que Emily había elegido fuera suficiente. Pero eso ya lo había intentado yo. Pensé que Madison, Wisconsin, me permitiría escapar de todo, pero no fue así. Como tampoco el matrimonio ni la maternidad. Ni el asesinato.

Volví a cruzar la calle. Vi una tira de cinta policial en la escalera de la entrada de mi madre. Zigzagueaba hasta llegar arriba, entre las dos barandillas de hierro. Seguí caminando. El acebo que mi padre había plantado cuando se instalaron ensombrecía un lado de la casa, pero aun así sabía dónde estaban las tres losas del camino. Mi padre siempre se ocupó de mantener los arbustos recortados a fin de poder trasladar grandes láminas de madera hasta el taller. Ahora las losas quedaban ocultas. Eran las tres losas por las que el señor Forrest se había alejado aquel día en el jardín, meses después de que muriera Billy Murdoch. Me agaché en el lugar donde las recordaba y me abrí paso entre los espinosos arbustos. Las ramas, pequeñas y duras, me arañaron la cara y las manos.

Había terminado por creer que mi padre había dejado innumerables señales. Recordé a mi madre y a mí contando los días que faltaban para que regresara a casa del lugar que con el tiempo Natalie me ayudó a comprender que debía de haber sido algún tipo de institución mental.

—¿Qué recuerdas? —me preguntó.

—Solo que se hizo daño en el taller y estuvo varios meses en el hospital.

Y Natalie me había mirado fijamente el tiempo suficiente para que me diera cuenta de qué había sucedido en realidad, que no había tenido un accidente con un destornillador o un serrucho, sino que se había provocado lo que le hubiera sucedido.

—Y las armas —añadí en voz baja.

Natalie se limitó a asentir con la cabeza.

Oí a mi padre repetir aquellas palabras universales: «Es un mal día, cariño».

Era por la tarde. Mi madre aún iba en camisón. Mi padre ya no trabajaba en la planta de tratamiento del agua y se pasaba los días en casa, reservándose al menos un rato cada día para hacer encargos necesarios o inventados. Le parecía una buena manera de seguir en contacto con el mundo.

Compraba sellos. Hacía una parada en Seacrest's, en la esquina de Bridge y High Street, y compraba el periódico o se tomaba un café aguado en la barra. Mantenía la casa abastecida de productos de limpieza y pastillas de caldo, gelatina instantánea y huevos de un puesto de venta a las afueras de una granja regentado por una familia amish. Esperaba pacientemente sentado en los viejos bancos de madera de la barbería de Joe y comentaba con él las noticias del periódico. Pero al final siempre llegaba la hora de subir al coche y volver a casa.

Llegado el momento de pegarse un tiro ya debía de haberse dado cuenta de que salir de casa todos los días no era suficiente. Tomar el sol —si lo encontraba— para obtener su dosis de quince minutos de vitamina D no iba a obrar el milagro, fuera cual fuese ese milagro.

Mi madre salió de la cocina. Se había acostumbrado a merendar crema de cacao en la que mojaba palitos de zanahoria y apio, la ración de dulce que tanto le gustaba y que ella se permitía combinar con hortalizas. Mi padre había salido de casa por la mañana pero había vuelto temprano y se había encerrado en la habitación de invitados.

—Estaba durmiendo —explicó mi madre a la policía—. El estaba en la habitación cuando desperté. Me puse a leer. Solíamos hablar por la noche.

Me fijé en que el policía asentía en silencio. En algún momento del interrogatorio llegó el señor Forrest, y después la señora Castle.

Se había quedado en lo alto de las escaleras, dijo mi madre, y la había llamado tres veces.

—Estaba releendo *Los diamantes de Eustace*. Me quedaban dos párrafos para terminar. Le dije que esperara un minuto.

Y él esperó. Después ella dejó el libro en la mesita redonda que había junto al sillón de orejas y se acercó a las escaleras.

—¿Has terminado? —gritó él. Ya tenía la pistola en la sien.

—Levanté un brazo —nos dijo mi madre, y en la alfombra había un palito de apio untado de crema de cacao—, pero él...

Temblaba y la abracé, y yo también temblaba. No me atrevía a pensar qué habría contado después si hubiera logrado persuadirlo. Apoyaba la cabeza en mi pecho y la mía descansaba sobre su hombro. Hice la promesa de abrazarla más de aquel día en adelante y de visitarla y cuidarla porque ya solo quedábamos nosotras.

La policía le preguntó si se había decidido por una funeraria, y el señor Forrest mencionó la empresa Greenbrier's, en la Ruta 29. Hice un gesto de asentimiento. En aquel momento no supe darme cuenta de lo que acababa de sucederme. Mi padre había salido de escena y había entrado yo, y aquello no me pareció tan solo una obligación, sino tal vez el mayor regalo póstumo que pudiera hacerle: asumir para siempre la carga de mi madre.

Ahora, mientras me alejaba de la propiedad de mis padres, me di cuenta de que la casa había sido tan de él como de ella. Había sido la enfermedad de él y la de ella. Solo que la de ella había llamado más la atención. Siempre, un día sí y otro también, ella había estado allí. Mi padre había sido el consuelo para su culpa, el calor para su frío, pero ¿acaso al final no había pasado más frío que ella? Ella había peleado y lloriqueado y gritado, pero ¿no habíamos hecho nosotros dos lo mismo durante años?

La noche anterior la había dejado pudriéndose en su sótano y, ahora, terminada la autopsia,

estaba metida en algún cajón de metal. Sarah lo sabía. Emily lo sabría pronto, si no se lo habían contado ya. Y Jake... Jake incluso había visto su cadáver y se había quedado conmigo.

No había ningún Mercedes en la entrada. Solo las luces de seguridad instaladas en el camino y en las cuatro esquinas de la casa iluminaban el césped de la señora Leverton. ¿Por qué no llamarla por su nombre ahora que estaba muerta? Beverly Leverton y su difunto esposo, Philip, vecinos de mi madre durante cincuenta años.

A diferencia de en casa de mi madre, donde predominaban las hojas de cristal sencillo, que podría haber roto sin dificultad dando un golpe seco en cada esquina con una piedra de tamaño decente, la casa de la señora Leverton tenía ventanas equipadas con grueso cristal térmico y conectadas a una alarma. Pero la señora Leverton había desconectado la alarma, y Arlene, la mujer jamaicana que tantos años llevaba haciendo la limpieza en su casa, había dejado una llave en la cesta del conejo de cemento que había a los pies de un pino, en el porche de la parte de atrás. Solía salir al jardín de mi madre y ver a Arlene agacharse con cuidado para sacar la llave. En los últimos tiempos había notado que cada vez le costaba más esfuerzo hacerlo. Las empleadas domésticas envejecían al mismo ritmo que las señoras de las casas.

La llave del conejo se encontraba en su sitio, bajo un huevo de cemento que estaba suelto. Miré a izquierda y derecha. El techo del taller de mi padre apenas se veía entre los árboles. Me resultaba extraño estar en un jardín tan cercano al de mi casa, donde se habían vivido vidas totalmente distintas, así como el hecho de no conocer a casi nadie, salvo por los que ya habían muerto.

Al fin y al cabo, aun con un pasaporte en regla, jamás podría haber escapado al molino convertido en casa en el que Jake vivía en Aurigeno, ni siquiera podría haber hecho autostop hacia el oeste. Le había dicho a Jeanine que Groenlandia era un trozo de tierra muy grande en la que solo vivían ogros. Ogros verdes que comían cosas verdes sentados en sillas verdes delante de mesas verdes en jardines verdes. Después seguimos con Islandia, que no podía ser sino una isla. Y después con China, donde la gente y los lugares brillaban como la porcelana. Cuando giré la bola del mundo ella se rió. «¡En Sudán los hombres sudan!» —dije—. «¡En Australia hay australopitecos y la India es lo más *in!*» «En Madagascar...», pensé.

Abrí la puerta de vaivén y metí la llave en la cerradura. No saltó ninguna alarma. Me adentré a tientas en la oscuridad de lo que sabía que era la cocina de la señora Leverton. Ví sombras alrededor y distinguí fácilmente el teléfono, el cordón a la antigua enrollado hasta el suelo y de nuevo hacia arriba. Tsvetaeva se podría haber colgado sin problemas. Imaginé a Arlene limpiando las encimeras, los fogones, el fregadero, entrando y saliendo todas las semanas de una casa que no era la suya, descubriendo los hábitos y costumbres de esa persona. «Al menos a ella le pagaban», pensé.

No encendí las luces por miedo a ser descubierta. Decidí tomarme un tiempo para acostumbrarme a la oscuridad. Eso fue lo que pensé, pero entonces oí un maullido en la calle y di un respingo.

Entré con el bolso en el aseo que había a un lado de la cocina y cerré la puerta. Me sentía lo bastante segura para arriesgarme a encender la luz de aquel cuarto sin ventanas, pero no estaba preparada para lo que vi.

Allí estaba yo, en el espejo, la correa del bolso hundida en el hombro, más bajo que el otro. La pistola más pesada con cada paso dado desde que había salido del coche. Me vi la cara, hinchada por la falta de sueño, el pelo alborotado. Tenía los labios secos, las arrugas profundas y endurecidas. Me miré en el espejo y vi a la Helen de trece años. Toqué las figuras de madera que colgaban de las paredes de una casa hace tiempo inundada. Miré a mi padre, subido al caballito, vi el colchón solitario tirado en el suelo.

—Hay habitaciones secretas en nuestro interior —le había dicho a mi psicoterapeuta.

—Una elaboración bastante benigna —respondió, y ya no me molesté en contarle el resto. Que en mi casa nunca salimos de ellas, que en mi casa mi madre y mi padre las preferían a cualquier otro lugar.

Los ojos que me devolvían la mirada eran pequeños y negros, y detrás de ellos estaba la habitación que había evitado toda mi vida. Mis padres me estaban esperando, pensé, y en el pequeño aseo de paredes empapeladas de la señora Leverton podía, si quería, volarme los sesos. Mi padre se había suicidado, yo había matado a mi madre y ahora tenía la oportunidad de reunirme con ellos. Si me daba prisa tal vez pudieran enterrarme con mi madre, pies con cabeza, nuestra versión inversa de *Los amantes de Pompeya*.

Rápidamente, apagué la luz. Dejé el bolso en el suelo y me lavé la cara a oscuras, el agua que se acumulaba en el cuenco de mis manos, fría como el hielo. Entonces la vi, vi a Emily corriendo hacia mí por el borde de la piscina del campamento. Llevaba algo que quería enseñarme y sonreía de oreja a oreja.

—Mi insignia de pez volador —dijo—. ¡Ya la tengo!

En las semanas previas a la muerte de mi padre había aprendido a nadar mariposa.

No volví a encender la luz sino que me quedé apoyada sobre el lavabo, respirando con dificultad. Me obligué a abrir la puerta. Levanté el bolso, que me parecía la bolsa de bolera de un extraño, salí a la cocina y me senté a la mesa circular en una silla que tenía el respaldo de mimbre. Pasé la mano por la suave superficie veteada. La cena de la señora Leverton no había dejado ni una miga en la mesa.

Pensé en las niñas.

Cuando Emily y Sarah eran aún pequeñas, habíamos ido las tres a visitar a mi madre y aquel día regresábamos a casa desde el parque, donde habían instalado una jaula para trepar. Las niñas estaban entusiasmadas y eufóricas. Sarah subió corriendo el camino de la señora Leverton y empezó a patear el suelo de cemento.

—¿Lo ves? ¡No es como el de la abuela! —gritó.

—Sarah, vuelve aquí. No es tu casa.

Sarah me miró desconcertada.

—Ya lo sé —respondió.

Emily me miró para ver qué venía a continuación.

Lo que vino a continuación fue la señora Leverton. Dio *unos* golpecitos en el cristal de la ventana —por aquel entonces de hoja sencilla—, y mientras avanzaba a toda prisa por el camino para llevarme a mi hija, la puerta se abrió de par en par.

—¿Por qué no pasáis? Las hijas deben de ser una bendición.

Y aunque mi madre la detestaba y yo sabía que no tenía buen concepto de mí, entramos en su casa y nos sentamos en el salón que Arlene limpiaba a fondo cada dos viernes. Comimos galletas de lata y Sarah le contó que en casa de su abuela había un hueco debajo del camino de entrada.

—Cuando pasas por encima hace un ruido diferente —aclaró Emily.

—Y mamá dice que allí viven enanos —dijo Sarah.

—¿Eso dice? —La señora Leverton me miró y se esforzó por esbozar una sonrisa. Tenía migas de galleta de mantequilla pegadas en la comisura de los labios.

—Un pueblo entero —dijo Sarah con exaltación—. ¿Verdad, mamá?

No respondí.

—Como en *Los viajes de Gulliver* —dijo Emily—. A Sarah le gusta imaginárselos.

Allí estaba ella, pensé, con solo nueve años y convertida en mejor madre que yo. Seguí hablando con la señora Leverton para que Sarah no notara mi ausencia. Me pregunté si todas las madres sentían el mismo miedo por lo llenos de entusiasmo y de vida que estaban sus hijos.

Junté las manos.

—Dios, perdóname —dije en voz baja.

Había dejado el bolso en el suelo y me agaché para recogerlo y dejarlo sobre la mesa. Me retiré hacia atrás en la silla y metí en él la mano. Noté la suavidad del fieltro en los dedos. Busqué el cordón dorado y saqué la bolsa. Hizo un fuerte ruido metálico al chocar contra la mesa. Después saqué la caja de balas. Dejé la caja junto a la bolsa. Me quedé mirando el fieltro morado. El simple hecho de sacar la pistola me parecía una hazaña.

Me levanté.

El reloj que había sobre el fregadero de la señora Leverton estaba enmarcado en un círculo azul fosforescente. Un reloj al estilo de los que había en los bares. Aunque el reloj de los relojes era el que había en Easy Joe's.

Solo eran las 7.45 de la tarde. Parecía que fueran las tres de la mañana. Por fin, pensé, había alcanzado el futuro sin futuro.

Ví la tetera encima de los fogones y decidí prepararme una taza de té. Una maniobra dilatoria, sin duda, pero ya no sabía diferenciar lo que era razonable de lo que no. Todo era razonable si matar a tu madre también lo era. Todo era razonable si quitarte la vida se había convertido en un acto reflejo.

No quería pensar. Me volví metódica. Llené la tetera y me aseguré de no cubrir el pitorro con el pajarito azul silbante. Reviví imágenes de mi padre con su batín de felpa y de mi madre envuelta en la manta mexicana, tendida en el suelo del sótano.

Llevé la tetera al fogón y lo encendí. No podía marcharme de ese modo. No sin una carta, no como mi padre me había abandonado, como había abandonado a mi madre. Había elegido la casa de la señora Leverton porque era perfecta. Estaba vacía. Pero también sabía que era una casa en la que nunca entrarían, mi cabeza destrozada una imagen que nunca tendrían que ver.

Abrí un armario y después otro, y en el segundo encontré las tazas. La señora Leverton no tenía soportes para colgar las tazas ni los cazos. Tenía tazas de porcelana fina y otras de uso diario. Las tazas, para mi madre, siempre habían sido objetos aberrantes. Qué bonito habría sido que se hubieran relacionado. Que se hubieran hecho visitas. Algo más aparte de mandarse tarjetas

en ocasiones señaladas —el nacimiento de un nieto, la muerte de sus maridos—, pero había sido mi madre quien había definido con palabras su relación. «Solo por ser viejas no tenemos que hacernos amigas».

Sabía que, al igual que mi madre, la señora Leverton debía de tener un cajón lleno de material de escritorio, tal vez una cómoda entera. Era uno de los regalos más socorridos para una anciana. ¿Cuántos chales y cajas de tarjetas habría acumulado la señora Leverton en sus noventa y seis años de vida? «Dinero —contaba Jake que decía su padre hacia el final de sus días—. Si no me vais a regalar dinero no os molestéis». Siempre bromeaba con Jake y decía que quería morir con un billete de mil dólares en cada mano. «No tuve el valor de decirle que ya no se hacían», decía Jake.

Esperé a que el agua hirviera. ¿Qué más daba si incendiaba la casa?

Caminé hacia la puerta que daba al salón. En el centro de la pared de enfrente había un escritorio alto. El borde inferior estaba iluminado por un tenue punto de luz nocturna con sensor de oscuridad. Miré a mi izquierda y vi otra de aquellas luces. Discos de color verde colocados en lugares estratégicos para que la señora Leverton o un ladrón afortunado avanzara sin dificultad por las habitaciones del piso de abajo.

Una vez mis padres se pelearon por las facturas de la luz. Mi madre insistía en que todas las luces de la casa estuvieran siempre encendidas, aun de día. Incluso cuando yo estaba en la escuela y mi padre de viaje de trabajo.

—¿Por qué? ¿Por qué tal cantidad de luces? —preguntó, agitando la factura en las narices de mi madre, sentada en el sofá, arrancándose un hilo del vestido.

—No soy ningún banco —dijo antes de descolgar el abrigo y el sombrero y salir de casa.

Más tarde le dije que aquella actitud debía de tener relación con la operación; con la mastectomía. Que creía que la luz la ayudaría a sanar, y que si tenía paciencia seguro que volvería a encender solo las lámparas de la habitación en que se encontrara. Cuatro meses después, así sucedió. Nunca supe qué lo había provocado. Yo solo me había inventado la mentira para que todo siguiera como hasta entonces.

En un cajón, debajo de la tapa del escritorio, encontré el material que andaba buscando. La primera carta que escribiera sería para Emily. Se merecía lo que nunca le había dado, lo que ella más había deseado: una explicación. La razón por la que era como era pese a que en su opinión fuera un espíritu libre al que se le habían presentado infinidad de oportunidades que no me había visto aprovechar.

No lograba distinguir los diseños del papel ni los colores y no quería escribir mi nota de suicidio en una tarjeta ribeteada de muñecas Holly Hobbie. Saqué las tres cajas de tarjetas del estrecho cajón y me las coloqué debajo del brazo antes de cerrarlo con la cadera y abrir el de debajo. Sonreí. En un extremo había un bulto esponjoso, y cuando lo toqué noté la lana arrugada de lo que debía de ser una toquilla o una manta. A la izquierda había más cajas. Levanté una —un juego de cribbage— y volví a dejarla en su sitio. La siguiente —una baraja de cartas, aún envuelta en celofán—, que también dejé. Sin duda, la última caja era un vestigio de la presencia de sus nietos: un estuche de cien lápices Crayola con goma incorporada. Me la llevé.

No podía regresar a la cocina.

Avancé con mi botín por el pasillo mientras me fijaba en las siluetas oscuras del reloj de pie y la mesa semicircular, repleta de objetos de distinto tamaño. Oí la voz de mi madre: «Esa mujer tiene debilidad por los adornos de mal gusto».

Vi una pequeña luz en lo alto de las escaleras, la suficiente para escribir, me dije, y subí. Los escalones estaban forrados de mullida moqueta. Tuve ganas de quitarme los zapatos y pasearme por ellos, pero tenía lo que las naciones llamaban una estrategia de retirada que llevar a cabo.

Solté las cajas de tarjetas y los lápices en lo alto de las escaleras, junto a un arcón del ajuar sobre el que había un aplique de latón que iluminaba todo el pasillo. Me arrodillé delante de él. Esparcidos sobre la tapa había ejemplares antiguos de la revista *AARP*, junto a algún que otro número reciente de *Woman 's Day* y *Ladie's Home Journal*. Tuve la sensación de estar de rodillas frente a un altar desconocido y después me imaginé agitando brazos y piernas atrapada en una ratonera gigante.

Necesitaba un bolígrafo. No podía escribirle una carta a Emily con un lápiz de color. A Sarah sí, el efecto arco iris parecía apropiado, pero a Emily no. Necesitaba un bolígrafo. En la repisa de la ventana de detrás del arcón había una taza de color azul claro —del mismo azul que el tazón Pigeon Forge de mi madre— y en su interior una lima de uñas, un manómetro y tres bolígrafos Bic.

Saqué un bolígrafo y elegí un ejemplar de *AARP*. Recorrí de rodillas el metro de distancia que me separaba de mis cajas y lápices, y me senté en las escaleras, utilizando la revista como punto de apoyo. Me decidí rápidamente por una hoja de color crudo con los bordes dorados —elegante para Em— y emprendí mi tarea.

Querida Emily:

¿Cómo comenzar a decirte lo que ya sabes? Que aunque ya no puedo sentirme más orgullosa de ti y de tu hermana he llegado al final y no me queda otra opción.

Dejé de escribir. Sabía lo mucho que se fijaba en todo. Se pasaba horas delante del espejo, buscando imperfecciones. Su casa estaba como los chorros del oro, y una vez me había dicho que lo mejor de tener una mujer de la limpieza era que le daba a toda una «primera pasada» y después ella podía concentrarse en los detalles.

Me aclaré la garganta. El eco resonó por todo el pasillo.

Cuando recibas esto ya habré muerto. Espero que no tengas que verme. Yo tuve que ver a mi padre y aquella imagen siempre me ha perseguido. A estas alturas Sarah ya te habrá dicho que mi padre se suicidó. Que no se cayó por las escaleras, o que sí lo hizo, pero después de haberse pegado un tiro.

No sé por qué me abandonó.

¿Sabías que mi madre se dejaba el pelo largo por tu abuelo? A él le encantaba. Le pasaba el cepillo cien veces todas las noches. Ahora pienso en ello y creo que era como su dosis nocturna de Prozac. Sí, lo sé, lo sé: más meditación y menos medicación. En teoría, estoy de acuerdo, pero a veces... ¿no te parece?

Quiero que sepas que no maté a mi madre por venganza y, en realidad, tampoco lo hice por

compasión. Era lo que tenía que hacer, aunque no lo planeé. Si lo hubiera hecho, es evidente que habría pensado en el lugar donde me encuentro ahora. Llevo todo el día pensando en ti y en tu hermana.

Fue imperdonable que te obligara a crecer deprisa, a llenar el vacío que había dejado la ausencia de tu padre.

Admiro la vida que llevas. Eso es lo que de verdad quiero decirte. Tienes tu propia casa y familia, y vives muy lejos. Sigue así. No vuelvas nunca. Cuando yo haya desaparecido, no quedará nada a lo que volver. Ese es el regalo que quiero hacerle a tu hermana. No le permitas que viva en la casa, Emily, ni que malgaste su vida. Vende las dos casas. Tu padre te ayudará.

Me detuve. Pensé en mi padre, sentado a mi lado el día que firmé los papeles de mi casa. Había hecho todo lo posible por asegurarse de que tenía la vida resuelta, aquel día mencionó que su testamento y otros documentos importantes estaban en la sucursal bancaria de Malvern, y me dijo dónde escondía la llave. Más tarde me di cuenta de por qué había sido tan explícito y me había hecho repetir todos los datos.

Seguí escribiendo.

Cuando cierro los ojos, como acabo de hacer, veo a mi padre y después a ti. ¿Te acuerdas de aquel día en el campamento? ¡Estoy tan orgullosa de ti, mi pecesito volador!

Estoy en casa de la señora Leverton y ya ha anochecido. Tengo que escribirle una carta a tu hermana. Cuida de Jeanine y de Leo, y ojalá consigas que John llegue a tener algún buen recuerdo de mí. ¿Recuerdas lo mucho que siempre le gustó el color verde a Sarah? Yo sí.

Te quiero, Emily, pase lo que pase.

Recuerda eso sobre todas las cosas.

Me eché hacia atrás. Solté el bolígrafo, que rodó en silencio hasta detenerse. Tras la muerte de mi padre me pasé años añorando los momentos que no había pasado con él, mirando a Emily y a Sarah, pensando en las fiestas de graduación a las que las había acompañado y en cómo las vigilaba mientras jugaban en las jaulas del parque. En una o dos ocasiones él se había sentado a mi lado al borde de la zona de juegos. Tuve eso. Y a eso me aferraba, pero cuando intentaba recordar de qué habíamos hablado, no era capaz. Siempre quise haberme quedado con algo suyo; al menos mi madre se había apresurado a cortarle un mechón de pelo cuando oímos que los hombres de la funeraria se acercaban a la puerta.

La miré horrorizada mientras se lo metía debajo de la camisa.

—Era mi marido —susurró.

Cuando llamaron al timbre sentí que mi obligación era ayudar a aquellos hombres en su trabajo. A subir a mi padre a la camilla. A ceñir las correas.

Sin embargo, seguí el consejo del director de la funeraria y me retiré. Me llevé a mi madre al salón, donde nos quedamos frente a la enorme vitrina que había en el rincón, al lado de la cocina, acurrucadas la una junto a la otra, no tanto tocándonos como manteniendo una forzada proximidad.

—Lamento su pérdida —dijo el director cuando bajó del piso de arriba para empezar con el

papeleo. Estaban acostumbrados a decir esa frase.

El otro, más joven, acababa de empezar a trabajar en la funeraria.

—Sí, igualmente —dijo, y me estrechó la mano.

Noté que algo se me clavaba. Algo afilado que me pinchaba. Me di cuenta de que llevaba un rato haciéndome daño.

Me incliné hacia atrás y me metí la mano en el bolsillo. La mariposa de Sarah. La saqué y la sostuve en la palma de la mano, la luz del aplique resaltaba los azules y los verdes, las pepitas doradas de las antenas y las patas.

Eran casi las nueve. Me pregunté si Sarah y Jake estarían buscándome o si se les habría ocurrido hablar con Hamish. Me pregunté si Hamish ya habría abierto el cajón de su mesilla de noche.

Cerré la mano y atrapé la mariposa con fuerza, pensé en todos los objetos de los que me había desembarazado a lo largo de los años para sentirme libre. No había tirado el Buda lloroso que Emily me había regalado. Y no iba a tirar la mariposa.

Me puse en pie, atravesé la lana de mi jersey negro con la punta redondeada de la mariposa y la cerré.

«El señor Forrest ya estará dormido, o escuchando música en su preciado equipo Bose», pensé. Me había hablado de él un día que nos encontramos, haría un año aproximadamente.

—El sonido es fantástico. Puedo tumbarme en la cama a escuchar música. Tengo un antifaz de terciopelo para dormir. Antes, si quería escuchar música tenía que sentarme en el salón.

Me agaché para recoger la carta de Emily y la caja de lápices. Me lo coloqué todo debajo del brazo como si fuera un bolso sin asas. Por fin estaba en la casa de la Otra. Los Leverton y sus cruceros en vacaciones, sus elaborados montajes navideños, sus abundantes barbacoas en el jardín, las risas de los invitados que se colaban entre los árboles y llegaban hasta nuestra casa. Todo aquello se había acabado para siempre.

Sabía exactamente adonde quería ir, de modo que avancé por el corto pasillo que en casa de mi madre conducía hasta el único baño del piso de arriba. El de la señora Leverton daba a otro pasillo que se abría al dormitorio desde el que la noche anterior nos había visto a mí y a mi madre en el jardín.

En un rincón de la habitación había un humidificador y el aroma embriagante de la menta y el eucalipto llenaba el ambiente. En la mesilla de noche —la madera protegida por una lámina de cristal cortado a medida— había filas y más filas de frascos de medicamentos y un bloc de notas hecho a partir de trozos de papel sujetos con un clip. Junto a él, un lápiz mordisqueado. Todo parecía querer recordarme que estaba allí para quitarme de en medio.

Dejé los lápices y la carta para Emily en la cama y me senté junto a la mesa. Había algo escrito en el bloc. Lo cogí.

Tenía una letra de trazos sorprendentemente largos e inseguros.

Me fijé en que casi todas las hojas estaban llenas, no de listas de la compra o tareas por hacer, sino de las capitales de los cincuenta estados, de los nombres de los médicos que la habían

tratado, además de los de las enfermeras. Pasé las hojas una por una.

En los días buenos, la grafía era más segura y se acordaba de Frankfort, Kentucky; Augusta, Maine, y Cheyenne, Wyoming. En los días malos la letra era más agitada y no se acordaba de ningún presidente entre Johnson y Bush. Mis conocimientos palidecían al lado de los suyos. Yo no sabía nada de Rutherford Hayes.

Estaba a punto de desmoronarme, sentía las lágrimas al borde de los ojos, pero entonces vi el dibujo que había hecho —un garabato, en realidad—, la silueta de una mujer. Supe que era una mujer porque llevaba falda, y porque a su alrededor, con letra temblorosa por el miedo y la desesperación, aparecía de manera obsesiva el nombre mal escrito de su nuera. Sherill, Sherelle, Chelle, Shariwell, Charül. Por mucho que lo intentara, nunca llegó a Cheryl.

Me pregunté qué pensaría Cheryl de ella. Yo la había visto tan solo en una o dos ocasiones. ¿Querría la señora Leverton a Cheryl o sería para ella un ogro con el que estaba obligada a llevarse bien si quería acercarse a su hijo?

Me fijé en la figura que la señora Leverton había dibujado junto al nombre deformado de su nuera. «Todos los días», pensé. La señora Leverton escribía todos los días aquellas cosas que la mantenían unida al mundo exterior. Aun tan frágil, se había mantenido aferrada.

Sabía qué era lo que a mí me mantenía aferrada.

Busqué la nota que le había escrito a Emily. La rasgué de arriba abajo una vez. Volví a hacerlo en la misma dirección. Estaba decidida a explicarles lo que pudiera a mis nietos y a cargar con la vergüenza de mis errores.

Solté el confeti en el suelo y pensé fugazmente en el agua que había dejado en el fuego. Sonreí al recordar que Jake llamaba a Sarah su «pequeña Gadafi» por lo mucho que le gustaba la ropa verde. Podría llevarme los lápices de colores y derretirlos en una sartén hasta reducirlos a pequeños grumos. Después podría señalar las capitales de los países que nunca había visitado y que no visitaría jamás. «Verde para Nuuk —pensé—, la capital de Groenlandia, donde viven ogros verdes». Podría dar clases de arte en la cárcel. Un día me soltarían y volvería al campo de Westmore para enseñar a los ancianos a pintar el roble podrido.

Me levanté. En la cocina había una pistola sobre la mesa y el fuego estaba encendido, pero me acerqué a la ventana de bisagras que había en el rincón. Un lado daba al jardín de atrás de los Leverton, el otro a la casa de mi madre.

Los árboles se habían vuelto más frondosos desde que muriera mi padre, pero el otoño había llegado temprano y las hojas ya habían comenzado a caer. Vi el taller de mi padre y, más allá, la casa iluminada por la luz de la luna. Vi la ventana de mi habitación e imaginé las enredaderas arrolladas hacia arriba, el cuerpo de mi madre asomado a la ventana mientras mi padre la sujetaba y yo esperaba en silencio sentada en la cama.

Debió de ser entonces, o pocos segundos más tarde, cuando vi las luces. Destellos azules y rojos que parecían proceder de la parte delantera de la casa. Luces azules y rojas.

No lo entendía, y no estaba segura de llegar a entenderlo jamás. De qué estaba hecho el miedo de mi madre, por qué mi padre creyó que debía abandonarnos del modo en que lo hizo. O la suerte de tener aquellas hijas y el amor —una vez, o dos, porque Hamish también contaba— de hombres más que buenos.

Me acerqué a la ventana y me quité los zapatos. Los pies se me hundieron en la moqueta afelpada. Abrí unos milímetros la ventana y por la rendija se coló una corriente apresurada que inundó la atmósfera cerrada de la habitación con el aire fresco de la noche. Escuché con atención. Oí el crujido de las ramas mecidas por el viento, y después, procedentes de la casa de mi madre, oí voces y vi siluetas oscuras armadas con linternas que se dispersaban por nuestro jardín y entraban en el taller de mi padre.

Haría lo que mejor se me daba, pensé. Esperaría. Al fin y al cabo, era solo cuestión de tiempo.

Agradecimientos

la sangre:

Bender, Cooper, Dunow, Gold.

el círculo:

Barclay, Doyle, Elworthy, Fain, Goff, Muchnick, Nurnberg, Pietsch, Snyder.

el factor sorpresa:

Charlan.

los expertos en mecánica:

Bronstein, MacDonald, Schultz.

la ciudadela:

La Colonia MacDowell.

el comodín:

Wessel y el contingente italiano.

el perro salvaje:

Lilly (¡guau!).